

adiax.



# George Sand

## Viaje a través del cristal

"... (Con sus relatos) experimentamos la grandeza salvaje de las emociones eternas, los ensueños fuliginosos: exhalan un **aura** casi impresionista..."

**Jean-Baptiste Baronian**



Contiene los siguientes relatos:

Laura : viaje a través del cristal (Laura) 1864 (Novela corta)

La reina Coax (La Reine Coax) 1872 (Relato)

La copa (La coupe) 1865 (Novela corta)

El perro y la flor sagrada (Le chien et le Fleury sacrée) 1875 (Relato)

Las visiones de la noche en el campo (Les visions de la nuit dans la campagne) 1851 (Relato)

George Sand

**Viaje a través del cristal**

(Si) ...nos elevamos por encima de la esfera de lo positivo y palpable, un sentido misterioso, innominado, invisible, nos dice que nuestro yo no está solamente en nuestros órganos, sino que está ligado de manera indisoluble a la vida universal, y que debe sobrevivir intacto a lo que llamamos muerte.

## Prólogo

George Sand es un nombre y es leyenda. Nació apenas iniciado el siglo (1804) y murió en los comienzos del último cuarto de éste (1876), por lo que puede decirse que su vida coincidió con la de una Francia en plena efervescencia que mediante bruscas sacudidas fue reacomodándose y consolidando el capitalismo. Así pues, Aurore Dupin, tal es su verdadero nombre, fue testigo, y en más de una oportunidad parte activa, en el orden político, de la caída del Imperio y la restauración de los Borbones en 1814, las revoluciones de 1830 y 1848, la llegada al poder de Luis Napoleón y los acontecimientos que convulsionaron a Francia en 1870. En el aspecto social, de la definitiva desaparición de la sociedad del “antiguo régimen” y el ascenso de la burguesía liberal, con la consecuente crisis social y política, los cambios que aparejaron las nuevas formas de propiedad, el desarrollo del proletariado como clase activa, y las luchas que este llevó a cabo a lo largo del siglo pasado; de la afirmación de la revolución industrial, y con ella, el comienzo de las grandes transformaciones tecnológicas, así como de los espectaculares avances de la ciencia. En el plano cultural, del apogeo del romanticismo (movimiento al que perteneció), de la aparición de nuevas formas de expresión estética, del realismo y la gestación del naturalismo; de la crisis del racionalismo filosófico y el surgimiento del positivismo.

Una época con tal movilidad no podía dejar de repercutir en sus artistas, y George Sand no es una excepción. En sus primeras novelas vemos reflejado el llamado *mal du siècle*, en el que a la constatación de la impotencia de una sociedad demasiado vieja se suma la rebelión contra ésta y contra Dios, la contraposición entre conocimiento y fe y, junto a la exaltación del amor imposible, una gran duda acerca de la perfección del género humano y del sentido de la historia. Otra parte de su obra está impregnada de ocultismo, muy en boga por entonces y del que ya hablaremos más adelante, en tanto que varias novelas, contemporáneas de las anteriores, expresan sus ideas socialistas y su alineamiento en la lucha por un orden social más justo. Otro tema que despertó enorme interés en George Sand, y tal vez por el que más se la conoce, es el de las costumbres regionales, sus leyendas y su poesía. Es indudable que su infancia y adolescencia transcurridas en el Berry, dejaron en ella una impresión indeleble; al cuidado de una abuela y del viejo preceptor de su padre, recibió una educación lo suficientemente libre como para poder conocer y gustar la vida del campo, entender el temperamento de sus gentes y amar su lengua. Si a esta inclinación personal se suma el gusto por el pasado que imperaba en la época, el cual, trascendiendo los alcances de una moda, influyó en toda una generación de escritores que hallaban en él un medio de enriquecer su mundo imaginario, es fácil comprender que George Sand, junto a Gérard de Nerval, haya estado a la cabeza de esta corriente regionalista que veía en la poesía popular la expresión de la humanidad en su estado de pureza primitiva. Y su interés fue más lejos aún, pues no sólo

introdujo en sus obras gran cantidad de vocablos y expresiones del *patois berrichon*, sino que intentó la creación de una “lengua literaria rústica”, proyecto al que renunciaría más tarde, no sin pena, en 1857. Para ella, el hombre de la ciudad estaba pervertido por la civilización, en tanto que el artesano y el campesino representaban la naturaleza primitiva, ingenua, pura y sana. Ellos serían quienes renovarían la sociedad corrompida; allí estaba la salud, tanto desde el punto de vista político, como social y literario. Por último, es a través de las leyendas populares que George Sand se interesa por lo fantástico, elemento que ya aparece en sus novelas berrichonnes en las que vuelca los relatos escuchados durante las largas veladas invernales pasadas en el Berry.

Casada y con dos hijos, en 1831 Aurore dejaba su familia en Nohant para instalarse por una temporada en París. Allí conoció a Balzac, colaboró en el *Fígaro de Latouche* y compuso con Jules Sandeau *Rose et Blanche*, que apareció bajo la firma de J. Sand. Al año siguiente, el éxito obtenido con la publicación de *Indiana* consagró para siempre el nombre de George Sand. A continuación publicó *Valentine*, y en 1833 *Lélia*, *Aldo le Rimeur* y *Métella*. Son los años de relación con Musset, de estadía en Italia, y de la aparición de Leone Leoni. A mediados de 1836 obtuvo el divorcio de François Dudevant, proceso que le resultaría penoso y doloroso según sus palabras, y del que surgió una obra como *Mauprat*, novela rústica en la que exalta el amor exclusivo. En ese año apareció también *Simón*, en la que expresa su desilusión frente a la constatación de que la revolución no ha modificado en profundidad el orden social, y vuelca sus esperanzas de cambio en la educación del individuo. En 1839, tras una temporada en Mallorca con sus hijos y Chopin, regresa con una nueva novela, *Spiridon*, impregnada de misticismo y fuertemente influenciada por Pierre Leroux. A fines del mismo año publicó *Sept Cardes de la Lyre*, poema dramático en el que se mezclan misticismo, utopía, iluminismo y ocultismo. En 1840 escribió *Le Compagnon du Tour de France*, que junto a *Horace* (1842) y *Le Péché* de M. Antoine (1845) constituyen lo más destacado de su obra de corte socialista; asimismo estrenó *Cosima* en el Teatro Francés, sin que la pieza obtuviera gran éxito. Al año siguiente apareció el primer número de la *Revue Indépendante*, fundada por Pierre Leroux, Viardot y la propia George Sand, en la que se publicaría *Consuelo* y la continuación de ésta, *La Comtesse de Rudolstadt*, donde nuevamente se conjugan misticismo y utopía. *La Mare au Diable*, escrita en 1846, *François le Champí* (1847), y *La Petite Fadette* (1848), componen lo más notable de su obra rústica, en la que se manifiesta claramente su imagen idealizada del aldeano. Por ese entonces publicó *Lucrezia Floriani*, novela autobiográfica que refleja su relación con Chopin. En la agitación de los primeros meses de 1848 escribió *Lettre a la classe moyenne*, *Lettre aux viches* y *Lettre au peuple*; fundó el periódico *La Cause du Peuple* y colaboró en el *Bulletin de la République*; pero en mayo, decepcionada por el curso de los acontecimientos, optó por retirarse de París. Siguió años de calma junto a Manceau, a cuyo lado permanecería hasta la muerte de éste, ocurrida en 1865; años en los que escribió *Maitres Sonneurs*, la *Histoire de ma Vie*, autobiografía que publicó *La Presse* en 1854/55, y que serían ensombrecidos por la muerte de su primera nieta, con la que George Sand estaba fuertemente

unida. En 1859 provocó la reacción del público con *Elle et Lui*, novela autobiográfica sobre sus relaciones con Musset, a la que siguieron cuatro novelas más en 1860, una en 1862 y al año siguiente *Mademoiselle de la Quintinie*, que obtuvo un éxito inmediato. En 1864 apareció *Viaje a través del cristal* en la *Revue des Deux Mondes*, y a fines de ese año perdió a su segundo nieto, de un año de edad. Más adelante tendría otras dos nietas, Aurore en 1866, y Gabrielle en 1868, a quienes dedicó algunos de sus cuentos. Hacia 1866 conoció a Flaubert, y bajo la influencia de éste se volcó al realismo, lo cual se refleja en su obra de esos años: *Le dernier amour*, *Cadio*, *Mademoiselle Merquem* y *Malgré Tout*. Los acontecimientos de 1870-71 le inspiraron horror, y si bien los vivió desde lejos, no dejó de manifestar su aversión por el uso de la fuerza y las soluciones violentas. En los tres años siguientes entregó al *Temps* y a la *Revue des Deux Mondes* treinta y un artículos bajo el título de *Réveries et Souvenirs*, otros titulados *Impressions et Souvenirs*, y ocho cuentos. Aún publicó cinco obras más y sólo la muerte detuvo su pluma, el 8 de junio de 1876, cuando trabajaba en su nueva novela *Albine*.

¿Cómo ubicar pues, dentro de esta producción de carácter tan variado, las obras que aquí presentamos? Ya hemos dicho que el interés de George Sand por lo fantástico está estrechamente ligado a su pasión por las leyendas populares, en las cuales el elemento sobrenatural juega un papel destacado. No obstante, otros factores confluyen en su obra de este género, y el ocultismo no es el menos importante de ellos. Es indudable que éste tuvo cierto peso en los escritores de la época, tanto más cuanto que estaba en pleno apogeo en toda Europa: las sectas y los profetas florecían por doquier, los centros swendenborgianos pululaban, y en París, George Sand frecuentaba el círculo de Mickiewicz y Towianski, que en el Colegio de Francia profesaban un mesianismo místico con gran éxito y devoción por parte del público. Por ese entonces, un ex discípulo de Saint-Simon, Jean Reynaud, esbozaba una grandiosa cosmogonía de la que se desprendía que entre la materia y el animal, entre el animal y el hombre, y entre el hombre y el ángel, había una progresión continua que a través de rehabilitaciones y transmigraciones sucesivas debía abrir el infinito de las constelaciones a una humanidad regenerada. Víctor Hugo tomaría más tarde estas ideas en sus *Contemplations*. Simultáneamente, Pierre Leroux, gran amigo de George Sand y cuya influencia es manifiesta en muchas de sus obras, profundizaba en la historia de las sociedades secretas y se esforzaba por crear una religión de la humanidad; para él, el mal era un elemento indispensable en el presente, pero llamado a atenuarse y desaparecer, y el hombre se regeneraría a través de una serie de existencias sucesivas. Sin embargo, aun cuando las corrientes ocultistas hayan sido un elemento importante en la atmósfera en que se desarrolló la literatura romántica, generalmente los escritores no eran iniciados, sino que más bien extraían de allí gran cantidad de temas sin llegar a creer totalmente en la existencia de ese mundo invisible ni en la posibilidad de entrar en contacto con él. Es entonces cuando se rehabilita el sueño, menospreciado en el siglo XVIII como todo aquello que escapaba a la reflexión racional, y se lo incorpora a la literatura en tanto estado en el que la mente pierde el control de sus operaciones y

accede a un éxtasis donde se desvanecen los límites del tiempo y la conciencia. Asimismo, el romanticismo rehabilita la locura, en la que ve un testimonio de la debilidad del espíritu humano, del combate que debe librar contra las fuerzas que lo superan, y, en total oposición a la concepción que de ella se tenía en el siglo anterior, considera que quienes la padecen han conservado una inocencia que les permite entrar en contacto con lo sobrenatural. En el relato fantástico, género que de 1820 a 1850 se extendió desde Rusia a Pensilvania, el uso literario que se ha dado a estos tres elementos es fundamental. En él, las manifestaciones del más allá, las revelaciones del sueño y las alucinaciones de la locura son una constante y, a diferencia de lo que ocurre en el cuento de hadas, donde en un universo maravilloso y armonioso los milagros suceden con “naturalidad”, en el relato fantástico lo sobrenatural es lo imposible, que irrumpe en un mundo en el que precisamente lo imposible está descartado por definición. No se trata de que los escritores románticos quisieran provocar una creencia en lo sobrenatural, sino que lo invocaban para obtener por este medio una cierta suspensión del juicio. Así es como tomaban muchas precauciones para que los fenómenos extraños que describían pudieran admitir, concurrentemente a la explicación sobrenatural, una explicación verosímil. Para ello utilizaban diversos procedimientos, siendo uno de los más habituales revelar al final que el héroe soñaba. Al respecto dice Max Mitner: «A menudo ocurre —y es una de las debilidades del espíritu francés, que pese a todo rehúye lo irracional— que la explicación anula completamente el misterio. La impresión fantástica se halla, de repente, retrospectivamente afectada.» Pero aun cuando la aclaración vaya en detrimento de lo maravilloso, el procedimiento les permite anunciar “revelaciones sobre el sentido de la existencia o sobre la vida profunda de la conciencia que una explicación racional no logra borrar”. Precisamente “Viaje a través del cristal” es un buen ejemplo de esto último, donde lo maravilloso queda explicado, pero ha servido para introducir veladamente la metempsicosis.

En lo tocante a la concepción de George Sand acerca del universo fantástico, ya en 1839, en su *Essaie sur le drame fantastique* lo definía con las siguientes palabras: «Ni por fuera, ni por encima, ni por debajo; está en el fondo de nosotros.» Y esta idea se continúa en *Visiones de la noche en el campo*, escrito que surge en 1851 como una consecuencia de sus estudios sobre las costumbres del Berry, y que regirá su futura obra del género. No obstante considerar la alucinación como un fenómeno inherente al ser humano, en dicho artículo expresa su anhelo por ver y creer en lo sobrenatural, lo cual hasta el momento le ha sido vedado, pues para ella «no hay verdadera poesía sin cierto trastorno de la imaginación y mucha ingenuidad». En un comentario a propósito de *La casa desierta* de Hoffman escrito en 1856 precisa su pensamiento: «Ciertamente, el infinito se extiende por doquier alrededor de nosotros y en todos los sentidos. Creer que se conocen todos los caracteres y todos los juegos de las pasiones humanas es una ilusión. Si sobre la tierra hay demonios de toda especie, también hay ángeles. En todo momento deben anudarse y desanudarse combinaciones de pensamientos y acciones que la imaginación más poderosa de los poetas o novelistas no puede siquiera entrever en sus sueños más osados. Pero no es sano



abandonarse a esos arrebatos de nuestra curiosidad; más allá de un cierto límite, al forzar las invenciones de lo posible, uno se expone a perder el sentimiento de la realidad; contentémonos con no ser nunca ni demasiado afirmativos ni intolerantes.» Para George Sand, lo sobrenatural surge de un “estado enfermo del cerebro”; así es como en *Viaje a través del cristal* lo fantástico se presenta a través de la alucinación, provocada por un “estado enfermo” desencadenado por el amor, favorecido sin embargo por la existencia de elementos reales que aportan material al delirio. El tratamiento que en esta corta novela se da a la alucinación es magnífico; insensiblemente el protagonista se desliza de la realidad al sueño despierto y de éste al delirio, y en esa alternación reside uno de los atractivos de la obra. Utilizando un elemento común a los relatos fantásticos, pero invertido, aquí es la realidad vivida la que se muestra incongruente, casi insoportable, al intentar insinuarse en la realidad soñada. Otros dos temas caros a George Sand figuran en *Viaje a través del cristal* : uno es la presentación de la naturaleza como suprema perfección, única creadora del mundo mágico; «el hombre es un niño —dice Nasias—, el estudio y el examen de la naturaleza no le bastan. Necesita que su imaginación le proporcione leyendas y pueriles ficciones, en tanto que lo maravilloso llueve del cielo sobre él sin que ningún mago intervenga.» Toda su obra está impregnada de amor y respeto hacia esa máxima expresión de la armonía que es para ella la naturaleza, e incluso al rehuir casi permanentemente los tres elementos característicos del relato fantástico, o sea el horror, el miedo y la muerte violenta, componentes que trastornarían dicha armonía, lo fantástico pierde en ella su color fúnebre y se transforma así en un canto a la vida. El otro tema es la trascendencia: «Si (...) nos elevamos por encima de la esfera de lo positivo y lo palpable, un sentido misterioso, innominado, invisible, nos dice que nuestro yo no está solamente en nuestros órganos, sino que está ligado de manera indisoluble a la vida universal, y que debe sobrevivir intacto a lo que llamamos la muerte», nos dice Laura en *Viaje a través del cristal* , y tras aclarar que esta idea es común a todas las formas religiosas y metafísicas, agrega: «pero mi idea, la mía que te hablo en la región del ideal, es que ese yo inmortal no está contenido sino parcialmente en el hombre visible. El hombre visible es sólo el resultado de una emanación del hombre invisible, y éste, la verdadera unidad de su alma, la faz real, durable y divina de su /ida, le está vedado.» Idea que Alexis resume en términos quizá más claros: «... tenemos dos almas: una que vive en nosotros y no nos abandona, otra que vive fuera de nosotros y a la que no conocemos. La primera nos sirve para vivir transitoriamente, y se apaga en apariencia con nosotros; la segunda nos sirve para vivir eternamente y se renueva sin cesar con nosotros, o más bien es ella quien nos renueva, y quien provee, sin agotarse jamás, a todas las series de nuestras existencias sucesivas.» Este tema se encuentra más desarrollado en *El Perro y Flor Sagrada* , relato basado totalmente en la metempsicosis y en el que George Sand expone una concepción animista del mundo. En él puede apreciarse también la desconfianza que le inspira el proceso de industrialización, y su certeza de que sería más beneficioso para la humanidad apoyarse en la naturaleza, de tal modo que «... todas las fuerzas inteligentes de la naturaleza, en lugar de devorarse

mutuamente, se organizarían fraternalmente para someter y fecundar la materia inorgánica».

Hablemos finalmente de los dos “cuentos de hadas” incluidos en esta selección: *La Reina Coax* y *La Copa*. El primero es el más fiel al género, si bien, habiendo pasado ya la época de los cuentos de hadas y la creencia en sus milagros y hechizos, no puede escapar a la explicación final, en la que una vez más se recurre al sueño para justificar lo mágico. “La Copa” en cambio, es un cuento con hadas pero absolutamente anti-hadas. Si se crea un universo maravilloso en el que las hadas gozan de la inmortalidad, poseen el saber y disfrutan de la belleza de la vida sin que ningún obstáculo ensombrezca sus días eternos, es para demostrar la inutilidad de las mismas, su inferioridad frente al genio creador del hombre, y sobre todo, su impotencia para amar. El cuento tiene una moraleja: cuando las hadas comprenden que no pueden tener simultáneamente el amor humano y la inmortalidad sobrenatural, la mayoría se aleja, pero Zilla y la Reina optan por el suicidio. ¿Cuál es, pues, la posición de George Sand ante el mundo mágico, ya que según ha dicho repetidas veces nunca escribía sin intentar dejar una enseñanza, se tratara o no de cuentos infantiles? Quizá debamos recordar aquí sus palabras en defensa de la creencia popular en las apariciones sobrenaturales, comparándola con la pasión por las mesas habladoras y los médiums, tan en boga en la época: “Todos esos fantasmas —nos dice— que llevan adelante las fechorías nocturnas, son espíritus prudentes, que advierten, reprimen o castigan. Es una historia ingenua, poética o divertida, de los tormentos, y, por consiguiente, de los progresos de la conciencia popular.”

M.C.D.

## LAURA. Viaje a través del cristal

### I

Cuando conocí al señor Hartz, éste era comerciante naturalista y hacía tranquilamente su negocio vendiendo, a los aficionados a las colecciones, minerales, insectos o plantas. Encargado de una comisión para él, me interesaba medianamente en los objetos preciosos que colmaban su tienda cuando, hablando del amigo común que nos había relacionado, y tocando maquinalmente una piedra en forma de huevo que se había encontrado bajo mi mano, la dejé caer. Se rompió en dos partes bastante iguales que me apresuré a recoger pidiendo perdón al comerciante por mi torpeza.

—No se atormente por ello —respondió con cortesía—, estaba destinada a ser quebrada de un martillazo. Es una geoda sin gran valor y, por otra parte, ¿quién no está curioso por ver el interior de una geoda?

—No sé —le dije— qué es a punto fijo una geoda, y no tengo ninguna gana de saberlo.

—¿Por qué? —prosiguió—. Sin embargo usted es artista.

—Sí, intento serlo; pero los críticos no quieren que los artistas aparenten saber algo por fuera de su arte, y al público no le gusta que el artista parezca saber un poco más allá que él sobre cualquier cosa.

—Creo que el público, la crítica y usted están en un error. El artista ha nacido viajero; todo es viaje para su espíritu y, sin abandonar el amor de la lumbre o las enramadas de su jardín, está autorizado a recorrer todos los caminos del mundo. Dele cualquier cosa a leer o a mirar, estudio árido o risueño: se apasionará por todo lo que le sea nuevo. Sencillamente se sorprenderá de no haber vivido aún en aquel sentido, y traducirá el placer de su descubrimiento bajo una forma cualquiera, sin haber dejado de ser él mismo. No más que los otros humanos, el artista no elige su género de vida y la naturaleza de sus impresiones. Recibe del exterior el sol y la lluvia, la sombra y la luz, como todo el mundo. No le pidan crear por fuera de lo que le golpea. Sufre la acción del medio que atraviesa, y está muy bien así, pues se apagaría y volvería estéril el día en que esta acción llegara a cesar. Así pues —prosiguió el señor Hartz—, usted tiene perfectamente el derecho de instruirse, si eso le divierte y si encuentra la ocasión. No hay ningún peligro en ello para quien es verdaderamente artista.

—¿Del mismo modo que un verdadero sabio puede ser artista, si esa excursión al dominio del arte no perjudica sus serios estudios?

—Sí —continuó el honesto comerciante—; toda la cuestión está en ser algo bien determinado y un poco sólido en un sentido o en el otro. Esto, convengo en ello, ¡no está dado a todo el mundo! Y —agregó con una especie de suspiro—, si usted duda de usted mismo, no mire demasiado esa geoda.

—¿Es una piedra con influencia mágica?

—Todas las piedras tienen esa influencia, pero sobre todo, según mi parecer, las geodas.

—Usted excita mi curiosidad... Veamos, ¿qué entienden por geoda?

—Entendemos por geoda, en mineralogía, toda piedra hueca cuyo interior está tapizado de cristales o incrustaciones, y llamamos piedra geódica a todo mineral que presente en el interior esos vacíos o pequeñas cavernas que usted puede observar en ésta.

Me dio una lupa, y reconocí que esos vacíos representaban, en efecto, misteriosas grutas totalmente revestidas de estalactitas de un brillo extraordinario; y luego, al considerar el conjunto de la geoda y algunas otras que me presentó el comerciante, vi allí particularidades de forma y de color que, agrandadas por la imaginación, componían paisajes alpestres, profundos barrancos, montañas grandiosas, glaciares, todo lo que constituye un cuadro imponente y sublime de la naturaleza.

—Todo el mundo ha observado esto —dije al señor Hartz—; yo mismo he comparado den veces en mi pensamiento el guijarro que recogía bajo mis pies con la montaña que se levantaba por encima de mi cabeza, y he encontrado que la muestra era una especie de resumen de la masa: pero, hoy, estoy más impresionado que las otras veces, y esos cristales escogidos que usted me muestra me dan la idea de un mundo fantástico donde todo sería transparencia y cristalización. No sería una confusión y un deslumbramiento vago como me lo imaginaba al leer esos cuentos de hadas en los que se recorren palacios de diamante. Aquí veo que la naturaleza trabaja mejor que las hadas. Estos cuerpos transparentes están agrupados de manera de producir sombras finas, reflejos suaves, y la fusión de los matices no impide la lógica y la armonía de la composición. Verdaderamente, esto me encanta y me da ganas de mirar su negocio.

—No —dijo el señor Hartz retirándose de las manos las muestras—, no hay que ir demasiado rápido por ese camino: ¡usted ve a un hombre que ha estado a punto de ser víctima del cristal!

—¿Víctima del cristal? ¡Extraña aproximación de palabras!

—Porque aún no era ni sabio ni artista he corrido el peligro... Pero sería una historia demasiado larga y usted no tiene tiempo de escucharla.

—Al contrario —exclamé—, adoro las historias cuyo título no comprendo. Tengo todo el tiempo, ¡cuenta!

—Yo contaría muy mal —respondió el comerciante—, pero he escrito esto en mi juventud.

Y, buscando en el fondo de un cajón un manuscrito amarillento, me leyó lo que sigue:

Tenía diecinueve años cuando entré como ayudante del sub-ayudante conservador del gabinete de historia natural, sección de mineralogía, en la docta y célebre ciudad de Fischhausen, en Fischemberg. Mi función, totalmente gratuita, había sido creada para mí por uno de mis tíos, director del establecimiento, con la juiciosa esperanza de que, no teniendo absolutamente nada que hacer, estaría yo allí en mi elemento y podría desarrollar a las maravillas las notables aptitudes que manifestaba para la ociosidad más completa.

Mi primera exploración de la larga galería que contenía la colección no produjo en mí sino un horroroso encogimiento de corazón. ¡Qué! ¡Iba a vivir allí, en medio de esas cosas inertes, en compañía de esos innumerables guijarros de todas las formas, de todas las dimensiones, de todos los colores, tan mudos los unos como los otros, y todos etiquetados con nombres bárbaros de los que me prometía no retener jamás uno solo!

Mi risueña existencia no había sido más que una escuela rabona en el sentido más literal de la palabra, y mi tío, habiendo observado con qué sagacidad, desde mi infancia, descubría las moras salvajes y los verdes manzanos enanos de las cercas, con qué paciencia sabía huronear el seto para sorprenderlos nidos de tordo y pardillo, había acariciado la idea de ver despertarse en mí, tarde o temprano, los instintos de un serio amante de la naturaleza: pero como luego había sido, en el colegio, el más hábil en gimnasia cuando se trataba de escalar un muro y tomarse las de Villadiego, mi tío quería castigarme un poco encerrándome en la austera contemplación de los huesos del globo, haciéndome considerar, por lo demás, como resarcimiento futuro, el estudio de las plantas y los animales.

¡Qué distancia había desde ese mundo muerto en el que estaba relegado, a las delicias sin fin y sin nombre de mi vagabundeo! Pasé varias semanas sentado en un rincón, sombrío como las columnas de basalto prismático de las que se enorgullecía el peristilo del monumento, triste como el banco de ostras fósiles sobre el que veía a mis patronos echar miradas de enternecimiento paternal.

Cada día, escuchaba las lecciones, es decir una serie de palabras que no me ofrecían ningún sentido y que me volvían en sueños como fórmulas

cabalísticas, o bien asistía al curso de geología que daba mi digno tío. El buen hombre no habría carecido de elocuencia, si la ingrata naturaleza no hubiera afligido con un tartamudeo insuperable al más ferviente de sus adoradores. Sus benévoloos colegas aseguraban que su lección valía más por ello, y que su enfermedad tenía eso de útil pues ejercía una influencia mnemotécnica sobre el auditorio, encantado de escuchar repetir varias veces las principales sílabas de las palabras.

En cuanto a mí, me sustraía al beneficio de este método durmiéndome regularmente desde la primera frase de cada sesión. De vez en cuando, una explosión aguda de la temblorosa voz del anciano me hacía saltar sobre el banco; abría los ojos a medias, y percibía, a través de las nubes de mi letargo, su cráneo calvo donde lucía un rayo extraviado del sol de mayo, o su mano ganchuda armada de un fragmento de roca que parecía querer lanzarme a la cabeza. Volvía a cerrar rápidamente los ojos y me dormía nuevamente sobre estas consoladoras palabras: "Esto, señores, es una muestra bien determinada de la materia que constituye el objeto de esta enseñanza. El análisis químico da, etc."

Algunas veces, un vecino constipado me sorprendía de nuevo sonándose con un ruido de trompeta. Veía entonces a mi tío dibujar con la tiza perfiles de accidentes geológicos sobre la enorme tabla negra colocada detrás de él. Volvía la espalda al público, y el lazo desmesurado de su traje, cortado a la moda del Directorio, hacía subir sus orejas de forma muy extraña. Entonces, todo se confundía en mi cerebro, los ángulos de su dibujo con aquellos de su persona, y llegaba a no ver en él sino enderezamientos insensatos y estratificaciones discordantes. Tenía yo extrañas fantasías donde participaba la alucinación. Un día en que nos daba una lección sobre los volcanes, imaginé ver, en la boca abierta de algunos viejos adeptos colocados a su alrededor, otros tantos pequeños cráteres prontos a entrar en erupción, y el ruido de los aplausos me pareció la señal de esas detonaciones subterráneas que lanzan piedras abrasadas y vomitan lavas incandescentes.

Mi tío Tungstenius (es el nombre de guerra que había reemplazado a su nombre de familia) era bastante malicioso bajo su aparente bondad. Había jurado llegar hasta el fin de mi resistencia, teniendo el aspecto de no reparar en ella. Un día, imaginó hacerme sufrir una prueba temible, y fue volverme a poner en presencia de mi prima Laura.

Laura era la hija de mi tía Gertrude, hermana de mi difunto padre, del que mi tío Tungstenius era el hermano mayor. Laura era huérfana, aunque su padre estuviera vivo. Era un activo comerciante que, a continuación de mediocres negocios, había partido hacia Italia, de donde había pasado a Turquía. Allí había hallado, se decía, el medio de enriquecerse: pero jamás se estaba seguro de nada con él. Escribía muy poco y reaparecía a intervalos tan raros que apenas le conocíamos. En cambio, su hija y yo nos habíamos conocido mucho, pues habíamos sido criados juntos en el campo; luego había venido la edad de separarnos para ponernos en pensión, y nos habíamos olvidado, o poco faltó para ello.

Había dejado una niña flaca y amarilla; volvía a encontrar una joven de dieciséis años, delgada, rosada, con cabellos magníficos, ojos azules, una sonrisa donde la alegría y la bondad tenían una gracia incomparable. Si ella era bonita, no lo sé: era encantadora, y mi sorpresa fue un deslumbramiento que me sumió en el más completo idiotismo.

— ¡Vaya, primo Alexis! —me dijo— ¿Qué haces, y en qué pasas tu tiempo aquí?

Bien habría querido encontrar otra respuesta que la que le di; pero tras buscar y tartamudear, me fue preciso confesar que pasaba mi tiempo en no hacer nada.

—¡Cómo! —prosiguió ella con profunda sorpresa— ¿nada? ¿Es posible vivir sin hacer nada, a menos que se esté enfermo? ¿Estás pues enfermo, mi pobre Alexis? Sin embargo no tienes aspecto de estarlo.

Fue necesario confesar aún que estaba bien.

—Entonces —dijo llevando a mi frente la punta de su lindo dedo, adornado con una bonita sortija de cornalina blanca—, tu mal está ahí; te aburres en la ciudad.

—Es la verdad, Laura —exclamé con ardor—. Echo de menos el campo y el tiempo en que éramos tan felices juntos.

Estaba orgulloso de haber encontrado finalmente una réplica tan hermosa; pero la carcajada con que fue acogida hizo recaer sobre mi corazón una montaña de confusión.

—Creo que tú estás loco —dijo Laura—. Puedes echar de menos el campo, pero no la felicidad de que gozábamos juntos: pues siempre íbamos cada uno por su lado, tú robando, cogiendo, echando a perder todo, yo haciendo pequeños jardines en los que gustaba ver germinar, verdear y florecer. El campo era un paraíso para mí, porque lo quiero de verdad; en cuanto a ti, tu libertad es lo que lloras, y te compadezco por no saberte ocupar para consolarte. Eso prueba que no comprendes nada de la belleza de la naturaleza, y que no eras digno de la libertad.

No sé si Laura repetía una frase redactada por nuestro tío y aprendida de memoria; pero la despachó tan bien, que fui aplastado. Huí, me escondí en un rincón, y me deshice en lágrimas.

Durante los días siguientes, Laura no me habló más que para decirme buenos días y buenas noches, y la escuché con estupor hablar de mí en italiano con su aya. Como me miraban a cada instante, se trataba evidentemente de mi pobre persona; pero ¿qué decían? A primera vista me parecía que una me trataba con desprecio y que la otra me defendía con aire de compasión. Sin embargo, como cambiaban a menudo de rol,

me era imposible saber decididamente cuál me compadecía y buscaba excusarme.

Yo residía en casa de mi tío, es decir en una parte del establecimiento donde me había asignado como albergue un pequeño pabellón, separado del que él habitaba por el jardín botánico. Laura pasaba sus vacaciones en su casa, y yo la veía a la hora de las comidas. Siempre la encontraba ocupada, ya en leer, ya en bordar, ya en pintar flores o haciendo música. Bien veía que ella no se aburría: pero no osaba más dirigirle la palabra y preguntarle el secreto de tomar gusto a cualquier ocupación.

Al cabo de una quincena, abandonó Fischhausen para Fischerburg, donde debía residir con su aya y una vieja prima que reemplazaba a su madre. Yo no había osado romper el hielo: pero el golpe me había alcanzado, y me puse a estudiar con ardor, sin discutir, sin examinar, sin escoger y sin razonar, cuanto entraba en el programa trazado por el tío Tungstenius.

¿Estaba yo enamorado? No lo sabía, y aún hoy no estoy seguro de ello. Mi amor propio había sido cruelmente herido por primera vez. Insensible hasta entonces al mudo desdén de mi tío y a las burlas de mis condiscípulos, había enrojecido ante la piedad de Laura. Todos los demás eran para mí viejos chochos, sólo ella me había parecido hacer uso de un derecho al censurarme.

Un año más tarde, estaba completamente transformado. ¿Era en ventaja mía? Se lo decía a mi alrededor, y, con ayuda de mi vanidad, tenía yo una muy buena opinión de mí mismo. No había una palabra del curso de mi tío que no hubiera podido engastar en su sitio dentro de la frase en que se había encontrado, una muestra de la colección litológica que no hubiera podido designar por su nombre, con el de su grupo, el de su variedad, y todo el análisis de su composición, toda la historia de su formación y de su yacimiento. Sabía hasta el nombre del donante de cada objeto precioso y la fecha de entrada de dicho objeto a la galería.

Entre estos últimos nombres, había uno que se encontraba repetidas veces sobre los catálogos, y particularmente a propósito de las más bellas gemas. Era el de Nasias, nombre desconocido en la ciencia, y que me intrigaba bastante por su misteriosa extrañeza. Mis camaradas no sabían de él mucho más que yo. Según unos, ese Nasias era un judío armenio que antiguamente había hecho intercambios entre nuestro gabinete y otras colecciones del mismo género. Según otros, era el seudónimo de un donante desinteresado. Mi tío no parecía saber acerca de esto más que nosotros. La fecha de sus envíos se remontaba a una centena de años.

Laura volvió con su aya a pasar las vacaciones. Fui nuevamente presentado a ella con grandes cumplidos a mi favor de parte de mi tío. Yo me mantenía derecho como una columna, miraba a Laura con aire confiado. Contaba con verla un poco confusa ante mi mérito. ¡Ay! No



hubo nada de eso. La traviesa se echó a reír, me tomó la mano y, sin dejarla, me midió con una mirada de admiración burlona; después de lo cual, declaró a nuestro tío que me encontraba mucho más feo.

Sin embargo no me desconcerté y, pensando que ella dudaba aún de mi capacidad, me puse a interrogar a mi tío acerca de un punto que me parecía había descuidado en su última lección, ingenioso pretexto para hacer muestra, ante las damas, de palabras técnicas y teorías aprendidas de memoria. Mi tío se prestó con complaciente sencillez a ese manejo que duró mucho tiempo y puso todas mis luces en evidencia.

Laura no pareció reparar en ello y empezó en voz baja, en el extremo de la mesa, un diálogo en italiano con su aya. Yo había estudiado un poco esta lengua en mis escasos momentos de ocio; presté oídos, en varias ocasiones, y reconocí que se trataba de una discusión entre ellas acerca de la manera de conservar los guisantes. Adquirí entonces ventaja ante mis propios ojos. Aunque Laura estuviera aún más bella, me sentí indiferente a sus encantos, y la dejé diciéndole interiormente: “Si yo hubiera sabido que no eras más que una tonta pequeña burguesa, no me habría tomado tantas molestias para mostrarte de qué soy capaz.”

A pesar de esta reacción de mi orgullo, al cabo de una hora me sentí muy triste, y como abrumado bajo el peso de una inmensa decepción. Mi jefe inmediato, el sub-ayudante conservador, me vio sentado en un rincón de la galería, en la actitud quebrantada y con el rostro sombrío que me eran habituales el año precedente.

—¿Qué tienes? —me dijo—. Se diría que hoy te acuerdas de haber sido el mayor tardígrado de la creación.

Walter era un excelente joven: veinticuatro años, una cara amable, un espíritu serio y alegre. Tenía en la mirada y en la palabra la serenidad de una conciencia pura. Se había mostrado siempre indulgente y afectuoso para conmigo. No podía abrirle mi corazón en el que yo mismo no veía claro: pero le dejé ver las preocupaciones que surgían vagamente en mí, y terminé preguntándole qué pensaba de nuestros áridos estudios, que no tenían valor más que a los ojos de algunos adeptos de la ciencia, y permanecían letra cerrada para el común de los mortales.

—Mi querido muchacho —respondió—, hay tres maneras de considerar el fin de nuestros estudios. Tu tío, que es un sabio respetable, va a caballo de una sola de esas maneras, y el caballo que conduce con maestría, que espolea con furor, que a menudo le lleva más allá de toda certidumbre, se llama hipótesis. El rudo y ardiente caballero querría, como Curtius, hundirse en los abismos de la tierra, pero para descubrir allí el comienzo de las cosas y el desarrollo sucesivo y regular de esas cosas primeras. Creo que busca lo imposible: el caos no soltará su presa, y la palabra misterio está escrita sobre la cuna de la vida terrestre. No importa, los trabajos de tu tío tienen un gran valor, porque en medio de muchos errores, libera muchas verdades. Sin la hipótesis

que le apasiona y que ha apasionado a tantos otros, estaríamos aquí aún en la letra muerta o en el simbolismo inexacto de la Génesis.

—Pero —continuó Walter—, hay una segunda manera de considerar la ciencia, y es la que me ha seducido. Se trata de aplicar a la industria las riquezas que duermen entre las hojas de la corteza terrestre, y que, todos los días, gracias a los progresos de la física y de la química, nos revelan particularidades nuevas y elementos de bienestar, fuentes de poder infinito para el porvenir de las sociedades humanas.

—En cuanto a la tercera manera, es interesante pero pueril. Consiste en conocer el detalle de los innumerables accidentes y de las minuciosas modificaciones que presentan los elementos mineralógicos. Es la ciencia de los detalles, que poseen los aficionados a las colecciones y que interesa también a los lapidarios, a los joyeros...

—¡Y a las mujeres! —exclamé con un acento de piedad desdeñosa viendo a mi prima, que acababa de entrar a la galería, pasearse lentamente a lo largo de la vitrina que contenía las gemas.

Ella escuchó mi exclamación, se volvió, echó sobre mí una mirada donde se pintaba la más completa indiferencia, y prosiguió tranquilamente su examen sin prestarme más atención.

Iba a continuar la conversación con Walter, cuando éste me preguntó si no ofrecería el brazo a mi prima para darle las explicaciones que ella pudiera desear.

—No —respondí bastante alto como para ser escuchado—. Mi prima ya ha visto otras veces la colección ordenada por su tío y la única cosa que puede interesarle aquí, es la que precisamente nos interesa muy poco.

—Confieso —prosiguió Walter bajando la voz y mostrándome el lado de la galería que recorría Laura— que daría todas las piedras preciosas amontonadas a precio de oro bajo esos bastidores por las hermosas muestras de hierro y hulla que están ahí cerca de nosotros. El pico del minero, he ahí, amigo mío, el símbolo del porvenir del mundo, y, en cuanto a esas bagatelas brillantes que adornan la cabeza de las reinas o los brazos de las cortesanas, me preocupan tanto como un ardite. El trabajo es grande, mi querido Alexis, el trabajo que beneficia a todos y que proyecta a lo lejos el resplandor de la civilización, he aquí lo que domina mi pensamiento y dirige mis estudios. En cuanto a la hipótesis...

—¿Qué habláis de hipó...po...tesis? —tartamudeó detrás de nosotros la voz enojada de mi tío Tungstenius—, La hipo...po...pótesis es un término irrisorio de los pe...pe., rezosos, que reciben sus opiniones completamente hechas y rechazan cual quimeras las investigaciones de los mayores ingenios.

Y después, calmándose poco a poco ante las excusas y denegaciones de Walter, el buen hombre prosiguió sin tartamudear demasiado:

—Haréis bien, hijos, en no abandonar jamás el hilo conductor de la lógica. No hay efectos sin causa. La tierra, el cielo, el universo y nosotros mismos, no somos más que efectos, resultados de una causa sublime o fatal. Estudiad los efectos, me parece bien, pero no sin buscar la razón de ser de la naturaleza misma.

—Tienes razón, Walter, en no cautivarte por las minucias de las clasificaciones y denominaciones puramente mineralógicas; pero buscas lo útil con tanta estrechez de ideas como los mineralogistas buscan lo raro. Yo no me preocupo más que tú por los diamantes y las esmeraldas que constituyen el orgullo y la diversión de un pequeño número de privilegiados de la fortuna: pero, cuando encierras tu alma entera entre las paredes de una mina más o menos rica, me produces el efecto del topo que huye de los rayos del sol.

—El sol de la inteligencia, hijo mío, es el razonamiento. Inducción y deducción, no hay que salir de ahí, y poco me importa que me hagas dar la vuelta al mundo en un buque a vapor, si no me enseñas jamás por qué la tierra es un globo y por qué ese globo tiene evoluciones y revoluciones. Aprende a batir el hierro, a convertirlo en fundición o en acero, lo consiento; pero, si toda tu vida es una aplicación exclusiva a las cosas materiales, tanto valdría para ti ser hierro tú mismo, es decir una sustancia inerte privada de razonamiento. El hombre no vive solamente de pan, amigo mío; no vive por completo sino por el desarrollo de sus facultades de examen y de comprensión.

Mi tío habló aún mucho tiempo en ese tono, y, sin permitirse contradecirle, Walter defendió lo mejor que pudo la teoría de la utilidad directa de los tesoros de la ciencia. Según él, el hombre no podía llegar a las luces del espíritu más que después de haber conquistado los goces de la vida positiva.

Escuchaba esta interesante discusión, cuyo alcance me golpeaba por primera vez. Me había levantado y, apoyado sobre la barra de cobre que protege exteriormente las vitrinas, miraba maquinalmente del lado de la colección mineralógica recorrida un instante antes por Laura, y desdeñada al unísono por mi tío, por Walter y por mí. Me había colocado así sin saber demasiado por qué; pues mi tío y Walter se habían vuelto del lado de las rocas, es decir de la colección puramente geológica. Quizá, sin saberlo yo, estaba dominado por el vago placer de respirar una rosa blanca puesta y olvidada sobre el borde de la vitrina por Laura.

Sea como fuere, tenía los ojos fijados sobre la serie de los cuarzos hialinos, dicho de otro modo cristales de roca, donde Laura había parecido detenerse un instante con cierto placer y, escuchando siempre los razonamientos de mi tío, queriendo así mismo olvidar a Laura, que había desaparecido, contemplaba una magnífica geoda de cuarzo amatista totalmente llena de cristales de una transparencia y frescura de prismas verdaderamente notables.

Mi pensamiento no compartía sin embargo la fijeza de mi mirada: flotaba al azar, y el perfume de la pequeña rosa almizclada volvía a llevar a mi ser bajo la dependencia del instinto. Amaba esa rosa, y creía no obstante odiar a la que la había cogido. La respiraba con aspiraciones que se traducían en besos, la apretaba contra mis labios con un despecho que se traducía en mordeduras. De repente sentí una mano ligera posarse sobre mi hombro, y una voz deliciosa, la voz de Laura, me habló al oído.

—No te vuelvas, no me mires —decía—; deja esa pobre rosa tranquila y ven a recoger conmigo las flores de pedrerías que no se marchitan. Ven, sígueme. No escuches los fríos razonamientos de mi tío y las blasfemias de Walter. Pronto, pronto, amigo, partamos hacia las mágicas regiones del cristal. Allí corro, sígueme si me amas.

Me sentí de tal modo sorprendido y turbado, que no tuve ni la fuerza de mirar a Laura, ni la de responderle. Por otra parte, ya no estaba más a mi lado; estaba delante de mí, como si hubiera atravesado la vitrina, o la vitrina se hubiera vuelto una puerta abierta. Huía o más bien volaba en un espacio luminoso en el que yo la seguía sin saber dónde estaba, ni por qué claridad fantástica estaba deslumbrado.

La fatiga me detuvo y me venció al cabo de un tiempo cuya duración me fue completamente inapreciable. Me dejé caer con desaliento. Mi prima había desaparecido.

—¡Laura! ¡querida Laura! —exclamé con desesperación—, ¿adónde me has conducido, y por qué me abandonas?

Sentí entonces la mano de Laura posarse nuevamente sobre mi hombro, y su voz me habló de nuevo al oído. Al mismo tiempo, la voz aguda del tío Tungstenius decía a lo lejos:

—¡No, no hay hipo...po...pótesis en todo esto!

Mientras tanto, Laura también me hablaba, y yo no la comprendía. Primero creí que era en italiano, luego en griego, y finalmente reconocí que era una lengua completamente nueva, que poco a poco se me revelaba como el recuerdo de otra vida. Entendí muy claramente el sentido de la última frase.

—Mira pues adonde te he conducido —decía—, y reconoce que he abierto tus ojos a la luz del cielo.

Comencé entonces a ver y a comprender en qué sorprendente lugar me encontraba. Estaba con Laura en el centro de la geoda de amatista que adornaba la vitrina de la galería mineralógica; pero lo que hasta entonces había tomado ciegamente y a fe ajena por un bloque de pedernal hueco, del grueso de un melón cortado por la mitad y con el interior tapizado de cristales prismáticos de altura y agrupamiento irregular, era en realidad un circo de altas montañas que encerraban

una inmensa cuenca llena de colinas abruptas erizadas de agujas de cuarzo violeta, la más pequeña de las cuales habría podido dejar atrás, al menos en volumen y elevación, a la cúpula de San Pedro de Roma.

Desde entonces ya no me asombré por la fatiga que había experimentado trepando una de esas agujas rocosas a paso de carga, y tuve un gran miedo al verme sobre la pendiente de un brillante precipicio a cuyo fondo visos misteriosos me llamaban por la fascinación del vértigo.

—Levántate y nada temas —me dijo Laura—. En el país donde estamos, el pensamiento marcha y los pies siguen. El que comprende no puede caer.

Ella marchaba en efecto, la tranquila Laura, sobre esos rápidos taludes que se hundían por todas partes hacia el abismo y cuya superficie pulida recibía el resplandor del sol y los devolvía en haces irisados. El lugar era admirable y pronto reconocí que andaba con tanta seguridad como Laura. Finalmente ella se sentó al borde una pequeña hendedura preguntándome con una risa infantil si reconocía el sitio.

—¿Cómo lo reconocería? —le dije— ¿No es la primera vez que vengo aquí?

—¡Cabeza de chorlito! —continuó— ¿Ya no te acuerdas más haber tocado torpemente la geoda, el año pasado, y haberla dejado caer sobre el empedrado de la galería? Uno de los cristales se ha mellado, tú no te has percatado de ello: pero la huella del accidente ha quedado, y hela aquí. Bastante la has mirado para reconocerla. Hoy, te sirve de gruta para resguardar tu pobre cabeza fatigada del brillo del sol sobre la gema.

—En efecto, Laura —respondí—, al presente la reconozco muy bien; pero no puedo comprender cómo una rotura apenas perceptible a simple vista, en una muestra que mis dos manos podían contener, se ha convertido en una caverna en la que ambos podemos sentarnos, al costado de una montaña que cubriría todo el emplazamiento de nuestra ciudad...

—¿Y en el centro de una comarca —prosiguió Laura— que abraza un horizonte cuyas profundidades apenas puede asir tu vista? Todo esto te asombra, mi pobre Alexis, porque eres un niño sin experiencia y sin reflexión. Mira bien esta encantadora comarca, y comprenderás sin dificultad la transformación que te parece haber sufrido la geoda.

Contemplé largo rato y sin cansarme el paisaje deslumbrador que dominábamos. Más lo miraba, mejor me habituaba a soportar su brillo, y poco a poco se volvió tan grato a mis ojos como el verdor de los bosques y praderas de nuestras regiones terrestres. Observé con sorpresa unas formas geométricas que me recordaban las de nuestros glaciares, y pronto hasta los menores detalles de esa cristalización

gigantesca se me hicieron tan familiares como si los hubiera explorado cien veces en todos los sentidos.

—Bien, ves —me dijo entonces mi compañera recogiendo una de las brillantes piedras que yacían a nuestros pies—, bien ves que ese macizo de montañas ahuecado en círculo es totalmente semejante a este guijarro vaciado en el centro. Que uno sea pequeño y el otro inmenso, la diferencia es apenas apreciable en la extensión sin límites de la creación. Cada joya de este vasto estuche tiene su valor sin par, y el espíritu que no puede asociar en su amor el grano de arena a la estrella es un espíritu tullido o torcido por la engañosa noción de lo real.

¿Era Laura quien así me hablaba? Intenté cerciorarme: pero ella misma brillaba como la gema más clara, y mi mirada, habituada ya a los esplendores del mundo nuevo que me había revelado, todavía no podía soportar la irradiación que parecía emanar de ella.

—Mi querida Laura —le dije—, comienzo a comprender. Sin embargo, allá arriba, muy lejos de aquí, y por todos lados en el horizonte que nos encierra, picos de hielo y llanuras de nieve...

—Mira la pequeña geoda— dijo Laura poniéndomela en la mano— . Ves que los cristales del contorno son límpidos como el hielo y veteados de matices opacos blancos como la nieve. Ven conmigo, y verás de cerca esos glaciares eternos donde el frío es desconocido y la muerte no puede sorprendemos.

La seguí, y ese trayecto que estimaba debía ser de varias leguas, fue recorrido en tan pocos instantes que no tuve conciencia de él. Pronto estuvimos sobre la cima más elevada del gran pico de hielo, que en realidad no era más que un colosal prisma de cuarzo hialino lechoso, tal cual lo atestiguaba, en una reducción manejable, la geoda que yo tenía como punto de comparación, y tal cual Laura me lo había anunciado; pero ¡qué espectáculo grandioso se presentó nuevamente desde lo alto de la cima del gran cristal blanco! A nuestros pies, el círculo de amatista, ahogado en sus propios reflejos, ya no era sino un pequeño accidente del cuadro, agradable por la dulzura melancólica de sus tintes lilas y concurriendo con la elegancia de sus formas a la armonía del conjunto. ¡Cuántos otros esplendores se desarrollaban en el espacio!

—¡Oh Laura, mi querida Laura! —exclamé—. ¡Bendita seas por haberme conducido hasta aquí! ¿Dónde has aprendido la existencia y el camino de estas maravillas?

—¡Que te importa! —respondió—. Contempla y saborea la belleza del mundo cristalino. El valle de la amatista no es, como lo ves, más que uno de los mil aspectos de esta naturaleza inagotable en riquezas. Aquí ves, sobre la otra vertiente del grueso cristal, el encantador mundo de los jaspes con vetas cambiantes. Ningún cataclismo ha ensuciado ni enterrado en bárbaras mezclas y confusiones brutales estos magníficos y pacientes trabajos de la naturaleza. Mientras que, en nuestro pequeño

mundo sacudido y cien veces arreglado, la gema está rota, dispersada, sepultada en mil lugares desconocidos y oscuros, aquí ella se expone, chispea, reina en todas partes, fresca y pura, y verdaderamente real como en los primeros días de su risueña formación.

—He ahí, más lejos, los valles donde la sardónice color ámbar se redondea en poderosas colinas, en tanto que una cadena de jacintos, de un rojo oscuro y reluciente, completa la ilusión de un abrasamiento inconmensurable. El lago que las refleja a medias en sus orillas, pero que en el centro ofrece una superficie de olas suavemente levantadas, es una región de calcedonias de tonos indecisos, cuyo cabrilleo nebuloso recuerda el de los mares bajo la acción de una brisa regular.

—En cuanto a esas masas de berilios y zafiros, materia cuya rareza es tan bien valuada entre nosotros, no tienen aquí más importancia que las otras obras de Dios. Se extienden hasta el infinito en esbeltas columnatas que quizá tomas por selvas lejanas, como apuesto a que tomas esos finos y tiernos verdes de crisoprasa por bosquecillos, y esas eflorescencias cristalinas de piromorfita por tapices de musgos aterciopelados que acarician los bordes del barranco de ágata de mil colores; pero esto no es nada.

—Avancemos un poco, descubrirás los océanos de ópalo donde el sol, ese diamante encendido cuya potencia creadora no conoces, retoza con todos los reflejos del arco iris. No te detengas en estas islas de turquesa, más lejos están las de la delicada lazulita y del lapislázuli enteramente vetado de oro.

—He aquí la insensata labradorita que hace espejear sus facetas alternativamente incoloras y nacaradas, y la venturina de lluvia de plata que muestra sus flancos pulidos, en tanto que la roja y cálida almandina, cantada por un viajero que se llamaba Hoffmann, concentra sus fuegos hacia el centro de su austera montaña.

—En cuanto a mí, amo esas humildes selenitas rosa que sobresalen en largas murallas superpuestas hasta las nubes, y esas fluoritas delicadamente teñidas de los más frescos colores, o también los bloques de ortosa, que entre nosotros se llama piedra de luna, porque posee el suave reflejo de los rayos de este astro.

—Si quieres subir hasta los polos de este mundo encantado, a través de los bancos de hielo de la cerita satinada y la límpida aguamarina, vamos a ver. las auroras boreales permanentes que jamás ha contemplado el hombre, y comprenderás que en este universo inmóvil según tú, palpita la vida más intensa en aspiraciones de una energía tan formidable que...

Aquí, la voz embriagadora de mi prima Laura fue cubierta por un estrépito semejante al de cien millones de truenos. Cien millares de millones de cohetes resplandecientes se elevaron en un cielo negro que en un principio había tomado por una inconmensurable bóveda de turmalina, pero que se desgarró en cien millones de jirones ardientes.

Todos los reflejos se extinguieron, y vi claramente los abismos del empíreo sembrados de estrellas de colores tan intensos y de un volumen tan apocalíptico, que caí de coronilla y perdí el conocimiento...

—No es nada, mi querido Alexis —me dijo Laura colocando sobre mi frente algo frío que me pareció un carámbano—. Vuelve en ti y reconoce a tu prima, tu tío Tungstenius y tu amigo Walter, que te ruegan encarecidamente sacudas este letargo.

—No, no, no será nada —dijo mi tío, que me sostenía la muñeca para controlar los latidos del pulso—; pero otra vez, cuando hayas charlado un poco demasiado en el almuerzo embuchándote distraídamente uno tras otro grandes tragos de mi vinito blanco del Neckar, no te entretengas en romper con tu cabeza las vitrinas del gabinete ni en dispersar como un loco los cristales y las gemas de la colección. ¡Dios sabe qué estropicio habrías podido hacer si no nos hubiéramos encontrado allí, sin contar con que tu herida hubiera podido ser más grave y costarte un ojo o una parte de la nariz!

Llevé maquinalmente la mano a mi frente y la retiré manchada con algunas gotas de sangre.

—Deja eso tranquilo —me dijo Laura—, voy a cambiar la compresa; bebe un poco de esta vulneraria, hijo mío, y no nos mires con ese aire perdido y confuso. Bien me consta que no estabas ebrio, y que esto es una pequeña congestión producida por el abuso de un trabajo ingrato.

—Oh mi querida Laura —le dije con esfuerzo apoyando mis labios sobre su mano—, ¿cómo puedes aplicarlas palabras trabajo ingrato al admirable viaje que hemos hecho juntos a través del cristal? ¡Devuélveme esa resplandeciente visión de los océanos de ópalo y de las islas de lapislázuli! ¡Volvamos a los verdes bosquecillos de crisoprasa y a las sublimes riberas de euclasa y de espinela, o a las fantásticas estalagmitas de las grutas de alabastro que nos invitaban a tan dulce reposo! ¿Por qué has querido hacerme franquear los límites del mundo sideral y hacerme ver cosas que el ojo humano no puede soportar?

—¡Basta, basta! —dijo mi tío con tono severo—. Esto es la fiebre y te prohíbo decir una palabra más. Ve a buscar un médico, Walter; y tú, Laura, continúa refrescándole el cerebro con unas compresas.

Creo que tuve una especie de enfermedad y muchos sueños confusos cuyas visiones no fueron siempre agradables. La asidua presencia del bueno de Walter me arrastraba precisamente a extraños terrores. En vano intentaba probarle que yo no estaba loco, haciéndole un fiel relato de mi viaje por el cristal; sacudía la cabeza y se encogía de hombros.

—Mi pobre Alexis —me decía—, es algo triste y verdaderamente humillante para tus amigos y para ti mismo que en medio de enseñanzas sanas y racionales, te hayas dejado dominar hasta el delirio por esas miserables gemas, buenas cuando mucho para entretener a los niños y a



los aficionados a las colecciones. Confundes todo en tu cerebro, bien lo veo, las materias útiles con los minerales cuyo único valor es la rareza. Me hablas de fantásticas columnatas de aljez y de tapices de musgo de plomo fosfatado. No es necesario sufrir el encanto de la alucinación para ver esas maravillas en el seno de la tierra, y los filones de las minas ofrecerían a tus ojos, ávidos de formas extrañas y de colores suaves y brillantes, los tesoros del antimonio con mil agujas azul de cobalto, del manganeso carbonatado en pasta de un rosa de escaramujo, de la cerusita en haces de un blanco perlado, de los cobres modificados en todos los matices del arco iris, desde las verdes malaquitas hasta las azuritas azul de ultramar; pero todas esas coqueterías de la naturaleza no prueban nada, como no sea unas combinaciones químicas que tu tío llamaría racionales, en tanto que yo las llamo fatales. No has visto bastante la finalidad de la ciencia, mi querido muchacho. Has atiborrado tu memoria de vanos detalles, y he aquí que te fatigan el cerebro sin provecho para la vida práctica. Olvida tus picos de diamante, el diamante no es más que un poco de carbón cristalizado. La hulla es cien veces más preciosa y, en razón de su utilidad, la encuentro mucho más bella que aquél. Recuerda lo que te decía, Alexis: la zapa, el yunque, la sonda, el pico y el martillo, ¡he ahí las joyas más brillantes y las fuerzas más respetables del razonamiento humano!

Escuchaba hablar a Walter, y mi imaginación sobrexcitada le seguía en la profundidad de las excavaciones subterráneas. Veía reflejos de antorchas iluminando de repente las vetas de oro que corrían en los flancos del cuarzo color de herrumbre; escuchaba las voces roncadas de los mineros abismándose en las galerías de hierro o en las cámaras de cobre, y sus pesadas mazas de acero abatiéndose sin misericordia, con una rabia brutal, sobre los más ingeniosos productos del trabajo misterioso de los siglos. Walter, conduciendo esta horda ávida y bárbara, me daba la impresión de un jefe de los Vándalos, y la fiebre corría en mis venas, el miedo helaba mis miembros: sentía resonar los golpes en mi cráneo, y escondía la cabeza en los almohadones de mi lecho gritando:

—¡Gracia! ¡Gracia! ¡la piocha, la horrible piocha!

Un día, mi tío Tungstenius, viéndome calmo, quiso también convencerme de que mi viaje por las brillantes regiones del cristal no era sino un sueño.

—Si tú has visto todas esas cosas bonitas —me dijo—, te felicito. Eso podía ser harto curioso, sobre todo las islas de turquesa, si provenían de una gigantesca aglomeración de despojos de animales antediluvianos; pero harías mejor en olvidar esas exageraciones de tu fantasía y estudiar, si no con más exactitud, al menos con más razonamiento, la historia de la vida desde su origen y durante todo el curso de sus transformaciones sobre nuestro globo. Tu visión no te ha presentado más que un mundo muerto o aún por nacer. Habías pensado quizá demasiado en la luna, donde nada nos señala todavía la presencia de

vida orgánica. Más valdría pensar en esa sucesión de magníficos alumbramientos a los que sin razón se llama las razas perdidas, como si algo pudiera perderse en el universo, y como si toda vida nueva no fuera la transformación de elementos de la vida anterior.

Yo escuchaba más gustosamente a mi tío que a mi amigo Walter, porque, a pesar de su tartamudeo, decía cosas bastante buenas y no despreciaba tanto como éste las combinaciones de la forma y del color. Sólo que el sentido de lo bello, que me había sido revelado por Laura en nuestra excursión a través del cristal, le estaba absolutamente negado. Era susceptible de admiración entusiasta; pero para él la belleza era un estado del ser en relación con las condiciones de su existencia. Caía en éxtasis frente a los más horribles animales de las épocas antediluvianas. Se pasmaba de gozo frente a los dientes del mastodonte, y las facultades digestivas de ese monstruo le arrancaban llantos de enternecimiento. Todo era para él mecanismo, relación, adecuación y función.

Al cabo de algunas semanas, estuve curado y me di perfectamente cuenta del delirio del que había sido preso. Al verme volver a estar lúcido, cesaron de atormentarme, y se contentaron con prohibirme hablar nuevamente, incluso riendo, de la geoda de amatista y de cuanto había visto desde la cima del grueso cristal blanco lechoso.

Laura era al respecto de una discreción o de una severidad a toda prueba. Tan pronto como yo abría la boca para recordarle esta magnífica excursión, ella me la cerraba con la mano; pero no me desanimaba con los demás.

—¡Más tarde! ¡más tarde! —me decía con una misteriosa sonrisa—. Recupera tus fuerzas, y veremos si has tenido un sueño de poeta o de loco.

Comprendí que me expresaba bastante mal y que ese mundo que me había parecido tan hermoso se tomaba ridículo al pasar por la pedantería prosaica de mi narración. Me prometí formar mi espíritu y pulirlo con las formas en uso del lenguaje.

Durante mi enfermedad me había apegado mucho a Laura. Ella me había distraído en mi melancolía, tranquilizado en mis pesadillas, en una palabra cuidado como si hubiese sido su hermano. En el estado de debilidad en el que estuve largo tiempo sumido, los ardores del amor no habían podido adueñarse más que de mi imaginación bajo la forma de sueños fugitivos. Mis sentidos habían permanecido mudos, mi corazón no habló realmente hasta el día en que mi tío me anunció la partida de mi prima.

Volvíamos del curso, al que había asistido por primera vez desde mi enfermedad.

—Sabes —me dijo— que hoy no almorzaremos con Laura. La prima Lisbeth ha venido a buscarla muy de mañana. No ha querido que se te

despertara, pensando que experimentarías quizá cierta pena al separarte de ella.

Mi tío creía ingenuamente que esa ligera pena abortaría ante el hecho consumado: quedó muy sorprendido al verme deshacerme en llanto.

—Vamos —me dijo—, te creía curado, y no lo estás, puesto que te afectas, como un niño, por una contrariedad tan insignificante.

La contrariedad fue un dolor, yo amaba a Laura. Era una amistad, una costumbre, una confianza, una simpatía verdaderas, y sin embargo Laura no realizaba cierto tipo que la visión había dejado en mí y que me hubiera sido imposible definir. En el cristal la había visto más grande, más bella, más inteligente, más misteriosa de lo que la encontraba en la realidad. En la realidad, ella era simple, buena, alegre, un poco formal. Me parecía que habría pasado mi vida perfectamente feliz junto a ella, pero siempre con la aspiración de un nuevo salto hacia ese mundo encantado de la visión al que en vano negaba haberme conducido. Me parecía también que me engañaba para hacerme olvidar la impresión demasiado viva, y que de su afecto por mí dependía transportarme allí nuevamente, cuando mis fuerzas me lo permitieran.

## II

Dos años, durante los cuales trabajé con mayores frutos, transcurrieron sin que volviera a ver a Laura. Había ido a pasar sus vacaciones al campo, y, en lugar de reunirme allí, me había visto precisado a seguir a mi tío en una excursión geológica al Tirol. Por fin, Laura, más bella y amable que nunca, reapareció un día de verano.

—Y bien —me dijo tendiéndome las dos manos—, nos has embellecido, mi guapo Alexis; pero tienes una buena cara de muchacho honesto que hace que se te quiera y se te estime. Sé que te has vuelto perfectamente razonable y que has continuado laborioso. Ya no rompes con tu cabeza las vitrinas de la colección bajo el pretexto de pasearte por las geodas de amatista y escalar los escarpados picos del cuarzo hialino lechoso. Ves que a fuerza de escucharte repetirlos durante la fiebre, sé los nombres de tus montañas favoritas. Ahora, estás en vías de ser matemático, es más serio. Quiero agradecerte y recompensarte con una satisfacción y con un presente. Sabe que me caso y recibe mi regalo de bodas, con el permiso de mi prometido.

Mientras así me hablaba, con una mano me designaba a Walter, y con la otra pasaba a mi dedo la bonita sortija de cornalina blanca que yo había visto durante mucho tiempo en el suyo.

Quedé aturdido, y no tengo ni idea de lo que pude decir o hacer para expresar mi humillación, mis celos o mi desesperación. Es probable que todo se concentrara en mí al punto de hacerme parecer convenientemente desinteresado; pues, cuando hube recuperado la noción de cuanto me rodeaba, no vi ni descontento, ni burla ni sorpresa en los benévolo rostros de mi tío, mi prima y su prometido. Juzgué que me había librado de una crisis que hubiera podido hacerme odioso o ridículo, y fui a encerrarme en mi cuarto con la sortija, que coloqué ante mí sobre la mesa y contemplé con la amarga ironía que exigía la circunstancia.

No era una coralina vulgar, era una piedra dura muy bonita, veteada de tonalidades opacas y translúcidas. A fuerza de examinarlas, sentí que se extendían alrededor de mí, que ocupaban mi pequeño cuarto hasta el cielo raso y que me envolvían como una nube. Primeramente experimenté una sensación penosa como la de un desvanecimiento; pero poco a poco la nube se aligeró, se extendió sobre un vasto espacio y me transportó blandamente a la cima redondeada de una montaña, donde de repente se llenó en su centro de una viva irradiación de oro encamado que me permitió ver a Laura sentada junto a mí.

—Amigo —me dijo hablándome en esa lengua conocida sólo por ella, que tenía el don de revelárseme súbitamente—; no creas una palabra de

cuanto te he dicho ante nuestro tío. Es él quien, viendo que nos amábamos, y que tú eras aún demasiado joven para casarte, ha imaginado esta fábula para impedirte distraerte de tus estudios; pero, estate tranquilo, yo no amo a Walter y nunca seré más que tuya.

—¡Ah! ¡mi querida Laura! —exclamé—, ¡por fin te vuelvo a ver brillante de amor y de belleza, como te he visto en la amatista! Sí, yo creo, yo sé que tú me amas, y que nada puede desunirnos. ¿A que viene, pues, que en nuestra familia, te muestres siempre tan incrédula y tan burlona?

—Yo podría preguntarte también —respondió— por qué, en nuestra familia, te veo feo, torpe, ridículo y mal vestido, en tanto que en el cristal, eres bello como un ángel y estás ataviado con los colores del arco iris'; pero no te lo pregunto, yo lo sé.

—¡Enséñamelo, Laura! Tú que sabes todo, dame el secreto de parecerte a toda hora y en cualquier parte tal como me ves aquí.

—Sucede con esto, mi querido Alexis, lo que con todos los secretos de las ciencias que vosotros llamáis naturales: el que los sabe puede afirmaros que las cosas son, y cómo son; pero cuando se trata del por qué, cada uno da su opinión. Mucho deseo decirte la mía acerca del extraño fenómeno que nos coloca aquí uno frente al otro en plena luz, en tanto que en el mundo llamado el mundo de los hechos, no nos vemos más que a través de las sombras de la vida relativa; pero mi opinión no será otra cosa que mi opinión y, si yo te la dijera en otra parte que aquí, me mirarías como a una insensata.

—Dímela, Laura; me parece que acá estamos en el mundo de lo verdadero, y que en cualquier otra parte todo es ilusión y mentira.

Entonces, la bella Laura me habló así:

—No ignoras que en cada uno de nosotros que habitamos la tierra hay dos manifestaciones muy distintas en realidad, aún cuando estén confusas en la noción de nuestra vida terrestre. Si creemos a nuestros limitados sentidos y a nuestra apreciación incompleta, no tenemos más que un alma, o para hablar como Walter, un cierto animismo destinado a extenderse con las funciones de nuestros órganos. Si, por el contrario, nos elevamos por encima de la esfera de lo positivo y lo palpable, un sentido misterioso, innominado, invisible, nos dice que nuestro yo no está solamente en nuestros órganos, sino que está ligado de manera indisoluble a la vida universal, y que debe sobrevivir intacto a lo que llamamos la muerte.

—Lo que aquí te recuerdo no es nuevo: bajo todas las formas religiosas y metafísicas, los hombres han creído y creerán siempre en la persistencia del yo; pero mi idea, la mía que te hablo en la región del ideal, es que ese yo inmortal no está contenido sino parcialmente en el hombre visible. El hombre visible es sólo el resultado de una emanación

del hombre invisible, y éste, la verdadera unidad de su alma, la faz real, durable y divina de su vida, le está velado.

—¿Dónde está y qué hace esta flor del espíritu eterno, mientras el alma del cuerpo cumple su penosa y austera existencia de un día? Está en alguna parte en el tiempo y en el espacio, porque el espacio y el tiempo son las condiciones de toda vida. En el tiempo, si ha precedido la vida humana, y si debe sobrevivir, la acompaña y la vigila hasta un cierto punto; pero no está bajo su dependencia y no cuenta sus días y sus horas en el mismo cuadrante. En el espacio, ciertamente también está en una relación posible y frecuente con el yo humano; pero no es su esclava, y su expansión flota en una esfera cuyos límites el hombre no conoce. ¿Me has comprendido?

—Me parece que sí —le respondí—, y, para resumir tu revelación de la forma más vulgar, diría que tenemos dos almas: una que vive en nosotros y no nos abandona, otra que vive fuera de nosotros y a la que no conocemos. La primera nos sirve para vivir transitoriamente y se apaga en apariencia con nosotros; la segunda nos sirve para vivir eternamente y se renueva sin cesar con nosotros, o más bien es ella quien nos renueva, y quien provee, sin agotarse jamás, a todas las series de nuestras existencias sucesivas.

—¿Qué diablos escribes ahí? —exclamó junto a mí una voz áspera y discordante.

La nube se desvaneció. Llevándose consigo la radiante figura de Laura, y me volví a hallar en mi cuarto, sentado frente a mi mesa, y trazando las últimas líneas que Walter leía por encima de mi hombro.

Como yo le miraba con estupefacción, sin responderle:

—¿Desde cuándo —agregó— te ocupas de desvaríos filosóficos? Si es con este nuevo género de hipótesis con lo que pretendes avanzar en la ciencia práctica, no te doy mi enhorabuena... Vamos, deja ese hermoso manuscrito, y ven a tomar asiento en la comida de mis esponsales.

—¿Es posible, mi querido Walter, —le respondí echándome en sus brazos— que, por amistad hacia mí, te prestes a una ficción indigna de un hombre serio? Sé muy bien que Laura no te ama, y que tú no has soñado jamás ser su marido.

—¿Laura te ha dicho que no me amaba?—prosiguió con una tranquilidad zumbona—. Es muy posible, y, en cuanto a mí, si sueño en casarme con ella, no es de seguro desde hace mucho tiempo; pero tu tío ha arreglado esto desde muy atrás con su cuñado ausente, y dado que Laura no ha dicho no, yo he debido consentir en decir sí... No creas que estoy prendado de ella; no tengo tiempo para poner a trabajar mi imaginación para descubrir en esta buena personita perfecciones fabulosas. Ella no me desagrada, y como es muy sensata, no me pide

más por el momento. Más tarde, cuando hayamos vivido años conjuntamente y hayamos asociado nuestras voluntades para conducir bien nuestro hogar y educar bien a nuestros hijos, no dudo de la buena y sólida amistad que tendremos el uno por el otro. Hasta allí, es trabajo a poner en común, con la idea del deber y el sentimiento de las atenciones recíprocas. Conque puedes decirme que Laura no me ama sin sorprenderme y sin herirme. Incluso estaría sorprendido de que me amara, ya que nunca he soñado con agradarle, y estaría un poco inquieto por su razón si viera en mí a un Amadis. Ve, pues, las cosas tal cual son, y está seguro que son tal cual deben ser.

Encontré a Laura arreglada para la cena; tenía un traje de tafetán blanco perlado con adornos de gasa rosada que me recordó confusamente el tono suave y cálido de la cornalina; pero su rostro me pareció abatido y como apagado.

—Ven a darme confianza y ánimos —me dijo con franqueza llamándome a su lado—. Hoy he llorado mucho. No es que Walter me desagrade, ni que esté disgustada por casarme. Desde hacía mucho tiempo sabía que se me destinaba a él y jamás he tenido la intención de convertirme en una solterona pero llegado el momento de abandonar la familia y la casa, es siempre penoso. Muéstrate alegre para ayudarme a olvidar un poco todo esto o háblame razonablemente para que vuelva a estar animada creyendo en el bienestar futuro.

¡Cuán diferentes me parecieron el lenguaje y la fisonomía de Laura de lo que eran en la nube emanada de la cornalina! Estaba tan vulgarmente resignada a su suerte, que reconocí con claridad la ilusión de mi sueño; pero, cosa extraña, ya no sentí ningún dolor ante la idea de que ella desposaba realmente a Walter. Volvía a encontrar el sentimiento de amistad que sus cuidados y su bondad me habían inspirado, e incluso me regocijaba ante la idea de que iba a vivir cerca de ella, puesto que abandonaba su residencia y venía a instalarse en nuestra ciudad.

La comida fue muy animada. Mi tío se la había encomendado a Walter, quien, como hombre positivo, entendía de la buena mesa, y la había encargado a uno de los mejores cocineros disponibles de Fischhausen. Laura no había desdeñado ocuparse también de ella, y el aya la había realzado con algunas ocurrencias italianas de su invención, fuertemente condimentadas y cocidas en generoso vino. Walter comió y bebió como cuatro. Mi tío se alegró igualmente a los postres hasta el punto de hacerle unos madrigales galantes a la habilidad del aya, que apenas tenía más de cuarenta y cinco años, y quiso abrir la danza con ella cuando las jóvenes amigas de Laura reclamaron los violinistas.

Valsé con mi prima. De repente me pareció que su rostro se animaba de una singular belleza y que me hablaba con ardor en el rápido torbellino del vals.

—Salgamos de aquí —me decía—, uno se ahoga; atravesemos esos hielos que reverberan el fuego de las bujías en una interminable

lontananza. ¿No ves que es la imagen del infinito, y la ruta que es preciso que tomemos? ¡Vamos! un poco de valor, un esfuerzo, y pronto estaremos en el cristal.

Mientras Laura me hablaba de este modo, yo escuchaba la voz burlona de Walter, que me gritaba cuando pasaba junto a él:

—¡Eh, tú! ¡Atención! ¡No tan cerca de los cristales! ¿Quieres quebrar también éstos? Ese muchacho es una verdadera tronera que va dándose la cabeza contra todo lo que brilla.

Se sirvió el ponche. Yo me arrimé entre los últimos y me encontré sentado junto a Laura.

—Toma —me dijo ofreciéndome el néctar enfriado en un bello cubilete de cristal de Bohemia—, bebe a mi salud, y muéstrate más entretenido. ¿Sabes que tienes todo el aspecto de aburrirte, y que tu rostro abstraído me impide aturdirme tal como querría?

—¿Cómo quieres que esté divertido, mi buena Laura, cuando veo que tú no lo estás? Tú no amas a Walter; ¿por qué apresurarse a un casamiento sin amor, cuando el amor podría venir por él... o por otro?

—No me está permitido —respondió— amar a otro, porque es a él a quien mi padre ha escogido. Tú no sabes todo lo que ha sucedido a propósito de este matrimonio. Se te ha juzgado demasiado joven para participarte de ello; pero, para mí que soy aún más joven que tú, no eres un niño, y, puesto que hemos sido criados juntos, te debo la verdad.

—En un principio estábamos destinados el uno al otro; pero te has mostrado primero muy perezoso, luego muy pedante; y ahora, a pesar de tu buena voluntad y tu inteligencia, aún no se sabe bien para que carrera eres apto. No te digo esto para darte pena; encuentro, por mi parte, que todavía no hay tiempo perdido para tu porvenir. Te instruyes, te has vuelto laborioso y modesto. Podrás muy bien ser un científico universal como mi tío o un científico especial como Walter; pero mi padre, que desea verme casada cuando vuelva a instalarse junto a mí, ha encomendado a mi tío y a mi prima Lisbeth encontrarme un marido de una edad adecuada a la mía, es decir un poco mayor que tú y ocupado en estudios muy positivos. Él carga a la cuenta de la ignorancia y de la imaginación los desdichados comienzos de su carrera comercial, y quiere un yerno erudito en alguna industria.

—Al presente, mi padre, cansado de viajes y aventuras, parece satisfecho de su posición: me envía una bonita suma para mi dote; pero no ha querido ocuparse de mi establecimiento. Pretende que se ha vuelto demasiado ajeno a nuestros usos, y que la elección hecha por mis otros parientes será mejor que la que podría hacer él mismo o solamente aconsejar.



—He ahí pues los planes de mi pobre madre vueltos al revés, pues ella quería unimos; pero no está más, y es preciso confesar que la actual combinación asegura mejor mi porvenir y el tuyo. Indudablemente no deseas entrar tan pronto en el matrimonio, y no tienes ni fortuna ni estado lucrativo, puesto que incluso no sabes todavía cuál es tu vocación.

—Hablas de todo esto muy a tus anchas —respondí— Es posible que se me encuentre, con razón, un poco joven para casarme; pero es un defecto del que uno se corrige por la voluntad. Si no se me hubiera dejado ignorar cuanto me revelas, no habría sido ni perezoso ni pedante... No me habría dejado arrastrar por el tío Tungstenius al examen de hipótesis científicas que su vida y la mía no bastarán para resolver, y adonde por otra parte tal vez no soy llevado por un genio especial y una pasión entusiasta. Habría escuchado los consejos de Walter, habría estudiado la ciencia práctica y el arte industrial: me habría hecho herrero, minero, alfarero, geómetra o químico; pero aún no hay tantos años perdidos. Lo que mi tío me enseña no es inútil: todas las ciencias naturales se relacionan estrechamente, y el conocimiento de los suelos me conduce directamente a la investigación y a la explotación de los minerales útiles. Dame dos o tres años, Laura, y tendré una situación, te lo garantizo, seré un hombre formal. ¿No puedes esperarme un poco? ¿Tienes tanta prisa por casarte? ¿no tienes ningún afecto por mí?

—Olvidas —reanudó Laura— una cosa muy simple: en tres años tendré, lo mismo que tú, tres años más, y, en consecuencia, jamás habrá entre nosotros la diferencia de edad exigida por mi padre.

Y como Laura dijera esto riéndose, me desbordé en reproches contra ella.

—Ríes —le decía— y yo sufro; pero eso te da igual, no amas ni a Walter ni a mí: tú no amas más que el matrimonio, la idea de llamarte señora y de llevar unas plumas en tu sombrero. Acaso, si me amaras, ¿no harías un esfuerzo para reaccionar contra la voluntad de un padre que probablemente no carece de entrañas, y no tiene más apego a sus ideas que a tu felicidad? Si me amaras, ¿no habrías comprendido que yo te amaba también, y que tu matrimonio con otro me rompería el corazón? Lloras por abandonar tu casa de campo, y tu prima Lisbeth, y tu aya Loredana, y quizá también tu jardín, tu gato y tus canarios; pero para mí no tienes una lágrima, ¡y me pides te entretenga para que olvides tus pequeños hábitos donde mi recuerdo no cuenta absolutamente para nada!

Y cuando así hablaba con despecho, dando vueltas en mi mano crispada la copa vacía, pues no osaba mirar a Laura ante el temor de verla irritada conmigo, vi de repente reflejarse su rostro en una de las facetas del cristal de Bohemia. Sonreía, estaba maravillosamente bella y escuché que me decía:

—¡Quédate tranquilo, niño grande! ¿No te he dicho que te amo? ¿No sabes que nuestra vida terrestre no es más que una vana fantasmagoría y que estamos unidos para siempre en el mundo transparente y magnífico del ideal? ¿No ves que el yo terrestre de Walter está oscurecido por los acres vapores de la hulla, que ese desdichado no tiene ningún recuerdo, ningún presentimiento de su vida eterna, y que, mientras yo me deleito sobre las serenas alturas donde la luz del prisma irradia los más puros fuegos, él no sueña sino en enterrarse en las opacas tinieblas de la estúpida antracita o en las silenciosas cavernas donde la galepa oprime con su tremendo peso todo germen de vitalidad, toda elevación hacia el sol? No, no, Walter sólo desposará en esta vida al abismo, y yo, hija del cielo, pertenezco al mundo del color y de la forma; me hacen falta los palacios cuyos muros resplandecen y cuyas agujas tornasolan en el aire libre y el fulgor del día. Siento alrededor de mí el vuelo incesante y escucho el aleteo armonioso de mi verdadera alma, siempre transportada hacia las alturas; mi yo humano no podría aceptar la esclavitud de un himeneo contrario a mis verdaderos destinos. .

Walter me arrancó de las delicias de esta visión, reprochándome estar ebrio y contemplar mi propia imagen en el cristal ahumado de mi copa. Laura no estaba más a mi lado. Ignoro cuánto tiempo hacía que había partido; pero, hasta el momento en que Walter vino a hablarme, yo había visto claramente su encantadora imagen en el cristal. Intenté ver allí la de Walter; con terror descubrí que no se dibujaba, y que esa límpida sustancia rechazaba el reflejo de mi amigo como si su proximidad la hubiera convertido en un bloque de carbón.

La velada avanzaba. Laura se había puesto nuevamente a bailar con una suerte de frenesí, como si su ligereza de carácter hubiera querido protestar contra las revelaciones de su ser ideal. Me sentí abrumado por el ruido de esta pequeña fiesta, y me retiré sin que me vieran. Seguí residiendo en una parte del establecimiento separada de la vivienda de mi tío por el jardín botánico; pero, como había pasado a ayudante conservador del museo en el puesto de Walter, ascendido de categoría, y dado que ejercía una celosa vigilancia sobre las riquezas científicas confiadas a mi cuidado, tomé el camino de la galería mineralógica para volver a casa.

Me dirigía a lo largo de las vitrinas, paseando la claridad de mi bujía sobre los estantes, sin mirar delante de mí, cuando casi me choqué con un extraño personaje cuya presencia en ese lugar, del que yo sólo tenía las llaves, no dejó de sorprenderme mucho.

—¿Quién es usted? —le dije colocando mi linterna cerca de su cara y hablándole con un tono amenazador—, ¿Que viene a hacer aquí y por dónde se ha introducido?

—Aplaque su enorme cólera —me respondió el extraño desconocido—, y sepa que siendo de la casa, conozco sus seres.

—Usted no es de la casa, puesto que yo lo soy y no le conozco. Va a seguirme donde mi tío Tungstenius para explicarse.

—Vamos, mi pequeño Alexis —prosiguió el desconocido—, pues no puedes ser más que tú quien me habla, ¿me tomas por un ladrón!... Sabe que te equivocas considerablemente, visto que las más bellas muestras de esta colección han sido proporcionadas por mí, la mayor parte a título gratuito. Ciertamente, tu tío Tungstenius me conoce e iremos a verle en seguida; pero, previamente, quiero conversar contigo y pedirte algunos informes.

—Le declaro —contesté— que no será así. Usted no me inspira ninguna confianza a pesar de la riqueza de su traje persa, y no sé qué significa un disfraz de esa naturaleza sobre el cuerpo de un hombre que habla mi lengua sin ningún tipo de acento extranjero. De seguro usted quiere adormecer mis sospechas fingiendo conocerme, y cree escapárseme sin que yo me asegure...

—Creo, el cielo me proteja, ¿que cuentas con arrestarme y registrarme! —replicó el extranjero mirándome con desdén—. ¡Fervor de novato, amiguito! Está muy bien visto tomar a pecho los deberes de su empleo; pero es preciso saber a quién se dirige uno.

Hablando de este modo, me asió por el cuello con una mano de hierro, sin apretarme más de lo que era necesario para impedirme gritar y debatirme: me hizo salir de la galería, cuyas puertas encontré abiertas, y me condujo hasta el jardín sin soltarme.

Allí, me hizo sentar en un banco y se sentó a mi lado, diciéndome con una risa tan extraña como su rostro, su vestimenta y sus maneras:

—¡Vaya! hazme el favor de reconocerme y de pedir perdón a tu tío Nasias por haberle tomado por un ladrón de ganzúa. Reconoce en mí al ex marido de tu tía Gertrude y al padre de Laura.

— ¡Usted! —exclamé—, ¡Usted!

—Nasias es mi nombre en el extranjero —respondió—. Vengo de la parte más lejana del Asia, donde he hecho, gracias a Dios, negocios bastante buenos y descubrimientos hartos preciosos. Entérate que ahora estoy domiciliado en la corte de Persia, donde el soberano me trata con la mayor consideración a causa de ciertas rarezas que le he procurado, y que, si me aparto de mis grandes ocupaciones para venir aquí, no es con la intención de hurtar a vuestro pequeño museo algunas miserables gemas que el rajá menos importante de la India no querría para adornar los dedos de los pies o la nariz de sus esclavos. Dejemos esto y dime si mi hija está casada.

—No lo está —respondí con ímpetu— y no lo estará todavía si usted consulta su verdadera inclinación.

Mi tío Nasias tomó mi linterna, que había colocado cerca de nosotros sobre el banco, y me la arrimó a la cara como yo había hecho con él unos momentos antes. Su rostro no era precisamente amenazante como había sido el mío; más bien era burlón, pero con una expresión de ironía helada, implacable, dolorosa. Como me contemplaba a sus anchas, tuve en mi angustia tiempo de sobra para examinarle también.

En mis recuerdos de infancia, el padre de Laura era un hombre grueso, rubio, colorado, con una cara bondadosa y alegre; el que tenía ante mis ojos era enjuto, aceitunado, de un tipo a la vez enérgico y astuto; Llevaba bajo el mentón una barbita muy negra que se asemejaba bastante a la de una cabra y sus ojos habían adquirido una expresión satánica. Iba tocado con un alto bonete de delicada piel negra azabache y vestido con un traje recargado de oro y bordados de una riqueza incomparable. Un magnífico mantón de cachemira ceñía su talle y un yatagán cubierto de piedras preciosas centelleaba en su costado. No sé si el sol de Oriente, las grandes fatigas de los viajes, el acostumbamiento a los grandes peligros y la necesidad de una vida mezclada de astucia y audacia le habían transformado hasta ese punto, o si mis recuerdos eran completamente infieles: me era imposible reconocerle y permanecía en la duda de si no estaba riñendo con un impostor descarado.

Esta sospecha me dio fuerzas para sostener su mirada cortante con una arrogancia de la que se mostró de repente satisfecho. Volvió a colocar la linterna sobre el banco y me dijo con un tono calmo:

—Veo que eres un honesto muchacho y que jamás has bus buscado seducir a mi hija. Veo también que eres un ingenuo, un sentimental, y que, si la amas, de ningún modo es por ambición; pero, según tus palabras, estás enamorado y mucho querrías verme romper el matrimonio que he consentido para ella. Métete bien en la cabeza, mi querido sobrino, que si lo rompiera, no sería en tu beneficio, pues no eres más que un niño, y no encuentro en tu rostro ninguna energía especial que prometa un destino brillante. Respóndeme entonces desinteresadamente, no tienes nada mejor que hacer, y con sinceridad, ya que el azar te ha hecho nacer hombre honesto: ¿quién es ese Walter de quien mi cuñado Tungstenius y su prima Lisbeth me han escrito tan grandes elogios?

—Walter —respondí sin dudar— es el joven más digno del mundo. Es franco, leal y de una conducta irreprochable. Tiene inteligencia, sabiduría y ambición de distinguirse en la ciencia práctica.

—¿Y tiene una profesión?

—Va a tener una en seis meses.

—Muy bien —replicó mi tío Nasias—, es el yerno que me conviene; pero tendrá la bondad de esperar a que tenga realmente la efectividad de su empleo. No soy hombre que cambie de idea, e inmediatamente voy a

declararle todo al tiempo que le conozco. En cuanto a ti, apresúrate a olvidar a Laura, y, si quieres volverte en poco tiempo intrépido, inteligente, rico y activo, apréstate a seguirme. Parto nuevamente en unos días y de ti depende que te leve. Vamos ahora a ver si la familia me reconoce y me hace un recibimiento mejor que el tuyo.

No me sentí con ánimo para seguirle. Estaba destrozado por la fatiga. Mi tío Nasias estaba lejos de serme simpático y de ningún modo anunciaba ser favorable a mis esperanzas; pero el casamiento de Laura era demorado y me parecía que en seis meses inmensos acontecimientos podían sobrevenir y cambiar la cara de las cosas.

Cuando me desperté con las primeras luces del día, quedé sorprendido al ver a Nasias en mi cuarto, tendido en mi viejo sillón de cuero y tan profundamente dormido que tuve tiempo de sobra para vestirme antes de que abriera los ojos. Estaba hasta tal punto inmóvil y lívido en el crepúsculo matinal, que si le hubiera visto así por primera vez, me habría aterrado como un espectro. Me aproximé a él y le toqué. Estaba singularmente frío, pero respiraba muy regularmente y de una manera tan apacible que su inquietante rostro estaba totalmente modificado. Parecía el más calmo de los difuntos y su extraña fealdad había dejado lugar a una rara belleza.

Me disponía a salir sin ruido para ir a dedicarme a mis ocupaciones, cuando se despertó por sí mismo y me miró sin hostilidad ni desdén.

—Estás sorprendido —me dijo— de verme en tu cuarto; pero sabe que, desde hace más de diez años, no me he tendido en una cama. Esa manera de dormir me resultaría insoportable. A lo sumo, de cuando en cuando, en mis días de pereza, me acuesto en una hamaca de seda. Además, habituado a una escolta, no me agrada dormir solo. Ayer a la noche he encontrado la puerta de tu cuarto entreabierta y, en lugar de ir a sofocarme en el edredón que Laura me había preparado en pleno verano, he entrado en tu habitación y tomado posesión de este sillón de cuero que me conviene mucho más. Roncas un poco fuerte, pero he creído dormir con el rugido de los leones que daban vueltas alrededor de mis vivaques, y me has recordado noches de emociones harto agradables.

—Me complace, tío, —le respondí— que mi sillón y mi ronquido le agraden, y le ruego disponga de él tan a menudo como le plazca.

—Quiero devolverte la atención —prosiguió—; ven ahora a mi cuarto, tengo que hablarte.

Cuando estuvimos en el apartamento que el tío Tungstenius le había hecho preparar y que era el más distinguido del establecimiento, me mostró su equipaje cuya exigüidad me sorprendió. Consistía en un traje y un bonete de recambio con una pequeña caja de ropa interior de fina seda amarilla, y una cajita de bronce aún más pequeña.

—Ahí tienes —me dijo— la manera de viajar sin engorros de un extremo al otro del planeta, y, cuando hayas adoptado mis hábitos, verás que son excelentes. Será preciso por adelgazar y por perder los llamativos rosas de tu tinte germánico y, para esto, no hay mejor régimen que comer poco, dormir totalmente vestido en el primer sitio que venga y jamás detenerse más de tres días bajo el mismo techo; pero, antes de encargarme de tu suerte, lo que no es un mediocre favor que te hago, quiero algunas explicaciones sinceras y vas a responderme como si estuvieras delante...

—¿Delante de quién, querido tío?

—Delante del diablo pronto a romperte los huesos en caso de mentira —respondió recuperando su maligna sonrisa y su mirada infernal.

—No tengo el hábito de mentir —le dije—; soy un hombre honesto y no hago juramentos.

—Muy bien; entonces, ¡responde! ¿Qué es esa historia de vitrina rota, alucinaciones, viaje por el cristal, de la que mi cuñado, durante tu enfermedad de hace dos años, me había escrito algo bastante embrollado, y que ayer a la noche me he hecho contar por Laura? ¿Es verdad que has querido entrar por el pensamiento en una geoda tapizada de cristales de amatista, que has creído entrar allí realmente, y que allí has visto el rostro de mi hija?

—Desgraciadamente todo ello es verdad —respondí—. He tenido una visión extraordinaria, he quebrado una vitrina, me he hecho una herida en la cabeza, he tenido fiebre, he contado mi sueño con la convicción que este me había dejado y, durante algún tiempo, se me ha creído loco. Sin embargo, tío, no lo estoy; estoy curado, me porto bien, trabajo a satisfacción de mis profesores, no tengo en absoluto una conducta extravagante, y nada me habría vuelto indigno de ser el esposo de Laura, si usted no hubiese dado la autorización de comprometerla con otro que desea medianamente su mano, en tanto que yo...

—No se trata de Laura —dijo el tío Nasias con un gesto de impaciencia—; se trata de lo que has visto en el cristal. Quiero saberlo.

—Usted quiere humillarme, bien lo veo, hacerme decir que no estoy en mi juicio, a fin de probarme luego con mis propias confesiones que no puedo desposar a Laura...

—¿Todavía Laura? —exclamó Nasias colérico—, ¡Usted me fastidia con sus tonterías! Le hablo de cosas serias, es preciso responderme. ¿Qué ha visto usted en el cristal?

—Puesto que lo toma de esa manera —le dije, irritado a mi vez—, lo que he visto en el cristal es más hermoso de cuanto usted ha visto y verá jamás en el curso de sus viajes. Ahí está, muy orgulloso y soberbio porque quizá ha visitado Oceanía o franqueado el Himalaya. ¡Juego de

niños, mi querido tío! ¡Juguete de Nuremberg en comparación al mundo sublime y misterioso que he visto como le veo a usted, y que he recorrido, yo, quien le está hablando!

—¡Enhorabuena, así es como hay que hablar! —prorrumpió mi tío, cuyo rostro iracundo se había tomado suave y cariñoso—. Vamos, cuéntame, mi querido Alexis; te escucho.

Sorprendido por el interés que él hablaba en mi aventura, y a riesgo de ser arrastrado a una trampa, cedí al placer de relatar lo que había dejado en mí un recuerdo tan claro y preciso y que nadie aún se había dignado escuchar seriamente. Debo decir que esta vez tuve un oyente incomparable. Sus ojos brillaban como dos negros diamantes, su boca entreabierta parecía beber ávidamente cada una de mis palabras: brincaba con entusiasmo, me interrumpía con gritos de alegría que semejaban rugidos, se retorció como una culebra con carcajadas convulsivas y, cuando hube terminado, me hizo volver a empezar y nombrar cada estación de mi viaje, cada aspecto del fantástico país, preguntándome la distancia relativa, extensión, altura, orientación de cada montaña y de cada valle, como si se hubiera tratado de una comarca real, y fuera posible recorrerla de otra manera que sobre las alas de la imaginación.

Cuando hube terminado de vociferar y creí poder hablarle razonablemente:

. —Mi querido tío —comencé—, usted me da la impresión de tener un carácter muy exaltado, permítame que se lo diga. Que ese país existe en alguna parte del universo, no puedo dudarlo, puesto que lo he visto y lo puedo describir; pero que sea útil buscarlo en nuestro planeta, he ahí algo que no puedo creer. Así pues, no encontraremos el camino en otra parte que en las facultades adivinatorias de nuestro espíritu y en la esperanza de habitarlo un día, si nuestra alma es tan pura como el diamante, emblema de su naturaleza incorruptible.

—Hijo mío —respondió el tío Nasias—, tú no sabes de lo que hablas. Has tenido una revelación y no la comprendes. No te has dicho que nuestro pequeño globo era una gran geoda en la que nuestra corteza terrestre es la ganga y cuyo interior está tapizado de cristalizaciones admirables, gigantescas, atendiendo a esas pequeñas asperezas de la superficie que llamamos montañas, y que no forman más salientes relativas de las que ofrecen las rugosidades de una cáscara de naranja en relación al grosor de una calabaza. Ese mundo que llamamos subterráneo es el verdadero mundo del esplendor; ahora bien, existe ciertamente una vasta parte de la superficie todavía desconocida para el hombre, donde algún desgarrón o declive profundo le permitiría descender hasta la región de gemas y contemplar a cielo abierto las maravillas que tú has visto en sueños. He ahí, mi querido sobrino, el único sueño de mi vida, el único fin de mis largos y penosos viajes. Tengo la convicción de que ese desgarrón o más bien esa grieta volcánica de la que te hablo existe en los polos, que es regular y ofrece la forma de un cráter de algunas

centenas de leguas de diámetro y de algunas decenas de leguas de profundidad, por último, que el brillo de los cúmulos de gemas notables en el fondo de esa cuenca es la única causa de las auroras boreales, tal como tu sueño te lo ha demostrado muy claramente.

—Eso que usted dice, mi querido tío, no está fundado en ninguna sana noción geológica. Mi sueño me ha presentado en grande unas formas conocidas, formas que las muestras mineralógicas ponían en pequeño bajo mis ojos. De ahí la especie de lógica que me ha conducido al mundo encantado del sistema cristalogeódico. Pero, ¿qué sabemos de la conformación interior de nuestro planeta? Estamos tan seguros como es posible de una sola cosa: que a treinta o treinta tres kilómetros de profundidad, el calor es tan intenso que los minerales no pueden existir más que en estado de fusión. ¿Cómo, suponiendo que se pudiera descender allí, sería posible que el hombre no fuera calcinado en el camino, estado que, convendrá usted, no es favorable al ejercicio de sus facultades de observación? En cuanto a las auroras boreales...

—Eres un escolar que quiere hacer ostentación de ingenio acusóme mi tío—. Te lo perdono, así es como se os instruye, y sé por otra parte que el famoso Tungstenius pretende explicar todo sin tener en cuenta los misteriosos instintos que en ciertos hombres son más poderosas que esas facultades de observación engañosa de las que tu tío tanto presume. Desde hoy sepárate de las áridas disertaciones de mi cuñado, y no escuches a nadie más que a mí, si quieres elevarte por encima de una vulgar pedantería. Eres un vidente natural, no tortures tu espíritu para volverlo ciego.

—Sabe que yo también soy un vidente y que ante las sublimes claridades de mi imaginación, me inquieto muy poco por vuestras pequeñas hipótesis científicas. ¡Hipótesis, analogías, inducciones, vaya negocio! Yo os haré hipótesis por millares, y todas buenas, aunque se contradigan unas a otras.

—¡Veamos! ¿Qué significan vuestra intensidad calórica y vuestras materias mineralógicas en fusión a treinta y tres kilómetros de profundidad? Vosotros procedéis de lo conocido a lo desconocido y creéis de este modo asir la llave de todos los misterios. Sabéis que a la profundidad de cuarenta metros el calor es de once grados y que aumenta en un grado centígrado cada treinta y tres metros. Hacéis un cálculo y razonáis sobre lo que pasa a dos o tres mil kilómetros más abajo, sin soñar que ese calor constatado por vosotros quizá se debe solamente a la rareza del aire en el fondo de un pozo, en tanto que, en las grandes dislocaciones interiores que os son desconocidas, tal vez circulan masas de aire, huracanes considerables que, desde hace millares de siglos, han alimentado fuegos volcánicos, mientras que en otros puntos habrían apagado para siempre, con ayuda de las aguas, la energía del pretendido fuego central. Sabéis, por otra parte, que ese calor central no es para nada necesario a la existencia terrestre, porque toda vida en la superficie es obra exclusiva del sol. Entonces, vuestro núcleo en fusión es una hipótesis pura por la que apenas me inquieto y



que, por otra parte, paraliza localmente, en la suposición de una abertura hacia los polos. Si los polos están necesariamente aplanados en razón de la fuerza centrípeta que actúa sobre ellos de manera continua, ¿por qué no estarían ahuecados más profundamente hasta una profundidad de treinta y tres kilómetros, lo que en realidad es una miseria, ¿cómo subsistiría allí el calor, desde el momento en que el fondo de ese abismo está en contacto con el clima helado de la región que ocupa?

—Permítame, tío; usted habla del clima helado en los polos. Usted no ignora que hoy en día se cree en la existencia de un mar libre en el polo norte. Los viajeros que han podido aproximarse allí han visto flotar brumas y pájaros volando, indicios ciertos de una masa de agua desprendida de los hielos, y gozando en consecuencia de una temperatura soportable. Entonces, si hay una profundidad notable, necesariamente hay un mar, y si hay un mar o solamente un lago no hay cráter donde se pueda descender, y su hipótesis, que es mucho más arriesgada que todas las de la ciencia, cae en el agua, es el caso de decirlo.

—Pero qué imbécil que eres —exclamó el tío Nasias con una cólera brutal—, toda cuenca marítima es un cráter, no digo volcánico, pero un cráter, una cima de origen ígneo y, si crees en la existencia de un mar polar, me acuerdas la necesidad de una inmensa excavación para contenerlo. Resta saber si esa excavación está vacía o llena de agua. Yo digo que está vacía, porque un fuego de expansión cualquiera la vacía sin cesar, y porque da paso a los fenómenos eléctricos de las auroras boreales, fenómenos de los que bien sé que querías hablarme. Admito que exhala un suave calor, pues te concedo, si te empeñas en ello, la existencia de un núcleo ígneo situado en el centro y muy lejos de la cristalización geódica a la que acaricio la idea de llegar. ¡Sí, la acaricio, y quiero llevarla a cabo! Bastante he recorrido el mundo ecuatorial para estar muy seguro de que la superficie terrestre es muy pobre en gemas, incluso en las comarcas relativamente ricas, y he tomado la resolución de ir a explorar aquellas donde la fuerza centrípeta retiene y concentra sus inconmensurables yacimientos, en tanto que la fuerza centrífuga no hace más que repeler hacia el ecuador unos miserables residuos arrancados a los costados del planeta, como esas astillas de los huesos quebrados que las heridas tumefactas del hombre rechazan.

Confieso que mi tío Nasias me pareció completamente loco, y que, temiendo verle entrar en algún acceso de furia, no osé contradecirle más.

—Explíqueme entonces —le dije para cambiar un poco el curso de la conversación— qué interés tan poderoso, qué curiosidad tan ardiente lo empujan a la búsqueda de esos yacimientos de gemas que no quiero calificar de imaginarios, pero que usted me permitirá creer difíciles de alcanzar.

—¡Lo preguntas! —exclamó con vehemencia—, ¡Ah! es que tú no conoces ni mi voluntad, ni mi inteligencia, ni mi ambición; es que ignoras por medio de qué especulaciones pacientes y obstinadas he podido enriquecerme lo suficiente como para emprender cosas inmensas. Voy a enseñártelo. Sabes que, hace quince años, partí como oficial de una casa que mercadeaba bisutería de pacotilla con las ingenuas poblaciones de Oriente. Nuestros elegantes engarces de similor y el tallado tornasolado de nuestros pequeños trozos de vidrio encantaban la mirada de las mujeres y los guerreros semisalvajes que me traían a cambio antiguas joyas de auténtico valor y verdaderas piedras finas de mucho precio.

—Permítame decirle, querido tío, que ese comercio...

El comercio es el comercio, —prosiguió mi tío sin darme tiempo a expresar mi pensamiento—, y los generosos individuos con quien negociaba creían firmemente por su parte estar engañándome. En ciertas localidades donde las gemas se encuentran, al darme un guijarro recogido bajo sus pies, pensaban burlarse de mí, mucho más de lo que yo me burlaba realmente de ellos dándoles, a cambio de una gema que no les costaba nada, un producto de nuestra industria europea que, en resumidas cuentas, valía algo. Hasta se sorprendían por mi liberalidad, y cuando veía que ésta llegaba al punto de tomárseles sospechosa, fingía locura, superstición o pusilanimidad; pero paso rápidamente sobre estos detalles. Te bastará saber que, de la plebe, pronto pasé a los pequeños soberanos, y que mis cristales engarzados en cobre les hicieron girar igualmente la cabeza.

—De éxito en éxito y de intercambio en intercambio, llegué a poseer gemas de gran valor y a poder dirigirme a los ricos de las comarcas civilizadas. Entonces, di buena cuenta de mi misión a la casa de comercio; le aseguré relaciones útiles con los pueblos bárbaros que había visitado y, sin dejar de serle útil, me creé por mi cuenta otra industria que consistió en vender o trocar verdaderas piedras preciosas. En ese oficio, me he convertido en un sabio lapidario y en un hábil revendedor; he hecho mi fortuna.

—Podría pues reposar de aquí en adelante, tener un palacio en Ispahan o en Golconde, una villa al pie del Vesubio o un castillo feudal a orillas del Rhin, y gastar mis rentas de una manera principesca sin inquietarme por el polo norte o sur y sin ocuparme de lo que pasa en tu cerebro; pero no soy hombre para el ocio y la despreocupación: la prueba es que, al saber de tu visión, he resuelto abandonar todo, a riesgo de atraerme el disfavor del shah de Persia, para venir aquí a interrogarte.

—¡Y también para ocuparse del casamiento de su hija!.

—El casamiento de mi hija es un detalle. Jamás he visto a mi hija en el cristal, y sí te he visto a ti.

—¿A mí? ¿Usted me ha visto allí? ¿Entonces usted ve en él también?

—¡Buena pregunta! sin eso, ¿creería en tu visión? Mira, el cristal, y por cristal entiendo toda sustancia mineralógica bien y debidamente cristalizada, no es lo que piensa el vulgo; es un espejo misterioso que, en un momento dado, ha recibido la impresión y reflejado la imagen de un gran espectáculo. Ese espectáculo fue el de la vitrificación de nuestro planeta. Decid cristalización si queréis, para mí viene a ser lo mismo. La cristalización, según vosotros, ¿es la acción por la cual las moléculas integrantes de un mineral se reúnen después de haber sido disueltas en un fluido? Que ese fluido sea ardiente o helado, poco me importa, y declaro que respecto a las sustancias primitivas no sabéis más allá que yo. Admito la ignición del mundo primitivo: pero, si te concedo la existencia de un fuego aún activo, declaro que éste arde en el centro de un diamante que es el núcleo del planeta.

—Ahora bien, entre esa gema colosal y la corteza de granito que le sirve de ganga, se abren galerías, grutas, espacios inmensos. Es la acción de una retirada que ha dejado indudablemente grandes vacíos, y esos vacíos, cuando la calma se ha restablecido, se han llenado de las gemas más admirables y las más preciosas. Allí es donde el rubí, el zafiro, el berilio y todas esas ricas cristalizaciones del sílice combinado con la alúmina, es decir, en verdad, de arena con arcilla, se erigen en pilares gigantescos o descienden de las bóvedas en formidables agujas. Allí es donde la piedra preciosa más pequeña supera las dimensiones de las pirámides de Egipto, y el que vea ese espectáculo será el más afortunado de los lapidarios y el más ilustre de los naturalistas. Así pues, ese mundo cristalino lo he visto yo en una parcela escapada del tesoro, en una gema maravillosa que me ha mostrado tu imagen al mismo tiempo que la mía, así como tú has visto la de Laura y la tuya misma en otra gema. Esta es una revelación de orden extra-científico que no es dada a todo el mundo, y me propongo aprovecharla.

—Es evidente para mí que ambos poseemos un cierto sentido adivinatorio que nos viene de Dios o del diablo, poco importa, y que nos impulsa irresistiblemente al descubrimiento y la conquista del mundo subterráneo. Tu sueño, más completo y lúcido que los míos, precisa admirablemente lo que yo había presentido: que la puerta del subterráneo encantado está en los polos y, como el polo norte es el menos inaccesible, es hacia aquél adonde tenemos que dirigimos lo más aprisa...

—Permítame respirar, mi querido tío —exclamé en el límite de mi paciencia y cortesía—, O usted se burla de mí, o mezcla a algunas nociones científicas muy incompletas las pueriles quimeras de una mente enferma.

Nasias no estalló como yo me lo esperaba. Su convicción era tan completa que esta vez se contentó con reírse de mi incredulidad.

—Hay que terminar con esto —dijo—, es preciso que constate un hecho. O tú ves en el cristal, o no ves en él; o tu sentido ideal subsiste a pesar de las sandeces de tu educación materialista, o dichas sandeces lo han apagado en ti por tu culpa. En ese último caso, te abandono a tu miserable destino. Prepárate entonces para someterte a una prueba decisiva.

—Tío —respondí con firmeza—, no es necesaria la prueba. Yo no veo, jamás he visto en el cristal. He soñado que veía en el la representación de mis fantasías. Es una enfermedad que he tenido y que ya no tengo, lo siento, desde el momento que usted quiere demostrarme la evidencia de esos vanos fantasmas. Le agradezco la lección que ha querido darme y le juro que me será de provecho. Permítame ir a trabajar y jamás reanudar una plática que se me tornaría demasiado penosa.

—No escaparás a mi investigación —exclamó Nasias mirándome con ironía cuando intentaba abrir su puerta, de la que previamente y sin que yo pusiera atención en ello, había retirado la llave—. Yo no me contento con excusas, y no he venido desde lo más lejano de Persia para irme sin saber nada. No intentes sustraerte a mi examen, es absolutamente inútil.

—¿Qué exige entonces, y qué secreto pretende arrancarme?

—Exijo algo muy simple: que mires el objeto contenido en esta cajita.

Con una llavecita que llevaba consigo abrió el cofrecito de bronce en el que yo ya había reparado y colocó ante mis ojos un diamante de una blancura, una pureza, un tamaño tan prodigioso, que me fue imposible aguantar su brillo. Me pareció que el sol saliente entraba al cuarto por la ventana y venía a concentrarse en ese brillante con toda la potencia de su radiación matinal. Cerré los ojos, pero fue inútil. Una llama roja llenaba mis pupilas, una sensación de calor insoportable penetraba hasta el interior de mi cráneo. Caí como fulminado e ignoro si perdí el conocimiento, o si en el reflejo de esa gema abrasada vi algo de lo que fuera capaz de dar cuenta...

Al respecto hay una gran laguna en mi memoria. Me es imposible explicar la influencia que a partir de ese misterioso acontecimiento Nasias ejerció sobre mí. No puse más, según creo, ninguna objeción a su extraña utopía y sus fantásticas apreciaciones geológicas se me aparecieron, sin duda como verdades de un orden superior que ya no me estaba permitido discutir. Decidido a seguirle a los límites del mundo, solamente obtuve de él que impusiera al tío Tungstenius la obligación de no disponer de la mano de Laura antes de nuestro regreso y, por mi parte, me comprometí a no confiar a nadie, ya en el momento de las despedidas, ya en cartas posteriores, el fin del gigantesco viaje que íbamos a emprender.

Esto es, al menos lo presumo, lo que pasó entre mi tío

Nasias y yo; ya que, repito, todo está confuso para mí en la jornada que transcurrió entre la escena que acabo de relatar y nuestra partida. Creo acordarme que pasé ese día acostado en mi lecho y aniquilado por la fatiga, que, a la mañana siguiente, al despuntar el día, Nasias me despertó, me posó en la frente no sé qué amuleto invisible que me devolvió espontáneamente mis fuerzas, y que abandonamos la ciudad sin prevenir a nadie y sin llevar los votos y bendiciones de la familia, finalmente que ganamos rápidamente el puerto de Kiel, donde nos esperaba un navío perteneciente a mi tío y totalmente equipado con vistas a un viaje de largo alcance por los mares polares.

### III

Nada diré de nuestra travesía atlántica. Tengo motivos para creer que fue rápida y feliz; pero nada pudo distraer mi atención absorta, concentrada por así decirlo en un solo pensamiento, el de complacer a Nasias y merecer la mano de su hija.

En cuanto al mundo cristalino, pensaba muy poco en él por mí mismo. Mi espíritu, paralizado respecto al razonamiento, no intentaba la menor objeción contra las certidumbres que mi tío desarrollaba ante mí con singular energía y un entusiasmo siempre creciente. Sus ardientes suposiciones me divertían como cuentos de hadas, al punto que no siempre distinguía los resultados de su imaginación de una realidad que ya se habría producido alrededor de mí; no obstante, nuestras conferencias sobre el tema me conducían invariablemente a un singular estado de fatiga intelectual y física, e invariablemente también me encontraba tendido sobre el lecho de mi cabina, saliendo de una profunda ensoñación cuya duración me era imposible determinar, así como traer a la memoria los sueños fugaces. Habría podido sospechar que mi tío mezclaba en mi bebida alguna droga misteriosa que ponía en su poder mi voluntad y mi razón de la manera más absoluta; pero ni siquiera tenía la energía de la sospecha. La disposición de confianza y credulidad infantil en que me encontraba tenía su inefable encanto y no deseaba sustraerme a él. Por lo demás, yo estaba como el resto de la tripulación y como su jefe, pleno de salud, de bienestar, de valor y esperanza.

He aquí cuanto puedo decir de mí hasta el momento en que mis recuerdos toman nitidez, y ese momento llegó cuando nuestro bergantín franqueó las columnas de Hércules del Norte, situadas, como todos saben, a la entrada del estrecho de Smith, entre los cabos Isabel y Alejandro.

A pesar de la frecuencia e intensidad de las tempestades en esa región y en esa época del año, ningún peligro serio había retrasado nuestra marcha, ni comprometido la solidez de nuestro excelente navío. Sólo ante la vista de las torras austeras que se erigían a cada lado del canal, obstruido por montañas de hielo más desconcertantes y amenazadoras que todas aquellas que ya nos habíamos habituado a costear, mi corazón se oprimió, y la mirada de los más intrépidos marineros adquirió una expresión de sombrío recogimiento, como si hubiéramos entrado en el reino de la muerte.

Solamente Nasias mostró una alegría sorprendente. Se frotaba las manos, sonreía a los espantosos icebergs como a viejos amigos largo tiempo esperados, y, si la gravedad de su rol de comandante de la

expedición lo hubiera permitido, a despecho del poderoso balanceo .qué nos sacudía sin descanso, habría danzado sobre el puente.

—¿Qué sucede? —exclamó al ver que estaba lejos de compartir su embriaguez—, ¿sientes ya el frío y debo contemplar el medio de calentarte?

Su rostro se había vuelto repentinamente tan despótico y burlón, que me sentí espantado ante esta oferta cuyo sentido no comprendía ni deseaba hacerme explicar. Sacudí mi aturdimiento y tuve presencia de ánimo hasta el cabo Jackson, al que arribamos no sin fatiga, pero sin obstáculos, a mediados de agosto, más allá de los 80° de latitud, y donde Nasias decretó nuestra invernada en la bahía de Wright, hacia el extremo Norte de Groenlandia. Nos quedaba muy poco tiempo para prepararnos para esa dura y peligrosa estación. Los días se acortaban rápidamente e ignoro cómo habíamos podido llegar tan tarde, en ese cambiante límite de los mares navegables, sin ser bloqueados; hasta tal punto era así que tocábamos la línea de los hielos permanentes, y que apenas hubimos entrado en la bahía, fuimos apresados como por la inmovilidad del sepulcro.

La tripulación, compuesta por treinta hombres, no dejó oír un murmullo. Además de que Nasias era para ellos objeto de una fe casi supersticiosa, el Tántalo (era el nombre del navío) estaba tan bien abastecido, era tan rico, cómodo y espacioso que a nadie asustaba pasar en él una noche de varios meses. La instalación se hizo con orden y rapidez, y el día en que el pálido sol de setiembre, después de habérsenos aparecido un instante, se puso tras las agujas débilmente purpúreas del glaciar llamado de Humboldt para no alzarse más por mucho tiempo, festejamos sus funerales a bordo con una verdadera orgía. Nasias, hasta entonces tan severo en la disciplina y tan sabiamente económico con nuestros recursos, permitió a la tripulación beber hasta la embriaguez y llenar de clamores salvajes, cantos y gritos descabellados la sorda atmósfera de tinieblas y brumas que caía sobre nosotros.

Entonces, me condujo a su cabina, que siempre estaba perfectamente caldeada, ignoro por qué medio, y me habló así:

—Sin duda te sorprendes, mi querido Alexis, por la imprudencia de mi conducta; pero sabe que todo está previsto, y que de ningún modo actúo al azar. Esa miserable tripulación cuyo griterío nos rompe la cabeza está destinada a perecer aquí, puesto que desde hoy se me torna perfectamente inútil y un tanto incómoda. Me propongo proseguir sólo contigo y una partida de cazadores esquimales, que debe reunírsenos esta noche, mi viaje sobre el mar por los hielos permanentes hasta el mar libre que es el término de mis esfuerzos. Prepárate entonces para partir en unas horas y provéete de cuanto sea necesario para escribir de aquí en adelante el interesante relato de nuestro viaje.

Permanecí algunos instantes estupefacto.

—¿Piensa usted en ello, tío? —dije finalmente esforzándome por no irritar con un acento de indignación a quien tan imprudentemente había confiado mi suerte—, ¿no está usted satisfecho de haber alcanzado sin tropiezos un límite que ningún navío antes del suyo había podido escoger para invernar, de no haber perdido aún ningún hombre, ni haber estropeado ninguna parte de sus provisiones? ¿Cómo puede creer en la posibilidad de ir más lejos, durante la larga ausencia del sol, con el frío más riguroso que los animales salvajes puedan soportar? ¿Cómo acaricia la idea de ver llegar a los naturales, cuando usted sabe que esos desdichados están ahora varias centenas de leguas hacia el sur, agazapados en sus cabañas de nieve caldeadas a noventa grados? Y, cosa más sorprendente todavía, ¿cómo admite la idea de dejar perecer aquí a una tripulación tan brava y excelente, con desprecio de todas las leyes divinas y humanas? Esta es una de esas terribles bromas con las que había jurado ponerme a prueba, pero en la cual no creería un niño de cuatro años; porque, si usted no se inquieta por sus valientes compañeros de viaje, se preocupa un poco, me imagino, por los medios para volver a Europa y por una magnífica nave que no puede pasarse sin mantenimiento diario y salvamento en caso de necesidad.

—Veo —continuó Nasias estallando de risa— que la prudencia y la humanidad se enlazan agradablemente en tus sabias preocupaciones. Veo también que el miedo y el frío han debilitado tu pobre cerebro y que ya es tiempo de reanimarte con un medio del que tú no tienes conciencia, pero cuyo efecto sobre ti no ha fallado nunca.

—¿Qué quiere usted hacer? —exclamé espantado por su mirada burlona.

Pero, antes de que yo hubiera podido ganar la puerta de su cabina, sacó de su pecho la cajita de bronce que no le abandonaba jamás, la abrió, y bruscamente presentó ante mis ojos el enorme diamante cuyo inexplicable efecto me había puesto en su poder. Esta vez, soporté su brillo y, a pesar del indecible sufrimiento que el calor de la gema producía en mi cabeza, sentí al mismo tiempo no sé qué amargo deleite en dejarme penetrar por aquél.

—Muy bien —dijo Nasias volviéndolo a colocar en la caja, te habitúas a él, lo veo, y el efecto se toma excelente. Dos o tres pruebas más y verás tan claro en esta estrella polar como en tu pobre geoda de amatista. Al presente, tus dudas se han disipado, tu confianza ha vuelto y tu enternecedora sensibilidad está convenientemente embotada. ¿No experimentas tú también un cierto placer en sufrir esta suerte de operación magnética que te libra del fardo de tu vana razón y del pesado bagaje de tu pequeña ciencia pedagógica? Vamos, vamos, todo va bien. Escucho los deliciosos cantos de nuestros nuevos compañeros de viaje. Estarán aquí en un momento. Vamos a recibirles.

Le seguí sobre el puente desierto, donde reinaba un profundo silencio y, prestando oídos, distinguí en la lejanía el más extraño y horrible clamor. Era un inmenso chillido de voces agudas, plañideras, siniestras,



grotescas, y a cada instante la barahúnda se aproximaba como llevada por una ráfaga. No obstante, el aire estaba calmo y la brama compacta no era desgarrada por ningún soplo de viento. Pronto, la bacanal invisible estuvo tan cerca de nosotros que mi corazón se estrujó de espanto; me pareció que una manada de lobos hambrientos iba a sitiarnos.

Interrogué a mi tío, que me respondió tranquilamente.

—Son nuestros guías, nuestros amigos y sus bestias de tiro, criaturas inteligentes, robustas y fieles, a los que no he querido hacinar a bordo, y vienen a reunírseos conforme a la convención realizada al sur de Groenlandia.

Iba a preguntarle en qué etapa del viaje había hecho esa convención, cuando vi una multitud de puntos rojos agitarse sobre el hielo en derredor de los costados aprisionados de la nave, y pude distinguir, bajo el reflejo apagado de esas antorchas de resina, a los extraños compañeros que nos llegaban. Era una banda de horribles esquimales acompañados por una banda de perros flacos, hambrientos, de pelo hirsuto y más parecidos a bestias feroces que a animales domésticos, enganchados de a tres, de a cinco o de a siete, a una larga fila de trineos más o menos grandes, algunos de los cuales llevaban ligeras piraguas. Cuando estuvieron al alcance de la voz, mi tío, dirigiéndose al jefe de la banda, le dijo con voz recia:

—¡Haced callar a vuestras bestias, apagad vuestras teas y alineaos aquí. Que yo os vea y os cuente!

—Estamos prontos a obedecerte, gran jefe angekok respondió el esquimal, saludando así a mi tío con el título consagrado en su lengua a los magos y profetas— pero, si apagamos nuestras antorchas, ¿cómo podrás vernos?

—Eso no os atañe —contestó mi tío—; haced lo que os digo.

Fue obedecido instantáneamente y esa repugnante fantasmagoría de seres curtidos, compactos, deformes en sus vestimentas de piel de foca, esos rostros de nariz aplastada, boca de morsa y ojos de pescado volvieron a entrar en la noche, para gran satisfacción mía.

Sin embargo, el alivio no duró mucho tiempo. Una claridad viva, de la que por un instante creí ser la fuente, inundó el navío, la caravana y el hielo hasta tan lejos como la vista podía alcanzar, agujereando o más bien disipando la niebla alrededor de nuestra estación. No busqué demasiado la causa de ese fenómeno, ya que, volviéndome hacia mi tío, vi que había colocado en su bonete el magnífico diamante oriental hasta entonces tan penoso de contemplar, y ahora tan socorrido como lo hubiera sido un astro portátil; porque, al mismo tiempo que iluminaba la horrible noche a una distancia considerable, esparcía un calor tan suave como el de una primavera de Italia.

Ante la vista, ante la sensación de este prodigio, todos los esquimales, estupefactos y pasmados, se postraron sobre la nieve, y los perros, cesando los roncros murmullos que habían precedido a sus gritos penetrantes, se pusieron a ladrar y saltar en señal de alegría.

—Vosotros lo veis —dijo entonces mi tío—, conmigo jamás os faltará calor ni luz. Levantaos y haced subir aquí a los más fuertes y menos feos de vosotros. Que carguen todas las provisiones que puedan contener vuestros trineos. No quiero más que la mitad de los hombres; el resto invernará aquí, si le parece bien. Les abandono esta nave y cuanto contenga cuando yo haya tomado lo que necesito.

—Sublime angekok —exclamó el jefe temblando de miedo y de codicia—, si tomamos tu navío, ¿los hombres de tu tripulación no nos matarán?

—Los hombres de mi tripulación no matarán a nadie —respondió Nasias con un tono siniestro—. Subid sin temor, pero que ninguno de vosotros sueñe con robar el menor objeto de los que pretendo reservarme, porque en el mismo instante incendio el navío y a todos los que en él se encuentren.

Y, para probarles que tenía ese poder, golpeó su diamante con un dedo e hizo salir una brillante llamarada que se desvaneció en el aire desparramando una lluvia de chispas.

No me ocupé ni del trabajo de los esquimales, ni de la carga de sus vehículos. A despecho del hechizo que me envolvía, yo no pensaba más que en las misteriosas palabras de Nasias y en el lúgubre silencio que en la nave, desde hacía largo rato, había sucedido a la batahola de la orgía. Ningún marinero estaba sobre el puente. El oficial de turno y el timonel habían abandonado sus puestos. La ruidosa llegada de los naturales no había perturbado el sueño de la borrachera de ninguno de nuestros compañeros.

Bien comprendía que mi tío se llevaba o daba a los recién llegados todo el alimento y las vestimentas necesarios a la tripulación. ¿Les abandonaba también la vida de esos desdichados, ahora pero son voraces como tiburones y ladrones como urracas. No cabía ninguna duda de que al despertar nuestras gentes se encontrarían condenadas a perecer de frío y de hambre.

Mi conciencia embotada se despertó. Resolví que en caso de necesidad haría rebelarse a la tripulación, si era posible hacerle comprender su situación, y me lancé al refectorio, donde les encontré echados en total desorden sobre los divanes o sobre el piso, en medio de los restos de botellas rotas y mesas volcadas.

¿Qué había ocurrido en esta fiesta siniestra? La sangre mezclada al vino y al gin derramados formaba ya un mar viscoso donde se pegaban sus manos inmóviles y sus vestimentas manchadas. Era una espeluznante escena de embrutecimiento o de desastre procedente de algún frenesí de

rabia o de desesperación. Llamé en vano; alrededor de mi reinaba el silencio de la extenuación... ¡quizá de la muerte!

Palpé el primer rostro que me vino a mano: estaba helado. La lámpara humeante y ennegrecida colmaba de un humo acre ese sepulcro ya apestado por la hediondez de la orgía, e inclinada sobre su soporte, derramaba sus últimas gotas de aceite sobre unos cabellos erizados en su último espanto. Ningún movimiento, ningún gemido, ningún estertor. Todos estaban heridos, mutilados, irreconocibles, asesinados unos por otros. Algunos habían muerto tratando de reconciliarse y yacían con los brazos enlazados, después de haber intercambiado en la lía y la sangre un supremo y doloroso adiós.

Permanecía petrificado ante ese cuadro de horror cuando sentí una mano que me asía. Era la de Nasias que me arrastraba afuera y, como si hubiera podido leer mi pensamiento:

—Es demasiado tarde —dijo riendo irónicamente: no se revelarán contra la providencia que les salva de una muerte lenta cien veces más cruel que ésta. Les he echado el vino del furor y, luchando contra enemigos imaginarios, han podido consolarse con el sueño de una muerte valiente. Están bien allí: los esquimales les darán bajo el hielo la sepultura que cuadra a unos intrépidos exploradores. Vamos, todo está listo, sígueme. Te agrade o no la cosa, ya no es posible retroceder.

— ¡No le seguiré! —exclamé—. Usted no me fascinará más. El crimen que acaba de cometer me libra de su odioso ascendiente. Usted es un cobarde, un asesino, un envenenador y, si no le mirara como a un loco...

—¿Qué harías tú al padre de Laura? —replicó mi tío—. ¡Quieres entonces dejarla huérfana, y podrías tú sólo volver a llevarla desde el fondo de estos desiertos?

—¿Qué quiere decir? ¿Es posible que Laura.... ¡No. no!... ¡Usted está demente!

— ¡Mira! — respondió Nasias, que me había arrastrado al puente.

Y en una aureola azul vi la angélica figura de Luna de pie sobre el primer escalón de la escalera exterior y aprestándose a salir del bergantín.

—¡Laura —exclamé— espérame! ¡No te vayas sola!

Y me lancé hacia ella; pero puso un dedo sobre sus labios y, mostrándome los trineos, me hizo señas de seguirla y desapareció antes de que hubiera podido alcanzarla.

—Cálmate —dijo mi tío—, Laura viajará sola en un trineo que he traído para ella. De aquí en adelante es ella quien lleva en la frente nuestra estrella polar y quien abrirá nuestra marcha hacia el norte. No podemos

seguirla sino a la distancia que le plazca poner entre su carro y los nuestros; mas puedes estar seguro de que no nos abandonará, porque es nuestra luz y nuestra vida.

Convencido de que, esta vez, yo era el juguete de un sueño, seguí maquinalmente a mi tío, que me hizo entrar en el trineo reservado para mí. Allí estaba solo, acostado en una suerte de lecho de pieles, y armado de un látigo atado a mi brazo con una correa, del que ni por asomo pensaba servirme. Estaba sumido en un extraño aturdimiento. Intenté volverme sobre mi cama ambulante, como para desembarazarme de un sueño extravagante: fue inútil; me pareció que estaba sujeto y agarrotado en mi prisión de pieles. Intenté aún ver el espectro de Laura; no distinguí más que un resplandor confuso y lejano, y pronto se me hizo imposible saber si dormía o estaba despierto, si estaba detenido sobre el cielo o sobre la tierra, o era transportado en una rápida carrera por una causa desconocida.

Ignoro cuánto tiempo pasé en ese extraño estado. Dado que el día no aparecía ni debía aparecer, y que la bruma escondía el aspecto del cielo, sin duda me desperté y me volví a dormir varias veces, sin poder darme cuenta del curso de las horas. Finalmente me sentí bien despierto, y mi visión se tomó clara. La niebla había desaparecido completamente y en el cielo centelleaban las constelaciones cuya posición me permitió determinar aproximadamente la hora. Podía ser alrededor de mediodía, y había hecho mucho camino, o estaba en marcha desde hacía varias semanas.

Corría sobre la nieve lisa y dura como un embaldosado de mármol, llevado por mis perros que, sin ser dirigidos, seguían exactamente la huella de otros dos trineos lanzados a toda velocidad. Detrás de mí venía la fila de los otros trineos que transportaban a los esquimales y las provisiones.

Seguíamos un estrecho canal helado situado entre dos formidables bancos de hielo, ora de algunas centenas, ora de algunos millares de pies de altura. Una viva claridad de zafiro parecía emanar de esas regiones terribles; las veía por fin bajo su verdadero aspecto, libre como estaba de toda aprensión formulada y de toda apreciación moral de mi situación. No sentía ni frío ni calor, ni tristeza ni espanto. El aire me parecía dulce y suave, blando mi lecho de pieles, y la ligera carrera de mis perros sobre un suelo admirablemente nivelado me procuraba un bienestar infantil.

Nuestro paso no hacía en esa soledad más ruido que el de un vuelo de espectros. Creo que toda la caravana dormía profundamente o se abandonaba como yo a un indolente desvarío. De tanto en tanto, un perro mordía a su vecino para impedirle aflojar, y al morder éste a un tercero, como es la costumbre de esos animales de tiro, un grito de cólera canina reanimaba el ardor de un atelaje y me hacía presente la sensación de locomoción y de vida; pero esos ruidos secos y rápidos, amortiguados por el efecto de la nieve, se perdían bruscamente, y el

mutismo absoluto del invierno polar retomaba su tranquilizadora y solemne elocuencia. Ningún crujido en los hielos, ningún desprendimiento de nieve, nada que pudiera hacer presentir los horribles cataclismos que trae el deshielo en esas masas flotantes.

¿Era el efecto de un crepúsculo eterno, o la magia de los reflejos de esos límpidos bloques, o de algún modo otro fenómeno cuya noción se me escapaba? Veía claro, no como en pleno día, sino como bajo la acción de una luz eléctrica ora velada de un azul verdoso, ora realzada de púrpura o de amarillo oro. Distinguía los menores detalles del sublime decorado que atravesábamos y que, cambiando a cada paso de forma y de aspecto, presentaba una sucesión de cuadros maravillosos. Ya los icebergs se recortaban en bloques angulosos que proyectaban por encima de nuestras cabezas inmensos doseles festoneados de estalactitas, ya su lados se apartaban, y atravesábamos una selva de pilares rechonchos, encampanados, monstruosos champiñones coronados de capiteles de estilo ciclópeo. En otras partes, eran columnas esbeltas, arcos prodigiosos, obeliscos regulares o apilados los unos sobre los otros, cual si hubieran querido escalar el cielo; después, cavernas de una profundidad reverberante e inaprensible, pesados frontones de palacios indigentes guardados por monstruos informes. Todas las ideas de arquitectura estaban allí como esbozadas, abandonadas luego en el acceso de un inconmensurable delirio, o interrumpidas súbitamente por desastres inenarrables.

Esas regiones fantásticas oprimen el corazón del hombre, porque no aborda sus implacables amenazas sin haber hecho el sacrificio de su vida, y porque en todo momento la siente desquiciada por fuerzas que su ciencia, su coraje y su ingenio aún no han podido vencer; mas en la excepcional situación en la que me encontraba, el cuerpo protegido por un bienestar inexpresable y el espíritu sumergido en una serenidad más sorprendente todavía, no veía sino lo grandioso, lo curioso, lo embriagador del espectáculo.

Poco a poco me habitué al encanto de esta visión de las cosas exteriores y, haciendo un examen de conciencia, me pregunté si era real lo que mi memoria me narraba acerca de los recientes acontecimientos de mi viaje. Había en el momento actual una certidumbre completa. Yo estaba en un ligero trineo de corteza, forrado de pieles de oso y de foca, tirado por tres perros de fuerza y ardor admirables. Ante mí había otros dos vehículos semejantes uno de los cuales debía contener a mi tío Nasias, el otro al guía de la caravana, y la caravana estaba detrás de nosotros, siguiendo nuestras huellas. A la cabeza de esta caravana iba una luz de un brillo inexplicable; pero ¿no correspondía a algún procedimiento científico de iluminación cuyo secreto Nasias no se había dignado revelarme?

Mi mirada se fijó sobre la radiación del trineo conductor, y no encontré nada de extraordinario en que fuera portador de un poderoso fanal alimentado por aceite de foca, del que los indígenas saben sacar tan buen partido. ¿No era insensato creer que un diamante pudiera brillar

en la noche como un faro, y el agradable calor que a pesar del clima yo experimentaba, no era probablemente debido a una disposición física particular? En cuanto a la horrible escena del navío, estaba desprovista de toda verosimilitud. Mi tío, aunque severo, había mostrado hasta entonces a su tripulación tanta equidad como solicitud. Nuestros compañeros bien habían podido embriagarse para festejar el comienzo de su invernada, yo había podido verlos dormidos en el entrepuente; pero el horror de su muerte, las palabras insensatas y crueles de mi tío, sus convenciones inauditas con los esquimales, finalmente, y más que todo el resto, la súbita aparición de Laura en el Tántalo, al fondo de los mares polares, todo ello estaba acotado al extremo de la más completa alucinación.

La idea de que estaba sujeto a accesos de locura me sumió en una gran tristeza; resolví velar sobre mí mismo y hacer los mayores esfuerzos para preservarme de ello.

Un acontecimiento de los más positivos terminó por devolverme la noción de lo real. Hacíamos un alto en un islote, al abrigo de una magnífica gruta de rocas; habíamos salido del canal helado de los bancos de hielo. Mi tío descendió del trineo que iba delante de mí; me apresuré a mirar al personaje que salía del trineo que marchaba delante de él y, al ver la estampa y los rasgos de un horrible enano tallado en hércules truncado, no pude dejar de reírme tristemente de mí mismo. Interiormente pedí perdón a Laura por haber visto su espectro bajo esa grotesca figura de esquimal, y esperé que vinieran a desatarme, ya que estaba verdaderamente agarrotado a mi cama ambulante por sólidas correas.

—Y bien —me dijo alegremente mi tío mientras nuestras gentes encendían el fuego y preparaban la comida—: ¿cómo te sientes ahora?

—Nunca he estado mejor —le respondí— y creo que voy a comer con gran apetito.

—Será pues la primera vez, desde hace dos meses que hemos abandonado la nave —contestó tomándome el pulso—; porque si yo no te hubiera alimentado con buen caldo en tabletas y té bien caliente, te habrías muerto de hambre, a tal punto la fiebre te quitaba la conciencia de tu propia conservación. He hecho bien en atarte sólidamente y fijar la lonja de tus perros a mi trineo, te habrías perdido en la ruta, como un paquete. Por fin se te ve curado, y ya no me hablarás, espero, de nave abandonada, tripulación destruida por un veneno frenético, ni de mi hija escondida a bordo en un baúl y condenada a servirnos de guía hacia el polo ártico.

Pedí perdón a mi tío por las tonterías que había podido decir durante la fiebre y le agradecí por los cuidados que me había dado sin que yo lo supiera.

Hicimos una copiosa comida y ya no me sorprendió ver nuestras provisiones tan abundantes y frescas cuando me enteré de que habían sido renovadas varias veces en el camino gracias al feliz encuentro de animales sorprendidos en la nieve y pájaros de la noche atraídos por la viva luz de nuestro fanal. También me enteré de que habíamos sido favorecidos permanentemente por los brillantes fenómenos de la luz eléctrica del polo; y al salir de la gruta, pude convencerme por mis ojos del esplendor de esa iluminación natural.

Mi tío sonrió ante las quimeras que yo había alimentado y que quise conversarle para librarme de ellas de una buena vez.

—El hombre es un niño —me dijo—. El estudio y examen de la naturaleza no le bastan. Es preciso que su imaginación le proporcione leyendas y ficciones pueriles, en tanto que lo maravilloso llueve del cielo sobre él sin que ningún mago se mezcle en ello.

En ese momento mi tío Nasias me produjo el efecto de un hombre perfectamente justo y sensato.

Mientras charlábamos, nuestras gentes nos construían una casa. Dado que la bóveda de la gruta estaba revestida de una capa de hielo bastante espesa como para preservarnos del aire colado, cerraron la entrada con una muralla de bloques de nieve tallados con notable presteza y habilidad. Así abrigados y bien caldeados, nos tendimos en los trineos bien secos, en medio de nuestros bien saciados perros, y hallamos un reposo tan completo y tan reparador como el de las marmotas en su madriguera.

Esa noche de calor, bienestar y seguridad en los hielos polares me vuelve a la memoria como una de las más sorprendentes de mi viaje. Tuve los sueños más extraños. Me vi en lo de mi tío Tungstenius, quien me hablaba de botánica y me reprochaba no haber estudiado suficientemente la flora fósil de las zonas hornagueras.

—Ahora que recorres comarcas tan poco exploradas —me decía él— puedes encontrar vegetales todavía desconocidos, y sería muy curioso compararlos con aquéllos cuya impresión nos han conservado los esquistos carboníferos. Veamos, sal un poco de ese trineo que deshace locamente nuestras alamedas; ata a esos ariscos perros que desbajan nuestros arriates. Trata de encontrar en esos líquenes polares la saxifragia opositifolia; se trata de hacer con ella un ramillete para tu prima Laura, que debe casarse el domingo.

Intenté advertir a mi tío Tungstenius que yo no podía estar a la vez en la región de las saxifragias polares y en nuestro jardín botánico de Fischhausen, que mis perros, dormidos en un islote del estrecho Kennedy, no amenazaban ni por asomo sus arriates, y que Laura no podía casarse en ausencia de su padre; pero me pareció en un estado de

ánimo muy extraño, y de ningún modo turbado por resolver el problema de la ubicuidad.

Entre tanto vino Walter, y se introdujo al respecto de tal manera en las ideas de mi tío Tungstenius, que me dejé convencer y consentí en mostrarles cómo los esquimales se ingeniaban para batir la nieve y hacer con ella una especie de piedra que resiste el intenso calor de sus habitaciones, puesto que no tienen otro lecho que esa suerte de gema artificial. Para hacer la prueba entre nosotros, sólo se trataba de procurarse nieve en pleno verano en nuestro jardín de Fischhausen; porque en mi sueño había también ubicuidad de tiempo, y las rosas de junio estaban en plena floración en el parterre.

Estábamos seriamente ocupados en buscar esa nieve inverosímil, cuando Laura nos trajo una gran brazada de plumas de eider asegurándonos que podíamos batir y solidificar convenientemente ese material; ante lo cual no pusimos objeción, y, cuando hubimos logrado hacer un ladrillo de quince pies cuadrados, entró el viento por la abertura de la gruta que se había desplomado y dispersó toda la pluma de eider con grandes carcajadas de mi prima, que la recogía a puñados y me echaba los copos a la cara.

Estas imaginaciones entretuvieron, si se puede hablar así, mi sueño, pero fui despertado por alegres clamores. Nuestros esquimales, ya levantados —porque habría sido pleno día si no hubiéramos estado envueltos por la inflexible noche polar— habían señalado una bandada de ocas salvajes que acababan de arrojar sobre nuestro islote. Esos pájaros, fatigados o desprovistos de discernimiento, se dejaban prender con la mano, y se hizo una verdadera masacre: inútil crueldad que me indignó, ya que no estábamos faltos de alimentos, y el número de nuestras víctimas superaba en mucho cuanto podíamos comer y llevar. Mi tío encontró impropia mi sensibilidad y se mofó de ella tan desdeñosamente que mis sospechas volvieron. En su fisonomía habitualmente grave y dulce, veía pasar destellos de ferocidad que me recordaban la escena o el sueño de la escena del navío. En cuanto a mí, estaba desgarrado por ver destruir esas falanges de pájaros viajeros que mi tío calificaba de estúpidos y que no desconfiaban de la estupidez humana; porque venían a echarse en nuestras manos como para pedirnos protección y amistad.

Después de algunos días de descanso y jolgorio en la gruta, nos pusimos nuevamente en marcha, corriendo siempre hacia el norte sobre un hielo pulido y brillante casi en todas partes. La fiebre me volvió tan pronto como estuve en el trineo y, al sentir que mi cabeza se extraviaba, yo mismo me ligué a mi vehículo a fin de no sucumbir al deseo de abandonarlo y aventurarme en esas bravas soledades. No sé si habíamos vuelto a entrar en la bruma, si la luz polar se había eclipsado o si nuestro fanal se había apagado.

Corríamos como al azar en las tinieblas, y me sentí helado de espanto. No veía nada por delante, nada por detrás; ni siquiera distinguía mis



perros, y el ligero ruido del surco de mi propio trineo no llegaba hasta mí. Por momentos imaginaba que estaba muerto y que mi pobre yo, privado de sus órganos era transportado hacia otro mundo por el solo esfuerzo de su misteriosa virtualidad.

Avanzábamos permanentemente. La obscuridad se disipó y la luna o algún astro resplandeciente de blancura que tomé por la luna vino a mostrarme que nos habíamos introducido en un túnel de hielo de varias leguas de largo. De tanto en tanto, una fisura en la bóveda o una rotura en los muros me permitía discernir la inmensidad o la estrechez de ese pasaje subglacial; después todo desaparecía, y, durante un tiempo más o menos largo, que a veces me pareció durar más de una hora, volvíamos a entrar en la más completa y horrorosa obscuridad.

En uno de aquellos momentos, sentí un súbito acceso de lasitud, desesperación o irritación. Juzgando que no volvería a ver más la luz y diciéndome que estaba ciego o loco, comencé a delirar con la vaga intención de librarme de la existencia; pero tan pronto como la helada bóveda dejó de cobijarme, vi claramente a Laura corriendo junto a mí. Apenas tuve fuerza para lanzar un grito de alegría y tender los brazos hacia ella.

—¡Adelante! ¡adelante! —me gritó.

Y maquinalmente azoté a mis perros, aunque ya hicieran al menos seis millas por hora. Laura corría siempre a mi derecha, adelantándose apenas uno o dos pasos. Veía netamente su rostro, que ella volvía hacia mí sin cesar para asegurarse de que la seguía. Estaba de pie, los cabellos flotantes, el cuerpo envuelto en un manto de plumas de somorgujo que formaba alrededor de ella los espesos y satinados pliegues de una nieve recién caída. ¿Iba sobre un trineo o era llevada por una nube, transportada por animales fantásticos o solevantada por una ventisca a flor de tierra? No pude asegurarme; pero, durante un tiempo bastante largo, la vi y todo mi ser se sintió renovado. Cuando su imagen se borró, me pregunté si no era mi propia imagen la que había visto reflejarse sobre la brillante muralla de hielo que costeara; pero no quise renunciar a una vaga esperanza de volver a verla pronto, por insensato que pudiera ser.

Las diversas estaciones y los acontecimientos monótonos de nuestro viaje han dejado pocas huellas en mi memoria. Apenas podría apreciar su duración, no estando seguro de la fecha de nuestra partida de la nave. Sé que un día el sol reapareció y que la caravana se detuvo lanzando gritos de alegría.

Estábamos sobre tierra firme, en la cima de un alto acantilado musgoso; detrás nuestro, los inmensos glaciares de las dos orillas del estrecho que habíamos franqueado se extendían hacia el sur hasta perderse de vista, y ante nosotros, el mar libre, sin límites, de un azul oscuro, rompía a nuestros pies, sobre ásperas rocas volcánicas, con un ruido formidable. Jamás ninguna música de Mozart o Rossini fue más dulce a mi oído, a

tal punto el profundo silencio y la solemne fijeza de los glaciares habían exacerbado en mí la necesidad de vida exterior. Nuestros esquimales, ebrios de alegría, levantaban las tiendas y preparaban los instrumentos de pesca y de caza. Nubes de pájaros de todos los tamaños cubrían el cielo rosado, y se veían innumerables ballenas retozando en las tibias olas del mar polar.

Antes que nosotros, otros habían señalado y consagrado este mar largo tiempo problemático; pero, casi solos, en el límite de sus fuerzas y urgidos por volver sobre sus pasos para no sucumbir a las fatigas y peligros del retorno, no habían hecho más que saludarlo y entreverlo. Nosotros llegábamos a ese límite del mundo conocido con buena salud, ricos en provisiones, no habiendo perdido ninguno de nuestros perros, y sin ninguna avería en nuestro precioso material. Era una coincidencia de suertes tan inaudita, que los esquimales miraban cada vez más a mi tío como a un poderoso mago, y yo mismo, forzado a admirar su previsión, su habilidad y la fe que le había sostenido, lo contemplaba con supersticioso respeto.

Aquel día el sol nos hizo una corta visita; pero su aparición en un cielo totalmente jaspeado de tonos rosas y anaranjados me había devuelto la confianza y la alegría. Durante largo rato el mar se iluminó con un crepúsculo transparente como la amatista; buscamos un sitio al abrigo del viento, y al pie de un glaciar de blancura inmaculada escogimos un encantador vallecito tapizado de musgo fresco y aterciopelado donde florecían líquenes, hesperis, saxifragias lilas, sauces enanos y bermudianas.

Al día siguiente, habiendo reconocido que el agua del mar era tan tibia como en los climas templados, nos entregamos a los placeres del baño. Luego subí con mi tío a un pico bastante elevado y tuvimos un conocimiento más amplio de la región inexplorada que acabábamos de alcanzar.

Esta región era la margen oeste del estrecho atravesado, que se extendía a nuestra izquierda en línea recta hacia el norte, en tanto que a nuestra derecha las tierras septentrionales de Groenlandia parecían perderse en una línea horizontal completamente deprimida. Frente a nosotros, nada más que la mar sin límites. La costa occidental, deprimida también en una gran extensión, se levantaba en poderosas masas volcánicas, sin duda los montes Parry, vistos ya desde lejos y bautizados por nuestros predecesores, pero jamás alcanzados.

—Nada habremos hecho —me dijo mi tío— si no vamos hasta allí; tenemos dos buenas piraguas, y por cierto iremos; ¿qué te parece?

—Iremos —respondí— aun cuando no deberíamos encontrar, según lo creo, más que lava y hielos, ¡ciertamente iremos!

—Si no encontráramos otra cosa —contestó mi tío— sería porque tu sentido adivinatorio y el mío se habrían obliterado, y entonces sería

preciso remitirse al juicio de la incompleta y tardía ciencia práctica de los hombres para descubrir, quizás en cinco o seis mil años, el secreto del mundo polar; pero, si tú dudas, yo no dudo: ¡he consultado mi diamante, este espejo del interior del globo, este revelador del mundo invisible, y sé que riqueza incalculable nos espera, qué gloria, borrando todas las glorias pasadas y presentes de la humanidad, nos está reservada!

—Tío —le dije fascinado por su convicción—, déjeme mirar también a mí ese diamante cuyo brillo, penetraba a su mirada, ha sido hasta ahora demasiado potente para mi débil vista. Dese prisa, el sol ya se pone. Déjeme intentar un esfuerzo por elevarme a la altura de su visión.

—De buena gana —dijo mi tío presentándome la gema que él llamaba su estrella polar—. Desde el momento en que por fin eres creyente y sumiso, debes leer en este talismán tan bien como yo mismo.

Miré el diamante, que me pareció tomaba de repente en mi mano las proporciones de una montaña, y estuve a punto de dejarlo caer al mar desde lo alto del acantilado al ver en él la imagen de Laura perfectamente clara y revestida de su ideal belleza. De pie y enteramente vestida de rosa, sonriente y animada, me mostraba, con un amplio gesto triunfal y gracioso, una cima lejana mucho más allá de los montes Parry.

—¡Habla! —exclamé —dime...

Pero el sol se apagaba en el púrpura del horizonte marítimo, y ya no vi en el diamante más que el cielo y las olas.

—Y bien, ¿qué has visto? —dijo mi tío recuperando su tesoro.

—He visto a Laura, y creo —le respondí.

Resolvimos esperar a que los días fueran más largos. Nuestra estación era de las más agradables y estaba abundantemente provista de caza y combustible. La orilla estaba cubierta de restos de madera flotantes y las montañas revestidas de una espesa capa de líquen. Me hallaba muy sorprendido de ver restos de una vegetación robusta varados sobre aquella costa.

—Yo —me decía Nasias— sólo me sorprendo de tu sorpresa. Más allá de esas lejanas orilla; cuyos detalles interroga en vano nuestra mirada, no dudo que exista un Eldorado, una tierra encantada donde los cedros del Líbano se casan con gigantescos codesos y quizá con los más ricos productos de la naturaleza tropical.

La aseveración de mi tío me parecía un poco arriesgada y lamentaba vivamente haber descuidado el estudio de la botánica, que me hubiera permitido determinar mejor los restos vegetales que tenía a la vista. Unas veces me parecía reconocer en ellos tallos de helechos

arborescentes, otras, la corteza imbricada de palmeras inmensas; pero no estaba seguro de nada y me perdía en conjeturas.

Después de una estada muy benigna, estábamos dispuestos a emprender la travesía del mar polar, cuando nuestros esquimales, hasta entonces tan confiados y alegres, nos hicieron observar que, visto el tiempo necesario para el viaje de retomo y el calor excepcional del año, corríamos el riesgo de ser sorprendidos por el deshielo, que tomaría impracticable la ruta por mar y por tierra.

Mi tío les advirtió en vano que lo que tomaban por un verano excepcional no era sino el efecto de un clima nuevo para ellos y estable en esa región; que en caso de deshielo repentino, estábamos en condiciones de esperar semanas y meses el momento favorable: se amotinaron. La nostalgia se había apoderado de ellos, echaban de menos su clima desolado, sus cuevas bajo la nieve, su pescado rancio y salado, y tal vez también a sus parientes y amigos. En una palabra, querían partir, y sólo volvieron a la obediencia ante la amenaza de Nasias, que les presentó su diamante diciéndoles que les haría abrasarse y cocerse si renovaban sus murmullos. No teníamos más que dos piraguas. Nos fue muy difícil obtener que construyeran otras con las maderas flotantes y las cortezas de la orilla. Esos árboles encantados aterraban su imaginación. Además decían que ese mar navegable y rico en peces sobre las costas debía contener, a cierta distancia, monstruos desconocidos y pérfidos torbellinos.

El verdadero motivo de terror era, en el fondo, el temor a ser llevados por nosotros al mundo de los europeos, que ellos suponían situado en la vecindad del cabo Bellot, y no volver jamás a ver su patria. Mi tío, a pesar de su prestigio y su autoridad, no pudo decidir a seguimos más que a una docena. Acabamos equipando seis piraguas y, forzados a abandonar al grupo descontento y agitado todo nuestro material y nuestras probabilidades de regreso, nos hicimos a la mar abandonándonos al destino.

Aunque el tiempo fue magnífico, reinaba un fuerte oleaje sobre ese mar donde ninguna embarcación se había aventurado jamás. Las fuerzas de nuestros remeros y las nuestras fueron pronto agotadas, y debimos abandonarnos a una fuerte corriente que repentinamente nos arrastró hacia el norte con una rapidez pavorosa.

Doblamos los montes Parry sin poder abordar, y, al cabo de tres días de absoluta desesperación de parte de nuestras gentes, a quienes sin embargo no faltaba nada, no sufrían frío y no embarcaban olas en sus excelentes piraguas, vimos asomar con el sol naciente un pico de prodigiosa altura que mi tío estimó debía sobrepasar en mucho las cimas del Himalaya.

Nos volvió el valor; pero cuando la noche hizo desaparecer en las sombras ese gigante del mundo, el temor a no poder volver a encontrarlo y a doblarlo contra nuestra voluntad fue punzante.

Sólo Nasias no demostró ninguna inquietud. Nuestras piraguas, ligadas entre sí con cuerdas, navegaban en conserva, pero al azar, cuando el cielo y las aguas se llenaron de una claridad tan viva que era difícil de soportar. Era la más magnífica aurora boreal que nuestros ojos hubieran contemplado hasta entonces, y durante doce horas su intensidad no se debilitó un instante, aunque presentara fenómenos de color y de forma infinitamente variados y a cual más mágico. Sólo la famosa corona que se percibe en las palpitaciones de la luz solar permaneció completamente estable y despejada en su totalidad, y pudimos convencernos de que emanaba del lugar donde estaba situado el pico; ya que éste había vuelto a ser visible y despuntaba en el centro del círculo luminoso como una aguja negra en un anillo de oro.

La admiración y la sorpresa habían acallado el temor. Nuestros esquimales, impacientes por alcanzar ese mundo mágico, se esforzaban en remar, a pesar de que la potencia de la corriente revezara sus vanas tentativas. Cuando volvió el día, se descorazonaron nuevamente; el pico estaba tan lejos como la víspera, e incluso parecía que retrocedía a medida que avanzábamos. Fue preciso navegar aún de este modo varios días y varias noches; al fin esa cima amedrentadora pareció rebajarse: era un signo indudable de aproximación. Poco a poco surgieron del horizonte otras montañas menos altas detrás de las cuales la cima principal se ocultó totalmente, y una tierra de considerable extensión se desplegó ante nuestros ojos. Desde entonces, cada hora que nos acercaba a ella fue una hora de certidumbre y alegría crecientes. Con el catalejo distinguíamos selvas, valles, torrentes, una región exuberante de vegetación, y el calor se tornó tan real que debimos desembarazarnos de nuestras pieles.

¿Pero cómo abordar esa tierra prometida? Cuando la tuvimos al alcance de la vista, reconocimos que estaba rodeada por un acantilado vertical de dos o tres mil metros de altura, que se hundía perpendicularmente en el mar, liso como una muralla, negro y brillante como el azabache, y que en ninguna parte ofrecía el menor intersticio por el cual hubiera esperanza de penetrar. De cerca fue mucho peor. Lo que nos había parecido brillante en esos negros muros lo era en efecto, ya que ese cinturón compacto estaba formado por Turmalina en gruesos cristales, algunos de los cuales alcanzaban el volumen de nuestras torres más grandes; pero, en lugar de presentar en alguna parte bases horizontales donde se hubiera podido esperar hallar una depresión dispuesta en gradas naturales, esas extrañas rocas estaban plantadas como púas de erizo, y sus puntas vueltas hacia el mar semejaban bocas de cañones de una fortaleza de gigantes.

Esas rocas brillantes, las unas negras y opacas, las otras transparentes y color agua de mar, engastadas en una montaña impenetrable, y todas finamente estriadas de delicadas acanaladuras, ofrecían un espectáculo tan extraño y tan rico que yo no pensaba más que en contemplarlas, y sin embargo ya habíamos pasado una jornada entera en costearlas, sin

poder atravesar las furiosas olas que allí rompían, y sin descubrir la menor apariencia de abrigo sobre esa costa inexpugnable.

Finalmente, hacia la noche, entramos de buena o mala gana en una especie de canal y fuimos a abordar en el fondo estrecho y rocalloso de una pequeña cala donde nuestras piraguas fueron quebradas como vidrio, y dos de nuestros hombres muertos por el choque que recibieron al encallar con su embarcación sobre el suelo.

Este siniestro abordaje no fue por ello menos saludado con gritos de alegría, a pesar de que todos los sobrevivientes estuvieran más o menos heridos o magullados; pero el terror de aquella prestigiosa navegación, la sed que nos torturaba, nuestra provisión de agua dulce agotada desde hacía treinta y seis horas, la desesperación que se había apoderado más o menos de todos nosotros, a excepción de uno solo, el indomable Nasias, en fin, no se' qué salvaje entusiasmo por el peligro afrontado y vencido nos volvieron casi insensibles a la pérdida de nuestros desdichados compañeros.

Mojados, destrozados, demasiado fatigados para sentir hambre, nos echamos sobre la orilla sombría sin preguntarnos si estábamos sobre un arrecife o sobre tierra firme, y así pasamos más de una hora sin hablamos, sin dormir, sin pensar en nada, riendo por momentos de una manera estúpida, volviendo a caer después en un huraño silencio al borde de la furiosa ola que nos cubría de arena y espuma.

Nasias había desaparecido y sólo yo había reparado en su ausencia; pero de repente el mar se iluminó de fuegos resplandecientes y vimos formarse en el cénit la espléndida aurora boreal; estábamos inundados y como envueltos por su inmensa irradiación.

—¡De pie! —exclamó la voz de Nasias por encima de nuestras cabezas—, ¡Aquí! ¡aquí! ¡Venid, subid, el albergue y el festín os esperan!

Nos sentimos súbitamente reanimados, y escalamos alegremente un abrupto barranco que nos hizo penetrar en un estrecho vallecito lleno de árboles y herbajes desconocidos. Miríadas de pájaros volaban en derredor de Nasias, que había encontrado sus nidos en una comisa de roca y había henchido su ropa de huevos de todas las dimensiones. Los había desde el tamaño de los de epiornis hasta del de los huevos de abadejo. A este festín añadió muestras de frutos magníficos, y mostrándonos los árboles y los matorrales de donde los había recogido:

—Id —dijo—, haced también vuestra cosecha y comed con confianza estos frutos sabrosos que ya he hecho la prueba sobre mí mismo; no hay aquí ningún veneno.

Y mientras así hablaba, se inclinó, arrancó un puñado de hierbas secas con las que rellenoó su pipa, y se puso a fumar tranquilamente, esparciendo alrededor de nosotros bocanadas de un perfume exquisito,

en tanto calmábamos el hambre y la sed comiendo los más delicados huevos y las frutas más agradables.

Nos hubiera sido fácil regalarnos con carne, los pájaros eran tan poco ariscos como los del islote Kennedy; pero desde luego nadie pensó en ello, a tal punto el hambre inicial era imperiosa. Cuando ésta fue aplacada, nuestros esquimales, que habían aprendido la previsión a fuerza de peligros y terrores, quisieron retorcer el cuello a esos pobres pájaros, que nos reprochaban con gritos plenos de elocuencia el rapto de sus huevos. Esta vez Nasias se opuso enérgicamente al crimen.

—Amigos míos —dijo—, aquí no se mata; es preciso que lo tengáis por dicho. La tierra produce en abundancia cuanto es necesario al hombre, y el hombre no tiene en ella enemigos, a menos que se los haga.

No sé si nuestros compañeros comprendieron esta admonición, que juzgué excelente; vencidos por el sueño, se durmieron sobre el suelo, que estaba formado por un fino polvo de talco. Hice como ellos, pues no tenía las fuerzas sobrehumanas de Nasias, quien nos dejó y no reapareció sino con el alba.

## IV

Cuando me desperté, quedé muy sorprendido al no hallar alrededor de mí a ninguno de mis compañeros.

—Ya no tenía necesidad de ellos —me dijo tranquilamente—, les he enviado de regreso.

—¿Enviado de regreso? —exclamé estupefacto—. ¿Adónde? ¿Cómo? ¿Por qué medio?

—¡Qué te importa! —respondió burlándose—. ¿Te interesabas entonces en esos groseros, voraces y estúpidos personajes?

—Sí, por cierto, tanto y más seguramente que en los animales domésticos fieles y sumisos. Esos diez hombres y los dos que hemos perdido al abordar aquí eran lo mejor de nuestro grupo; han mostrado mucho valor y paciencia. Comenzaba a comprender su lenguaje, a habituarme a sus costumbres, y aquél de entre ellos que apenas tenía rostro humano, encerraba en él sentimientos verdaderamente humanos. Veamos, tío, ¿adónde les ha enviado? Esta tierra es sin duda un Edén donde pueden errar sin temer nada.

—Esta tierra es un Edén —respondió Nasias— que ni por asomo me propongo compartir con seres indignos de poseerlo. Esos brutos no hubieran vivido aquí tres días sin ponernos en guerra contra todas las fuerzas animales de la naturaleza. Les he despedido; toma una resolución, no les volverás a ver jamás, no más que a sus piraguas, sus compañeros, sus trineos y sus perros. Somos aquí, y sobre todo el mar que nos rodea, los monarcas absolutos. A nosotros nos corresponde encontrar, y sólo a nosotros, los medios de salir cuando nos plazca. Nada nos urge, estamos bien. Levántate, toma un baño en ese encantador arroyo que murmura a dos pasos de ti, recoge tu desayuno de la primer rama que se te presente, y pensemos en explorar nuestra isla, pues se trata bien de una isla alejada de todo continente visible y ahuecada en forma de copa, como te lo había anunciado; solamente que en el medio hay un volcán de altura prodigiosa; pero es un faro natural de luz eléctrica, y nada más.

Toda objeción, toda recriminación eran perfectamente inútiles. Estaba solo en ese mundo desconocido con un ser más fuerte, más inteligente, más implacable y más creyente que yo. No era cuestión de combatirlo, sino de igualarlo, si me era posible.

Eché una última mirada hacia atrás y, subiendo a un promontorio, volví a ver el sitio de nuestro abordaje. Ya sea que el mar las hubiera pulverizado, ya que Nasias las hubiera salvado y escondido, el hecho es



que no había más señales de nuestras embarcaciones. En cuanto a los hombres ¿qué había pasado con ellos? Incluso la huella de sus pasos sobre la arena estaba borrada. Miré a mis pies y vi pequeños charcos de sangre; mis manos también estaban impregnadas de ella, me estremecí preguntándome si, como mis desdichados compañeros del Tántalo, no había yo tomado parte en alguna espantosa escena de delirio y carnicería.

Nasias, que me observaba, se echó a reír, y recogiendo una mora silvestre del grosor de una granada, le exprimí el jugo delante de mí.

—Lo que ves ahí —me dijo— son los restos de tu cena de ayer.

Quise interrogarle todavía; me volvió la espalda y rehusó responderme. Era preciso someterse. Habiendo explorado ya los alrededores, tenía un objetivo y hada él marchaba. Le seguí en silencio, sin armas, sin pertrechos y como si hubiéramos conquistado una región donde el hombre no tiene nada más que conquistar.

No obstante no permanecemos mucho tiempo sin encontrar seres infinitamente temibles, por poco que nos hubieran sido hostiles: eran bisontes, cameros salvajes, renos, uros, alces de un tamaño muy por encima del que conocemos, y todos pertenecían a especies completamente perdidas sobre el resto del planeta. Más aún, muchos de aquellos animales no deberían ser designados con el nombre que les doy, a falta de saber el que les corresponde, ya que casi todos me parecieron intermediarios entre especies desaparecidas y las de la fauna actual. No vimos ni reptiles ni animales carniceros. En cuanto a esos grandes herbívoros que pastaban en tropillas inmensas por regiones silvestres o cubiertas de césped, se contentaron con mirarnos con un poco de sorpresa, sin espanto ni aversión. Se apartaban apenas para dejarnos pasar, y habríamos podido dibujarlos a nuestras anchas si hubiéramos estado provistos de lo que fuera para dibujar.

Por otra parte, Nasias les acordaba muy poca atención, y no me permitía detenerme mucho. Le seguí a disgusto, puesto que, desde el momento en que no corríamos peligro alguno, que ya nadie nos esperaba en ninguna parte y que pertenecíamos por entero a esta nueva vida a la que nos habíamos lanzado resueltamente, ya casi no sabía lo que buscábamos y por qué mi tío, en lugar de contentarse con la realización de sus presentimientos en el límite de lo posible, se obstinaba en mantener su lado quimérico. Yo le participaba mis reflexiones por mi cuenta y riesgo, pues se había tomado imperioso, febril, huraño, y bien veía que en caso de resistencia abierta, no dudaría en deshacerse de mí. Apenas me respondía o, cuando se dignaba hablar, era para reprocharme amargamente mi falta de fe y el entorpecimiento voluntario de mis más preciosas facultades.

Lo que más me sorprendió de la región que atravesábamos, no fue encontrar a cada instante especies nuevas en todos los géneros de animales, plantas y minerales: debía esperármelo bajo esas latitudes;

fue verlas aumentar de dimensión a medida que íbamos hacia el norte, y este hecho, que destruía todas mis nociones racionales, no podía explicarse más que por el rápido aumento del calor del clima. Sin embargo aún no habíamos alcanzado la región del calor húmedo y del desarrollo gigantesco.

Habíamos ganado las altas planicies que sostenía el acantilado de turmalina. El pico central aparecía nuevamente en todo su esplendor; pero nos era imposible distinguir su base, que descansaba en un círculo brumoso. Calculé que estaba a cinco o seis días de buena marcha, suponiendo que pudiéramos llegar allí en línea recta; y, suponiendo también que ocupaba la parte central de la isla, calculé que ésta tenía en ese sentido al menos den leguas de diámetro.

Al cabo de dos jornadas de marcha durante las cuales no cesamos de atravesar colinas de fácil acceso, hicimos un alto sobre la última elevación desde donde la isla entera se desplegaba a nuestros pies. Fue una magnífica vista de conjunto. Toda esa comarca se debía a una inmensa conmoción operada en diversas épocas geológicas. Pude observar la huella de grandes perturbaciones volcánicas; pero, en general, los suelos primitivos se mostraban al desnudo y los terrenos de sedimento ocupaban una mezquina superficie. Por lo demás, ninguno había resistido a violentas dislocaciones o a la acción continua de un deslizamiento general, cada vez más denotado por hundimientos a medida que la vista examinaba el punto central, que no presentaba más que una espantosa aglomeración de ruinas confusas.

Después de tres o cuatro días abandonamos las regiones fértiles pobladas por cuadrúpedos. A los barrancos umbrosos, a los bosques pintorescamente escalonados sobre imponentes rocas, a las estrechas quebradas regadas por aguas vivas y literalmente esmaltadas de flores, sucedieron interminables cuevas de praderas turbosas, tan profundamente deslavadas que los herbívoros ya no se arriesgaban en ellas, y pronto se nos hizo imposible ir más adelante.

Como esas pendientes, probablemente sostenidas por un muro de turmalina análogo al que se extendía en el flanco marítimo, dominaban el fondo del circo, no podíamos más que suponer que considerables cursos de agua dulce contorneaban la base de nuestras planicies. Las partes que teníamos enfrente parecían más áridas; pero la distancia era demasiado grande para permitimos cierta certeza.

Forzados a detenemos y a alimentamos de verdolagas y musgos, muy buenos por otra parte, pensábamos volver sobre nuestros pasos para buscar una pendiente más fácil, cuando fui sobresaltado por un rugido de naturaleza tan particular que ninguna comparación con los gritos de los animales que conocemos podría dar una idea. Era como un sonido prolongado de una campana de rebato, mezclado al ronquido de una máquina a vapor. Al tiempo que miraba por todos lados, escuché ese ruido por encima de mi cabeza y vi volar algo tan enorme que,

instintivamente, me encorvé para no ser alcanzado por el paso de ese ser incomprensible.

Se arrojó a tierra junto a nosotros, y reconocí a un ser que me pareció corresponder bastante de cerca, salvo la talla inaudita, al género megalosoma. Era del tamaño de un búfalo, y aparte de esto, tenía los cuernos aplanados y el pelaje oscuro de éstos. Aunque ese monstruo me causara real espanto, no pude impedirme admirarlo, pues considerándolo bien era un bello animal. Sus élitros y su coraza impenetrable estaban revestidos de una espesa piel verde oliva con reflejos dorados, y sobre su espalda se elevaba majestuosamente esa armadura en forma de biello que es atributo del macho. Sin embargo, no pareció notar nuestra presencia, y se puso a pastar alrededor de nosotros tal como hubiera podido hacerlo un animal familiar; después, levantó sus poderosos élitros, desenvolvió los pliegues de sus anchas alas de gasa irisada y, sin elevarse más de dos o tres metros, fue a arrojarse a algunas centenas de pasos más lejos.

—Ese animal —me dijo Nasias, a quien nada sorprendía— debe vivir de follaje, porque ha tascado sin placer las plantas bajas que crecen aquí y las ha desdeñado. Habría creído que, viniendo de las regiones arborescentes que nosotros mismos acabamos de atravesar, iba a remontarse hasta allí, en tanto que desciende hacia los desiertos áridos. Es preciso entonces que esa gran acumulación de rocas quebradas esconda en sus pliegues plantas frondosas y en consecuencia un suelo saneado. Lamento ahora no haber subido a la espalda de ese coleóptero, cuyo vuelo pesado, pero seguro, nos habría ahorrado muchos pasos inútiles.

—Es una fantasía que podemos realizar —respondí mostrando a mi tío una docena de aquellos mismos escarabajos que volaban por encima de nosotros y parecían seguir al que les había servido de explorador—. Se trata de ganar el lugar adonde van a hacer pie antes de que se hayan alzado nuevamente, pues si hacen como el primero, no mantienen vuelos largos.

En efecto, los megalosomas se posaron bastante cerca de nosotros y pudimos aproximarnosles sin despertar su inquietud. No sé si, a través de la sustancia córnea que les cubría los ojos, se les aparecía claramente nuestra imagen. Nos parecieron muy estúpidos y, aunque habrían podido triturarnos con sus terribles mandíbulas o desgarrarnos con los anzuelos acerados de sus garras, se dejaron montar sin resistencia. Escogimos dos machos de buen tamaño, nos sentamos sobre el coselete, las piernas y los brazos por la horquilla de su armadura para asegurar nuestra firmeza, y nos dejamos elevar sin ninguna emoción. Esta montura es muy suave; sólo el ruido de los élitros y el viento de las alas son de lo más desagradables.

—Pienso —dije a mi tío la primera vez que pusimos pie en tierra— que los futuros colonos de esta isla no emplearán al megalosoma sino para

llevar fardos. Me parece bastante dócil como para obedecer a una dirección, e incluso...

—¿Qué hablas de colonos? —exclamó mi tío alzando los hombros—. ¿Te imaginas, por azar, que yo he hecho tantos gastos y afrontado tantos peligros para enriquecer durante algunos días a esa tonta especie humana que no sabe más que desbastar y esterilizar los más ricos santuarios de la naturaleza? No tendríamos tan sólo un puñado de hombres aquí durante un mes sin que hicieran desaparecer ciegamente estas raras y curiosas especies animales y destruyeran las bellas variedades de los bosques, en lugar de cuidarlas. El hombre es un animal más dañino que todos los demás, ¿no lo sabes? ¡No, no! dejemos tranquilas a las bestias y guardemos sólo para nosotros el descubrimiento de esta isla tan preciosa.

—No obstante —contesté— no veo que nosotros, que no somos más que dos, respetemos completamente la libertad de estas bestias. Ignoro si les resulta agradable llevamos, y convenga en que, en su proyecto, ellas le parecen apropiadas para ayudarle en el transporte de las riquezas que pretende descubrir.

—De ningún modo —respondió Nasias—. Las riquezas que quiero descubrir permanecerán en donde están hasta que haya tomado las medidas necesarias para apropiármelas. Esta isla entera, con todo lo que contiene en sus entrañas, es mía; nadie sino mis esclavos la explotará, y si me hacen falta muchos, hallaré muchos.

En cualquier otra circunstancia habría combatido las teorías antisociales y antihumanitarias de mi tío; pero mi megalosoma levantaba pesadamente sus élitros y comenzaba a hacerlos zumbar. Me apresuré a montar a horcajadas, nunca la expresión fue más literalmente exacta, e hicimos varios vuelos consecutivos que nos permitieron arribar al borde del barranco de turmalina que yo había presentado. Allí, nuestros grandes coleópteros fueron de gran ayuda, pues sin ellos jamás hubiéramos podido descender esa muralla erizada de cristales gigantescos.

Apenas hubimos llegado abajo, no sin cierto vértigo, lo confieso por mi parte, vimos un ancho e impetuoso torrente que manaba a través de bosques magníficos; pero, en vez de hacérselo saltar, los megalosomas se arrojaron sobre unas especies de araucarias de quinientos metros de altura, cuya corteza gomosa se pusieron a succionar ávidamente. Su marcha fantástica a través de las hojas cortantes de esos vegetales gigantes tomó imposible nuestra situación, y debimos abandonar nuestras monturas para descender con precaución y lentamente, de rama en rama, hasta tierra.

Allí encontramos flores y frutos completamente diferentes a los de las regiones superiores. En lugar de las bayas rosáceas, que habían constituido la base de nuestra alimentación durante los días precedentes, hallamos unas especies de cardos comestibles que tenían la

carne de la alcachofa y del ananá, y los huevos de pájaros (no vimos uno solo en esos bosques) fueron reemplazados por larvas de mariposas de un volumen extraordinario y un gusto excelente.

Pero se trataba de franquear el torrente y nos vino muy bien divisar sobre la orilla unas tortugas anfibias de cinco a seis metros de largo, que nos dejaron subir sobre su caparazón y que, después de varias caprichosas paradas bastante irritantes sobre unos islotes de los que el río estaba sembrado, nos hicieron ganar lentamente la otra orilla.

—En resumidas cuentas, estas son buenas criaturas, aunque perezosas —dijo mi tío viéndolas volver a entrar en el agua—. Valen más que los hombres; no rehúsan el trabajo y no piden nada por su esfuerzo. Más lo pienso, más me digo que los hombres harán el servicio de mi explotación sin que me permita a los brutos de mis esclavos contrariar a los animales.

Pusimos un día entero en atravesar esa región forestal, admirable en poderío y majestuosidad. Allí vimos árboles de hojas perennes, acebos, coníferas y diversas especies de enebros gigantescos. Espantosos reptiles sé arrastraban en los montones de puntas secas que nos ocultaban el suelo; pero esos animales nos parecieron inofensivos y atravesamos el bosque sin tener que librar ningún combate.

Más avanzábamos, más resolución y confianza mostraba Nasias, en tanto que yo sentía no sé qué secreto horror apoderarse de mí. Ese mundo inexplorado tenía en su vigorosa belleza una fisonomía cada vez más amenazante. En vano los animales se mostraban indiferentes a la vista y al contacto del hombre. Esta misma indiferencia tenía algo tan despreciativo, que el sentimiento de nuestra pequeñez y aislamiento se había decuplicado en mi mente. La bóveda formada por unos árboles en comparación con los cuales los más hermosos cedros del Líbano habrían sido engendros, el grosor de los troncos, el largo de los reptiles que atravesaban los claros y que brillaban en la fría sombra como arroyos de plata verdosa, las formas rugosas y las desmesuradas espinas de las plantas bajas, la ausencia de pájaros y cuadrúpedos, los vuelos silenciosos de bómbrices y falenas de tamaño descabellado, la atmósfera húmeda y debilitante, la claridad glauca que parecía caer con pesar sobre un espeso tapiz de restos seculares, las grandes charcas de aguas muertas donde ranas monstruosas fijaban sobre nosotros unos ojos vidriosos y estúpidos, todo esto parecía decirnos: “¿Qué hacéis aquí, donde el hombre no es nada y donde nada está hecho para él?”

Finalmente, al atardecer, nos hallamos en un sitio descubierto, y a la claridad de la corona boreal que se hacía cada vez más intensa, vimos que un gran lago nos separaba de la base del pico. Esto destruía todas las fantasías que mi tío se había forjado sobre la existencia de una hoya accesible y me confirmaba la opinión que me había hecho al ver salir al cono de un círculo brumoso.

Por primera vez vi a Nasias descorazonado y, como guardaba silencio, me envalentoné para decirle una fresca. ¿Cómo no había previsto que una excavación profunda, en cualquier lugar del mundo en que se encontrara, pudiera o no servir de reservorio a los cursos de agua, a la lluvia o a la fundición de las nieves? Me permití incluso algunas burlas que sentía necesidad de formular, pues mi asociación con este extraño hombre no era sino una sucesión de rebeliones de mi razón, paralizadas a cada momento por el vertiginoso ascendiente que tenía sobre mí.

Fue herido en lo más vivo, y creo que por un instante tuvo la idea de terminar con mis dudas, porque estaba tan irritado y fatigado por ellas como yo lo estaba por su irresistible autoridad; pero se calmó después de haber vomitado un torrente de injurias groseras que estaba lejos de esperarme de parte de un hombre tan reservado.

—Veamos —dijo—, esta vez estamos los dos equivocados: por ello te perdono. He tenido un momento de desfallecimiento y he sido castigado con un acceso de cólera que corre el riesgo de disminuir mis fuerzas intelectuales y físicas. El hombre sólo vale por la fe. Recupera la tuya o estás perdido.

Y me dio a mirar el diamante. Al instante la imagen del cono nimbado de llamas purpúreas se pintó en él cual si lo tocara, y en ese lago irisado que rodeaba la base del pico, reconocí un suelo indefinible, pero perfectamente sólido, sobre el que Laura marchaba con seguridad invitándome a seguirla. Esta visión produjo en mí su efecto acostumbrado: me transportó a la deliciosa región de lo imposible, o más bien disipó como una nube engañosa esa palabra imposible escrita en el umbral de todos los descubrimientos.

—¡Partamos! —dije a mi tío—, ¿Por qué detenernos? ¿Acaso reina la noche en estas regiones privilegiadas? ¿Acaso nuestras fuerzas, decuplicadas por el efecto de la electricidad que aquí se desprende de todas partes, tienen necesidad de un descanso de seis horas? Marchemos otra vez, marchemos siempre. Ahora sé adónde vamos. Laura nos espera sobre el lago de ópalo. Démonos prisa para alcanzarla.

Anduvimos toda la noche, que por otra parte fue muy corta; estimo que estábamos a 89 grados de latitud y que nos aproximábamos a los días en los cuales, durante seis meses, el sol está por encima del horizonte.

Al salir el sol, un espectáculo espantoso y sublime golpeó nuestra vista. No había ni bruma ni rocas amontonadas en la base del pico y distinguimos perfectamente la forma redonda de la fosa desde donde se lanzaba hasta las nubes. Esta fosa estaba bien llena por un lago; pero un espléndido detalle que no habíamos podido captar era una cascada circular, igualmente alimentada en todo su contorno, y que salía de una gruta igualmente circular para precipitarse en el lago desde una altura de mil doscientos a mil quinientos metros. Esta maravilla de la

naturaleza me sumergió en el éxtasis, pero irritó singularmente a Nasias.

—Ciertamente —dijo— es algo muy hermoso y sin igual en el mundo conocido: mas habría prescindido muy bien de ello. Llegamos demasiado tarde. Algún cataclismo imprevisto ha abierto el camino de las aguas a la boca despejada del eje terrestre.

—¿Acaricia pues la idea —le dije con ironía— de encontrar un pasaje subterráneo, un túnel practicable de un polo al otro? Sin duda lo ha visto en esos globos de cartón atravesados por un espetón de hierro, y tal vez ha soñado que nuestro globo terrestre rotaba sobre una fuerte barra imantada en los dos extremos. Yo también he soñado esto cuando tenía seis años: pero me permitirá usted dudar hoy de ello, y encontrar muy natural que una vasta región de montañas turbosas dispuestas en anfiteatro tenga su derrame circular en el lugar más profundo. Si ayer hemos atravesado un terreno sano y fértil, es porque está preservado de la inundación perpetua por el torrente que hemos cruzado a lomo de tortuga, y dicho torrente se abisma en alguna parte bajo un suelo eminentemente compacto, para arremolinarse luego en unas cavernas invisibles situadas bajo nuestros pies.

—¡He aquí una maravillosa explicación! —dijo Nasias con tono despreciativo y lanzándome feroces miradas—. Entonces, o has mirado mal en el diamante, o me has mentado. Tú no has visto a Laura caminar sobre esas aguas engañosas, jamás has visto nada que tenga sentido común y te has burlado de mí. ¡Maldito sea, escolar ignaro, compañero rebelde e incómodo, maldito seas, lo juro, si esto es así!

—Espere —le dije con firmeza—; no se apresure a suprimirme y a enviarme junto a la tripulación del Tántalo y nuestros esquimales conductores de piraguas. Quizá hay un medio de ponemos de acuerdo y conciliar todas nuestras hipótesis. ¿Tiene el oído fino? ¿Cree que a la distancia en que estamos de ese Niágara colosal usted podría escuchar su bramido?

—¡Sí, indefectiblemente! —exclamó mi tío echándose en mis brazos—, escucharía el potente clamor de esas aguas surgentes, ¡y no escucho nada en absoluto! Esa cascada está helada.

—¡O petrificada, mi querido tío!

—Tienes —prosiguió— una necia manera de burlarte, pero en el fondo ves bastante acertadamente. Ese torrente circular puede ser un terrible vertimiento de lava enfriada; se trata de asegurarnos: ¡vamos!

Entramos entonces en la región de los escombros estériles. Era como una inundación de lavas porosas y tefrinas, como esas anchas corrientes que se encuentran en Auvergne y que ocupan tanta superficie entre Volvic y Pontgibault, al decir de mi tío Tungstenius. Recordé su descripción, que me había parecido grandiosa, pero que hallé mezquina

frente a la extensión de granzones volcánicos que se erigía ante mí hasta perderse de vista, y que simulaba el aspecto de una ebullición súbitamente petrificada en medio de su actividad más ardiente. Era como un mar cuyas olas se hubieran trocado en piedras tumularias o en innumerables menhires. Todo ese océano de rocas peladas tenía un color uniforme, desolado, lívido, y el corto liquen grisáceo que las salpicaba con su lepra se habría podido tomar por restos de lluvia de cenizas que el viento hubiera olvidado barrer. Aquella jornada fue penosa: nada para comer ni para beber. Ignoro cómo nuestras fuerzas no nos abandonaron.

Finalmente alcanzamos los límites de ese reino de la muerte, donde lo que desde lejos habíamos tomado por un cinturón de tunas o de cañas gigantescas no era sino una eflorescencia de enormes piedras pómez calcinadas bajo las formas más extrañas. El lago se extendía a nuestros pies, la cascada manaba por todas partes en derredor de nosotros, y sus amplias ondas no eran más que una admirable vitrificación blanca lechosa, con translucideces de ópalo. ¿Pero cómo descender hasta allí? nuestra comisa dentada sobresalía por todas partes a una altura aterradora, y estábamos agotados de fatiga y privaciones. En un pliegue del terreno percibí rastros de detritos y luego una pequeña zona de tierras vegetales donde trepaban las raíces de una especie de astrágalo rosado. Dichas raíces fueron para nosotros un favor inesperado de la Providencia. Después de haber comido un poco de ellas, al observar cuán largas y tenaces eran, busque' y encontré algunas que tenían varios metros de extensión. Hice una amplia recolección, y mi tío, encantado con mi idea, me ayudó a hacer una cuerda con nudos de veinticinco brazas. Cuando la probamos por medio de un bloque de lava atado al extremo, vimos que era bastante sólida, pero demasiado corta para alcanzar una de las primeras salientes de la cascada de vidrio. Era preciso que pasáramos la noche donde estábamos, a fin de consagrar toda la jornada siguiente al prolongamiento de nuestra escala. Mi tío pareció resignarse, y yo me preparé un lecho de asbesto en el hueco de una roca de corte muy cómodo. Nasias me trató de sibarita.

—Lo soy —respondí— porque pienso que nos acercamos a nuestro mayor peligro. No soy demasiado mal caminante en ayuno, como habrá podido convencerse; pero hoy tengo pocas fuerzas en los brazos y, a pesar de las escapadas de mi infancia, en este momento me considero un muy mal acróbata. No obstante nada puede quebrar mi resolución de descender a ese abismo. Necesito, pues, todo el vigor de que soy capaz y, por otra parte, si debo naufragar en el puerto y dormir aquí mi última noche, pretendo saborearla y pasarla bien. Le aconsejo, tío, hacer otro tanto.

Apenas me había acostado, no oso decir dormido, pues nunca me sentí más despierto, Walter vino a sentarse a mi lado sin que yo experimentara ninguna sorpresa por verle allí.

—Tu empresa es desatinada —me dijo—: te romperás los huesos y no hallarás nada interesante en ese extravagante lugar. Indudablemente



esto es un ejemplo notable de la potencia de las eyecciones volcánicas: pero todas las materias minerales de ese fuego recientemente enfriado han sufrido tal grado de cocción, si se puede hablar así, que te será imposible definir su naturaleza. Por otra parte, ¿cómo remitirás unas muestras que pudiéramos someter a análisis, cuando estás tan lejos de saber por qué medios te remitirás a ti mismo?

—Hablas bien —le respondí—; pero puesto que has podido venir a encontrarme aquí, tú tienes medios de transporte que sin ninguna duda consentirás en compartir.

—No has tenido grandes dificultades para subir la escalera de tu cuarto —contestó Walter sonriendo— y, si quisieras hacer un esfuerzo de razón, reconocerías que sólo tu espíritu está en el polo ártico, en tanto que tu cuerpo está sentado ante tu mesa y tu mano escribe las locuras a las que me divierto respondiendo.

—Te burlas de mí, Walter —exclamé—, o bien tu espíritu se transporta disparatadamente a nuestra morada y a nuestros hábitos de Fischausen: ¿no ves la corona polar, el gran pico de obsidiana y la blanca mar vidriosa que lo rodea?

—No veo —respondió— más que el capitel de tu lámpara y tu tintero piramidal con su cubeta de mayólica. A ver, despierta al son del piano de Laura, que en este momento canta una romanza a su padre, quien fuma tranquilamente su pipa junto a la ventana del salón.

Me levanté impetuosamente. Walter había desaparecido, el mar de ópalo brillaba a mis pies y la aurora boreal dibujaba un arco iris por encima de mí. Nasias, sentado a cierta distancia, fumaba realmente su pipa, y yo escuchaba claramente la voz de Laura y las notas de su piano. Esta mezcla de sueño y vigilia me atormentó una parte de la noche. La voz de Laura, tan dulce en mi recuerdo, adquiriría en ese momento una realidad chocante, pues Laura apenas sabía cantar y tenía un tonillo infantil que tomaba cómica la música más seria. Sólo en el cristal su voz se libraba de este defecto. Impacientado, me asomé a la ventana de mi cuarto y le grité a través del jardín que no destrozara la romanza del Salguero. No lo tuvo en cuenta, y despechado volví a acostarme en mi lecho de amianto donde, tapándome las orejas, logré finalmente dormirme.

Cuando me desperté, ya muy de día, vi que Nasias había trabajado sin descanso y que nuestra sogas de raíces había alcanzado el largo conveniente. Le ayudé a atarla sólidamente y quise ser el primero en probarla. Descendí sin tropiezos, ayudándome con los pies cuando pude encontrar alguna saliente de lava. Así llegué a una pequeña plataforma que la cuerda no excedía lo suficiente como para que no fuera necesario tirar de ella a fin de atarla de nuevo. Inclinandome sobre el borde, vi por debajo de mí una pila de cenizas blancas como la nieve y no titubeé en dejarme caer. Aquella ceniza era tan friable que desaparecí en ella totalmente; pero, sacudiéndome, salí sano y salvo, y grité a mi tío que hiciera como yo.

Descendió con el mismo éxito, y nos apresuramos a cortar un buen trozo de cuerda para llevarlo y comerlo en caso de necesidad, pues teníamos para ocho o diez horas de marcha a través de ese lago de vidrio, y no percibíamos, como es de suponer, ningún rastro de vegetación.

Pronto el sol calentó de tal manera esa superficie resplandeciente, que el brillo se hizo insoportable para nuestros ojos y el calor atroz para nuestros pies; pero de ningún modo podíamos volver sobre nuestros pasos: estábamos a mitad del trayecto y continuamos marchando con un estoicismo del que jamás me habría creído capaz. El reflejo de la cascada circular era tan ardiente que nos parecía estar en el centro del sol. Por fortuna, un golpe de viento desprendió de la cima del pico central una avalancha de nieve que rodó hasta cerca de nosotros. Corrimos para alcanzarla antes de que la marcha se nos hubiera hecho imposible, y este socorro inesperado nos permitió llegar a casi la base del cono.

Allí nos esperaba una sorpresa prodigiosa o más bien una amarga decepción. Desde hacía largo rato nos había parecido caminar sobre una corteza volcánica abultada, con la sonoridad de del vacío por debajo. Vimos entonces que esa corteza, bruscamente interrumpida, estaba a enorme distancia del pico y del subsuelo, que estábamos asentados en una bóveda cada vez más delgada, y que era imposible avanzar sin que se quebrara bajo nuestros pies como un plato de porcelana. En su impaciencia Nasias la hizo crujir cinco o seis veces, y estuvo a punto de hundirse. Logré moderarle y nos pusimos a analizar la situación. Era muy inútil alcanzar el cono, ya que no servía de entrada a ninguna gruta y no parecía haber servido jamás de boca a un volcán.

Examinándolo desde más cerca de lo que hasta entonces nos había sido posible hacerlo, vimos que ese pico formidable, coronado por un glaciar de agujas aceradas, no era otra cosa que un prisma rectangular de olivino verde pálido y de gran brillo, pero homogéneo y de un solo bloque desde la base hasta la cúspide.

Comimos un trozo de cuerda e invité a mi tío a tomar algunas horas de reposo. Cuando la noche hubiera refrescado un poco nuestro lago de vidrio opalino, lo atravesaríamos nuevamente, iríamos a buscar nuestra cuerda de raíces, volveríamos antes que el calor, si nos era posible, e intentaríamos descender al fondo del invisible abismo situado a nuestros pies. Esta razonable propuesta no conformó en absoluto al ardiente Nasias.

—Aun cuando debiera morir aquí —respondió— quiero ver lo que hay entre nosotros y ese pico maldito.

Y lanzándose sobre su frágil cristal, se puso a quebrarlo a patadas con furor, recogiendo los fragmentos más grandes que pudo levantar y lanzándolos con toda su fuerza para atacar una mayor superficie.

Viendo que estábamos perdidos, ya no pensé más que en acelerar el momento de nuestra destrucción. Me asocié a la delirante empresa de mi tío y, haciendo saltar en pedazos las últimas ondulaciones del lago de vidrio, logré desprender una masa considerable que se hundió en el abismo con ruido de vidrios rotos y nos permitió por fin ver el fondo.

¡Qué espectáculo extraño y grandioso se ofreció entonces a nuestras miradas! Bajo la corteza de vidrio se abría un océano de estalagmitas colosales violetas, rosadas, azules, verdes, blancas y transparentes como la amatista, como el rubí, el zafiro, el berilio y el diamante. La gran excavación polar soñada por mi tío era efectivamente una geoda tapizada de cristales resplandecientes, ¡y esa geoda tenía una extensión subterránea incalculable!

—¡Esto no es nada! —dijo con la mayor sangre fría—. No vemos más que un pequeño rincón del tesoro, una margen del colosal joyero de la tierra. ¡Pretendo descender por sus costados y poseer todo lo que esconde al espíritu obtuso de los hombres, todo lo que enmascara a su vana y tímida codicia!

—¿Qué hará usted con ello? —le dije con la misma sangre fría, pues habíamos llegado a ese paroxismo de exaltación intelectual que en él producía la calma triunfal de la ambición saciada, y en mí el más completo desinteresamiento filosófico—. Ignoro si los tesoros que percibimos tienen un valor real entre los hombres; pero suponiendo que efectivamente sean minas de pedrerías en cristales del tamaño de los obeliscos egipcios, como usted lo ha predicho: ¿de qué nos servirán en esta comarca desierta, de donde seguramente nos será imposible salir nunca jamás?

—Hemos venido hasta aquí; entonces, nos será posible venir otra vez —dijo Nasias riendo—: ¿qué es lo que te perturba? ¿le falta madera a la isla para hacer nuevas piraguas?

—Pero ni usted ni yo sabemos hacer la menor piragua y menos aún dirigirla. ¿Sabe, pues, dónde encontraremos a nuestros esquimales? A ver, ¿qué ha hecho de esas pobres gentes?

—¡Lo que he hecho de la tripulación del Tántalo y lo que voy a hacer de ti! —exclamó Nasias, repentinamente presa de una risa convulsiva.

Y, completamente loco, se arrojó al borde de la fosa, lanzó un gran grito y desapareció en el abismo, arrastrando consigo las delgadas y sonoras paredes del lago de vidrio.

Escuché algunos instantes la granizada que siguió a la ruptura. El ruido de la caída de los cristales y de la de Nasias fue completamente nulo. Le

llamé, no podía creer el testimonio de mis sentidos. Mi voz se perdió en la horrible magnificencia del desierto. ¡Estaba solo en el mundo!

Quedé petrificado. Me pareció que mis pies se fijaban al suelo, que mis miembros se ponían tiesos, y que yo mismo me transformaba en cristal.

—¿Qué haces aquí? —me dijo Laura poniendo su mano sobre mi frente —, ¿Duermes de pie? ¿Cómo has podido creer en las mentiras de ese Nasias? Jamás ha sido mi padre. Es un enfurecido que cumplió su destino. Quiera Dios que haya desaparecido para siempre, pues su funesta influencia paralizaba la mía, y desde que estás con él, apenas si puedo, en contadas ocasiones, hacerme ver y que me comprendas. Vamos, ven, y no te inquietes más por el albergue y la comida; conmigo, ya no reconocerás esos vulgares obstáculos a la vida del espíritu: ¿acaso no tengo una dote? ¿Tú estás curioso por penetrar en esta pequeña geoda que llamamos tierra? Es muy inútil, ¡es tan poca cosa! Pero, si eso te divierte, quiero conducirte, puesto que es una curiosidad de artista, una fantasía de poeta y no una baja codicia la que te apremia. Conozco el camino a esos esplendores subterráneos, y no es preciso romperse el cuello para verlos de cerca.

—No, Laura —exclamé—, no es una fantasía de poeta ni una curiosidad de artista lo que me ha traído aquí. Es tu voz que me ha llamado, tu mirada que me ha conducido, el amor que tengo por ti.

—Lo sé —dijo—, querías obtener mi mano obedeciendo a ese Nasias que no es sino un miserable impostor y un brujo de la peor especie, en tanto que mi verdadero padre seguramente consentirá en acordártela cuando sepa que te amo. Has hecho mucho camino y afrontado muchos peligros, mi pobre Alexis, para buscar la felicidad que te esperaba en casa. ¿Quieres que volvamos allá en seguida?

—Sí, enseguida —exclamé.

—¿Sin ver el interior de la geoda? ¿Sin atravesar el mundo de las gemas colosales iluminadas por el resplandor eterno de la luz eléctrica? ¿Sin trepar a la cúspide de ese cono de obsidiana o de anfíbol más alto que el Himalaya? ¿Sin asegurarte de que en el polo norte hace un calor tropical y que el núcleo central del globo tiene una agradable frescura? Sin embargo sería muy curioso constatar todas estas cosas, ¡y muy glorioso poder afirmarlas en las barbas de nuestro tío Tungstenius y de todos los sabios de Europa!

Me pareció que Laura se burlaba de mí y no obstante no quise tener el desmentido.

—Creo en la existencia de todas esas maravillas —respondí—; pero, en el momento de constatarlas, renuncio a ellas, si tú lo deseas, y si por ese sacrificio puedo obtener una hora antes que tu padre consienta a mi felicidad.

—Está bien —contestó Laura tendiéndome sus encantadoras manos—. Veo que 'en medio de tu locura me amas más que a todo en el mundo, y debo perdonarte todo. Ven.

Se aproximó al precipicio donde se había abismado Nasias y, diciéndome: “Tómame de la barandilla” se puso a descender como si se hubiera formado una escalera bajo sus pies. La seguí sosteniendo un pasamanos imaginario sin duda, pero que me preservó del vértigo, y así nos sumergimos en el interior de la tierra.

Al cabo de aproximadamente una hora, Laura, que me había prohibido hablarle, me hizo sentar en el último escalón.

—Recupera el aliento —me dijo—, estás fatigado, y todavía debes atravesar el jardín.

¿De qué jardín hablaba? No podía imaginarlo; mis ojos, deslumbrados por el resplandor del abismo, no distinguían nada. En pocos instantes, esta sobreexcitación se disipó y vi que, en efecto, estábamos en un jardín fantástico donde la cristalización, el metamorfismo y la vitrificación de los minerales, desplegando alternativamente sus espléndidos caprichos, o mejor dicho, obedeciendo sin trabas las leyes de su formación, habían alcanzado los más maravillosos y extraños desarrollos. Aquí, la acción volcánica había producido arborescencias vítreas que parecían cubiertas de flores y frutos de pedrerías, y cuyas formas recordaban vagamente las de nuestros vegetales terrestres. En otras partes, las gemas, cristalizadas en masas enormes, tenían el aspecto de verdaderos peñones cuyas mesetas y cimas estaban adornadas de palacios, templos, templetos, altares, monumentos de toda clase y dimensión. A veces un diamante de varios metros cuadrados, pulido por la fricción de otras sustancias desaparecidas o transformadas, brillaba incrustado en el suelo como una charca de agua purpurada de sol. Todo aquello era sorprendente, grandioso, pero inerte y mudo, y pocos instantes bastaron para saciar mi curiosidad.

—Querida Laura, —dije a mi compañera— me habías prometido conducirme a casa, y me muestras un espectáculo al que había renunciado sin ningún pesar.

—Si te hubiera privado de él —contestó Laura— ¿no me lo habrías reprochado algún día? Veamos, mira bien por última vez ese mundo de cristal que has querido conquistar y dime si te parece digno de cuanto has hecho para poseerlo.

—Este mundo es hermoso de ver —respondí— y me confirma la idea de que todo es fiesta, magia y riqueza en la naturaleza, tanto bajo los pies del hombre como por encima de su cabeza. Jamás me sucederá decir como Walter que la forma y el color no significan nada y que lo bello es una palabra vana; pero he sido criado en el campo, Laura: siento que el aire y el sol son las delicias de la vida, y que a uno se le atrofia el cerebro en un joyero, por magnífico y colosal que éste sea. Daría todas

estas maravillas que están alrededor de nosotros por un rayo de luz matinal y el canto de una curuca, o solamente una langosta en nuestro jardín de Fischhausen.

—¡Que sea como tú quieras! —dijo Laura—; pero escucha, mi querido Alexis: al abandonar contigo el mundo del cristal, siento que dejo allí mi prestigio. En él siempre me has visto grande, bella, elocuente, casi un hada. En la realidad, vas a encontrarme tal cual soy, pequeña, simple, ignorante, un poco burguesa y destrozando la romanza del Salguero. Fuera del cristal sólo sientes amistad hada mí, porque me sabes buena enfermera, paciente con tus alucinaciones y verdaderamente devota. ¿Bastará esto para hacerte feliz, y es preciso que rompa mi compromiso con Walter, quien, sin estar enamorado de mí, me acepta tal cual soy y no pide encontrar en su mujer más que un ser inferior al cual proteger? Piensa en la dificultad, en la responsabilidad del rol que tu entusiasmo sin igual me atribuye. A través de tu prisma mágico, yo soy demasiado; a través de tus pupilas sin vendas y fatigadas, soy demasiado poco. Haces de mí un ángel de luz, un espíritu puro, y sin embargo no soy más que una buena personita sin pretensiones. Reflexiona: sería desdichada pasando siempre contigo del empíreo a la cocina. ¿No hay un límite posible entre esos dos extremos?

—Laura —respondí— hablas con tu corazón y tu razón, y siento que estás en ese límite entre el cielo del amor ideal y el respeto de la realidad que hace la virtud y la devoción de todos los días. He estado loco al escindir tu querida y generosa individualidad, tu yo honesto, amante y puro. Perdóname. He estado enfermo, he escrito mis sueños, y los he tomado en serio. En el fondo, quizá no me haya dejado engañar totalmente, pues en medio de mis más fantásticas excursiones, te sentía siempre junto a mí. Renuncia a Walter; así lo quiero, porque sé que, estimándote, no te aprecia en todo lo que vales. Tú mereces ser adorada y pretendo habituarme a verte a la vez en el prisma encantado y en la vía real, sin que uno haga palidecer al otro.

Hablando de este modo, me levanté y vi disiparse la visión del mundo subterráneo. Ante mí, por la puerta abierta del pabellón que habito en Fischhausen, se extendía el hermoso jardín botánico, inundado del sol de junio; una curuca cantaba en una siringa grandiflora y el pardillo favorito de mi prima vino a posarse en mi hombro.

Antes de franquear la puerta del pabellón, eché hacia atrás una mirada sorprendida y temerosa. Vi llenarse el abismo de tinieblas. La luz eléctrica se apagaba. Las colosales gemas ya no lanzaban más que algunos destellos rojizos en la obscuridad, y vi arrastrarse algo informe y sangriento que me pareció ser el cuerpo mutilado de Nasias tratando de juntar sus miembros diseminados y de extender hacia mí, para retenerme, una mano lívida desprendida de su brazo.

Laura pasó por mi frente, bañada de un sudor frío, su pañuelo perfumado que me devolvió la vida y me dio fuerzas para seguirla.

Al atravesar el jardín, me sentí tan ligero de piernas y tan reposado como si no hubiera hecho ocho o diez mil leguas desde la víspera. Laura me hizo entrar al salón del tío Tungstenius, donde fui recibido con los brazos abiertos por un corpulento buen hombre rubicundo, barrigudo y con la cara más benévola del mundo.

—Abraza a mi padre —me dijo Laura— y pídele mi mano.

—¡Tu padre! —exclamé fuera de mí—. ¿Entonces este es el verdadero Nasias?

—¿Nasias? —dijo el voluminoso hombre riendo—. ¿Es un cumplido o una metáfora? Yo no soy erudito, te lo advierto, mi querido sobrino; pero soy un hombre esforzado. He hecho honestamente mi pequeño negocio ambulante de relojería, joyería y orfebrería. He ganado como para establecer a mi hija y darle el marido que ama. Voy a instalarme en la casa de campo donde habéis sido criados juntos, y adonde me iréis a ver lo más a menudo que podáis, y todos los años, espero, en las vacaciones. Quiéreme un poco, ama mucho a mi hija, y llámame papá Christophe, puesto que es mi único y verdadero nombre. Tal vez es menos sonoro que el de Nasias, pero no te ocultó que lo quiero más, no sé por qué.

Estreché en mis brazos a ese hombre excelente que me aceptaba como yerno, joven, pobre sin situación aún, y en el entusiasmo de mi reconocimiento, pensé ofrecerle un diamante grueso como mis dos puños que había desprendido maquinalmente de una roca antes de abandonar el abismo polar, y guardado en mi bolsillo. Ese diamante, de un tamaño insignificante teniendo en cuenta las proporciones del yacimiento, representaba en el mundo en que vivimos una muestra sin par y una fortuna sin rival. Yo estaba tan emocionado que no podía hablar; saqué de mi bolsillo aquel tesoro y lo coloqué en las manos de mi tío cerrándolas con las mías, para hacerle comprender que me proponía compartir todo con él sin hacer cálculos.

—¿Qué es esto? —dijo.

Y, cuando abrió las manos, reconocí enrojeciendo que era la bola de cristal tallado colocada como ornamento en el extremo de la balaustrada de la escalera de mi pabellón.

—No le crea loco —dijo Laura a su padre—. Esto es una abjuración simbólica y solemne de ciertas fantasías que acaba de sacrificarme.

Y diciendo esto, la generosa Laura tomó el cristal y lo quebró en mil pedazos contra la protección exterior del enrejado. La miré y vi que me examinaba con cierta inquietud.

—¡Laura! —exclamé apretándola contra mi corazón— el encanto funesto está destruido; ya no hay cristal entre nosotros y el verdadero

hechizo comienza. Te veo más bella de lo que jamás te he visto en sueños, y siento que de aquí en adelante te amo con todo mi ser

Por ellos me enteré que, la víspera, mi aflicción había decidido a mi prima a pronunciarse, y que, desde los primeros meses, ella había dicho a su padre su preferencia por mí. Apenas llegado el buen Christophe, efectivamente encontrado por mí en la galería mineralógica, pero tan extrañamente disfrazado de persa en mi imaginación, había sido puesto al corriente de nuestros secretos de corazón. Ignorante de cuanto pasaba entre Laura y él, yo me había retirado muy perturbado a mi cuarto, donde, después de haber intentado vanamente calmarse leyendo alternativamente un cuento de las Mil y una noches y el relato del viaje de Kane por los mares polares, había escrito durante varias horas bajo la influencia del delirio. A la mañana, Walter y Laura, inquietos por la manera en que les había dejado la víspera, y por mi luz que aún ardía, habían ido alternativamente y luego juntos a llamarme y a mirarme a través de la puerta vidriada, que finalmente se habían decidido a echar abajo en el momento en que yo escuché a Nasias hundirse en el lago de vidrio volcánico con un ruido tan extraño y tan real. Walter, en absoluto celoso por el afecto de Laura hacia mí, me había dejado solo con ella, y ella había logrado arrancarme suavemente de la alucinación.

Al volver a mi cuarto, vi efectivamente sobre mi escritorio una pila de hojas sueltas garabateadas en todos los sentidos y muy poco legibles. Logré ponerlas en orden y, esforzándome por completar o explicar las lagunas tanto como mi memoria me lo ha permitido, se las he dado en homenaje a mi querida mujer, que de vez en cuando las relee con placer, excusando mis extravagancias pasadas en gracia a mi fidelidad a su imagen, que había quedado serena y pura hasta en mis sueños.

Casado desde hace dos años, no ha cesado de instruirme, y he aprendido a hablar. Soy profesor de geología en reemplazo de mi tío Tungstenius, cuyo tartamudeo se ha agravado hasta tal punto que ha renunciado a la enseñanza oral y me ha obtenido el derecho a sucederle en su cargo. En las vacaciones, no dejamos de ir con él y Walter, a reunimos en el campo con el tío Christophe. Allí, en medio de las flores que ama apasionadamente, Laura, convertida en botanista, a veces me pregunta riendo detalles sobre la flora de la isla polar; pero ya no me hace la guerra sobre mi amor por el cristal, porque he aprendido a verla en él tal cual es, tal como por otra parte la veo siempre.

Aquí M. Hartz cerró su manuscrito y agregó verbalmente:

—Usted me preguntará tal vez cómo, de profesor de geología, me he convertido en comerciante de piedras. Esto puede resumirse en pocas palabras. El duque reinante en Fischhausen, que amaba y protegía la ciencia, encontró un buen día que la ciencia más bella era el arte de matar animales. Sus favoritos le persuadieron de que, para ser un gran príncipe, un verdadero soberano, era preciso gastar la mejor parte de su renta en proezas cinegéticas. Desde entonces, la geología, la anatomía comparada, la física y la química fueron relegadas a último



término, y los pobres científicos tuvieron asignaciones tan escasas y estímulos tan desalentadores, que se nos hizo imposible alimentar a nuestras familias. Dado que mi querida Laura, a la que cuento con presentarle en seguida, me había dado varios hijos, y que mi suegro me exhortó a no dejarles morir de hambre, debí abandonar la docta ciudad de Fischhausen, de ahí en más resonante de instructivas fanfarrias de caza y saludables clamores de perros corriendo. He venido a establecerme aquí, donde gracias al buen papá Christophe, he podido adquirir la tienda que exploto y librarme a un comercio bastante lucrativo, sin renunciar a estudios y preocupaciones que me son siempre queridos.

Usted ve pues en mí a un hombre que felizmente ha doblado el cabo de las ilusiones y que ya no se dejará prender por los encantos de su fantasía, pero que no está demasiado disgustado por haber atravesado esa fase delirante donde la imaginación no conoce trabas y donde el sentido poético aviva en nosotros la aridez de los cálculos y el miedo glacial de las hipótesis vacías...

Tuve el placer de cenar con la divina Laura del buen M. Hartz. No había nada de transparente en su persona: era una redonda matrona rodeada de hermosos niños, convertidos en su única coquetería; pero era muy inteligente: había querido instruirse para no descender demasiado del cristal en que su marido la había situado, y, cuando hablaba, había en sus ojos azules un cierto reflejo de zafiro que tenía mucho encanto y hasta un poco de magia.

## LA REINA COAX

En un viejo castillo de Normandía o de Picardía, no recuerdo bien, había una anciana dama que poseía muchas tierras, era muy buena y muy sensata a pesar de su avanzada edad. En derredor del castillo había unos grandes hoyos o fosos repletos de juncos, nenúfares, juncias y otras mil plantas muy bellas que crecían solas, y donde vivían una cantidad de ranas, algunas tan viejas y tan grandes que la gente se sorprendía de su maravilloso tamaño y de su potente voz. La señora del castillo, que se llamaba doña Yolanda, estaba tan habituada a su alboroto que no dejaba de dormir por eso, y nadie alrededor de ella se sentía molesto.

Pero sobrevino una gran sequía. El agua faltó en los fosos, las cañas y las demás plantas perecieron; muchas ranas, salamandras, lagartos de agua y otros animalitos que vivían en aquellas hierbas murieron, y fueron la causa de que el lodo se envenenara, despidiera un desagradable olor a pantano, y trajera la fiebre al castillo y sus inmediaciones. Esta fiebre era muy mala, varias personas murieron, y doña Yolanda, así como casi todos los que habitaban con ella cayeron enfermos.

Doña Yolanda tenía hijos establecidos en otros países, sólo había quedado junto a ella una de sus nietas, llamada Margarita. Era una niña de quince años, muy avispada, valerosa y servicial, que se hacía querer por todo el mundo, aún cuando no fuera de ningún modo bonita. Era muy pequeña, muy ágil de cuerpo y bastante graciosa; pero tenía la nariz demasiado corta, los ojos demasiado redondos, la boca demasiado grande. Doña Yolanda, que había sido bella en su época, decía a veces:

—¡Qué pena que una niña tan amable y tan inteligente tenga la cara de una ranita!

¿Acaso era por esta semejanza que Margarita amaba las ranas y que se compadecía al verlas morir de hambre y de sed en los fosos desecados? A pesar de su piedad por aquellos inocentes animales, un día hizo la siguiente reflexión: si los fosos estuvieran totalmente secos y cultivados en jardín, habría allí hermosos frutos protegidos de la helada, y el terreno saneado ya no daría malos aires ni fiebres a las gentes del castillo y sus alrededores. Cuidó tan bien a su abuela y a los viejos servidores que consiguió que sanaran, y cuando llegó el invierno, dijo a doña Yolanda, a quien ya había hablado de su idea:

—Abuela, he aquí los fosos completamente sin agua, la helada ha destruido a todos los animales y todas las plantas; no esperemos la primera primavera, que es la estación de las lluvias, y que hará volver a crecer y revivir todo ese pantano. Llamemos unos obreros, hagamos quitar todos esos restos y excavar canales por donde el agua se escurra

hacia afuera. Haremos traer tierra buena, pondremos arena en los senderos, sembraremos y plantaremos, y el año próximo ya no tendremos enfermedades.

—Haz como quieras, Margot —respondió doña Yolanda—; eres una joven de buen juicio. Te doy permiso para dirigir a todos los obreros.

La señorita Margot se apresuró a ordenar todo. Al cabo de quince días los grandes fosos estuvieron limpios. Se prendió fuego a las malas hierbas desecadas y podridas, se dibujaron bellos parterres, se enarenaron bonitos senderos, y en el mes de marzo se plantaron espalderas a lo largo de los muros, preciosos arbustos en los cuadros, flores en los arriates. En el mes de mayo todo eran hojas y flores en aquellas fosas tan malsanas y peligrosas. En cada compartimiento de esos parterres, se habían cavado albercas revestidas de mármol, donde el agua de lluvia era recogida y permanecía limpia y clara, con bonitos peces rojos como el fuego y bellos cisnes blancos como la nieve. Margarita hizo caer unas hermosas cabañas pintadas de verde, donde alojó a sus cisnes y a sus pavos reales. Los jilgueros y los pinzones vinieron a hacer sus nidos en los árboles. Ella se deleitaba tanto con sus nuevos jardines bien a cubierto de los grandes calores y del frío, que pasaba allí su vida, y doña Yolanda descendía de vez en cuando por una escalera que su nieta había hecho hacer muy suave con esa intención.

Un día que Margarita le preguntaba si estaba contenta, pues el verano había vuelto y nadie había enfermado:

—Ciertamente, estoy contenta de ti —respondió la anciana dama—, y reconozco que nos has prestado un gran servicio. No obstante, es preciso que te confiese algo, y es que a pesar mío echo de menos, no el infame pantano del que nos has librado, sino la época de mi juventud cuando las aguas eran abundantes y claras. No conozco nada más bello que una mansión señorial rodeada de sus fosos bien llenos. Al presente, nuestro castillo tiene el aspecto de una casa burguesa, y estoy segura de que las damas de las inmediaciones se burlan de nosotras y se preguntan, al ver tus plantaciones, si somos hortelanas y si contamos con enviar nuestras manzanas al mercado.

Margarita se sintió tan mortificada con las palabras de su abuela, que bajó la cabeza enrojeciendo. Doña Yolanda la besó en la frente, diciéndole para consolarla:

—Ahora la cosa está hecha y es ventajosa. Hay que saber preferir lo útil a lo agradable. Comeremos nuestras manzanas y dejaremos que hablen. Continúa cuidando tu jardín, y quédate tranquila con mi aprobación.

Cuando Margarita se quedó sola, permaneció pensativa. Ella nunca había visto los fosos repletos y límpidos. Quizá jamás lo habían estado tanto como se lo imaginaba su abuela, pero Margarita se acordaba de haberlos visto totalmente verdes de lentejas de agua, como un tapiz de seda finamente recamado, con grandes macizos de cañas enormes

coronadas con sus tirsos de terciopelo obscuro; recordaba los juncos floridos con sus grandes ramilletes de pequeñas rosas blancas y rojizas, los ranúnculos de agua con sus mil florecillas de plata mate y los alismas flotantes y las verónicas de agua azul cobalto, y todas esas pequeñas maravillas de musgos fontinales que ella había enrollado en nidos en sus juegos, las largas escolopendras con las que se había hecho cinturones, los elegantes helechos con los que se había hecho penachos, y entonces se sintió presa de un extraño pesar y halló su hermoso jardín triste y feo.

—He destruido —se dijo— algo que me agradaba y que mi abuela echa de menos, algo que había sido bello y que tal vez hubiera vuelto a serlo este año con las lluvias de otoño.

Miró sus estanques de mármol, sus peces rojos y sus bellos cisnes, y se echó a llorar, persuadiéndose de que todo aquello no valía las grandes ranas, las salamandras, los lagartos de agua y las mil bestezuelas que antes retozaban en el verdín y el cieno. Fijó sus ojos llenos de lágrimas en el agua límpida que se escapaba para ir a dar afuera por un canal apropiado, el aliviadero de los estanques, y siguió maquinalmente ese pequeño hilo de agua que corría, ya libre en el campo.

Era un gracioso arroyuelo que se perdía en la pradera y Margarita marchó por la hierba húmeda hacia el río en el que aquella agua se deslizaba sin ruido y escondida en el césped. Así llegó a un sitio donde esos derrames, una vez libres, habían formado a orillas del río una laguna bastante extensa, que antes no estaba allí. El río no era grande, unos árboles abatidos por la tormenta entorpecían su curso en aquel sitio, y lo que recibía de la pradera no podía ir más lejos sin esfuerzo. Entonces, las grandes cañas que antaño se erigían en los fosos habían vuelto a crecer locamente con sus compañeros los juncos floridos, los alismas, las juncias, los lirios, los ranúnculos blancos y las verónicas azules, y alrededor de esta vegetación miríadas de insectos se libraban a sus juegos. Las grandes y pequeñas libélulas, frigateas, agriones y caballitos del diablo rojo coral, azules, verdes, adiamantadas, los ligeros pérlidos, las efímeras transparentes o salpicadas de negro, los primorosos hemerobios, con el traje diáfano lustrado de rosa y laminado de esmeralda, se agrupaban, dispersaban o perseguían a través del follaje elegante del helecho real osmenda. En los tallos de esta pequeña selva virgen hormigueaba un mundo de coleópteros vestidos de bronce dorado, apizarrado o como enrojecido al fuego, donacias y girinos, pueblo terrestre que parece haber tomado prestado su brillo a los metales, como el pueblo aéreo de las mariposas parece haber tomado prestado el suyo a las flores, y el pueblo de los neurópteros a los rayos solares. Vestidos de colores más opacos, los pesados dísticos nadaban con sorprendente agilidad en un agua que los dípteros, las típulas y los mosquitos rozaban como un polvo de oro.

Margarita recordó la época en que ella gustaba mirar los juegos de todos aquellos pequeños seres y ver nadar a las ranas; pero por más que buscó, vio de todo en esa agua, excepto una rana grande o pequeña.

—¿Acaso ya no habrá una sola rana sobre la tierra —se preguntó—, y yo seré la causa de que esos pobres animales no existan más?

El sol se había sumergido en una gran nube violeta que trepaba sobre el horizonte, cuando de repente se desprendió y lanzó sobre la pradera un rayo rojo tan brillante que Margarita se vio forzada a cerrar los ojos un instante. Cuando los reabrió, se vio, ya no a orillas de la laguna, sino en pleno centro de la misma, sobre un islote de ramas y raíces, con agua por todos lados, agua que parecía profunda y clara y donde brincaban miles de centellas. No se preguntó cómo había llegado allí sin mojarse ni cómo saldría sin ahogarse. El rayo de sol era tan bonito que todo parecía bellísimo en la laguna, el agua era como de oro en fusión, las cañas semejabán palmeras cubiertas de frutos de esmeralda y de rubí, y de un viejo sauce que se inclinaba sobre la orilla caían, como una lluvia, insectos azul de cobalto con vientre de plata que se apresuraban a succionar las flores lilas de los eupatorios.

Entonces Margarita escuchó un canto débil y confuso bajo las aguas; ese canto pronto subió a las hierbas y murmuró palabritas incomprensibles. Poco a poco las voces se elevaron y las palabras se hicieron inteligibles. Margarita escuchó su nombre repetido mil veces por millones de vocecitas:

—¡Margot, Margot, Margot, Margot!

No pudo evitar responderles:

—¿Qué sucede? ¿Qué queréis de mí?

Entonces todas las bestezuelas, lagartos, salamandras, arañas de agua, pájaros-mosca, alciones, libélulas, se pusieron a hablar al mismo tiempo, sin dejar de saltar, deslizarse, zambullirse, volar y danzar locamente, repitiendo: Margot, Margot, en todos los tonos, hasta tal punto que Margarita quedó ensordecida.

—¡A ver! —dijo tapándose las orejas—, si queréis hablar, no habléis más que uno por vez y hacedme comprender lo que me pedís.

Entonces se hizo un gran silencio, todos los animales cesaron de moverse, el sol se veló nuevamente y al apartarse las cañas como bajo el paso de una persona, Margarita vio aparecer frente a ella una soberbia rana verde atigrada de negro, pero tan grande, tan grande, que ella jamás había visto una semejante, y le tuvo miedo.

—Nada temas, si tienes buenas intenciones —le dijo la rana con una voz que resonaba como un badajo—; sabe que, si tú eres una señorita bastante poderosa en esta tierra, yo soy, en estas aguas y estas hierbas, una gran reina omnipotente, ¡la reina Coax! Te conozco muy bien. He habitado largo tiempo bajo tu ventana, en los fosos de tu viejo palacio. En aquél entonces comandaba un gran pueblo del cual era la madre, y te amábamos porque tú nos amabas. Habíamos reparado en tu

semejanza con nosotras y te considerábamos como una de nuestras hermanas. Venías a mirarnos todos los días y nuestros graciosos movimientos te encantaban, al mismo tiempo que nuestra voz melodiosa disipaba tu aburrimiento. Jamás nos has hecho mal, por eso de ningún modo te he acusado de las desgracias de mi pueblo. ¡Ay de mí! ¡la sequía lo ha destruido! Yo sola he sobrevivido al desastre, sola he seguido las gotas de agua que huían a través del prado. Aquí me he establecido, a la espera de que un nuevo matrimonio me permita tener una nueva familia. Entonces, escucha bien mis palabras. Nunca tengas la idea de desecar mi nuevo imperio como has desecado los fosos de tu mansión, donde yo me había dignado establecer mi residencia; sabe que si haces otro tanto con este prado, te ocurrirán grandes desgracias, así como a tu familia.

—Usted se burla, señora —replicó Margot con seguridad—. Bien veo que es un hada y usted debería saber que jamás he tenido intención de causarle pesar; incluso, si de mí depende prestarle algún servicio, estoy totalmente dispuesta, porque veo su aflicción, y no tengo mal corazón.

—¡Pues bien! mi hermosa niña —dijo la rana—, voy a abrirte el mío y confiarte mis penas. Sígueme a mi palacio de cristal, te enterarás de cosas maravillosas que ningún oído humano ha escuchado jamás.

Y diciendo esto, la reina Coax se sumergió en lo más profundo del agua. Margarita se halló persuadida hasta tal punto que iba a seguirla, cuando se sintió detenida por el borde de su falda y, al volverse, vio tras ella al bello Nevé, que era el mayor y el mejor domesticado de sus cisnes. Era su favorito y llevaba un collar de oro. Al instante el encanto que la rana había echado sobre ella se disipó y se asustó al verse en medio del agua, en plena noche, porque el sol se había ocultado, el cielo estaba cubierto de espesas nubes y ya no sabía dónde poner el pie para salir de la laguna.

—¡Ah! mi querido Nevé —dijo acariciando al cisne—, ¿Cómo has hecho para venir aquí a encontrarme, y como voy a salir de esto?

El cisne cogió el bajo de su falda y se puso a tirar de ella con todas sus fuerzas. Lo siguió temerariamente y halló arena y piedras bajo sus pies. Pudo entonces salir de la laguna, pero apenas estuvo fuera no vio más al cisne. Lo llamó en vano, dio la vuelta, incluso se aventuró en el islote, invocó a la rana para que le dijera por dónde había pasado el cisne. Todo había enmudecido y la noche se hacía cada vez más oscura.

—¿Acaso habré tenido un sueño? —se dijo— ¿o bien Nevé se me ha adelantado rumbo al castillo?

Optó por volver corriendo, y tan pronto como se hubo mostrado a su abuela, fue a ver si Nevé había regresado; pero no lo encontró ni en la cabaña, ni en el jardín, ni en los patios del castillo, ni en la granja, y sintió una gran inquietud.

Su abuela había tenido una aún mayor. Margarita la tranquilizó diciéndole que se había tendido a soñar al borde del río; pero no osó contarle las cosas extraordinarias que le habían ocurrido; temía ser ridiculizada, tanto más cuanto que no estaba muy segura de no haber visto y oído esas cosas en un sueño. Lo único cierto para ella era que su hermoso cisne había desaparecido, y cuando, después de haberlo buscado en vano, todo el mundo estuvo acostado, en lugar de dormir, abrió su ventana, mirando por todas partes y silbando suavemente, como tenía por costumbre de hacer para llamarlo. Finalmente, al no ver ni escuchar nada más que la tormenta que rugía y el viento que hacía chirriar las veletas, se acostó muy disgustada y fatigada.

Entonces escuchó una voz dulce como una música lejana que atravesaba el viento de la tormenta y que le decía:

—Nada temas, yo velo por ti, pero no te fíes de la reina Coax; una joven prudente no tiene que hablar con las ranas que no conoce.

Al despertarse, juzgó que había soñado esa voz y esas palabras, y pronto creyó poder estar segura de que las aventuras de la víspera habían sucedido en su imaginación, ya que al descender a las fosas, el primer objeto que vio fue el bello cisne nadando en uno de los estanques. Lo llamó, le dio pan y le hizo mil caricias. Comió el pan con la misma gula y recibió las caricias con la misma indiferencia que de costumbre, porque si bien era hermoso y domesticado, no por ello era más espiritual que los demás cisnes. Margarita intentó hablarle, a lo que él no prestó ninguna atención, y cuando no tuvo más hambre, se fue a pavonearse al sol, a alisar sus plumas y rascar el vientre, después de lo cual se durmió sobre una pata sin pensar en nada.

Entonces Margarita, buscando la causa de sus sueños, recordó que en su infancia se deleitaba enormemente escuchando los cuentos que su abuela le decía para dormirla, y que en uno de esos cuentos había una rana hada que hacía cosas maravillosas. Trató de acordarse y no pudo conseguirlo.

—Esa historia —se dijo— me habrá estado bailando en la cabeza. Para no soñar más con ella, voy a pedirle a mi querida madre que me la vuelva a contar, y así podremos reímos juntas.

Fue en busca de doña Yolanda al salón, pero olvidó las ranas y las hadas al ver junto a ella un personaje cuyo aspecto y vestimenta la deslumbraron. Era un guapo joven blanco, rosado, rizado, empolvado a la moda de la época, en uniforme de oficial azul cielo totalmente galoneado de plata. Se levanto y, caminando con mucha gracia, como si hubiera querido danzar el minué, fue a su encuentro, le besó la mano y le dijo con una vocecita aflautada:

—¿Entonces es usted mi querida prima Margarita? Me complace restablecer nuestra relación. Usted ha crecido, pero su rostro no ha cambiado en absoluto,

Margarita enrojeció, pues tomó esto por un cumplido y no supo qué responder; no reconocía para nada al que la llamaba mi prima.

—Querida niña —le dijo doña Yolanda— ¿no te acuerdas de tu primo Mélidor de Puypercé? Es verdad que tú eras muy pequeña cuando él partió como simple oficial. Ahora tiene veinte años, sus padres le han dado un regimiento y tú ves a un coronel de dragones. Abrazaos, hijos míos, y sed buenos amigos como en otro tiempo.

Entonces Margarita recordó a ese primo, al que nunca había podido soportar, porque era revoltoso y haragán. Sin embargo, como no era rencorosa, le tendió su mejilla, que él rozó desdeñosamente con un aire burlón que le dio pena. Pensó que era ingrato, o que ya no se acordaba de todas las maldades que tenía que hacerse perdonar.

Entretanto, él reanudó la conversación y ella le escuchó boquiabierta, pues contaba maravillas de París, de los espectáculos, fiestas y bailes en los que se había distinguido. Hablaba de la moda y de los adornos, y parecía tan al corriente y tan buen juez de los atavíos femeninos, que Margarita se sintió abochornada por su trajecito de algodón estampado con flores rojas y por la delgada cinta verde que retenía sus hermosos cabellos. Por su parte, él no prestaba ninguna atención al despecho que le causaba, y doña Yolanda no parecía de ningún modo hallar a su sobrino tan frívolo como era. Sonreía escuchando sus zoncerías como si se complaciera en recordar los tiempos en que ella figuraba en el gran mundo. Se sirvió la cena. M. de Puypercé halló todo muy mediocre, hasta las pastas que Margarita hacía muy bien y que todos los huéspedes de la casa acostumbraban apreciar. Despreció completamente el cuadro del país, que era delicioso, y sin ninguna cortedad pidió vino de Champaña, que su tía abuela le hizo servir, y al que encontró muy flojo, bebiendo no obstante más del que era necesario para desvariar.

Entonces doña Yolanda percibió su mal tono y le dijo:

—Mi querido jovencito, vaya a acostarse. Tal vez mañana sepa lo que dice. Quiero creer que se le ha enseñado la cortesía, y que, cuando está en su sano juicio, no despreciará así, de una forma tan impertinente, las cosas que se le ofrecen de buen corazón .

Margarita estuvo contenta por la lección que recibía y se durmió sin pensar en él. Empero, como siempre hay un poco de vanidad en el corazón más razonable, cuando a la mañana siguiente se vistió, reprochó a su doncella de cámara que siempre le trajera sus trajes más feúchos; en su armario tenía otros harto bonitos que jamás se ponía.



La doncella le presentó entonces un traje de seda amarilla muy rico que doña Yolanda le había dado, totalmente realzado de cintas color fuego. Doña Yolanda no era pobre ni avara, pero hacía tanto tiempo que vivía en el campo que ya no conocía nada de atavíos, y como Margarita no tenía por costumbre preocuparse con esto, pues prefería las faldas cortas y las telas sólidas para correr y trabajar en el jardín, cuando se obligaba a la pobre niña a ponerse guapa, tenía el aspecto de una viejecita endomingada. Era una hermosa ocasión para que el joven Puypercé se burlara de ella. Sin embargo no lo hizo, la lección de doña Yolanda le había servido, y Margarita quedó sorprendida al encontrarle muy amable y educado. Le agradeció las excusas que él le presentó por su jaqueca de la víspera, la cual —decía— le había vuelto fastidioso; finalmente, le habló de la manera de hacerle olvidar todo lo que le había disgustado, y a su vez ella deseó serle agradable. Después del almuerzo, le propuso visitar sus nuevos jardines. Le condujo allí y se regocijó al verle festejar todo, informarse de todo y ya no despreciar nada. Miró los peces rojos y le preguntó si eran buenos para comer; admiró los ranúnculos, que llamó tulipanes, y se divirtió viendo nadar a los cisnes, diciendo que en caza, eso sería un buen tiro.

Una sola cosa inquietó a Margarita, y fue que Nevé, como si hubiera escuchado las palabras de Puypercé, montó en cólera y le persiguió furiosamente a picotazos y golpes de ala. Temió que al sentirse así atacado, el coronel de dragones intentara una defensa en la que el pobre cisne hubiera sucumbido; no hizo nada de eso. El bello coronel se refugió primero junto a su prima, y después, viendo que no podía dar un paso sin que Nevé se ensañara en picarle las pantorrillas, huyó y se plantó muy pálido tras la reja del jardín, que tuvo buen cuidado de cerrar entre el cisne y él. Margarita tuvo dificultad para rechazar al pájaro exasperado y reunirse con su primo, cuyo pavor le sorprendió mucho. Él se justificó diciendo que había temido montar en cólera y matar, por defenderse, un animal que ella amaba.

Se hallaba en disposición de disculpar todo, así que le excusó y le condujo al campo, donde le mostró los hermosos y grandes árboles que rodeaban al coto.

—¿Y cuánto valen —le preguntó M. de Puypercé.

—Verdaderamente no lo sé —respondió Margarita—; no están en venta.

—¿Pero cuando sean suyos? Su abuela me ha dicho esta mañana que contaba con darle, después de su muerte, cuanto posee en esta región.

—Jamás me ha hablado de esto, y le ruego, Mélidor, no hablarme de la muerte de mi abuela.

—Sin embargo, será necesario que lo admita a pesar de su repugnancia; está muy vieja y desea casarla antes.

—¡De ningún modo quiero casarme! —exclamó Margarita—; no quiero correr el riesgo de verme obligada a abandonar a mi abuelita, que me ha criado y que es lo que más quiero en el mundo.

—Es muy noble pensar así, pero mi tía Yolanda morirá muy pronto y usted no estará disgustada si encuentra un buen marido que le haga rica vendiendo todos estos campos, estos prados y ese despreciable castillo donde está como enterrada en vida. Entonces, mi querida Margarita, usted llevará trajes magníficos, a la última moda; irá a la corte, tendrá una bella carroza, regios lacayos, diamantes, un palco en la Ópera, un palacio en París, en fin, todo cuanto puede hacer feliz a una mujer.

Al principio Margarita se sintió muy fastidiada al escuchar a su primo hablar de aquella manera; pero mientras recorría con ella los bosques, los campos y las praderas, examinándolos y calculando su valor, él volvió tantas veces a la idea de que sería rica y que pronto estaría casada a su gusto, que comenzó a soñar y a sorprenderse por no haber pensado jamás en ello todavía.

Sin preguntarse adonde iban, llegaron al borde de la laguna y de repente Puypercé exclamó:

—¡Ah! ¡Qué hermosa rana! ¡Jamás he visto una tan grande! Las ranas son muy buenas para comer; es preciso que la mate. —Y como la rana dormía al sol sin desconfiar, levantó su bastón.

—Deténgase, primo, —exclamó Margarita reteniéndole el brazo— no haga daño a ese animal, me causaría usted mucho pesar.

—¿Por qué? —contestó el primo sorprendidísimo, y se volvió hacia ella mirándola con aire extraño.

Esa mirada confundió a Margarita. No sabiendo lo que decía y golpeada por el recuerdo de la visión que había tenido en aquel sitio, empujó suavemente a la rana con el extremo de su sombrilla diciéndole:

—Despiértese, señora, y lárguese.

La rana se sumergió en el fondo del agua y el coronel se retorció de la risa.

—¿Por qué se burla de mí de esa manera? —le dijo no puedo soportar que se haga daño a los animales...

— ¡Máxime a las ranas! —contestó Puypercé, riendo siempre, al punto que tenía los ojos colorados—, usted protege a las ranas, les habla cortésmente, ¡está con ellas de lo mejor!

—Y si así fuera —dijo Margarita enojada—, ¿Qué encuentra en ello de ridículo y gracioso?

—¡Nada! —respondió Puypercé volviéndose repentinamente serio— cuando una rana tiene espíritu y gracia... Uno se habitúa a todo, y tanto a aquella bestia como a otra. Le prometo, prima, no hacer ningún mal a sus amigas. Hablemos de otra cosa y créame que no me burlo; usted es una persona amable, y si hubiera visto mundo, ganaría mucho.

—¿Entonces es muy hermoso el mundo? —pensaba Margarita volviendo a la mansión, apoyada en el brazo del coronel. Se sentía presa de una gran curiosidad, y, al llegar la noche, no pudo evitar preguntarle a doña Yolanda por qué nunca más abandonaba el campo.

—¡Eh, Margot! —respondió la buena señora— ¿así que te aburres de ser una campesina? Ten paciencia, hija mía, yo soy muy vieja, y no tardarás en ser libre de vivir donde quieras.

Margarita se deshizo en lágrimas, y echándose al cuello de su abuelita, no pudo decirle una palabra; pero doña Yolanda comprendió su buen corazón y su gran cariño. Entonces se volvió hacia su resobrino y le dijo:

—Te has equivocado, muchacho. Margot no se aburre conmigo y no desea abandonarme. Puedes volverte a tu regimiento o a tus diversiones.

—Puesto que usted me licencia, mi querida tía —respondió—, tengo el honor de despedirme. Partiré mañana de madrugada. Adiós, Margarita, usted reflexionará. —Y se retiró saludando con gracia.

—Abuelita, ¿qué quiere decir eso? —exclamó Margarita cuando él hubo salido.

—Eso quiere decir, hija mía, que si quieres desposar a tu primo Puypercé, sólo depende de ti.

—¿Cómo? ¿ha venido para pedirme en matrimonio?

—No, ni pensaba en ello; pero la idea se le ha ocurrido esta mañana.

—¿Y por qué?

—¿Tal vez porque te ha encontrado bonita? —dijo sonriendo doña Yolanda.

—¡Abuela, no se burle usted! No soy bonita, y lo sé bien. No soy más que una ranita, usted me lo ha dicho frecuentemente.

—Y eso no me ha impedido amarte; uno puede entonces ser una ranita e inspirar afecto.

—¡Mi primo me amaría! No; me conoce demasiado poco. Dígame la verdad, abuela; él no puede amarme.

—A ti te corresponde decirme lo que debo pensar de esto; os habéis paseado juntos toda la tarde. Yo no estaba allí. Ha debido decirte muchas cosas hermosas. ¿No le has dicho tú que querrías estar casada para ser una bella dama y ver el mundo?

—No, abuela, ha mentido; yo no he dicho nada semejante.

—¿Pero no lo has pensado para nada? ¡Es tan astuto! lo habrá adivinado.

Margarita no sabía mentir, y se sintió confusa y no respondió. Doña Yolanda era perspicaz y comprendió.

—Escucha, querida hija —le dijo—, me has dado dicha y cuidados en mi vejez, yo debo trabajar para hacer feliz y brillante tu juventud. Te haré rica, y tu primo lo sabe. No quiero hablarte ni bien ni mal de él. Tienes mucho juicio y talento, tú lo juzgarás, y el te lo ha dicho: reflexionarás. Ve a reposar, y si mañana a la mañana quieres que se quede, no tendrás más que hacérselo saber.

Margarita se sintió tan conmovida y sobrecogida de inquietud que ni pensó en acostarse. No sentía ningún afecto por su primo, pero quizás él lo tenía por ella. Se sabía amable y de ningún modo tonta. Puypercé le había parecido al principio insípido y desagradable. No obstante, si olvidando su fealdad, ese guapo muchacho había apreciado su ingenio, era porque aparentemente él también lo tenía. Poseía defectos: era frívolo, gustaba del gasto y de la buena mesa, pero tal vez tenía buen corazón, puesto que había cedido al ver que ella protegía a los animales, y no parecía testarudo.

—¡Yo soy tan fea! —se decía— probablemente jamás gustaré a ningún otro, o bien será un muchacho tan mal parecido como yo, y todo el mundo dirá: Ella no podía encontrar nada mejor. ¿Está prohibido poner su amor propio en pasearse del brazo de un marido guapo y escuchar decir: Margot tiene cara de rana, pero a pesar de todo le ha gustado a ese hermoso señor, a ese coronel tan bien empolvado, tan bien vestido, que podía escoger entre las más bellas? ¡No quiero separarme de mi abuela. ¡Pues bien! Si me ama, consentirá en dejarme junto a ella y vendrá a vemos a menudo. ¡Vamos! Puesto que ella me deja libre, a mí me corresponde decidir antes de mañana a la mañana. Si le dejo partir, se enojará y no volverá más; ¿si le escribiera una carta, que le remitirían tan pronto llegue el día? Pero no me atrevo. ¿Por qué ha tenido tanto miedo de mi cisne, y por qué el cisne estaba tan furioso con él? Es tan extraño, mi primo; ¿por qué se ha reído tanto cuando le he dicho a la rana...?

Margarita estaba fatigada, se dormía sobre su silla; se levantó para mantenerse despierta, y de repente se halló, sin saber cómo, en los

fosos, a orillas de uno de los estanques de mármol que la luna iluminaba. Quedó sorprendida al ver que unas grandes cañas que ella jamás había observado habían crecido por todos lados y hasta en el agua, y cuando se sentaba, cansada y amodorrada, en un banco de césped, la reina Coax saltó junto a ella y le habló así:

—Margot, usted es una buena persona, ha impedido que me quitaran la vida. Voy a darle un buen consejo, por eso he salido de mi palacio de la pradera para venir a encontrarla en sus fosos, que conozco como mi bolsillo. Usted debe desposar a su primo, mi querida, será para usted la dicha y la gloria.

—¿Entonces usted no le quiere mal por el bastonazo que ha querido darle?

—No sabía quién era yo, me tomaba por una rana cualquiera.

Eso me ha hecho pensar que sería prudente llevar de aquí en adelante mi corona y mis joyas; cuento con vestirme esta misma noche como corresponde a mi rango.

—¿Su corona y sus joyas? —dijo Margarita sorprendida— ¿y dónde están?

—Vengo a pedírtelas, Margot, porque están en tu casa.

—¿Cómo es eso?

—Entérate de mi historia, que iba a contarte el otro día cuando tu horrible cisne, ese pájaro funesto que llamas Nevé y que no es otro que el príncipe Rolando, ha venido a privarte de mis confidencias. ¡Escúchalo! Se agita en su cabaña de tablas, querría devorarme; pero me he asegurado de que estaba bien encerrado: por otra parte, sé unas palabras mágicas para tenerlo a raya. Escúchame pues, y saca tu provecho de lo que voy a revelarte:

—Soy una de tus antepasadas, no directa, soy la tatarabuela de la tatarabuela de tu tía madame Puypercé, madre de tu primo el coronel. Por eso es que me intereso en él y en ti. Al presente tengo el honor de ser hada; pero era mortal como tú y he nacido en este castillo. Me llamaban Ranaide. Era bella como el sol, tan bella en calidad de mujer como lo soy hoy en calidad de rana. Mi padre, que entendía de magia, me enseñó las ciencias ocultas, y dado que tenía mucho talento, llegué a ser tan sabia que me apropié de los secretos más raros, entre otros el de las transformaciones. Era libre de tomar cualquier forma exterior y retomar la mía por medio de ciertas preparaciones y encantamientos. Por ese medio, sabía cuánto se hacía y se decía en la tierra y en las aguas; pero escondía cuidadosamente mi poder, porque hubiera sido denunciada, perseguida y quemada como bruja en aquellos tiempos de ignorancia y superstición.

—“Tenía veinte años cuando el príncipe Rolando me desposó. Era joven, rico, amable y bello. Yo le amaba perdidamente, y muy pronto tuve varios hijos. Éramos los más felices del mundo en este castillo, por entonces espléndido y frecuentado por toda la nobleza del país, cuando creí tener motivo de celos contra una de mis doncellas, llamada Mélasie, a la que veía dar vueltas alrededor de las fosas en compañía de un hombre envuelto en una capa. Supuse que ese hombre era mi marido, y me transformé en rana para verles de cerca o para reconocerle por el sonido de la voz. Me planté entre dos piedras sobre el parapeto de la fosa, y le vi pasar muy cerca de mí. Entonces reconocí que me había equivocado y que el desconocido era un paje de mi marido, que hablaba en su propio interés. Sentí gran alegría que volví a subir precipitadamente a mi cuarto y, como era muy tarde, me eché en mi lecho y me dormí con deleite sin pensar, ¡ay de mí! en tomar el brebaje que debía restituirme mi forma natural.

—A la hora en que habitualmente me despertaban, Mélasie entró en mi cuarto, y al ver una rana tan grande como yo tendida en mi lecho, tuvo tal miedo que no pudo decir una palabra ni proferir un solo grito, razón por la cual no me desperté.

—En cuanto se repuso un poco volvió a cerrar sin ruido la puerta de mi cuarto y corrió a despertar al príncipe Rolando para preguntarle dónde estaba yo y darle aviso de la sorprendente cosa que había encontrado en mi lugar. El príncipe acudió, creyendo que aquella joven estaba loca; pero cuando me vio así, presa de horror y repugnancia, y no pudiendo suponer que eso fuera yo, sacó su espada y me dio un golpe que cortó una de mis patas delanteras. Mis encantamientos me preservaron de la muerte. En tanto estuviera escondida bajo una forma mágica, ningún motivo de destrucción podía alcanzarme durante el espacio de doscientos años. Herida, pero no mortalmente, me lancé por la ventana y de allí a la fosa, donde al instante mi pata amputada volvió a crecer tan sana como la ves. Desde allí escuché el ruido que se hacía en el castillo para hallar a la desaparecida señora. Se me buscaba por todas partes y mi esposo estaba entregado a un dolor mortal. Esperé la noche para entrar con precaución a la mansión. Saltando de escalón en escalón, trepé a mi cuarto y me apresuré a tomar el brebaje que debía volverme mujer y bella como en el pasado. ¡Ay de mí! Por más que agregué a la virtud del brebaje la de las palabras mágicas más misteriosas y me froté con los ungüentos más potentes, esa desdichada mano no pudo rebrotar. Permaneció en el estado de pata de rana, y como mi desolado marido se aproximaba a mi cuarto, diciendo que allí era donde quería dejarse morir de pena, sólo tuve tiempo de envolverme la mitad del cuerpo con mi capa de terciopelo para ocultar esa desgraciada pata.

—Al encontrarme, mi marido estuvo a punto de ahogarse de la alegría; me tomó en sus brazos vertiendo lágrimas y abrumándome con preguntas. Suponía que un demonio maligno me había arrebatado a su ternura y quería saber cómo le había sido restituida. Me vi obligada a inventar una historia y a zafarme de sus abrazos, ante el temor de

dejarle ver mi pata; pero pensé con dolor que todo sería inútil para ocultarle mi secreto y que muy pronto descubriría la funesta verdad. Debí tomar una resolución extrema, una resolución espantosa, la de hacer desaparecer a quien amaba más que a mi vida.

Margarita, horrorizada, quiso levantarse y huir lejos de aquella odiosa Ranaide, pero se sintió retenida por un encantamiento y la rana prosiguió su relato en estos términos:

—Sabe, mi pobre niña, que no dependía de mí actuar de otra manera. Un juramento que nada puede borrar y que es imposible infringir obliga a aquellos que reciben dones mágicos a hacer perecer a quienquiera que venga a descubrirlos. Mi marido estaba condenado, desde el día en que viera mi pata, a ser llevado al abismo por los espíritus, mis señores y mis maestros.

—Resolví sustraerle de su poder haciéndole desaparecer antes de que hubiera descubierto nada, y a esos efectos mezclé en su vino una droga que al instante le hizo crecer plumas blancas y grandes alas; en menos de un cuarto de hora se convirtió en un bello cisne blanco como la nieve, que no podía volver a ser hombre, pero que durante doscientos años escapaba a la muerte y al poder de los genios.

—Entérate que esos doscientos años se cumplirán esta noche al alba, y que de ti depende que vuelva a hallar mi juventud, mi belleza y mi rango de ser humano en la creación.

—¡Sea! —dijo Margarita— porque ¿sin duda podrá usted entonces prestar a Nevé, al príncipe Rolando, quiero decir, el mismo servicio que yo le habré prestado a usted?

—Sin ninguna duda —respondió Ranaide—, es el mayor de mis deseos.

—En ese caso, estoy lista, dígame pronto lo que hay que hacer.

—Para comprenderlo, es preciso que sepas el resto de mi historia. Apenas el príncipe Rolando se vio transformado en pájaro, entró en una cólera espantosa contra mí y quiso matarme. ¿Había conservado la suficiente inteligencia humana como para ver la desgracia a la que me había visto obligada a arrastrarle? ¿Obedecía solamente al nuevo instinto de su raza? Sólo pensaba en devorarme. En vano intenté hacerle comprender nuestra común situación; no escuchó nada y me vi forzada a pronunciar las palabras mágicas que nos debían convertir en extraños uno del otro durante doscientos años. Se echó a volar por los aires con grandes gritos y no lo he vuelto a ver hasta ayer, cuando vino a buscarte al borde de la laguna en la que últimamente me he visto obligada a fijar mi residencia.

—Y entonces, señora —contestó Margarita—, ¿por qué ha sido condenada a volverse y permanecer rana durante doscientos años,

cuando de usted dependía seguir siendo una dama y ocultar su pata a las miradas indiscretas?

—¡Los crueles genios lo han querido, mi pequeña Margarita! Ofendidos por el modo en que les había hurtado a mi marido, haciéndole convertirse en pájaro, me condenaron a abandonar a mis hijos y a desposar a Coax, rey de las ranas, con quien he reinado largo tiempo en los fosos, y del que al fin soy viuda. Con el tiempo, el castillo ha pasado a manos de tu abuela y todas las drogas que yo había preparado tan laboriosamente han desaparecido o perdido su virtud; pero existe en tu casa un tesoro inapreciable que puede y debe restituirme todos mis encantos. Son unas galas hechizadas, mis galas de boda, que están en un cofrecito de madera de cedro que doña Yolanda tiene encerrado en su cuarto como lo más caro y precioso de vuestras riquezas familiares. Ese cofrecito te pertenece, puesto que tu abuela cuenta con darte todo lo que posee. ¡Ve a buscármelo y tráelo aquí!

—No, señora —respondió Margarita—, no quiero hurtar lo que al presente pertenece a mi abuelita, y a menos de que ella consienta...

—No se trata de hurtar —contestó Ranaide—; no deseo recuperar mis joyas. Solamente quiero adornarme con ellas un instante, y desde el momento en que me haya transformado, no las necesitaré más; te las devolveré, porque tú las precisas para ti misma. Entérate de algo que deberá decidirte, y es que esas joyas mágicas tiene el poder de dar la belleza a las más feas, y que cuando las hayas llevado tan sólo una hora, en lugar de parecerte a la rana que soy, serás semejante a lo que era, a lo que voy a volver a ser, es decir a la más hermosa de las mujeres.

Esto convenció a Margarita, que corrió en busca del cofre. En el momento en que lo cogía de la credencia de su abuela, le pareció que ésta se despertaba y la miraba. Fue a ponerse de rodillas junto a su lecho, pronta a confesarle todo; pero doña Yolanda se volvió hacia la pared sin que aparentemente la hubiera visto. El tiempo urgía; el cielo se aclaraba un poco como si el día fuera a nacer. Margarita se lanzó al exterior y al instante se encontró nuevamente junto al estanque donde la esperaba la reina Coax.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó presentándole el cofrecito— no tiene llave, y yo no conozco el secreto para abrirlo.

—Yo lo sé —respondió la rana brincando de alegría—. Es preciso que una boca que jamás haya mentido diga simplemente: ¡Ábrete cofre!

— ¡Pues bien! dígalo, señora.

—Yo no podría, hija. Me he visto obligada a mentir en otros tiempos para ocultar los secretos de mi ciencia. A ti te corresponde hablar, y vamos a ver si tu lengua, como lo creo, está exenta de toda mentira.

—¡Ábrete cofre! —dijo Margarita con confianza.



Y el cofrecito se abrió. De allí salió como una llama roja, por la que la rana no pareció inquietarse en absoluto. Hundió sus patas y sacó un pequeño espejo enmarcado en oro, después un collar de esmeraldas resplandecientes engastadas a la antigua moda, pendientes haciendo juego, una diadema y un cinturón de grandes perlas finas con hebillas de esmeraldas. Se atavió con esas riquezas y se miró al espejo haciendo las monerías más extrañas.

Margarita la observaba con ansiedad, temiendo que desapareciera con las joyas de su abuela; pero Coax ni soñaba con huir. Ebria de placer y confianza, se arreglaba y se miraba en el espejo con movimientos torpes y muecas extravagantes. Sus ojos redondos lanzaban llamaradas, una espuma verdosa salía de su boca y su cuerpo se tornaba glauco y lívido, mientras su talle adquiría proporciones casi humanas.

—¡Margot, Margot! —exclamaba sin pensar en el tono estrepitoso de su voz— mira y admira. ¡Ve como crezco, como cambio, como me vuelvo bella! Dame tu velo para hacerme una túnica, deprisa, es necesario que esté vestida decentemente... por otra parte aún me falta algo... Mi abanico de plumas, ¿dónde lo has puesto, desdichada? ¡Ah! aquí está! y mis guantes blancos... ¡deprisa! ¡mis guantes perfumados! mi collar está mal abrochado, ¡vuélvelo a prender, incapaz! ¡Oh cielos! me falta mi ramillete de novia...; ¿no estará en el cofrecito? Mira, vuélcalo... ¡Aquí está! Ves, lo pongo en mi cinturón. El prodigio se cumplió. Venus no es más que una marioneta en comparación conmigo. Soy yo, yo, la verdadera Citera saliendo de las ondas sagradas. Es preciso que dance; tengo calambres en las pantorrillas; es la transformación que se opera. ¡Sí, sí, la danza acelerará mi liberación!

Siento volver la gracia incomparable de mis movimientos, y el fuego de la eterna juventud me sube al cerebro! ¡Achís! ¡Ay, que estornudo!  
¡Achís! ¡Achís!

Y mientras así hablaba, la reina Coax saltaba y brincaba de manera frenética; pero, por más que hizo, permaneció rana, y el horizonte se aclaraba. Reía, gritaba, lloraba, golpeaba el mármol del estanque con sus patas traseras, se abanicaba, extendía sus patas delanteras como una bailarina de ballet, arqueaba su talle y revolvía sus ojos como los de una almea. De repente, Margarita, que la contemplaba horrorizada, se sintió tan impresionada por la extravagancia de sus contorsiones que fue presa de una risa loca y se dejó caer en el césped. Entonces la rana montó en cólera.

—Cállate, pequeña miserable —exclamó—, tu risa desbarata mis conjuraciones. ¡Cállate o te castigaré como lo mereces!

—¡Dios mío! perdóneme, señora, —respondió Margarita— es más fuerte que yo. ¡Usted está tan graciosa! ¡Mire, es preciso que ría o que muera!

—Yo no puedo hacerte morir, por eso rabio —contestó Ranaide arrojándose sobre ella y pasándole una de sus patas frías y viscosas por

la cara—; pero expiarás los tormentos que yo padezco. Quería perdonarte, más tú me quitas toda piedad; ¡hay que terminar con esto! ¡Sufro demasiado! ¡Toma mi fealdad y que se agregue a la tuya, puesto que colocándote en mi lugar yo seré liberada más pronto! ¡Toma! ¡aquí está el espejo, ríete ahora, si todavía tienes ganas de reír!

Margarita cogió el espejo que le tendía el hada y lanzó un grito de horror al verse sin cabellos, la cara verde y los ojos redondos.

—¡Rana! ¡rana! —exclamó con desesperación—, ¡me vuelvo rana, soy una rana! ¡Esto es el acabose! —Y, arrojando el espejo, involuntariamente dio un brinco y se zambulló en el estanque.

Al principio permaneció allí como adormecida y privada de todo pensamiento; pero poco a poco se reanimó al ver que el sol perforaba el horizonte y lanzaba un gran manto de fuego que doraba la punta de las cañas por encima de su cabeza. Entonces se arriesgó a ascender a la superficie y vio un espectáculo extraordinario: la infortunada Coax, tendida sobre la orilla, las patas en el aire, el cuerpo inerte y rígido por la muerte. Tenía una repulsiva cabeza humana con largos cabellos verdes como algas; el resto de su cuerpo, grande como el de una persona normal, era blanco mate y rugoso, y conservaba las formas de la rana. Junto a ella, el príncipe Rolando, revestido de una armadura de plata con un tahalí de oro, el casco adornado con una cimera blanca como la nieve y llevando en los hombros sus grandes alas de cisne, desprendía las joyas encantadas con las que Ranaide se había engalanado en vano.

—Acércate —dijo a Margarita— y ponte rápidamente estas joyas que te devolverán tu primitiva figura; pero no intentes volverte bella por el poder de los encantamientos. Mantente inteligente y buena, y no pertenezcas más que a aquél que te ame tal cual eres. Adiós, la muerte de esta criminal bruja me libra para siempre de la servidumbre a la cual estaba condenado desde hace dos siglos. No llores su suerte; te había mentido, quería hacerme morir para ocultar sus secretos malditos, y los espíritus que invocaba contra mí han tomado mi defensa. Regreso con ellos, pero velaré por ti, si permaneces siempre digna de mi protección.

Desplegó sus alas y se elevó en los rayos del sol. Margarita, al verle planear por los aires, creyó reconocer a Nevé con su collar de oro, después le pareció que era el lucero del alba. Cuando le hubo perdido de vista, buscó el cadáver de la rana, y sólo vio en el lugar un horrible hongo negro como la tinta que, con el soplo de la brisa, caía hecho polvo.

Volvió a hallarse en su cuarto, sentada en una silla y con los ojos encandilados por el sol naciente. Su primer movimiento fue correr al espejo, y por primera vez en su vida se encontró muy bonita, pues tenía su rostro de siempre, solamente un poco fatigado.

—¿Todo aquello sería un sueño? —se dijo—. Sin embargo aquí están las antiguas joyas que mi abuela guardaba cuidadosamente. ¿Cómo es que estoy adornada con ellas? ¿Habré ido a buscarlas soñando?

Se las quitó, las volvió a colocar en el cofrecito y las llevó al cuarto de doña Yolanda antes de que ésta se hubiera despertado; después descendió a la fosa para ver si Nevé estaba en su cabaña, tal como lo había vuelto a hallar una vez después de haberlo creído perdido.

—¿Usted busca al cisne? —le dijo el jardinero—. Ha partido. Lo he visto levantar vuelo a la salida del sol. Ha ido a reunirse a una bandada de cisnes salvajes que pasaba. Yo le había dicho a la señorita que había que quebrarle la punta de un ala, la señorita no ha querido. El ha aprovechado eso para escaparse; hace tiempo que era su idea.

—¡Pues bien! tanto mejor —dijo Margarita—, porque ahí está feliz y libre; pero, puesto que lo ha visto partir, ¿no ha visto nada más al entrar a la fosa? ¿No había aquí unas grandes cañas?

—¿Cañas? sin duda, siempre quedan algunas que quieren rebrotar alrededor de los estanques; pero aún eran pequeñas y yo no las perdía de vista. Esta mañana las he arrancado a todas con esmero, he vuelto a colocar arena en el lugar y espero que esta vez no rebrotarán.

Margarita miró la arena y le pareció ver aún la marca que habían dejado las grandes patas de la rana al ejecutar su danza desenfadada; pero reconoció que esas huellas eran las de los pavos reales que venían a escarbar la tierra recientemente removida.

En aquel momento, un ruido de pasos de caballo resonó por encima de su cabeza. Alzó la vista y vio pasar por el puente levadizo a su primo Puypercé, que se iba escoltado por sus escuderos. Le había olvidado completamente y no se sintió en disposición de ánimo para afligirse por su partida. No hubiera tenido que decir más que una palabra para hacerle volver; dudó un instante, alzó los hombros y lo miró alejarse.

Cuando subía al castillo, vio a los sirvientes reunidos en la escalinata repartiéndose la propina que el coronel de dragones les había arrojado al partir. Escuchó sus murmullos, no había más que un sueldo para cada uno.

—Después de todo —se dijo—, tal vez cuente con regresar, o bien es muy pobre y no es culpa suya.

—¡Pues bien! —le dijo doña Yolanda cuando entró a su cuarto para servirle su chocolate— ¿has visto a tu primo? ¿se queda con nosotras?

—Le he visto partir, abuela, y no le he dicho nada.

—¿Por qué?

—No sé. Estaba demasiado confundida por un sueño que había tenido y que quiero relatarle; pero, como ese sueño o esa visión quizás es, sin saberlo yo, lo que se llama una reminiscencia, quería preguntarle por la historia de la rana hada que usted me contaba en otro tiempo para dormirme.

—La recuerdo muy confusamente, —respondió doña Yolanda— tanto más cuanto que era un cuento de mi invención, y que cada vez le hacía variaciones a mi capricho. Veamos si me acuerdo... Había una vez en este castillo una bella heredera llamada...

—¿Renaide? —exclamó Margarita.

—Justamente —contestó la abuela—, y era maga.

—Desposó al bello príncipe... ¡Diga el nombre del príncipe, abuelita!

—Espera un poco... ¡Era el príncipe Rolando!

—Ya caigo, abuela. He soñado toda la historia como si ocurriera ante mis ojos.

—¿Y el final?

—¡Oh! ¡el final es terrible! La rana, queriendo retomar el aspecto humano...

—¿Se hinchó tanto que reventó?

—Precisamente.

—Entonces tu desenlace es un recuerdo de la fábula que yo te enseñaba al mismo tiempo, ya que, por mi parte, jamás me tome el trabajo de terminar mi historia. Siempre estabas dormida antes del final.

En aquel momento, una fuerte ráfaga hizo entrar en el cuarto unas hojas secas y briznas de paja. Margarita fue a cerrar la ventana y vio sobre el borde una hoja de papel escrita y desgarrada como si fuera un borrador de carta. Al recoger ese papel para arrojarlo afuera, vio en él escrito su nombre y se lo llevó a su abuela. Doña Yolanda lo cogió, lo examinó y se lo devolvió diciendo:

—Es un comienzo de carta de tu primo a su madre. Ha sido arrebatado por el viento del cuarto que éste ocupaba encima del mío, y puesto que estamos en disposición de creer en los espíritus, pienso que debemos agradecer al duende que nos trae esta revelación. Lee, hija mía, te lo permito.

“Mi querida madre, perdóneme mis locuras, estoy envías de expiarlas. Me resigno a hacer un casamiento acomodado, ya que he descubierto

que la pequeña Margot debe heredar todos los bienes de la vieja tía. La muchacha es horrible, una verdadera rana, o más bien un sapito verde, con todo muy coqueta y ya loca por mí; pero cuando uno está endeudado como nosotros lo estamos...”

El borrador no contenía más, Margarita halló que era suficiente; guardó silencio, y, cuando vio que su abuela estaba indignada y trataba a su resobrinno de acuerdo a sus méritos, le dijo:

—No nos enojemos, mi querida mamá, y riarnos de la aventura. De ningún modo estoy loca por mi primo y usted ve que su fatuidad no me ofende en absoluto. Ayer a la noche usted me había dicho que reflexionara. No sé si he reflexionado o dormido, pero en mis sueños he visto cosas que han quedado como una lección ante mis ojos.

—¿Qué has visto, hija mía?

—He visto una rana adornarse de esmeraldas, abanicarse, danzar la zarabanda, hallarse bella y reventar sobre el trabajo. Me ha parecido tan ridícula que todavía ríe pensando en ello. No quiero ser como ella por nada del mundo. También he visto un hermoso cisne que se elevaba en un rayo de sol que me decía: “No desposes más que a aquél que te ame tal cual eres.” Quiero hacer lo que me ha dicho.

—Y puedes estar segura de que serás amada por ti misma —respondió doña Yolanda abrazándola con ternura—, porque hay algo que llega a dar belleza, es la dicha que uno merece.

## **LA COPA**

Cuento de Hadas

A mi amigo Alexandre Manceau

*«Hay tres cosas que Dios no puede de ningún modo no consumir:*

*lo más ventajoso, lo más necesario, lo más bello*

*que hay para cada cosa».*

*Misterio de los Bardos*

## **LIBRO PRIMERO**

I

El hijo del príncipe quiso pasearse muy alto por la montaña, y su preceptor le siguió. El niño quiso ver de cerca las hermosas nieves y los grandes hielos que nunca se funden, y su preceptor no se atrevió a impedirselo. El niño jugó con su perro al borde de una grieta del glaciar. Resbaló, gritó, desapareció y su preceptor no se atrevió a arrojarle tras él; pero el perro se lanzó al abismo para salvar al niño, y el perro también desapareció.

II

Durante unos minutos que parecieron largos como horas, se escuchó ladrar al perro y gritar al niño. Entretanto el ruido descendía e iba extinguiéndose en la profundidad desconocida; después, se escuchó en vano: la profundidad estaba muda. Entonces los criados del príncipe y los pastores de la montaña intentaron descender con unas cuerdas; pero sólo vieron la grieta verdosa que se hundía cada vez más abajo y se hacía cada vez más escarpada.

III

En vano arriesgaron su vida, y fueron a decirle al príncipe lo que habían hecho. El príncipe les hizo colgar por haber dejado perecer a su hijo. Se les cortó la cabeza a más de veinte nobles que podían tener pretensiones a la corona y que seguramente habían firmado Un pacto con los espíritus de la montaña para hacer morir al heredero ducal. En cuanto al maestro Bonus, el preceptor se escribió en todos los muros que sería

quemado a fuego lento, ante lo cual éste corrió tanto que no se le pudo prender.

#### IV

El niño tuvo mucho miedo y mucho frío en las profundidades del glaciar. El perro no pudo impedirle resbalar hasta lo más hondo; pero, reteniéndole siempre por su cinturón, le impidió deslizarse demasiado rápidamente y estrellarse contra los hielos. Arrastrado por el peso del niño, resistió tanto que tiene las patas cubiertas de sangre y las uñas casi arrancadas. No obstante, no cesó en el combate, y cuando finalmente encontraron un hueco donde pudieron detenerse, el perro se acostó sobre el niño para darle calor.

#### V

Ambos estaban tan fatigados que se durmieron. Cuando se despertaron, vieron ante ellos una mujer tan esbelta y tan bella que no supieron lo que era. Tenía un vestido tan blanco como la nieve y largos cabellos de oro fino que brillaban como llamas dispersas sobre ella. Sonrió al niño, pero sin hablarle, y cogiéndole de la mano le hizo salir del glaciar y le condujo a un gran valle inculto adonde el perro les siguió renqueando.

#### VI

Oculto en los profundos pliegues de las montañas, este valle es desconocido por los hombres. Está protegido por las altas murallas de granito y por los glaciares impenetrables. Es horrible y risueño, como corresponde a los seres que lo habitan. En sus faldas, las águilas, los osos y las gamuzas han escondido sus refugios. En lo más profundo, reina el calor y florecen las plantas más hermosas; las hadas han establecido allí su morada, y es ante sus hermanas adonde la joven Zilla conduce al niño que ha hallado en las laderas glaucas del glaciar.

#### VII

Cuando el niño vio pasar a los osos cerca de él, tuvo miedo, y el perro tembló y gruñó; pero el hada sonrió, y los animales salvajes se apartaron de su camino. Cuando el niño vio a las hadas, tuvo ganas de reír y de hablar; pero ellas le miraron con unos ojos tan brillantes que se echó a llorar. Entonces Zilla, poniéndolo sobre sus rodillas, le besó en la frente, y las hadas montaron en cólera, y la más vieja le dijo amenazándola:

#### VIII

—Lo que estás haciendo es una vergüenza: jamás un hada que se respete ha acariciado a un niño. Los besos de un hada pertenecen a las palomas, a los cervatillos, a las flores, a los seres graciosos e inofensivos; pero el animal impuro y dañino que nos has traído mancilla tus labios. No lo queremos aquí de ningún modo, y en cuanto al perro,

no lo soportaremos más que a él. Es el amigo del hombre, tiene sus instintos de destrucción y sus hábitos de rapiña; conduce esas criaturas al sitio de donde las has sacado.

IX

Zilla respondió a la vieja Trollia:

—Sois tan orgullosa y tan mala como si hubierais nacido de la víbora o del buitre. ¿Ya no os acordáis haber sido mujer antes de ser hada, y os está permitido odiar y despreciar a la raza de la que salís? Cuando, sobre los últimos altares de nuestras antiguas divinidades, bebisteis el brebaje mágico que nos hizo inmortales, ¿no jurasteis proteger a la familia de los hombres y velar sobre su posteridad?

X

Entonces la vieja Trollia:

—Sí, he jurado como vosotras hacer que la ciencia de nuestros padres sirva a la felicidad de sus descendientes; pero los hombres nos han eximido de nuestro juramento. ¿Cómo nos han tratado? Han servido a nuevos dioses y nos han llamado brujas y demonios. Nos han echado de nuestros santuarios, y, al destruir nuestras moradas sagradas, quemar nuestros antiguos bosques, renegar de nuestras leyes y ridiculizar nuestros misterios, han quebrado los lazos que nos unían a su raza maldita.

XI

—En cuanto a mí, si alguna vez he lamentado estar sustraída, por el brebaje mágico, al imperio de la muerte, ha sido pensando que había perdido el poder de darla a los hombres. Antaño, gracias a la ciencia, podíamos jugar con ella, apresurándola o retrasándola. De ahí en adelante, nos evita y se ríe de nosotras. La implacable vida que nos posee nos condena a respetar la vida. Es un gran bien para nosotras ya no estar obligadas a matar para vivir, pero también es un gran mal estar obligadas a dejar vivir lo que una querría ver muerto.

XII

Y diciendo estas cosas crueles, la vieja maga levantó el brazo como para golpear al niño, pero su brazo volvió a caer sin fuerza; el perro se echó sobre ella y desgarró su vestido, ensuciado de negras manchas que se dice son los restos de sangre humana vertida en otro tiempo en los sacrificios. El niño, que no comprendió sus palabras, pero que vio su horrible gesto, escondió su cara en el pecho de la dulce Zilla, y todas las hadas jóvenes rieron locamente de la rabia de la bruja y de la audacia del perro.



### XIII

Las viejas riñeron e injuriaron a las jóvenes, y se dijeron tantas palabras que los osos gruñeron de disgusto en sus cuevas. Y tanto gritos, amenazas, risas; burlas e imprecaciones subieron por los aires, que las cimas más altas sacudieron sus penachos de nieve sobre los árboles del valle. Entonces llegó la reina y todo volvió al silencio, porque la reina de las hadas puede, se dice, retirar el don de la palabra a quien abuse de ella, y perder la palabra es lo que más temen las hadas.

### XIV

La reina es joven como lo era el día en que bebió la copa, ya que, al procurarse la inmortalidad, las hadas no han podido ni envejecerse ni rejuvenecerse, y todas han permanecido tal cual eran en aquel momento supremo. Así, las jóvenes son siempre impetuosas o risueñas, las maduras siempre serias o melancólicas, las viejas siempre decrepitas o malhumoradas. La reina es grande y fresca, es la más fuerte, la más bella, la más dulce y la más prudente; también es la más sabia, ella es quien antaño descubrió el gran secreto de la copa de la inmortalidad.

### XV

—Trollia —dijo—, tu cólera no es más que un ruido inútil. Los hombres valen lo que valen y son lo que son. Odiar es contrario a toda sabiduría. Pero tú, Zilla, has estado loca al traer aquí a este niño. ¿Con qué le harás vivir? ¿No sabes que es preciso que respire y que coma a la manera de los hombres? ¿Le permitirás matar a los animales o disputarles los huevos, la leche y la miel, o tan sólo las plantas que son su alimento? ¿No ves que con él haces entrar a la muerte en nuestro santuario?

### XVI

—Reina —respondió la joven hada—, ¿entonces la muerte no reina aquí como en todas partes? ¿Hemos podido desterrarla de nuestra presencia, y acaso del hecho de que las hadas no la den, de que el aroma de las flores baste para su alimentación, de que su paso ligero no pueda aplastar un insecto, ni su respiración etérea absorber un átomo de vida en la naturaleza, resulta que los animales no se devoren ni se aplasten los unos a los otros? ¿Qué importa que entre esos seres cuya vida no se alimenta sino por la destrucción, yo introduzca dos más?

### XVII

—El perro, te lo tolero —dijo la reina—; pero el niño traerá aquí el dolor sentido y la muerte trágica. Matará con inteligencia y premeditación, nos mostrará un horroroso espectáculo, aumentará los pensamientos de muerte y de odio que ya reinan entre algunas de nosotras, y la vista de un ser tan semejante a nosotras, cometiendo actos que nos son odiosos, turbará la pureza de nuestros sueños. Si le guardas, Zilla, trata de

modificar su terrible naturaleza, o me veré obligada a quitártelo y a extraviarle en las nieves donde la muerte vendrá a buscarle.

## XVIII

La reina no dijo nada más. Ella aconseja y no ordena. Se aleja y las hadas se dispersan. Algunas permanecen con Zilla y la interrogan:

—¿Que quieres hacer con ese niño? Es hermoso, lo reconozco, pero tú no puedes amarle. Virgen consagrada, en otro tiempo has pronunciado el voto terrible; no has conocido ni esposo ni familia; ningún recuerdo de tu vida mortal te ha dejado el sentimiento y el sueño de la maternidad. Por otra parte la inmortalidad libera de esas debilidades, y quien ha bebido la copa ha olvidado el amor.

## XIX

—Es verdad —dijo Zilla—, y lo que sueño para este niño no se asemeja en nada a los sueños de la vida humana. Para mí es una curiosidad, y me sorprende que no compartáis la diversión que me proporciona. Después de tantos siglos transcurridos desde que hemos roto todo lazo de amistad con su raza, ya no la conocemos más que por sus obras. Sabemos bien que se ha vuelto más hábil y más sabia, sus trabajos y sus inventos nos sorprenden; pero no sabemos si vale más por ello y si sus malos instintos han cambiado.

## XX

—¿Y tú quieres ver en qué se convertirá el hijo de los hombres, aislado de sus pares y abandonado a sí mismo, o instruido por ti en la ciencia mayor? Inténtalo. Te ayudaremos a conducirlo o a observarlo. Recuerda solamente que es débil y que aún no es malo. Te hará falta cuidarlo más que al pájaro en su nido, y en ello has puesto un gran cuidado, Zilla. Tú eres amable y dulce, pero tienes más caprichos que voluntad. Te cansarás de esta cadena, y tal vez hicieras mejor en no cargártela.

## XXI

Hablaban así por celos, ya que el niño les agradaba y más de una hubiera querido tenerle. Las hadas no aman con el corazón, pero su espíritu está lleno de apetencias y curiosidades. Se aburren, y lo que les viene del mundo de los hombres, adonde ya no osan penetrar abiertamente, les resulta un motivo de agitación y sorpresa. Una joya, un animal doméstico, un reloj, un espejo, todo aquello que no saben hacer y de lo que no tienen necesidad les encanta y absorbe su atención.

## XXII

Desprecian profundamente a la humanidad, pero no pueden impedirse soñar y hablar de ella sin cesar. El niño les hacía perder la cabeza. Algunas codiciaban también al perro; pero Zilla estaba celosa de sus

intentos de cautivarlos, y hallando que se los disputaban demasiado, los condujo a una gruta alejada del santuario de las hadas y mostró al niño el límite de bosques que no debía atravesar sin permiso. El niño lloró diciéndole:

—Tengo hambre. —Y cuando ella le hubo dado de comer, viendo que le abandonaba, le dijo—: Tengo miedo.

### XXIII

Zilla, que había encontrado al niño voraz, le encontró estúpido, y no queriendo convertirse en su esclava, le mostró dónde las corzas amamantaban a sus pequeños, dónde escondían las abejas sus colmenas, dónde los patos y los cisnes salvajes escondían sus huevos, y le dijo:

—Busca tu alimento. Escóndete también tú para hurtar esas cosas, porque los animales se volverían temerosos o malos, y las viejas hadas no quieren ver trastornar los hábitos de la vida.

El hijo del príncipe se extrañó mucho de tener que buscar él mismo una comida tan pobre. Se enfurruñó y lloró, pero el hada no le prestó atención.

### XXIV

No le prestó atención, porque no se acordaba sino vagamente de los llantos de su infancia, y porque ya no representaban para ella un sufrimiento apreciable. Se fue al aquelarre, y a la mañana siguiente el niño tuvo hambre y ya no se enfurruñó. El perro, que no se enfurruñaba nunca, atrapó una liebre y se la comió entera. Al cabo de tres días, el niño pensó que podría fácilmente recoger leña, encender fuego y hacer cocer la caza apresada por su perro; pero, como era perezoso, se contentó con otros manjares y los encontró buenos.

### XXV

Un poco más tarde, olvidó que los hombres hacen cocer la carne y, viendo que su perro la comía cruda con deleite, la probó y se sació con ella. Cuando el hada Zilla regresó del concilio, halló al niño rollizo y lozano, pero salvaje y sucio. Tenía los dientes blancos y las manos ensangrentadas, la mirada mustia y esquiva; ya casi no sabía hablar más; cansado de buscar dónde estaba y por qué su suerte había cambiado tanto, ya no pensaba más que en comer y en dormir.

### XXVI

Por el contrario, el perro estaba limpio y agradable. Su inteligencia había crecido en la abnegación de la amistad. El hada tuvo ganas de abandonar al niño y llevarse al perro. Después, se acordó un poco del pasado y resolvió civilizar al niño a su manera; pero era preciso

decidirse a hablarle, y ella no sabía qué decirle. Conocía bien su lengua, no era de las menos sabias, pero apenas si se hacía una idea de las razones que se pueden dar a un niño para cambiar sus instintos.

## XXVII

Intentó. Primero le dijo:

—Acuérdate que perteneces a una raza inferior a la mía.

El niño recordó lo que él era y le respondió:

—Entonces tú eres emperatriz, porque yo soy príncipe.

El hada continuó:

—Quiero hacerte más grande que todos los reyes de la tierra.

El niño respondió:

—Llévame junto a mi madre que me busca.

El hada prosiguió:

—Olvida a tu madre y no obedezcas a nadie más que a mí. —El niño tuvo miedo y no respondió. El hada prosiguió—: Quiero hacerte feliz y sabio, y educarte por encima de la naturaleza humana.

El niño no comprendió.

## XXVIII

El hada ensayó otra cosa. Le dijo:

—¿Amabas a tu madre?

—Sí —respondió el niño.

—¿Quieres amarme como a ella?

—Sí, si usted me ama.

—¿Qué me estás pidiendo? —dijo el hada sonriendo ante tanta audacia. Te he sacado del glaciario donde habrías muerto; te he defendido de las viejas hadas que te odiaban, y escondido aquí donde ellas no piensan más en ti. Te he dado un beso, aunque no seas mi semejante. ¿Acaso no es mucho, y tu madre hubiera hecho más por ti?

—Sí, dijo el niño, ella me besaba todos los días.

## XXIX

El hada besó al niño, quien a su vez la besó diciéndole:

— ¡Qué fría tienes la boca!

Las hadas son juguetonas y pueriles como las gentes que no tiene nada que hacer con su cuerpo. Zilla probó hacer correr y saltar al niño. Éste era ágil y resuelto, y primero se deleitó practicando asalto con ella; pero pronto vio cosas extraordinarias. El hada corría tan rápida como una flecha, sus finas piernas no conocían la fatiga y el niño no podía seguirla.

## XXX

Cuando ella le invitó a saltar, quiso, para darle el ejemplo, atravesar una grieta entre las piedras; pero, demasiado fuerte y demasiado segura de no hacerse mal al caer, saltó tan alto y tan lejos que el niño espantado fue a esconderse en un matorral. Entonces quiso ejercitarle en la natación, pero él tuvo miedo del agua y pidió una barquilla, lo que hizo reír al hada y, al ver que se burlaba, sintiéndose despreciado y demasiado inferior a ella, le dijo que no la quería más para madre.

## XXXI

Lo encontró débil y cobarde. Durante algunos días, lo olvidó; pero como sus compañeras le preguntaban qué había sido de él, y le reprochaban haberle cogido por capricho y haberle dejado morir en un rincón, corrió a buscarle y les mostró que estaba bien vivo y en buen estado de salud.

—Está bien —dijo la reina—; puesto que puede salir del apuro sin causar demasiado daño, consiento en que esté aquí como un animal viviente al estilo de los demás, ya que bien veo que tú no sabrás hacer nada mejor de él.

## XXXII

Zilla comprendió que la sabia y buena reina le censuraba y se sintió tocada en su honor. Volvió todos los días junto al niño, pasó allí más tiempo cada día, aprendió a hablarle dulcemente, le acarició un poco más, puso más complacencia en hacerle jugar no fatigando sus fuerzas y ejercitando su coraje. También le enseñó a alimentarse sin verter sangre y vio que era educable, pues oía todos sus caprichos y hasta tenía cortesías cariñosas que halagaban el amor propio del hada.

## XXXIII

Empero el invierno avanzaba, y aunque el niño no pensara de ningún modo en ello, aunque jugara con la nieve que poco a poco ganaba la gruta donde el hada le había alojado, el perro comenzaba a aullar y

ladrar contra la invasión de esa nieve insensible que avanzaba siempre. Zilla vio que era preciso sacar al niño de allí, si no quería verle morir. Lo condujo a lo más profundo del valle y rogó a sus compañeras que la ayudaran a levantarle una casa, pues es falso que las hadas sepan hacer todo con un golpe de varita.

#### XXXIV

Sólo saben hacer lo que les es necesario, y una casa es para ellas muy inútil. Nunca tienen calor ni frío sino justo para su satisfacción. Saltan y danzan un poco más en invierno que en verano, sin llegar a sufrir jamás en su cuerpo ni en su espíritu. Brincan en el hielo con tanto gusto como sobre el césped, y si les place sentir en enero la humedad ligera de abril, se acuestan con los osos agazapados en sus grutas de nieve y duermen allí por el placer de soñar, ya que tienen muy poca necesidad de dormir.

#### XXXV

Zilla no hubiera osado confiar el niño a los osos. Estos no eran malos; pero, a fuerza de olerle y lamerle, hubieran podido encontrarle bueno. Las jóvenes hadas que invitó a levantarle un albergue, se prestaron a ello riendo y pusieron manos a la obra en desorden y con mucho ruido. Querían que fuera un palacio más hermoso que todos aquellos que construyen los hombres y que no se pareciera en nada a sus miserables inventos. La reina se sentó y las miró sin decir nada.

#### XXXVI

Una quería que fuera muy grande, otra que fuera muy pequeño; una que fuera como una bola, otra que todo subiera en punta; una que sólo se emplearan piedras preciosas, otra que fuera hecho con los penachos de la simiente del cardo; una que fuera descubierto como un nido, otra que estuviera escondido bajo tierra como una huronera. Una traía ramas, otra arena, una nieve, otra hojas de rosas, una pequeños guijarros, otra hebras de telaraña; la mayor parte no traía más que palabras.

#### XXXVII

La reina vio que no se decidían a nada y que la casa no sería comenzada jamás; llamó al niño y le dijo:

—¿Acaso no podrías levantar la casa tú mismo? es un trabajo de hombre...

El niño probó. Había visto edificar. Fue a buscar piedras, hizo, como pudo, una mezcla de arcilla que amasó con musgo; levantó muros en cuadrado, trazó compartimientos, entrecruzó unas ramas, hizo un techo de cañas y amuebló aquello con algunas piedras y una cama de helechos.

## XXXVIII

Las hadas quedaron maravilladas primero por la inteligencia y habilidad del niño, y luego se burlaron de él, diciendo que las abejas, los castores y las hormigas trabajaban mucho mejor. La reina las reprendió de esta manera:

—Os equivocas. Los animales que viven forzosamente en sociedad tienen menos inteligencia que los que pueden vivir solos. Una abeja muere cuando no puede alcanzar su colmena: un grupo de castores perdidos olvida el arte de construir y se contenta con toscas moradas. En aquel mundo, nadie existe, nunca se dice yo.

## XXXIX

—Esos seres que viven en una misteriosa tradición, permanentemente transmitida de todos a cada uno, sin que ninguno de ellos aporte un cambio cualquiera, son inferiores al ser más miserable y desapercibido cuya mente busca y combina. Por ello el hombre, nuestro antepasado, es el primero de los animales, y por ello su trabajo, siendo el más variado y el más cambiante, es el más bello de todos. ¡Mirad lo que puede hacer con el recuerdo, cómo inventa la experiencia y cómo sabe acomodar a su conveniencia los materiales más burdos!

## XL

—Entonces el hombre —dijo Zilla—, ¿sería mejor y más hábil si viviera en el aislamiento?

—No, Zilla, necesita la sociedad voluntaria y no la reunión forzosa. Solo, puede luchar contra todo, y allí donde los demás animales sucumben, él triunfa por la mente; pero desea una felicidad más allá de la de conservar su cuerpo: por esto busca el comercio con sus semejantes, a fin de que le den el pan del alma, y la necesidad que tiene de nosotros es todavía una libertad.

## XLI

Zilla se esforzó por comprender a la reina, a quien las demás hadas no comprendían mucho. Habían guardado las ideas bárbaras de la época en que eran semejantes a nosotros sobre la tierra, y si su ciencia les hacía conocer mejor que antaño, y mejor que nosotros, las leyes de renovación del gran universo, ya no se daban cuenta de la marcha seguida por la raza humana en este pequeño mundo donde se aburrían, por no poder cambiar nada en él. Habían querido no cambiar más ellas mismas, les hacía falta consolarse entonces despreciando lo que cambia.

## XLII

Zilla, muy pensativa, resolvió procurar a su hijo adoptivo cuanto éste pudiera desear, a fin de ver el provecho que sacaría de ello.

—Ahí tienes tu casa levantada —le dijo—. ¿Qué querías para embellecerla?

—Querría a mi madre —dijo el niño.

—Voy a procurar traértela —dijo el hada y, sabiendo que podía hacer cosas muy difíciles, partió después de haber puesto al niño bajo la protección de la reina. Partió para el mundo de los hombres, dejándose llevar por el torrente.

#### XLIII

Ese torrente, que da nacimiento a un gran río cuya fuente los hombres no conocen, sale del glaciar en el que había caído el hijo del príncipe. Se divide en mil hilos de plata para irrigar y fertilizar el Valle de las Hadas, y luego se reúne a la entrada de un macizo de rocas enormes que es la barrera natural de su reino. Allí el torrente, convertido en río, se precipita en unos abismos espantosos, se hunde en unas cavernas donde el día no penetra jamás, y de caída en caída llega por vías desconocidas al país de los hombres.

#### XLIV

Las hadas, para quienes no hay sitio infranqueable, pueden salir de su reino por las cimas nevadas, por las agujas de los glaciares o por las grietas de las rocas; pero prefieren dejarse llevar por el río que, al precipitarlas en los abismos, no les hace más daño que a un copo de espuma. En pocos instantes, Zilla se halló en las tierras cultivadas y se aproximó a un pueblo de pastores y leñadores, donde vio a un hombre extrañamente vestido que subido a una gran piedra, hablaba a la multitud.

#### XLV

Ese hombre decía:

—Siervos y vasallos, rogad por la gran duquesa que ha muerto ayer, y rogad también por el alma de su hijo Hermán, que ha perecido el año pasado en los hielos del Monte Maldito. La duquesa no ha podido consolarse. Dios la ha llamado junto a él. El duque os envía sus limosnas para que les digáis plegarias a ambos.

Y el heraldo arrojó oro y plata a los pastores y leñadores, quienes se pelearon para recogerlo y agradecieron a Dios la muerte que les procuraba esa ganga.

#### XLVI



El hada también estuvo contenta por la muerte de la duquesa. «El niño no me atormentará más», pensó, «para que le devuelva a su madre. Voy a llevarle algo a fin de consolarle», y divisando un saco de trigo le hizo señas de seguirla, y el saco de trigo, obedeciendo a un poder misterioso que había en ella, la siguió. Un poco más lejos, vio un asno y le ordenó llevar el saco de trigo. También llevó consigo un pequeño arado, pensando, según lo que veía a su alrededor, que aquellos juguetes agradarían al pequeño Hermán.

#### XLVII

Sin embargo eso no era lo que más estimaban los hombres que ella tenía ante la vista. Aún les veía batirse por las piezas de moneda desparramadas en la tierra. Siguió al heraldo que se iba con una muía blanca cargada de un cofre lleno de oro y plata, destinado a las liberalidades de la devoción ducal. Hizo señas a la mula, que siguió al asno y al arado, y el heraldo no la miró. El hada había echado sobre él y su escolta un hechizo que les hizo dormir a caballo durante más de quince leguas.

#### XLVIII

El hada no tuvo ningún escrúpulo de robar esas cosas. Era para el hijo del príncipe y todo el país le pertenecía. Por otra parte las hadas no reconocen nuestras leyes ni comparten nuestras ideas. Nos consideran como los mayores saqueadores de la creación, y piensan que tienen derecho a recuperar lo que nosotros robamos a la naturaleza. Como casi no tienen necesidad de nuestras riquezas, hay que decir que no nos causan un gran perjuicio. No obstante sus fantasías son peligrosas. Han hecho colgar a más de un desgraciado acusado de sus raptos.

#### XLIX

Seguida de su botín, Zilla se aproximó a la montaña, y como conocía un pasaje en el bosque por donde podía entrar al Valle de las Hadas con su séquito, penetró en lo más espeso de los pinos y los alerces. Allí se detuvo sorprendida al encontrar a sus pies un ser extraño que le causó cierto desagrado: era un hombre viejo alto y enjuto, barbudo como una cabra y calvo como un huevo, con una nariz muy grande y un traje negro completamente hecho harapos.

#### L

Parecía muerto, ya que un buitre acababa de arrojarse sobre él y comenzaba a querer probar sus manos; pero al sentirse mordido el moribundo lanzó un grito, asió al pájaro y, asfixiándolo, lo mordió en el cuello y se puso a succionar la sangre con una rabia horrible y grotesca. Era la primera vez que el hada veía semejante cosa: ¡el buitre comido por el cadáver! Pensó que debía ser un acontecimiento fatídico de su incumbencia y preguntó al anciano qué le hacía actuar de esa manera.

## LI

—Buena mujer —respondió—, no me traicionéis. Soy un proscrito que se oculta, y el hambre me ha echado por tierra agotado y moribundo; pero el cielo me ha enviado este pájaro que como medio vivo, como veis, pues no tengo tiempo para saciarme de una manera menos salvaje.

Aquel desdichado creía hablar a una vieja recogedora de leña, ya que si no está probado que las hadas puedan tomar cualquier forma, al menos es cierto que pueden producir cualquier alucinación.

## LII

—Levántate y sígueme —dijo—. Voy a conducirte a un lugar donde podrás vivir sin que los hombres te descubran jamás.

El proscrito siguió al hada hasta una comisa tan estrecha y aterradora que el asno y la muía retrocedieron espantados; pero el hada los hechizó y pasaron. En cuanto al hombre, tenía tales deseos de escapar a quienes le perseguían que no fue necesario alucinarle. Siguió a los animales y, tan pronto como hubo puesto el pie en el Valle de las Hadas, reconoció en la que le conducía un hada de primer orden.

## LIII

—No soy un novato ni un ignorante —le dijo— y he estudiado bastante magia para ver con quién tengo que habérmelas. Me conducís a un lugar del que no saldré jamás contra vuestra voluntad, lo sé bien ; pero, cualquiera sea la suerte que me destináis, no puede ser peor que la que me reservaban los hombres. Luego, obedezco sin murmurar, sabiendo también que toda resistencia sería inútil. Quizá tendréis alguna piedad de un anciano, y alguna curiosidad por verle morir de muerte natural, la que no puede tardar.

## LIV

—Te precias de ser sabio, y eres un inepto —respondió Zilla— si conocieras a las hadas, sabrías que no pueden cometer ningún mal. El gran espíritu del mundo no les ha permitido conquistar la inmortalidad sino a condición de que respetaran la vida: si fuera de otro modo, vuestra raza no existiría más desde hace largo tiempo. Sígueme y no digas más disparates, o voy a conducirte adonde te he recogido.

«¡Dios me guarde de ello!», pensó el anciano y, adoptando un aire más modesto, llegó con el hada a la morada del principito Hermán.

## LV

Durante un día entero en que el hada había estado ausente, el niño, que era bueno, no había ni trabajado, ni jugado, ni comido. Esperaba a su

madre y no pensaba más que en ella. Cuando vio llegar al anciano, corrió a él, creyendo que anunciaba y precedía a la duquesa.

—Maestro Bonus —dijo—, sed bienvenido.

Y, recordando sus modales de príncipe, le dio a besar su mano; pero el pobre preceptor estuvo a punto de caerse de espaldas al encontrar al niño que no creía volver a ver jamás y lloró de alegría abrazándole como si hubiera sido el hijo de un plebeyo.

#### LVI

Entonces el hada hizo saber al niño que su madre había muerto, sin pensar que le causaba una gran pena y sin comprender que un ser sujeto a la muerte pudiera no resignarse a la de los demás como algo muy natural. El niño lloró mucho, y en su pesar dijo al hada que puesto que no le traía más que una mala noticia, bien hubiera podido dispensarse de traerle a su preceptor. El hada alzó los hombros y se fue enojada. El maestro Bonus no se enojó. Se sentó junto al niño y lloró al verle llorar.

#### LVII

Viendo esto, el niño, que era muy bueno, le abrazó y le dijo que quería conservarle junto a él y alojarle en su casa, a condición de que nunca más le hablara de estudiar.

—De hecho —dijo el maestro Bonus—, puesto que estamos aquí para siempre, no sé muy bien de qué nos serviría el estudio. Ocupémonos de vivir. Confieso que tengo apego a la vida, y que si me creéis, comeremos un poco; ¡hace tanto tiempo que ayuno!

En aquel momento, el perro regresaba de cazar con una hermosa liebre entre los dientes.

#### LVIII

El perro hizo amistad con el pedagogo y le cedió de buen grado su presa, que el maestro Bonus se hizo un deber cocinar; pero las hadas, que le vigilaban, le enviaron una alucinación espantosa: tan pronto como comenzó a desollar la liebre, ésta creció y tomó su rostro, de manera que se imaginó desollarse a sí mismo. Presa de horror, puso al animal sobre los carbones, esperando librarse de su sueño al respirar el olor de la carne asada; pero fue a él a quien hizo asar en medio de horrendas contorsiones, y hasta creyó sentir en su propia carne que en efecto se quemaba.

#### LIX

Recordó que estaba condenado por los hombres a ser quemado vivo y, sintiendo que no había que disgustar a las hadas, devolvió la carne al

perro y renunció a ella para siempre. Entonces se fue a recoger raíces, frutos y grano, e hizo una provisión tan grande para el invierno que la casa estaba repleta y apenas si quedaba sitio para dormir. Luego, temiendo que las hadas le robaran e imaginándose saber bastante de magia como para inspirarles respeto, hizo con tierra unas figuras simbólicas que plantó sobre el techo.

## LX

Pero su ciencia era falsa y sus símbolos tan bárbaros que las hadas no le prestaron otra atención que la de hallarlos muy feos y reírse de ellos. Al verlas de buen humor, se atrevió a preguntarles dónde podría procurarse utensilios de trabajo, sin los cuales, decía, le era imposible hacer nada bien. Entonces le condujeron a una gruta donde habían amontonado una multitud de objetos robados por ellas en sus excursiones y abandonado allí después de que su curiosidad se hubiera saciado.

## LXI

El maestro Bonus se quedó sorprendido al encontrar utensilios de toda especie y objetos de lujo mezclados a cascajos sin ningún valor. Lo que primero buscó fue una cacerola, platos y tenazuelas. Las desenterró de en medio de joyas y ricas telas. Descubrió también unos sacos de harina, confituras secas, un jarro y una jofaina. Apenas miró los libros y los útiles para escribir. “Pensemos en el cuerpo ante todo”, se dijo; “el espíritu reclamará más tarde su alimento, si le parece bien.”

## LXII

Hizo con Hermán varios viajes a la gruta que las hadas miraban como su museo, y que él llamaba simplemente el almacén. Allí encontraron cuanto era necesario para hacer mantequilla, quesos y pastelería. Hermán descubrió gran cantidad de golosinas que se llevó consigo, y el maestro Bonus, después de numerosos ensayos, consiguió hacer unos pasteles tan buenos que un obispo se hubiera lamido los dedos. Y, en la dulce ocupación del buen dormir y del buen comer, el pedagogo olvidó sus días de miseria y no molestó al joven príncipe para enseñarle a leer.

## LXIII

La reina de las hadas vino a ver el establecimiento y como varias de sus compañeras estaban disgustadas al ver que dos hombres en lugar de uno, se establecían en sus dominios, les dijo:

—No sé por qué os atormentáis. Ese hombre es viejo y no vivirá más que el tiempo necesario para la infancia de Hermán. Por lo demás, es un animal curioso, y el cuidado que pone en su cuerpo me parece digno de estudio ¡Mirad pues todo lo que ese hombre inventa para conservarse! Pero le falta aseo y quiero que esté convenientemente vestido.

#### LXIV

Llamó al maestro Bonus y le dijo:

—Tu traje raído y la ropa desgarrada de este niño hieren mi vista. Ocúpate un poco menos de amasar pasteles e inventar cremas. Si no sabes coser ni hilar, busca en la gruta algún ropaje nuevo, y que no os vuelva a encontrar bajo esos andrajos.

—Con mucho gusto, señora —respondió el pedagogo, ocultando su miedo bajo modales galantes—; será hecho según vuestra voluntad, y si mi figura puede llegar a seros agradable, no economizaré nada para ello.

#### LXV

Pero no encontró ningún ropaje para su sexo en el almacén de las hadas y, no sabiendo qué hacer, rogó a la vieja Milith, que era un hada un poco idiota pues había bebido la copa en el momento en que chocheaba, le ayudara a vestirse. A Milith le gustaba ser consultada, y como nadie le hacía ese honor, sintió afecto por el pedagogo, y le dio uno de sus vestidos nuevos que era de buena lana de invierno, al igual que el capirote bordado de rojo. Así vestido de mujer, el maestro Bonus parecía una gran hada muy fea.

#### LXVI

Entonces la pequeña Régis, que pasaba, lo halló tan gracioso que se rió una hora; pero, mientras reía, le persuadió de que le trajera al niño, a quien quería vestir también con uno de sus trajes; y, cuando lo tuvo en las manos, lo lavó, lo perfumó, arregló sus cabellos, lo coronó de flores, le puso un collar de perlas, un cinturón de oro en el que fijó los mil pliegues de su falda rosada, y lo encontró tan bello así, que quiso que cantara y danzara para admirar su obra.

#### LXVII

Hermán también se encontraba hermoso y se deleitaba con ese vestido perfumado; pero no sabía obedecer y rehusó danzar, lo que desató la cólera de la pequeña Régis. Le arrancó su collar, le desgarró su vestido, y, como un hada muy caprichosa que era, le enmarañó los cabellos, le embadurnó la cara con el jugo de una grana negra, y le dejó lleno de vergüenza, casi desnudo y furioso por no poder devolver a esa loca las injurias con las que le abrumaba.

#### LXVIII

Entretanto, el maestro Bonus, viendo a la pequeña Régis encolerizada, se había escapado. Al alcanzarle, Hermán le reprochó haber huido ante un hada tan pequeña y no haber tenido más valor que una gallina.

—Por más valiente y fuerte que fuera no habría podido defenderos — respondió el pedagogo. Bien veis que no habéis podido defenderos vos mismo. Las hadas, aún aquellas que no son más grandes que las moscas, son seres muy temibles, y lo mejor es soportar sus caprichos sin rebelarse.

#### LXIX

—En cuanto a mí, que debo ser quemado a fuego lento si salgo de aquí, estoy totalmente decidido a prestarme a todas las fantasías de esas damas, y si me hubieran ordenado danzar, habría obedecido y hecho volteretas más allá de lo que me pidieran.

El niño sintió que su pedagogo tenía razón, pero le despreció más aún, pues la razón no siempre aconseja las mejores cosas. Corrió en busca de Zilla para contarle su desventura y mostrarle de que manera lo habían injuriado. Zilla enrojeció de indignación y le condujo ante la reina para quejarse de Régis.

#### LXX

—Has merecido lo que te sucede —dijo la reina a Hermán—; sostienes tan mal ante nosotras la dignidad que tu raza se atribuye, que aquí nadie quiere creer en ella. Vives menos noblemente que un animal salvaje, ya que éste se contenta con lo que encuentra, y vosotros, tu preceptor y tú, no pensáis sino en aguzar vuestro apetito para aumentar vuestra hambre natural. No pensáis más en el alimento de vuestro espíritu que si fuerais sólo boca y vientre: verdaderamente sois despreciables y no me interesáis para nada.

#### LXXI

El niño se sintió mortificado y Zilla comprendió que la lección de la reina se dirigía a ella más que al niño. Le dijo a Hermán que si quería instruirse, ella pondría en ello toda su atención y, llevándole consigo, le eligió una túnica de lana blanca con la que le vistió de una forma más varonil que como lo había hecho Régis; luego le dio un traje de piel para correr por el bosque y hermosas armas para preservarse de los animales que pudieran amenazarle al verle hacerse grande; pero le hizo jurar no verter jamás sangre sino para defender su vida.

#### LXXII

Además le dio un libro y le dijo que cuando pudiera leerlo, ella se encargaría de enseñarle cosas hermosas que le harían feliz. Hermán fue en busca del maestro Bonus, y de una patada verdaderamente heroica echó al fuego los pasteles que el pedagogo estaba amasando.

—No quiero ser más despreciado —le dijo—, no quiero hacer más un dios de mi vientre, quiero estar guapo y orgulloso y recibir cumplidos. Te ordeno enseñarme a leer: quiero saber mañana.

#### LXXIII

El maestro Bonus obedeció suspirando; pero como a la mañana siguiente el niño aún no sabía leer, éste se sintió defraudado y le dijo:

—Tú no sabes enseñarme. Tal vez no sepas nada. Si es así, quédate bajo ese traje de sirvienta que te conviene, cocina y llámate maestra Bona. Volveré a cenar y a dormir a tu hostería, pero iré a buscar en otra parte el honor de mi raza y el saber que hace feliz.

Y salió con su perro, dejando al preceptor estupefacto al escucharle hablar de esa manera.

#### LXXIV

Cuando Zilla vio llegar al niño resuelto y sumiso, lleno de orgullo y ambición, aunque repitiera sin comprender las palabras que había escuchado decir a la reina y a ella, se asombró al ver el poder del amor propio en su joven alma y quiso probar a instruirle ella misma. Lo halló tan atento e inteligente que se apegó a él y, poco a poco, conservándole cada día más tiempo junto a ella, llegó a no poder pasarse sin su compañía.

#### LXXV

Cuando el sol resplandecía, se paseaba con él y le enseñaba el secreto de las cosas divinas de la naturaleza, la historia de la luz y su enlace con las plantas, el misterio de las piedras y el lenguaje de las aguas, la manera de hacerse entender por los animales más rebeldes al hombre, de hacerse seguir por los árboles y las rocas, de evocar con el canto los poderes inmateriales, de hacer surgir chispas de sus dedos y de hablar con los espíritus ocultos bajo la tierra.

#### LXXVI

Al claro de luna, le enseñaba el lenguaje simbólico de la noche, la historia de las estrellas, y la manera de subir soñando a las nubes. Le mostraba cómo separarse de su cuerpo y cómo ver con unos ojos mágicos que le hacía sacar de las gotas de agua de la pradera. Le decía también de qué está hecha la vía láctea, y algunas veces lo hizo salir de su propio espíritu y pasearse en los espacios silenciosos por encima de las más altas montañas.

#### LXXVII

Cuando el viento, la nieve y la lluvia amenazaban embotar el alma de su discípulo, lo conducía a las grutas misteriosas donde las hadas que mantienen el fuego místico consentían a admitirle en algunas de sus pláticas. Allí aprendió a conversar con el alma de los muertos, a leer en el pensamiento de los ausente», a ver a través de las rocas más gruesas, a medir las alturas del cielo sin mirarlo, a pesar la tierra y los planetas por medio de una balanza invisible, y otros mil secretos maravillosos que son juego de niño para las hadas.

#### LXXVIII

Cuando Hermán supo todas estas cosas, ya tenía quince años, y era tan hermoso, tan amable, tan instruido, y siempre tan agradable de ver, que si las hadas hubieran sido capaces de amar, todas habrían estado enamoradas de él; pero sus inclinaciones están tan bien reguladas por la imposibilidad de morir, que no les es posible aspirar a un sentimiento humano un poco profundo, y hasta la amistad les está vedada al poder causarles pesar y turbar el perfecto y monótono equilibrio de su existencia.

#### LXXIX

Lo que les queda de la humanidad está exactamente proporcionado a la facultad de emocionarse sin sufrimiento o sin duración. Así, son impetuosas e irascibles, pero olvidan fácilmente, y por ello se dejan llevar más. Tienen muchas coqueterías y celos, pero al ser siempre libres de olvidar si quieren, y de deponer su preocupación o su despecho cuando están cansadas de ellos, se agitan por nada y se regocijan del mismo modo. No conocen la dicha y por consiguiente no la buscan; ¿qué harían con ella?

#### LXXX

Tienen la ciencia y no gozan de ella a nuestra manera, ya que sólo la emplean para preservarse de las desdichas de la ignorancia, sin conocer la alegría de preservarse de las demás. Cuando hubieron instruido al joven Hermán, se aplaudieron porque para ellas era una compañía y casi un igual; pero a cada instante se decían unas a otras para impedirse amarle:

—No olvidemos que debe morir.

No obstante, si hacía un cumplido a una, la otra se enfurruñaba y era preciso que la consolara haciéndole un cumplido más hermoso.

#### LXXXI

Lo que no prueba que fueran tontas o presumidas; pero se estiman mucho por haber conquistado, gracias a la ciencia, una manera de existir que las vuelve inaccesibles a nuestras penas. La más celosa de



todas era Zilla, porque tenía derechos sobre Hermán o creía tenerlos, y cuando éste alababa la alegría de Régis o la sabiduría de la reina, Zilla se hacía fría para con él y se recordaba así misma lo poco que era un hijo de los hombres frente a ella.

#### LXXXII

Con todo, Hermán la amaba más que a todas las otras y la miraba como a su madre; pero tenía temor y orgullo, y alrededor de sí se hablaba tan poco el lenguaje del amor que no se hubiera atrevido a pensar en amar a alguien más que a sí mismo. De vez en cuando iba a ver al maestro Bonus, que continuaba inventando platos delicados y no se sentía desdichado en su soledad, excepto cuando de tanto en tanto las hadas se entretenían en atormentarle con diabluras.

#### LXXXIII

Le procuraban toda clase de alucinaciones ridículas. A veces se creía mujer y soñaba que un etíope quería venderle a los califas de Oriente. Entonces se ocultaba en las rocas y sufría hambre, lo que para él era un pesado castigo. Otras veces Régis le persuadía de que estaba enamorada de él y le atraía a citas donde era manteado y golpeado por manos invisibles. Todo aquello era para castigarle por pretender a la magia y por librarse a groseros y pueriles encantamientos.

#### LXXXIV

Por lo demás, se portaba bien, engordaba y apenas si envejecía, porque las hadas son buenas en el fondo, y cuando le habían fatigado o asustado, le daban sueño y apetito en compensación. Hermán intentaba interesarse por su suerte; pero cuando lo veía tan egoísta y positivo, se alejaba de él con desdén. El único ser que le daba muestras de una amistad verdadera era su perro, y algunas veces, cuando los ojos de ese fiel animal parecían decirle “te amo”, Hermán, sin saber por qué, lloraba.

#### LXXXV

Pero el perro se había vuelto tan viejo que un día no pudo levantarse para seguir a su amo. Hermán, asustado, corrió en busca de Zilla.

—Mi perro va a morir —le dijo—, tienes que impedirlo.

—No puedo —respondió—, es preciso que todo muera en la tierra, excepto las hadas.

—Prolonga su vida algunos años —contestó Hermán. Tu puedes hacer cosas más difíciles. Si mi perro muere, ¿qué será de mí? Es lo que más amo en la tierra después de ti, y no puedo pasarme sin su afecto.

## LXXXVI

—Hablas como un loco —dijo el hada—. Puedes amar a tu perro, ya que el hombre necesita amar siempre locamente algo; pero no quiero que digas que me amas, puesto que tu perro tiene derecho a palabras que luego me aplicas a mí. Si tu perro muere, iré a buscarte otro, y lo amarás igualmente.

—No —dijo Hermán—; no quiero otro después de él, y dado que no debo amarte, no amaré nada más que la muerte.

## LXXXVII

El perro murió y el niño fue inconsolable. El maestro Bonus no comprendió nada de su dolor y las hadas lo despreciaron. Entonces Hermán, irritado, sintió lo que le faltaba en el reino de las hadas. Allí era mimado e instruido, protegido y colmado de bienes; pero no era amado, y no podía amar a nadie. Zilla intentó distraerle llevándole consigo a los sitios más bellos de la montaña. Lo hizo penetrar en los maravillosos palacios que las hadas levantan y destruyen en una hora.

## LXXXVIII

Le mostró pirámides más altas que el Himalaya y glaciares de diamante y rubí, castillos cuyos muros no eran más que flores entrelazadas, pórticos y columnas de llamas, jardines de piedras preciosas donde los pájaros cantaban aires que embelesaban el alma y los sentidos; pero Hermán ya sabía demasiado para tomar esas cosas en serio, y un día le dijo a Zilla:

—No son más que sueños, y lo que tú me muestras no existe.

## LXXXIX

Ella trató de encantarle con un sueño más bello que todos los otros. Le condujo a la luna. Allí se deleitó un instante y quiso ir al sol. Ella redobló sus invocaciones y fueron al sol. No por ello Hermán creyó más en lo que veía; siempre le decía al hada:

—Tú me haces soñar, no me haces vivir. —Y cuando se despertaba le decía—: No recuerdo nada, es como si nada hubiera visto.

## XC

El hastío se apoderó de él. La reina vio que estaba pálido y abatido.

—Puesto que no puedes amar el cielo —le dijo—, intenta al menos amar la tierra.

Hermán reflexionó sobre estas palabras. Recordó que en otros tiempos Zilla le había dado trigo, un arado, un asno y una muía. Roturó, sembró y plantó, y halló placer en ver como la tierra es fecunda, dócil y maternal. El maestro Bonus estuvo encantado de tener que moler el trigo y hacer pan todos los días.

XCI

Pero Hermán no comprendía el placer de comer solo, y después de haber visto lo que la tierra puede dar al hombre que la trabaja, no le pidió nada más y regresó a lo que ella le daba gratuitamente. La reina le dijo:

—El torrente no está siempre límpido. Después de las últimas tormentas, arrastra y desgarras sus orillas, y allí donde te recreabas nadando, deposita piedras y limo. Intenta dirigirlo. Prueba de amar el agua, puesto que ya no amas la tierra.

XCII

Hermán dirigió el torrente y le devolvió su belleza, su voz armoniosa, su curso ligero, su dulce reposo en la pequeña copa de los lagos; pero un día lo encontró demasiado sumiso, pues ya no tenía nada que ordenarle. Derribó las represas que había levantado y se regocijó viendo como el agua recuperaba su libertad y recomenzaba sus estragos.

—¿Qué capricho es ese? —le dijo Zilla.

—¿Por qué sería yo —respondió— el tirano del agua? ¡No pudiendo ser amado, no tengo necesidad de ser odiado!

XCIII

Zilla halló a su hijo ingrato, y por primera vez después de muchos siglos tuvo un disgusto que la puso seria.

—Quiero olvidarlo —dijo a la reina— pues me da más preocupaciones de lo que merece. Permíteme que le haga salir de aquí y que le devuelva a la sociedad de sus semejantes. Tú me habías dicho claramente que me cansaría de él y la vieja Trollia tenía razón al reprobar mi protección y mis caricias.

XCIV

—Haz lo que quieras —dijo la reina—, pero sabe que al presente ese niño será desdichado entre los hombres, y que tú no le olvidarás tan rápidamente como esperas. Nosotras no debemos destruir nada, y no obstante tú has destruido algo en su alma.

—¿Qué? —dijo Zilla.

—La ignorancia de los bienes que no puede poseer. ¡Intenta exiliarle, y verás!

—¿Qué veré, puesto que no quiero verlo más?

—Lo verás en tu espíritu, que se hará recriminaciones, y ese fantasma te criticará día y noche.

XCV

Zilla no comprendió lo que la reina le decía, no habiendo hecho jamás daño, ni aún antes de haber bebido la copa, no temía el remordimiento, al no saber lo que podía ser. Libre para actuar a su antojo, dijo a Hermán:

—Tú no estás contento aquí, ¿quieres regresar con los tuyos?

Mil veces Hermán había deseado lo que ella le proponía, y nunca se había atrevido a decirlo, temiendo parecer ingrato y ofender a Zilla. Sorprendido por su ofrecimiento, dudaba que fuera serio.

XCVI

—Mi voluntad —respondió, será la tuya.

—¡Pues bien! —dijo Zilla—, ve a buscar al maestro Bonus y os haré salir de vuestros dominios.

Fue imposible decidir al maestro Bonus a abandonar el Valle de las Hadas. Fue a echarse a los pies de la reina y le dijo:

—¿Quieres que vaya a terminar mi vida en el suplicio? ¿Acaso molesto a alguien aquí? No vivo más que de vegetales y miel. Respeto vuestros misterios y jamás me acerco a vuestras grutas. Dejadme morir donde estoy bien.

XCVII

Le fue acordado quedarse, y el joven Hermán, que se había hecho un hombre, partió solo con Zilla, declarando que no tenía ninguna necesidad de su preceptor. Cuando debieron pasar la aterradora cornisa de piedra donde ningún hombre del exterior hubiera osado arriesgarse, ella quiso ayudarle con un hechizo para preservarle del vértigo.

—No —le dijo él—, conozco este camino, lo he seguido más de una vez, y hubiera podido escaparme desde hace tiempo.

—¿Por qué entonces permanecías a disgusto? —dijo Zilla.

Hermán no respondió.

#### XCVIII

Estaba fastidiado de que el hada le hiciera esa pregunta. Ella habría debido adivinar que sólo el respeto y el afecto le habían retenido. Zilla comprendió su orgulloso silencio y comenzó a sentirse triste por el sacrificio que se imponía; pero lo había resuelto, y continuó marchando delante de él. Cuando llegaron al límite donde debían separarse, le dio el oro que antaño había hurtado al heraldo del duque, su padre, y que había ofrecido al niño como un juguete. Entonces él lo había desdeñado, y de nuevo esta vez sonrió y lo tomó sin ganas.

#### XCIX

—No puedes prescindir de esta precaución —le dijo—. Ahí no tendrás derecho a tomar nada de la tierra. Te hará falta observar las condiciones del intercambio.

Hermán no comprendió. Ella había desdeñado instruirle en las leyes y costumbres de la sociedad humana. Era muy tarde para advertirle de cuanto iba a amenazarle en ese nuevo mundo. Por otra parte Hermán no la escuchaba, estaba como ebrio, pues su alma se impacientaba por alzar vuelo; pero su embriaguez estaba llena de amargura, y se contenía para no llorar.

#### C

En ese momento, si el hada le hubiera dicho: ¿Quieres volver conmigo? la hubiera amado y bendecido; pero ella protegía su corazón de toda debilidad, tenía los ojos secos y la voz fría. Hermán sentía que al fin y al cabo no había amado más que a una sombra, y, dominándose, le dijo adiós. Cuando ella hubo desaparecido, se sentó y lloró. Zilla, volviéndose, lo vio y estuvo a punto de llamarle; ¿pero no era preciso que le olvidara, puesto que no podía hacerle feliz?

## LIBRO SEGUNDO

### I

Sin embargo, cuando Zilla llegó al valle le pareció que todo había cambiado. El aire le parecía menos puro, las flores menos bellas, las nubes menos brillantes. Se sorprendió de no poder encontrar el olvido e hizo muchos encantamientos para evocarlo. El olvido no vino, y el hada hizo reflexiones que nunca había hecho. Ocultó a sus hermanas y a la reina el desagrado que tenía; pero por más que cantó a las estrellas y danzó en el rocío, no volvió a hallar la alegría de vivir.

### II

Pasaron semanas y meses sin que su pena disminuyera. Primero había creído que Hermán volvería; pero no volvió, y ella comenzó a sentir inquietud. La reina le dijo:

—¿Qué te importa lo que ha sido de él? Tal vez esté muerto y debes desear que lo esté. La muerte borra el recuerdo.

Zilla sintió que la palabra muerte caía sobre ella como un sufrimiento. Se sorprendió y le dijo a la reina:

—¿Por qué no sabemos adónde van las almas después de la muerte?

### III

—Zilla —respondió la reina, no pienses en eso, nunca lo sabremos; los hombres no nos lo enseñarán. Ellos no lo saben más que cuando han abandonado la vida, y nosotras, que no la abandonamos, no podemos ni adivinar adonde van, ni esperar reunirnosles jamás.

—¿Entonces este mundo —contestó Zilla— debe durar perennemente, y estamos condenadas a no ver ni poseer jamás otra cosa?

—Tal vez es la ley que hemos aceptado, hermana mía. Duraremos lo que dure la tierra, y si debe perecer, pereceremos con ella.

### IV

—¡Oh reina! ¿Así pues, los hombres deben sobrevivirla?

—Sus almas no perecerán jamás.

—Entonces ellos son los verdaderos inmortales y nosotras somos efímeras en el abismo de la eternidad.

—Tú lo has dicho, Zilla. Sabíamos eso cuando bebimos la copa, ¿lo has olvidado?

—Entonces era joven, y la gloria de vencer la muerte me embriagó. Después hice como las demás. La palabra porvenir ya no me ofreció ningún sentido; el presente me pareció ser la eternidad.

V

—¿De dónde proviene —dijo la reina, la inquietud que hoy me confías y la curiosidad que te perturba?

—No lo sé —respondió Zilla —Si pudiera conocer el dolor, te diría que ha entrado en mi.

No bien hubo pronunciado estas palabras las lágrimas mojaron sus ojos puros, y la reina la miró con profunda sorpresa; luego le dijo:

—Había previsto que te arrepentirías de haber abandonado al niño; pero tu pena supera lo que esperaba. Es preciso que le haya ocurrido una desgracia a Hermán y esa desgracia vuelve a caer sobre ti.

VI

—Reina —dijo la joven hada—, quiero saber qué ha sido de Hermán.

Hicieron un sortilegio. Zilla, embriagada por los perfumes del trébede mágico, inclinó su hermosa cabeza como un lirio que va a morir, y la visión se desplegó ante ella. Vio a Hermán en el fondo de una prisión. Había sido rápidamente despojado del dinero que poseía por los embusteros y los traidores. Teniendo hambre, había robado algunos frutos, y comparecía ante un juez que no podía hacerle comprender qué, cuando no se tiene que comer, hay que trabajar o morir.

VII

A esta visión sucedió otra. Hermán, no habiendo comprendido la justicia humana, comparecía nuevamente ante el juez, que le condenaba a ser azotado y a salir de la residencia ducal. El joven indignado declaraba entonces que era el hijo del difunto duque, el hermano mayor del príncipe reinante, el legítimo heredero de la corona recibida por su hermano. Zilla le creyó salvado. «Se le hará justicia», pensó. «Va a ser príncipe, y, como le hemos hecho sabio y justo, su pueblo le respetará y le querrá.»

VIII

Pero otra visión le mostró a Hermán acusado de impostura y de proyectos sediciosos, y condenado a muerte. Entonces el hada se despertó al escuchar resonar a lo lejos estas palabras: ¡es para mañana! Por buena maga que fuera, no tenía el don de transportar su cuerpo tan rápido como su espíritu. Si las hadas pueden salvar grandes distancias, es porque no conocen la fatiga; pero para todas las cosas hace falta tiempo, y Zilla comprendió por primera vez el precio del tiempo.

## IX

—¡Dame alas! —dijo a la reina; pero la reina no había inventado aquello—. Hazme conducir por una nube rápida. —Pero ni los hombres ni las hadas habían descubierto aquello—. Hazme llevar por el viento a través del espacio.

—Me pides lo imposible —dijo la reina. Parte a toda prisa y no cuentes más que contigo misma.

Zilla partió, se lanzó al torrente, fue llevada como por una exhalación; pero, una vez en la llanura, se encontró en un remanso, y prefirió correr.

## X

Era tan ligera como puede serlo un hada, pero nunca había tenido necesidad de apresurarse, y como la energía humana no actuaba en ella para darle ardor, vio que los peatones que se dirigían a la ciudad para ver colgar al impostor Hermán iban más aprisa que ella. Humillada al verse adelantar por toscos campesinos, divisó un caballero bien montado y saltó a la grupa tras él. Este la encontró bella y sonrió; pero al instante no la vio más y creyó que había soñado.

## XI

Sin embargo el caballo la sentía, pues ella lo aguijoneaba para que corriera, y el animal asustado se encabritó tan locamente que echó por tierra a su dueño. Le hundió su ardiente talón en la grupa y éste se lanzó a una carrera desesperada al cabo de la cual, habiendo superado sus fuerzas, cayó muerto en las puertas de la ciudad. Zilla cogió el manto del caballero que había quedado enganchado en la silla y se deslizó entre la multitud que se abalanzaba sobre el cadalso.

## XII

El pueblo estaba furioso y gritaba imprecaciones porque se le acababa de hacer saber que el impostor Hermán había logrado evadirse. Quería que en su lugar se colgara al carcelero, al gobernador de la prisión y al propio verdugo, que no les daba el espectáculo esperado. El jefe de la policía apareció en su balcón y calmó a la muchedumbre diciéndole:



—Aún no hemos podido atrapar de nuevo al impostor Hermán, pero a pesar de todo vamos a daros el espectáculo.

### XIII

Y los heraldos pregonaron a los cuatro extremos de la plaza:

—Vais a ver colgar sin juicio al infame que ha hecho huir al condenado.

La muchedumbre aplaudió y el verdugo aprestó su cuerda. Trajeron a la víctima, y el hada vio algo extraordinario. Quien había salvado a Hermán no era otro que el maestro Bonus, que se adelantaba resignado y confiando su alma a Dios.

—Esto es el fin —dijo al hada, que se le acercó; en otro tiempo he cuidado mal del príncipe, y me han condenado al fuego. Hoy le salvo, y he aquí la cuerda. Cumplí mi destino.

### XIV

Después de la partida de su alumno, el maestro Bonus se había aburrido en el reino de las hadas. Había tenido vergüenza de su cobardía; también se había dicho que, siendo el príncipe Hermán el legítimo heredero de la corona, le salvaría de la hoguera. Aprovechando que las hadas le habían olvidado en su desierto, había partido hacía ya ocho días, y había podido penetrar en la ciudad sin ser reconocido bajo sus ropas de mujer. Allí, enterándose de que el príncipe estaba en prisión, había ido en busca del príncipe reinante.

### XV

Le había jurado que Hermán era su hermano, y el príncipe reinante le había prometido intentar hacerle evadir, a condición de que ambos regresaran con las hadas y no perturbaran más la paz de sus estados. El maestro Bonus había salvado a Hermán dándole su vestido y su capirote. Había permanecido en la prisión en su lugar, contando con que sería respetado al mostrar el salvoconducto del príncipe reinante; pero, en su precipitación por cambiar de traje, había dejado el salvoconducto en el bolsillo de su vestido.

### XVI

Y, sin saberlo, Hermán se iba con ese papel, mientras iban a colgar al maestro Bonus. Zilla resolvió salvar al anciano, y, haciendo chasquear sus dedos, fulminó al verdugo, que cayó como ebrio y no pudo ser reanimado por los gritos de la multitud. Unos guardias que quisieron apoderarse del hada y del resignado Bonus fueron castigados con la inmovilidad, y todos aquellos que se presentaron para reemplazarles no pudieron sacudir el entumecimiento que les arrojó la maga.

## XVII

Condujo al anciano a un bosque donde éste, mientras reposaba, le indicó la ruta que debía haber seguido Hermán sin riesgos, gracias al salvoconducto.

—Vamos a buscarle —dijo Zilla, y pronto partieron. Varios días después, le alcanzaron en las tierras de un príncipe vecino, y le hallaron trabajando en cortar y despedazar unos árboles para ganarse la vida. Al ver aparecer a sus amigos, arrojó el hacha y quiso seguirles.

## XVIII

Pero una joven que se aproximaba en aquel momento le detuvo con una mirada más poderosa que la de todas las hadas. Sin embargo era una pobre muchacha que iba descalza, la sirvienta del patrón leñador que había enganchado al príncipe entre sus peones. Todos los días traía sobre su cabeza el agua y el pan que Hermán comía y bebía al mediodía. Así iba a servir a los otros obreros dispersos en el bosque, y no se detenía a hablar con ellos.

## XIX

Apenas había cambiado unas palabras con Hermán, pero sus ojos se habían hablado. Era bella y modesta. Hermán tenía veinte años, y aún no había amado. Desde hacía tres días, amaba a la pobre Bertha, y cuando el hada le dijo «Partamos», le respondió:

—Nunca, a menos que me permitas llevar conmigo a esta compañera.

—Siempre serás un loco —contestó Zilla—, Apenas has pasado una estación entre los hombres, han querido matarte, y pretendes amar entre ellos.

## XX

—No pretendo nada —dijo Hermán. Ayer estaba pronto a morir en el cadalso, y maldecía a mi raza; hoy amo a esta niña y siento que la Humanidad es mi familia.

—¿No ves —contestó el hada—, que vivirás aquí en la servidumbre, el trabajo y la miseria?

—Acepto todos los males, si tengo la dicha de ser amado.

Zilla llamó aparte a la joven y le preguntó si quería ser la compañera de Hermán. Esta enrojeció y no respondió.

—Piensa —le dijo el hada— que su reino es la soledad.

## XXI

Bertha preguntó si estaba desterrado.

—Para siempre —dijo el hada.

—¿Pero no sois su prometida?

El hada sonrió con desdén.

—Perdonadme —dijo Bertha—, quiero saber si sólo me ama a mí.

El hada vio que su belleza ponía celosa a Bertha y su orgullo se regocijó; pero la joven lloró y Hermán, acudiendo, dijo al hada:

—¿Por qué haces llorar a la que amo? Y si no quieres que ella me siga, ¿cómo esperas que yo te siga?

## XXII

—Venid ambos entonces —dijo el hada—, pero si aún te aburres allá con esta compañera, no cuentes más con que me interese por ti.

Partieron los cuatro, pues el maestro Bonus, más que nunca, estaba hasta la coronilla del trato con los humanos, y regresaron al Valle de las Hadas, donde la unión de Hermán y Bertha fue consagrada por la reina. Luego los jóvenes esposos fueron a vivir con el maestro Bonus en una hermosa casa de madera que Hermán construyó para su compañera.

## XXIII

Entonces las hadas vieron que cosa poderosa era el amor en dos corazones jóvenes igualmente puros, y que dicha experimentaban esos dos muchachos en su soledad. El maestro Bonus había recuperado sus ropas de mujer con prontitud y sus funciones de ama de casa con orgullo. Bertha, simple y humilde, sentía respeto por él y admiraba sinceramente su pastelería. Hermán, desde que su preceptor había expuesto la vida por él, le perdonaba su gula y le demostraba afecto.

## XXIV

Trabajaba con ahínco en cultivar la tierra y en preparar las mejores condiciones de existencia para su familia, pues pronto tuvo un hijo, luego otro, y después una niña, y con cada presente de Dios aumentaba su prevención y embellecía su dominio. Bertha era tan dulce que había ganado la benevolencia de Zilla y de todas las hadas jóvenes; y en adelante Zilla hasta amaba más a Bertha que a Hermán, y a sus hijos más que a ambos.

## XXV

Zilla ya no se reconocía a sí misma junto a esos niños. La ambición de ser amada le había venido tan fuerte que la equidad de su espíritu estaba alterada. Un día dijo a Bertha:

—Dame tu hija. Quiero un alma que sea mía sin compartir. Hermán no me ha amado nunca a pesar de cuanto he hecho por él.

—Os equivocáis, señora —respondió Bertha—. Hubiera querido amaros tiernamente como a su madre, sois vos la que no le amabais como a vuestro hijo.

## XXVI

—Yo no podía amarle así —contestó el hada—. Sentía que él echaba de menos algo, o que aspiraba a una ternura que yo no podía inspirarle; pero tu hija no te conoce todavía. No echará de menos a nadie. La llevaré a nuestros santuarios, nunca verá a nadie más que a mí, y tendré todo su corazón y todo su espíritu para mí sola.

—¿Y la amaréis como yo la amo? —dijo Bertha—, pues siempre habláis de ser amada, sin prometer jamás nada a cambio.

## XXVII

—¿Qué importa que yo la ame —dijo el hada— si la hago feliz?

—Jurad amarla apasionadamente —exclamó Bertha desafiante—, o juro que no la tendréis.

El hada, irritada, fue a quejarse a la reina.

—Esos seres son insensatos —le dijo—. No comprenden lo que somos para ellos. Nos deben todo, la seguridad, la abundancia, el ofrecimiento de todos los dones de la ciencia y del espíritu. ¡Pues bien! No nos lo agradecen. Tal vez nos temen, pero no quieren amarnos sin condiciones.

## XXVIII

—Zilla —dijo la reina—, esos seres tienen razón. Lo más bello y lo más precioso que tienen es el don de amar, y bien sienten que nosotras no lo tenemos. Nosotras, que los despreciamos, estamos atormentadas por la necesidad de inspirar afecto, y el espectáculo de su dicha efímera destruye la paz de nuestra inmortalidad. ¿De qué nos quejaríamos? Hemos querido escapar a las rígidas leyes de la muerte, escapamos a las dulces leyes de la vida, y sentimos un profundo pesar que no podemos definir.

## XXIX

—¡Oh mi reina —dijo Zilla—, hablas como si tú misma sintieras este pesar que me consume!

—Lo he sentido durante mucho tiempo —respondió la reina—, me ha devorado, pero estoy curada de él.

—¡Dime tu secreto! —exclamó la joven hada.

—¡No puedo, Zilla! Es terrible y te helaría de espanto. Soporta tu mal y trata de apartarte de él. Estudia el curso de los astros y las maravillas del misterioso universo. Olvida la Humanidad y no esperes establecer lazos con ella.

XXX

Asustada, Zilla se retiró; pero muy pronto la reina vio llegar a otras hadas jóvenes que le plantearon las mismas quejas y le solicitaron permiso para ir a robar niños entre los hombres.

—Hermán y Bertha son demasiado felices —decían—. Poseen esos pequeños seres que sólo quieren amarles a ellos, y que no nos conceden sus sonrisas y caricias más que temblando o distraídamente. Hermán y Bertha no nos envidian nada, mientras nosotras les envidiamos su dicha.

XXI

—Es una vergüenza para nosotras —dijo Régis, que era la más ardiente en su enojo—. Hemos acogido a esos seres débiles y percederos para tener el placer de comparar su miseria con nuestra felicidad, para reírnos de su debilidad y sus reveses, en una palabra, para entretenernos con ellos, mientras hacíamos el bien, lo que es privilegio y solaz de los poderosos, y ahí están desafiándonos y creyéndose superiores a nosotras porque tienen niños y éstos les aman.

XXXII

—¡Haz que los amemos también, oh, reina que nos has hecho lo que somos! Si eres más prudente y sabia que nosotras, pruébalo hoy modificando nuestra naturaleza que has dejado incompleta. Quítanos algunos de los privilegios con que has dotado nuestra maravillosa inteligencia, e introdúcenos en el corazón esos tesoros de ternura que los seres destinados a morir poseen tan orgullosamente ante nuestros ojos.

XXXIII

Las viejas hadas vinieron a su vez y declararon que abandonarían el reino si no se echaba de allí a la familia de Hermán, pues veían que su descendencia iba a invadir el valle y la montaña, cultivar la tierra, quebrar las rocas, aprisionar las aguas, irritar, destruir o someter a los

animales salvajes, ahuyentar el silencio, desflorar el misterio del desierto y tomar imposibles las ceremonias, las meditaciones y los estudios de las doctas y venerables hadas.

#### XXXIV

—Si os place aliamos con la raza impura —dijo la vieja Trollia a las hadas jóvenes—, no podemos oponernos a ello; pero tenemos el derecho de separarnos de vosotras e ir a buscar otro santuario verdaderamente inaccesible, donde podamos olvidar la existencia de los hombres y vivir para nosotras solas, como corresponde a seres superiores. En cuanto a vuestra reina —agregó lanzando a ésta una mirada amenazadora—, guardadla si queréis, nosotras rechazamos sus leyes y le declaramos la guerra.

#### XXXV

Las hadas jóvenes defendieron con vehemencia la autoridad de la reina. Aquellas que no eran ni viejas ni jóvenes se repartieron, y el concilio se volvió tan agitado que los gamos espantados huyeron a través del valle, y Bertha dijo sonriendo a Hermán:

—¿Escuchas a esas pobres hadas allí arriba? Rugen como el trueno y braman como la tempestad. Por más que puedan hacer todo lo que quieran, no saben ser felices como nosotros. Si continúan querellándose así, harán venirse abajo la montaña.

#### XXXVI

Hermán se inquietó por Zilla, a quien amaba más de lo que ella quería reconocerle.

—No sé qué mal pueden hacerle —dijo—, no estoy iniciado en todos sus secretos; pero querría saberla a cubierto de esta tempestad.

—Ve a buscarla —dijo Bertha—, ¡Ah! ¡si pudiera comprender que la amamos! Pero su desgracia es hablar del corazón de los otros como un topo hablaría de las estrellas. Trata de calmarla. Dile que si quiere vivir con nosotros, le prestaré mis hijos para distraerla.

#### XXXVII

«A las hadas no se les presta», pensó Hermán, «quieren todo y no devuelven nada.» Se fue a lo alto de la montaña y escuchó de cerca los clamores de la loca asamblea, pues esas almas consagradas al culto de la fuerza y la sabiduría habían sido presas de vértigo y pedían todas al mismo tiempo un cambio sobre la naturaleza del cual nadie estaba de acuerdo. La reina, inmóvil y muda, las dejaba agitarse alrededor de ella como hojas sacudidas por un torbellino. Hablaban en la lengua de los misterios; Hermán no pudo saber lo que decían.

### XXXVIII

En la ebriedad de su ardiente inquietud, flotaban sobre los brezos bajo los últimos rayos del sol, unas lanzándose de un salto fantástico sobre las elevadas rocas para dominar el tumulto y hacerse escuchar, otras agolpándose en los muros inferiores para consultarse o soliviantarse. Se hubiera dicho que se trataba de uno de esos extraños conciliábulos que sostienen las golondrinas en lo alto de los edificios, en el momento de partir juntas hada un objetivo desconocido. Hermán buscó a Zilla en aquella multitud, y vio que no estaba.

### XXXIX

Se internó en los sombríos pliegues de la montaña y llegó hasta una gruta de pórvido donde sabía que ella iba a menudo. No estaba allí. Penetró un poco más en las regiones alejadas donde florece la genciana azul como el cielo. Halló a Zilla tendida sobre el suelo, al borde de un abismo donde se precipitaba una cascada.

La bella hada, abatida sobre la roca vacilante, parecía pronta a seguir la caída implacable del agua en el precipicio.

### XL

Con un movimiento involuntario de terror, Hermán la tomó en sus brazos y la alejó de ese lugar horrible.

—¿Qué haces? —le dijo ella con una triste sonrisa—, ¿olvidas que si buscara la muerte, ella no querría saber nada de mí? ¿Y cómo puedes inquietarte, por otra parte, puesto que no puedes amarme?

—Madre... —le dijo Hermán.

Ella le interrumpió:

—¡Nunca he sido, nunca seré la madre de nadie!

—Si te ofendo llamándote así —dijo Hermán— es porque no comprendes esa palabra

### XLI

—Sin embargo, cuando siendo niño, lloraba a la que me ha echado al mundo y que no debía volver a ver más, tú me has dicho que la reemplazarías, y has hecho lo posible para mantener tu palabra. A menudo he apurado tu paciencia con mi ingratitud o mi ligereza; pero siempre me has perdonado, y, después de haberme echado, has corrido junto a mí para traerme nuevamente. No sé lo que nos separa, ese misterio está por encima de mi inteligencia; pero hay algo que sé.

## XLII

—Lo que tú no comprendes es que si mi dicha puede prescindir de tu presencia, no puede prescindir de la idea de tu dicha. A menudo me has dicho que era inalterable, y lo he creído. Entonces, no pudiendo servirte y consolarte, he vivido para mi familia y para mí; pero si me has engañado, si eres capaz de sufrir, de padecer alguna injusticia, de experimentar el hastío de la soledad, de formar un deseo irrealizable, aquí estoy para sufrir y llorar contigo.

## XLIII

—Sé que no puedo hacer otra cosa. No soy bastante sabio para disipar tu hastío, ni bastante poderoso para preservarte de la injusticia, y si tu inmenso deseo quiere someter y poseer el universo, yo, átomo, no puedo dártelo; pero si lo que quieres es un corazón filial, aquí está el mío que te entrego. Si no aprecia justamente la grandeza de tu destino, al menos adora esa bondad que reside en ti como la luz palpita en las estrellas. He sentido que ignorabas la ternura, pero he visto que también ignorabas lo que mancilla a los hombres, la tiranía y el castigo.

## XLIV

—Y si algunas veces he sufrido al verte tan grande, más frecuentemente he conocido la dulzura de sentirte tan misericordiosa e infatigable en tu protección. Y siempre, a pesar de mis debilidades y rebeliones, me he reprochado no poder amarte como lo mereces. Esto es cuanto puedo decirte, Zilla, y para ti no es nada. Si fueras mi semejante, te diría: ¿Quieres mi vida? pero la vida de un hombre es poca cosa para quien ha visto sucumbir generaciones en el abismo del tiempo.

## XLV

—¡Pues bien! puesto que no tengo nada que ofrecerte que valga la pena para ti, mira los amargos lamentos de mi impotencia, y que ese dolor compense mi falta de méritos. Acuérdate de aquel perro que yo amaba en mi infancia. No podía hablarme, no comprendía mi tristeza, y cuando yo se la contaba descabelladamente para aliviarme, me miraba con unos ojos que parecían decirme: Perdóname por no saber de qué me hablas.

## XLVI

—Él hubiera querido, estoy seguro, tener un alma semejante a la mía para compartir mi pena; pero no tenía más que sus ojos para hablarme, y algunas veces he creído ver lágrimas en ellos. Yo tengo lágrimas para ti, Zilla; es un testimonio de debilidad que no hay que despreciar, pues es la obscura expresión y el supremo esfuerzo de un afecto que no puede atravesar el límite de la inteligencia humana y que te da todo lo que le es posible darte.



## XLVII

—¡Mientes! —respondió Zilla—, ¡he pedido uno de tus hijos, tu mujer me lo ha negado, y tú no me lo traes!

Hermán sintió que su corazón se helaba, pero se contuvo.

—No es posible —dijo— que un deseo tan mezquino turbe la paz inmutable de tu alma.

—¡Ah! ¡Te echas atrás! —exclamó el hada— ¡y mira cómo te contradices! Pretendías querer darme tu vida, te pido mucho menos...

—Me pides mucho más —respondió Hermán.

## XLVIII

—Di entonces —exclamó el hada— que temas las lágrimas y los reproches de Bertha. ¿No sabes que tu hija será feliz conmigo? ¿que si está enferma, yo la sabré curar? ¿que si es rebelde, la someteré por la dulzura? ¿que si es inteligente, le daré genio? ¿y que si no lo es, le daré fiestas y sueños de poesía tan dulces como bellas son las revelaciones de la ciencia? Confiesa pues que tu amor por ella es egoísta, y que quieres educarla en el egoísmo humano.

## XLIX

—No me digas todo eso —contestó Hermán—, lo sé. Sé que en el corazón del hombre el amor es egoísta al mismo tiempo que abnegado; pero es el amor, ¡y tú no se lo darás a mi hija! ¡Pues bien! no importa; sé que no puedes ver sufrir, y que si la ves desdichada me la devolverás, ¡me hablas de las lágrimas de su madre! sí, ya las siento caer sobre mi corazón; pero dime que el tuyo sufre por este deseo insatisfecho que te vuelve tan tenaz, y cedo.

## L

—¿No ves —dijo el hada— que he llegado al punto de maldecir la eternidad de mi vida? ¿que el hastío me abrumba y que ya no me reconozco? ¿No te corresponde a ti curar este mal, tú que lo has hecho nacer? ¡Sí, a fuerza de intentar amarte en tu infancia, he acabado amando a tu hija!

—¿Entonces la amas? —exclamó Hermán—, ¡Oh, madre! ¡es la primera vez que dices esa palabra! Es Dios quien la pone en tus labios y yo no tengo el derecho de impedirle llegar hasta tu corazón.

## LI

—Aguárdame aquí —agregó—; ¡voy a buscar a la niña!

Y, sin querer titubear ni reflexionar, pues sentía que prometía todo lo que un hombre puede prometer, descendió corriendo hacia su casa. Bertha dormía con su hija en los brazos. Hermán tomó dulcemente a la niña, la envolvió en un suave vellón y salió sin ruido; pero, apenas había atravesado el umbral, la madre se abalanzó furiosa, creyendo que el hada le quitaba su hija.

## LII

Y cuando supo lo que Hermán quería hacer, estalló en sollozos y reproches; pero Hermán le dijo:

—Nuestra gran amiga quiere amar a nuestra hija, y la niña, que apenas nos conoce, no sufrirá con ella. No tendrá los sentimientos y recuerdos que en otro tiempo me han atormentado aquí. Hay que hacer este sacrificio al reconocimiento, mi querida Bertha. Debemos todo al hada, ella me ha salvado la vida, ella te ha entregado a mí; si muriéramos, ella cuidaría de nuestros huérfanos.

## LIII

—Ella es para nosotros la Providencia visible. Sacrifiquémonos para reconocer su bondad.

Bertha no se atrevió a resistir, dijo a Hermán:

—Llévate rápido a mi tesoro, escóndela, vete; si le diera un solo beso, ya no podría separarme.

Y cuando hubo hecho tres pasos, corrió tras él, cubrió a la niña de caricias y se revolcó por la tierra, ocultando su rostro en sus sueltos cabellos para ahogar sus sollozos.

—¡Ah! ¡cruel hada! —exclamó Hermán vencido—, ¡no! ¡no tendrás nuestra niña!

## LIV

—¿Esa es tu palabra? —dijo Zilla, que le había seguido furtivamente y que contemplaba con estupor su desesperación y la de su mujer—. ¡Teme mi desprecio y mi abandono!

—No temo nada de ti —respondió Hermán—, ¿no eres la sabiduría y la fuerza, y por consiguiente la dulzura? Pero temo para mí el perjurio y la ingratitud. Te he prometido a mi hija, tómala.

Bertha se desvaneció, y el hada, apoderándose de la niña como un águila se apodera de un pájaro, se la llevó consigo en la noche con un grito de alegría y de triunfo.

## LV

Ni las lágrimas ni las caricias de la madre habían turbado el sueño profundo y confiado de la pequeña; pero cuando se sintió sobre el corazón extraño y misterioso del hada, comenzó a soñar, a agitarse y quejarse, y cuando el hada estuvo lejos en el bosque, la niña se despertó helada de espanto y lanzó unos gritos penetrantes que Zilla debió apagar con caricias para impedir que llegaran hasta los oídos de Hermán y Bertha.

## LVI

Pero más abrazaba a la niña, más se retorció ésta con desesperación y fuera de sí, y gritaba la única palabra que sabía decir para llamar a su madre. Zilla trepó la montaña corriendo, esperando en vano que la rapidez de su marcha aturdiría y adormecería a la pequeña criatura. Cuando llegó a la cascada, la niña, fatigada de gritos y llantos, parecía muerta. Zilla supo reanimarla con una canción que despertó a los ruiseñores y los puso celosos; pero no pudo detener los dolorosos suspiros que parecían quebrar el pecho de la criatura.

## LVII

Y mientras continuaba cantando, Zilla soñaba con el misterio del amor oculto en el seno de ese pequeño ser que no sabía ni razonar, ni andar, ni hablar, y que ya sabía amar, echar de menos, querer y sufrir. «¡Y qué!», se decía el hada, «¿no tendré réplica a esta resistencia moral que no tiene conciencia de sí misma?». Cambió de melodía, y en esa lengua sin palabras que en otros tiempos Orfeo cantó en la lira a los tigres y a las rocas, creyó someter el alma de la niña a la embriaguez de los sueños divinos.

## LVIII

Aquel canto fue tan bello que los pinos de la montaña se estremecieron de la raíz a la cumbre y las rocas tuvieron sordas palpitaciones; pero la niña no se consoló y continuó gimiendo. Zilla invocó la influencia mágica de la luna, pero el rostro pálido del astro asustó a la niña y el hada debió rogar a la luna que no la mirara más. La cascada, hastiada de los llantos que escuchaba y que tomaba por un desafío, se puso a rugir estúpidamente; pero los gritos de la niña lucharon contra el trueno de la cascada.

## LIX

Esa desesperación obstinada venció poco a poco la paciencia y la voluntad de Zilla. Parecía que en aquellas lágrimas infantiles hubiera algo más fuerte que todos los encantos de la magia y más sonoro que todas las voces de la naturaleza. Zilla se imaginó que en el fondo del valle, a través de los espesos bosques y los profundos barrancos, Bertha escuchaba el llanto de su hija y acusaba al hada de no amarla. La cólera

invadió el espíritu de Zilla, un temblor convulsivo agitó sus miembros. Se incorporó al borde del abismo.

LX

«Puesto que este ser insensato se niega al amor para mí», pensaba, «¿por qué he buscado este tormento, este vivo reproche que colma el cielo y la tierra? Si es preciso que el deseo de este amor me abrase o que el pesar de no inspirarlo me acometa, el único remedio sería aniquilar la causa de mi mal. ¿No es una causa ciega? ¿Esta niña que apenas despierta a la vida, tiene ya un alma, y por otra parte, si el alma de los hombres no muere, acaso es perjudicarla librarla de su cuerpo?»

LXI

Extendió ambos brazos sobre el abismo, y la niña, advertida del horror del peligro por el infernal alborozo de la cascada, lanzó un grito tan desgarrante que el helado corazón del hada fue atravesado por él como por una espada. La aproximó violentamente a su pecho y le dio un beso tan ardiente y tan humano que la criatura sintió en él la virtud maternal, se tranquilizó y se durmió con un suspiro. Zilla, regocijada, la contemplaba, blandamente tendida en sus rodillas, bajo las primeras luces pálidas de la mañana.

LXII

Y su alma se transformaba como las nubes dispersas en el flanco de la montaña. Su ardiente voluntad se fundía como la nieve, su necesidad de dominación se esfumaba como la noche. Una nueva luz, más pura que la del alba, penetraba en su cerebro, cantos más suaves que los de la brisa resonaban en sus oídos. Pensaba en la dulce Bertha y se sentía dulce a su vez. Cuando la niña estuvo sosegada, se inclinó sobre sus pequeños labios rosados, obtuvo un beso, y descendió feliz hacia la morada de Hermán y Bertha.

LXIII

—Aquí está vuestra hija —les dijo—: he querido probar vuestra amistad. Recobrad vuestro bien. De hoy en adelante conozco su precio, pues he sentido que su madre no la había comprado demasiado cara con el sufrimiento. ¡También he comprendido tu derecho, Hermán! El hombre que esclaviza y saquea la tierra obedece a la providencia paterna; la muerte está al final de su tarea, pero tiene la compensación del amor durante su vida. Yo ofendería a la justicia en el cielo y en la tierra si pretendiera poseer a la vez el amor y la inmortalidad.

LXIV

Les dejó inmediatamente para no ver su alborozo y regresó a la soledad, donde lloró todo el día. Escuchó a lo lejos la tumultuosa asamblea de sus compañeras que continuaban agitándose en las cimas del santuario;

pero aquello le era indiferente. El orgullo de su casta inmortal ya no hablaba en su corazón enternecido por santas debilidades. Reconocía que nunca había amado a sus nobles hermanas y que el beso de una criatura le había resultado más dulce que todas las glorias.

#### LXV

La noche que terminó ese día, único en la larga vida de Zilla, ascendió lívida en un cielo pesado y cubierto. La luna se elevó tras los pliegues de las rocas desoladas y, muy pronto velada por las nubes, dejó caer destellos siniestros y fríos sobre los flancos verdosos del barranco. Zilla vio, a orillas del lago sombrío y sin transparencia, fuegos dispersos y grupos confusos. En una viva aureola blanca, reconoció a la reina sentada en medio de las hadas jóvenes que parecían rendirle un último homenaje, ya que poco a poco se alejaban y la dejaban sola.

#### LXVI

Iban a reunirse a otros grupos inciertos que ora aumentaban y brillaban en la noche con rojo esplendor, ora se atenuaban o se perdían en las multitudes errantes. Algunas danzas resplandecieron a orillas del lago, algunos destellos brotaron de las cañas; pero todo se operó en silencio, ningún canto terrible o sublime acompañó aquellas evoluciones misteriosas, y Zilla se quedó sorprendida al ver cumplirse ritos que le eran desconocidos.

#### LXVII

Recordó qué, si a alguien amaba allí, era a la reina, siempre tan dulce y grave. Quiso saber qué había ordenado ésta, y la buscó a orillas del lago; pero toda luz había desaparecido, y Zilla hizo resonar el grito cabalístico que la anunciaba a sus hermanas. Ese grito, al cual mil voces tenían por costumbre responder, se perdió en el silencio, y Zilla, viendo que un gran acontecimiento había debido trastornar todas las leyes, se sintió invadida por el temor y la tristeza.

#### LXVIII

Gritó nuevamente con una voz poco firme, pero no pudo decir las palabras consagradas por el rito, su memoria las había perdido. En aquel momento, vio a la reina junto a ella.

—Todo está consumado, Zilla, ya no soy reina. Mi pueblo se dispersa y me abandona, ¡mira!...

La luna, que se abría paso a través de oscuros nubarrones, dejó ver a Zilla largas filas en movimiento que trepaban las alturas perdidas en la bruma y que a su vez se perdían en ella como sueños desvanecidos.

#### LXIX

Hacia el norte, era el lento desfile de las ancianas, procesión de negras hormigas que se pegaba a las rocas, tan compacta que no se distinguía movimiento sensible. Aquellas huían de la cercanía del hombre, su enemigo, y se iban a buscar en los hielos del polo el desierto sin límites y la soledad sin retomo. Hacia el sur, las jóvenes corrían anhelantes, dispersas, sin esquivar ningún obstáculo, apresurándose como para escalar el cielo. Estas querían conquistar una isla desierta en las regiones que abrasa el sol y poblarla de niños robados en todas las partes del mundo.

LXX

A oriente y occidente, otras multitudes de diversas edades e inclinaciones pretendían mezclarse con la raza humana, enseñarle la ciencia oculta, corregirla de sus errores, castigarla por sus vicios o recompensarla por sus progresos.

—Ves —dijo la reina a Zilla— que todas se van en persecución de un sueño. Devoradas por el hastío, buscan recuperar el poder y la actividad que se les escapa. Las viejas creen huir del hombre para siempre, se engañan; el hombre las alcanzará dondequiera que vayan y las destronará hasta en la soledad donde muere el sol.

LXXI

—Las jóvenes confían en formar una raza nueva con la mezcla de todas las razas, y cambiar, en una tierra aún virgen, los instintos y las leyes de la humanidad. No lo conseguirán, el hombre no será gobernado y mejorado más que por el hombre, y las otras, aquellas que tomándole tal cual es, fantasean cambiar las sociedades que ha creado y en las cuales se agita, se ilusionan con una ambición no menos descabellada. El hombre civilizado sólo cree en sí mismo, y los poderes ocultos no gobiernan sino a los idiotas.

LXXII

—¡Les he dicho estas verdades, Zilla! He querido demostrarles que, convertidas en inmortales, nos habíamos vuelto estériles para el bien, y que antes de beber la copa habíamos sido más útiles en el corto período de nuestra vida humana que después de mil años de resistencia a la ley común. No han querido creerme, pretenden que pueden y deben compartir con el hombre el imperio de la tierra, conservar a pesar suyo los santuarios inviolables de la naturaleza y proteger las razas de animales que éste ha jurado destruir.

LXXIII

—Me acusan de haber entorpecido sus anhelos, de haberlas obligado a respetar las invasiones de la raza humana, a huir siempre ante ella, a abandonarles los desiertos más bellos, como si no fuera el derecho de quienes se reproducen apartar de su presencia a los neutros y a los

estériles. En vano les he dicho que, no teniendo ni necesidades ni ocupaciones fecundas, ni extensión posible en número, ellas podían contentarse con un espacio restringido; han gritado que traicionaba el honor y el orgullo de su raza.

#### LXXIV

—Finalmente me han preguntado con qué derecho las gobernaba, puesto que, habiéndoles dado la copa de la vida inmutable, no sabía darles el empleo de este poder, y he debido confesarles que me había engañado al hacerles ese magnífico presente, cuya nulidad había reconocido después y detestado su miseria. Entonces el vértigo se ha apoderado de ellas, y todas me han abandonado, unas con horror, otras con pesar, todas con miedo a la verdad y un deseo inmoderado de sustraerse a ella.

#### LXXV

—Y ahora, Zilla, he nos aquí solas... Quiero quedarme, a fin de probar el empleo de un descubrimiento en el que trabajo desde hace mil años. ¿No quieres reunirme con tus hermanas que se van, o esperas vivir tranquila en esta soledad velando sobre la familia de Hermán?

—Quiero permanecer contigo— respondió Zilla—, sólo tú has comprendido la lenta y terrible agonía de mi falsa dicha. Si no puedes consolarme, al menos no te ofenderé diciéndote que sufro.

#### LXXVI

—Piensa en lo que dices, mi querida Zilla. Si nada puede consolarte, más vale que busques el bullicio y la ilusión con tus compañeras. Yo tal vez no esté aquí por mucho tiempo, y quizá pronto ya no me veas.

Zilla recordó que la reina le había hablado de un remedio supremo contra el aburrimiento, remedio del que pretendía hacer uso y cuyo terrible secreto no había querido revelar. Le imploró largo rato antes de obtener ser iniciada en aquel misterio; finalmente la reina cedió y le dijo:

—Sígueme.

#### LXXVII

La reina condujo a Zilla por mil recovecos amedrentadores que sólo ella conocía hasta el corazón del glaciar, y penetrando con ella en una cavidad resplandeciente de un azul sombrío, le mostró sobre un bloque de hielo en forma de altar una copa de ónix donde maceraba un filtro desconocido, y le dijo:

—A fuerza de buscar el medio de destruir el funesto efecto de la copa de la vida, creo haber hallado al fin la divina y bienhechora copa de la

muerte. Quiero morir, Zilla, pues estoy más cansada y desesperada que tú.

LXXVIII

—He sufrido en silencio, he saboreado gota a gota, de siglo en siglo, la hiel de los vanos lamentos y de las ilusiones perdidas; pero lo que finalmente me ha quebrado es el pensamiento de que debíamos terminar con este mundo, en castigo por nuestra resistencia a las leyes a que está sometido. Hemos buscado nuestro Edén sobre la tierra, y no solamente los demás habitantes de la tierra se han apartado de nosotras, sino que además la tierra misma nos ha dicho: 'No me poseéis; vosotras sois quienes me pertenecéis para siempre, y mi último día será el vuestro.

LXXIX

—Zilla, he visto erigirse la nada ante mí, y el abismo de los siglos que nos separa de ella se me ha aparecido como un instante en la eternidad. Entonces he tenido miedo de la muerte hadada, y he solicitado apasionadamente al amo y señor de la vida que me volviera a colocar bajo la benéfica Ley de la muerte natural.

—No entiendo —respondió Zilla—, pálida de terror: ¿acaso hay dos muertes? ¿y tú quieres entonces morir como mueren los hombres?

—Sí, lo quiero, Zilla, lo busco, lo intento, y espero que al fin mis lágrimas hayan ablandado a aquél que hemos desafiado.

LXXX

—¿El señor de la vida te ha perdonado tu rebelión? ¿Te ha prometido que tu alma sobreviviría a esa muerte?

—El señor de la vida no me ha prometido nada. Me ha hecho leer estas palabras en los jeroglíficos del cielo estrellado: La muerte es la esperanza.

—¡Pues bien! Aguardemos la muerte del planeta; ¿no debe éste sosegar con la misma promesa?

—Él sí, él ha obedecido su destino; pero nosotras que lo hemos hallado demasiado temible y que nos hemos emancipado de él, no tenemos derecho a la renovación universal.

LXXXI

—Y ahora, adiós, mi querida Zilla: quiero permanecer aquí a fin de prepararme para la expiación. Retorna a la embriaguez de la luz, y si no puedes olvidar tu mal, regresa a compartir mi suerte.



—Espero —dijo Zilla— que tu veneno sea impotente; pero júrame que no harás esa horrible experiencia sin llamarme junto a ti.

La reina juró, y Zilla abandonó el glaciario apresuradamente: tenía prisa por volver a ver el sol, las aguas libres, las nubes errantes y las flores abiertas. Todavía amaba la naturaleza y la encontraba bella.

LXXXII

Corrió a la morada de Hermán, queriendo habituarse a la vista de su felicidad. Le halló consternado. Bertha estaba enferma; la pena que el rapto de su hija le había causado había encendido la fiebre en su sangre. Deliraba y requería sin cesar, a los gritos, a la niña que tenía en sus brazos sin reconocerla. Zilla corrió en busca de plantas salutíferas y curó a la joven mujer. La alegría volvió a la casa, pero Zilla se quedó avergonzada y triste: había hecho entrar allí el dolor.

LXXXIII

Creyó que el maestro Bonus también se había resentido; ya casi no hablaba y no podía andar.

—No está enfermo —le dijo Hermán—, no ha tenido un disgusto, no ha comprendido el nuestro. No tiene otro mal que la vejez. Ya no vela ni duerme. Sus horas están sumergidas en un sueño continuo. No sufre más, sonrío siempre. Creemos que va a morir y en vano hemos intentado prolongar su vida.

—¿Entonces deseáis que no muera? —dijo el hada.

LXXXIV

—No deseamos lo imposible —respondió Hermán—. Echaremos de menos a este viejo compañero y prolongaremos tanto como sea posible el tiempo que le queda para pasar con nosotros; pero estamos resignados a la ley que nos impone el señor de la vida.

Zilla se aproximó al anciano y le preguntó si quería que ella intentara restituirle sus fuerzas. El maestro Bonus se echó a reír y le agradeció con un ademán infantil.

—Habéis hecho bastante por mí —dijo—; me habéis salvado del suplicio. Después, gracias a vos, he vivido largos días apacibles, y no sería justo querer más.

LXXXV

Cuando el hada volvió a verle, sufría un poco y se quejaba débilmente.

—Tengo trabajo para morir —le dijo.

—Yo puedo acelerar tu fin —le dijo el hada. ¿Por qué aguardarla, puesto que es inevitable?

El maestro Bonus sonrió una vez más.

—La vida es buena hasta el último hálito, señora hada, y la razón, de acuerdo con Dios, prohíbe que se le cercene nada.

—¿Y después? ¿qué crees hallar del otro lado de esta vida?

—Pronto lo sabré —dijo el moribundo—, pero, en tanto lo ignore, no me atormento con ello.

LXXXVI

Luego Zilla lo vio morir. Fue como una lámpara que se apaga. Hermán y Bertha condujeron a sus hijos para que le dieran un beso en su frente de marfil.

—¿Qué hacéis? —dijo el hada.

—Respetamos la muerte —respondió Bertha— y bendecimos el alma que se va.

—¿Y dónde va? —preguntó todavía el hada inquieta.

—Dios lo sabe —respondió la mujer.

—Pero vosotros, ¿no teméis nada por el alma de vuestro amigo?

—Me han enseñado a esperar.

—¿Y tú, Hermán?

—Vos no me habéis enseñado nada acerca de esto —respondió—; pero Bertha espera y yo estoy tranquilo.

LXXXVII

Zilla comprendió la dulzura de esa muerte natural después del cumplimiento de la vida natural; pero la muerte violenta, la muerte del joven y del fuerte, la asustaban, y deseó consultar a la reina. Sin embargo la reina no reaparecía, y Zilla no se atrevía a regresar con ella. Una noche, su fantasma vino a llamarla; le siguió y halló a su gran amiga serena y sonriente en el fondo de su palacio de zafiro.

—Zilla —le dijo—, ha llegado la hora, es preciso que me ayudes.

LXXXVIII

—Pero antes quiero darte muchos secretos que he descubierto para sanar enfermedades, curar heridas y al menos disminuir los sufrimientos. Se los darás a Hermán, a fin de que aparte de él y de los suyos tanto como sea posible la muerte prematura y el sufrimiento inútil. Dile primero que busque sobrepasamos en esta ciencia, pues el hombre debe ayudarse a sí mismo y combatir eternamente. Sus males son el castigo de su falta de sabiduría y el resultado de su ignorancia.

LXXXIX

—Con la sabiduría, destruiré el homicidio; con la ciencia, rechazará la enfermedad. Adiós, hermana mía. Morir no es nada para quien ha vivido bien. En cuanto a mí, ignoro a qué suplicio me abandono, pues he cometido un gran crimen; pero no debo temer expiarlo y tomar nuevamente conocimiento del dolor.

—¿Entonces vas a morir? —exclamó Zilla intentando verter la copa fatal.

—Lo ignoro —respondió la reina reteniéndola con mano firme. Sé que con este brebaje destruyo la virtud maldita de la copa de la vida.

XC

—Pero no sé si voy a volverme mortal o a morir. Tal vez recobre mi existencia en el punto en que estaba cuando la he inmovilizado. Entonces tendré algunos días de dicha sobre la tierra; pero no los he merecido y no los solicito. No acariciemos vanas esperanzas, Zilla. Mira lo que va a ser de mí, si soy fulminada, deja mis despojos aquí, están sepultados de antemano. Si lucho en el horror de la agonía, repíteme las palabras que he leído en la bóveda del cielo: «La muerte es la esperanza».

XCI

—Aguarda —exclamó Zilla—. ¿Y si yo también quiero morir?

La reina le dio una fórmula mágica diciéndole:

—Podrás preparar tú misma este veneno. No quiero que lo bebas sin haber tenido tiempo de reflexionar. Dame la bendición de la amistad. Mi alma está pronta.

Zilla se arrojó a las rodillas de la reina y le suplicó aguardara todavía; pero la reina, temiendo ceder antes sus lágrimas, le rogó fuera a buscarle una rosa para que pudiera contemplar una expresión pura de la belleza en la tierra antes de abandonarla quizá para siempre.

XCII

Cuando Zilla volvió, la reina estaba sentada junto al bloque de hielo, la cabeza descuidadamente apoyada en su brazo; la otra mano estaba suspendida, la copa vacía había caído sobre el borde de su vestido. Zilla creyó que dormía; pero ese sueño era la muerte. Zilla había visto morir a muchos humanos y no se había emocionado en absoluto, pues no había querido amar a ninguno. Al ver que la inmortal había cesado de vivir, fue sacudida por el terror. No obstante esperó aún que esa muerte no fuera sino un letargo, y pasó tres días junto a ella aguardando su despertar.

### XCIII

El despertar no llegó, y Zilla vio atiesarse lentamente ese rostro majestuoso y calmo. Huyó desesperada. Regresó varias veces. El hielo conservaba aquel bello cuerpo y no permitía que la corrupción se apoderara de él; pero petrificaba cada vez más la expresión del olvido en esos trazos y cambiaba en estatua esa maravilla de la vida. Zilla, al mirarla, se preguntaba si había vivido alguna vez. Aquella ya no era su amiga y su reina. Era una imagen diferente a sus penas.

### XCIV

Poco a poco la joven hada se hizo a la idea de convertirse en lo mismo y resolvió seguir el destino de su amiga; pero cuando hubo preparado el filtro de la muerte, lo colocó sobre el bloque de hielo y huyó horrorizada. Desde que se sabía libre de morir, sentía el encanto de la vida y no se aburría más. La primavera, que acababa de llegar, parecía la primera cuya incomparable sonrisa ella hubiera apreciado. Jamás los árboles habían tenido tanta elegancia, jamás los prados floridos habían exhalado tan suaves olores.

### XCV

Espiaba en la hierba el despertar de los insectos entumecidos por el invierno, y cuando sorprendía a la mariposa despojándose de su crisálida, temblaba preguntándose si aquello era el emblema del alma escapando a los lazos de la muerte. Se sentía llamada por su amiga al reino de las sombras, la veía en sueños y la interrogaba; pero el fantasma pasaba sin responderle, señalándole las estrellas. Intentó leer en ellas la promesa que había alentado a la reina. El miedo a la destrucción le impedía discernir el símbolo misterioso.

### XCVI

Veía todos los días a Bertha y se apegaba más tiernamente que nunca a su hijita. Los otros niños de Hermán le parecían hermosos y buenos; pero la pequeña era su preferida y absorbía todos sus cuidados. La niña era delicada, más inteligente de lo que correspondía a su edad, y cuando el hada la tenía en sus rodillas, comenzaba a hablar y a decir cosas que parecían venirle de otra vida. No miraba ni los blancos corderitos ni las

flores nuevas; tendía sin cesar sus pequeños brazos hacia las nubes, y un día gritó la palabra cielo, que nadie le había enseñado.

#### XCVII

Un día la niña se puso pálida, dejó caer su rubia cabeza sobre el hombro de Zilla y le dijo:

—Ven.

El hada creyó que la invitaba a pasearse; pero Bertha lanzó un gran grito: la niña estaba muerta. En vano intentó Zilla reanimarla. Todos los secretos que sabía perdieron allí su virtud. El alma había partido.

—¡Ah! ¡hada perversa! —exclamó Bertha en la fiebre de su dolor— ¡bien sabía que mi hija moriría! Desde la noche que pasó contigo en la montaña perdió su frescura y alegría. ¡Tu funesto amor la ha matado!

#### XCVIII

Zilla no respondió nada. Tal vez Bertha se equivocaba; pero bien sentía que aquella madre afligida no la amaría más. Hermán, fuera de sí, intentó en vano atenuar sus ofensas. Zilla abandonó la casa y corrió al glaciar. Se atrevió a dar un beso al cadáver impasible de la reina y bebió la copa; pero, en lugar de ser fulminada, se sintió como renovada por una sensación de confianza y alegría, y creyó escuchar una voz infantil que le decía: ¡Ven pues!

#### XCIX

Regresó a la casa. La niña estaba acostada en una canastilla de flores. Su madre rezaba junto a ella, rodeada de sus otros hijos que se esforzaban por consolarla, y a quienes miraba con dulzura, como diciéndoles: «Estad tranquilos, no os amaré menos». El padre cavaba una pequeña fosa bajo un matorral de marjoleto. Vertía gruesas lágrimas, pero preparaba la última camita de su hija con amor y solicitud. Al ver al hada, le dijo: ¡Perdona a Bertha!

#### C

Zilla se hincó de rodillas junto a la mujer:

—Tú eres quien debe perdonarme —le dijo— pues voy a seguir a tu niña en la muerte. Ella me ha llamado, y sin duda es porque va a revivir en un mundo mejor y necesita otra madre. Aquí no he sabido hacerle más que daño, pero debo de estar destinada a hacerle bien en otra parte puesto que me reclama.

—No sé qué quieres decir —respondió la madre—. Has tomado la vida de mi hija, ¿quieres también quitarme su alma?

—El alma de nuestra niña es solamente de Dios —dijo Hermán—, pero si Zilla conoce sus designios misteriosos, dejémosla hacer.

—Colocad a la niña en mis brazos —dijo el hada.

Y cuando tuvo ese pequeño cuerpo contra su corazón, escuchó aún que su espíritu le decía muy bajo:

—¡Vamos, ven!

—Sí, ¡partamos! —exclamó el hada.

E inclinándose sobre ella, sintió que su alma se desprendía y se mezclaba dulcemente, en un beso maternal, con el alma pura de la niña. Hermán hizo la tumba más grande y las depositó a ambas. Durante la noche, una mano invisible escribió en ella estas palabras: «La muerte es la esperanza».

## EL PERRO Y FLOR SAGRADA

### I

#### EL PERRO

*A Gabrielle Sand*

Antiguamente teníamos por vecino en el campo a un hombre cuyo nombre se prestaba frecuentemente a risa: se llamaba M. Lechien. Era el primero en bromear con ello y de ningún modo parecía contrariado cuando los niños le llamaban Médor o Azor.

Era un hombre muy bueno, muy dulce, un poco frío en sus modales, pero muy estimado por la rectitud y amenidad de su carácter. A excepción de su nombre, nada en él parecía extraño: por lo tanto nos sorprendió mucho un día en que su perro había hecho un despropósito en medio de la cena. En lugar de reprenderlo o de zurrarlo, le dirigió, con un tono frío y mirándolo fijamente, esta singular amonestación.

—Si usted actúa de esta manera, señor, pasará el tiempo antes de que cese de ser perro. Yo, quien le está hablando, lo he sido, y algunas veces me ha ocurrido verme arrastrado por la gula, al punto de apoderarme de un plato que no me estaba destinado; pero no tenía como usted la edad de la razón, y por otra parte sepa, señor, que jamás he roto el plato.

El perro escuchó aquel discurso con sumisa atención; luego hizo oír un bostezo melancólico, lo que, al decir de su dueño, no es señal de aburrimiento entre los perros, sino de tristeza; después de lo cual se acostó, el hocico estirado sobre sus patas delanteras, y pareció sumirse en amargas reflexiones.

Primero creímos que, haciendo alusión a su nombre, nuestro vecino había querido simplemente hacer gala de humor para divertimos; pero su aire grave y convencido nos causó estupor cuando nos preguntó si no temíamos ningún recuerdo de nuestras existencias anteriores.

—¡Ninguno! —fue la respuesta general.

M. Lechien echó una ojeada alrededor de la mesa, y viéndonos incrédulos a todos, se le ocurrió interesar a un sirviente que acababa de entrar para dejar una carta y que ni por asomo estaba al corriente de la conversación.

—Y usted, Sylvain —le dijo— ¿recuerda lo que ha sido antes de ser hombre?

Sylvain tenía un carácter zumbón y escéptico.

—Señor —respondió sin desconcertarse—, desde que soy hombre, he sido siempre cochero: ¡es muy probable que antes de ser cochero haya sido caballo!

—¡Bien contestado! —exclamamos.

Y Sylvain se retiró con los aplausos de los alegres comensales.

—Ese hombre tiene juicio e ingenio —prosiguió nuestro vecino—, Es muy probable, para hablar como él, que en su próxima existencia no sea más cochero, se convertirá en amo.

—Y azotará a su gente —respondió uno de nosotros— como, siendo cochero, habrá azotado a sus caballos.

—Apuesto lo que quieran —replicó con viveza nuestro amigo— que Sylvain no azota nunca a sus caballos, de igual manera que yo no azoto nunca a mi perro. Si Sylvain fuera brutal y cruel, no se habría convertido en un buen cochero y no estaría destinado a convertirse en amo. Si yo azotara a mi perro, tomaría el camino de volver a ser perro después de mi muerte.

Se halló ingeniosa la teoría, y se urgió al vecino a que la desarrollara.

—Es muy simple, —contestó— y lo diré en pocas palabras. El espíritu, la vida del espíritu, si ustedes quieren, tiene sus leyes como la materia orgánica que reviste tiene las suyas. Se pretende que el espíritu y el cuerpo frecuentemente tienen tendencias opuestas; lo niego, al menos pretendo que esas tendencias arriban siempre, después de algún combate, a ponerse de acuerdo para impulsar al animal que es el teatro de esa lucha a retroceder o a avanzar en la escala de los seres. No es que uno ha vencido al otro. La vida animal no es tan perniciosa como se cree. La vida intelectual no es tan independiente como se dice. El ser es uno; en él, las necesidades responden a las aspiraciones, y recíprocamente. Hay una ley más fuerte que estas dos leyes, un tercer término que concilia la antítesis establecida en la vida del individuo; es la ley de la vida general, y esa ley divina es la progresión. Los pasos atrás confirman la verdad de la marcha ascendente. Todo ser experimenta sin saberlo la necesidad de una transformación honorable, y mi perro, mi caballo, todos los animales que el hombre ha asociado de cerca a su vida la experimentan más a sabiendas que las bestias que viven en libertad. ¡Miren al perro! Esto es más perceptible en él que en todos los demás animales. Busca sin cesar identificarse a mí; ama mi cocina, mi sillón, mis amigos, mi coche. Se acostaría en mi cama, si se lo permitiera; escucha mi voz, la conoce, comprende mi palabra. En este



momento, sabe perfectamente que hablo de él. Ustedes pueden observar el movimiento de sus orejas.

—No comprende más que dos o tres palabras —le dije—; cuando usted pronunciar la palabra perro, se estremece, es verdad, pero el desarrollo de su idea permanece para él como un misterio impenetrable.

—¡No tanto como usted cree! Sabe que es la causa, recuerda haber cometido una falta, y a cada instante me pregunta con la mirada si me propongo castigarlo o absolverlo. Tiene la inteligencia de un niño que aún no habla.

—A usted le agrada suponer todo esto, porque tiene imaginación.

—No es imaginación lo que tengo, es memoria.

—¡Ah! ¡Vaya! —exclamaron alrededor de nosotros—. ¡Pretende acordarse! ¡Entonces que cuente sus existencias anteriores, pronto! nosotros le escuchamos.

—Sería una historia interminable —respondió M, Lechien—, y de las más confusas, pues no tengo la pretensión de acordarme de todo, desde el comienzo del mundo hasta el día de hoy. La muerte tiene de excelente que quiebra el lazo entre la existencia que termina y la que le sucede. Extiende una espesa nube donde el yo se desvanece para transformarse sin que tengamos conciencia de la operación. Yo que, por excepción según parece, he conservado un poco la memoria del pasado, no tengo nociones suficientemente claras para poner orden en mis recuerdos. No podría decirles si he seguido regularmente la escala de progresión, sin saltar algunos grados, ni si he recommenzado varias veces las diversas estaciones de mi metempsicosis. Esto, verdaderamente, no lo sé; pero en mi mente aparecen unas imágenes vivas e instantáneas de ciertos medios atravesados por mí en una época que me es imposible determinar, y entonces reencuentro las emociones y sensaciones que he experimentado en aquel entonces. Por ejemplo, desde hace poco me vuelve a la memoria cierto río en el que he sido pez. ¿Qué pez? ¡No lo sé! Tal vez una trucha, pues recuerdo mi horror por las aguas turbias y mi anhelo incesante de remontar las corrientes. Aún siento la impresión deliciosa del sol trazando redes sutiles o arabesco de diamantes móviles sobre las ondas quebradas. Había... ¡no sé donde! —las cosas entonces no tenían nombre para mí—, una cascada encantadora donde la luna retozaba en espirales de plata. Pasaba allí horas enteras luchando contra la corriente que me rechazaba. Durante el día, había en la orilla unas moscas de oro y esmeralda que revoloteaban sobre la hierba y a las que apresaba con maravillosa destreza, haciendo de esta caza un juego retozón más bien que una satisfacción de voracidad. Algunas veces las libélulas de alas azules me rozaban en su vuelo. Unas plantas admirables parecían querer enlazarme en sus verdes cabelleras; pero la pasión por el movimiento y la libertad me llevaba siempre de nuevo hacia las aguas libres y rápidas. Actuar, nadar, aprisa, siempre a toda prisa y sin descansar jamás. ¡Ah! ¡era embriagador! ¡He recordado

aquella buena época el otro día, al bañarme en vuestro río, y ahora ya no la olvidaré!

—Otra, otra! —exclamaron los niños, que escuchaban con gran atención— ¿Ha sido usted rana, lagarto, mariposa?

—Lagarto, no lo sé, rana probablemente; pero mariposa, lo recuerdo a las maravillas. Yo era flor, una bonita flor blanca delicadamente dentada, probablemente una especie de saxifragia trepadora suspendida sobre el borde de un manantial, y tenía siempre sed, permanentemente sed. Me inclinaba sobre el agua sin poder alcanzarla, un viento fresco me sacudía sin cesar. El deseo es un poder cuyo límite no se conoce. Una mañana me desprendí de mi tallo, floté sostenida por la brisa. Tenía alas, estaba libre y viva. Las mariposas no son más que flores echadas a volar un día de fiesta en que la naturaleza estaba en vena de invención y fecundidad.

—¡Muy bonito —le dije— pero es poesía!

—No le impida hacerla —exclamó la gente joven—, ¡Nos divierte!

Y, dirigiéndose a él:

—¿Puede decirnos en qué pensaba cuando era una piedra?

—Una piedra es una cosa y no piensa —respondió—. No recuerdo mi existencia mineral; sin embargo, la he experimentado como todos ustedes, y no habría que creer que la vida inorgánica sea completamente inerte. Jamás me tiendo sobre una roca sin sentir a su contacto algo particular que atestigua las antiguas relaciones que he debido tener con ella. Toda cosa es un elemento de transformación. La más grosera tiene aún su vitalidad latente cuyas sordas pulsaciones llaman a la luz y al movimiento: el hombre desea, el animal y la planta aspiran, el mineral aguarda. Pero para sustraerme a las preguntas engorrosas que ustedes me dirigen, voy a escoger una de mis existencias que mejor recuerdo, y a decirles cómo he vivido, es decir actuado y pensado, la última vez que fui perro. No esperen aventuras dramáticas ni salvamentos milagrosos; cada animal tiene su carácter personal. Es un estudio de carácter lo que voy a comunicarles.

Se trajeron lámparas, se despidió a los sirvientes, se hizo silencio y el extraño narrador habló así:

—Yo era un bonito y pequeño bulldog, un ratonero de pura raza. No me acuerdo ni de mi madre, de la que fui separado muy joven, ni de la cruel operación que truncó mi cola y deshilo mis orejas. Me encontraban bello así mutilado y desde temprano yo amaba los cumplidos. Desde lo más lejano que recuerdo, he comprendido el sentido de las palabras perro hermoso, bonito perro; amaba también la palabra blanco. Cuando los niños, para festejarme, me llamaban conejo blanco, yo estaba

encantado. Me gustaba tomar baños; pero como frecuentemente encontraba aguas fangosas en las que el calor me llevaba a sumergirme, salía de allí todo terroso, y entonces me llamaban conejo amarillo o conejo negro, lo que me humillaba mucho. El disgusto que experimenté con ello repetidas veces me condujo a hacer una distinción bastante justa de los colores.

—La primera persona que se ocupó de mi educación moral fue una anciana dama que tenía sus ideas. No pretendía que yo fuera lo que se llama amaestrado. No exigía que yo tuviera la cualidad de traer cosas y dar la pata. Decía que un perro no aprendía eso sin ser zurrado. Yo comprendía muy bien aquella palabra, pues el sirviente me zurraba a veces a espaldas de su ama.

—Aprendí pues muy pronto que estaba protegido, y que refugiándome junto a ella, siempre tendría nada más que caricias y estímulos. Era joven y estaba loco. Me gustaba arrastrar y roer los bastones. Es una pasión que he conservado durante toda mi vida de perro y que dependía de mi raza, de la fuerza de mi mandíbula o de la enorme abertura de mi hocico. Evidentemente la naturaleza había hecho de mí un devorador. Enseñado a respetar las gallinas y los patos, tenía necesidad de luchar con algo y gastar la fuerza de mi organismo. Criatura como era, hacía grandes daños en el pequeño jardín de la anciana dama; arrancaba los tutores de las plantas y a menudo la planta con ellos. El jardinero quería corregirme, mi dueña se lo impedía y, llevándome aparte, me hablaba muy seriamente. Me repetía muchas veces, sosteniéndome la cabeza y mirándome directamente a los ojos: "¡Lo que usted ha hecho está mal, muy mal, no puede estar más mal!"

—Entonces colocaba un bastón ante mí y me prohibía tocarlo. Cuando yo había obedecido, decía: "Está bien, muy bien, usted es un perro bueno".

—No fue preciso más para incubar en mí ese tesoro inapreciable de la conciencia que la educación comunica al perro cuando está bien dotado y cuando no se lo ha degradado con golpes e injurias.

—Adquirí así muy joven el sentimiento de la dignidad, sin el cual la verdadera inteligencia no se revela ni al animal, ni al hombre. Quien no obedece más que al temor no sabrá nunca gobernarse a sí mismo.

—Tenía dieciocho meses y estaba en la flor de la juventud y de mi belleza, cuando mi dueña cambió de residencia y me condujo al campo, donde de allí en adelante debía habitar con su familia. Había un gran parque y conocí la embriaguez de la libertad. Cuando vi al hijo de la anciana dama comprendí, por la manera en que se abrazaban y por la acogida que me hizo, que era el señor de la casa y que yo debía ponerme a sus órdenes. Desde el primer día, ajusté mi paso tras él con un aire tan juicioso y convencido que me tomó afecto, me acarició y me hizo dormir en su gabinete. Su joven esposa no quería mucho a los perros y de buena gana se hubiera pasado sin mí; pero obtuve su

indulgencia gracias a mi sobriedad, discreción y limpieza. Podían dejarme solo en compañía de los platos más atractivos; muy raramente me ocurrió probarlos con la punta de la lengua. Más allá de que no era glotón ni me gustaban las golosinas, tenía gran respeto por la propiedad. Se me había dicho, pues se me hablaba como a una persona:

—Aquí está tu plato, tu escudilla de agua, tu cojín y tu alfombra.

—Sabía que aquellas cosas eran mías, y no hubiera sido bueno que me las disputaran; pero nunca soñé con invadir la jurisdicción de los otros.

—También tenía una cualidad que se apreciaba mucho. Jamás comí esas inmundicias a las que casi todos los perros son aficionados y jamás me revolcaba encima de ellas. Si por haber dormido sobre el carbón o haberme revolcado en la tierra, había puesto negro o amarillo mi traje blanco, se podía estar seguro de que no me había ensuciado con ninguna cosa asquerosa.

—También mostré una cualidad que no se me tuvo en cuenta. Jamás ladré ni mordí a nadie. El ladrido es una amenaza y una injuria. Yo era demasiado inteligente para no comprender que las personas saludadas y acogidas por mis dueños debían ser recibidas esmeradamente por mí, y estaba muy atento a las demostraciones de ternura y alegría que señalaban el regreso de un antiguo amigo. Desde ese momento, le testimoniaba mi simpatía con caricias. Hacía más aún, acechaba el despertar de esos bien amados huéspedes para hacerles los honores de la casa y el jardín. Así pues, les paseaba con cortesía hasta que mis dueños venían a reemplazarme. Siempre se me supo a gusto con esta noción de la hospitalidad que nadie había soñado enseñarme y que yo encontraba solo.

—Cuando hubo niños en la casa, fui verdaderamente feliz. Con el primer nacimiento, estuvieron un poco inquietos por la curiosidad con que olfateaba al bebé. Yo era aún impetuoso y brusco, temían que fuera brutal o estuviera celoso. Entonces, mi anciana dueña tomó al niño en sus rodillas diciendo:

—Hay que formarle la moral a Fadet; no temáis nada, comprende lo que se le dice. Mire —me dijo—, mire este pequeño angelito, es lo más precioso que hay en la casa. Quiéralo mucho, tóquelo dulcemente, tenga con él el mayor cuidado. Usted me entiende bien, Fadet, ¿no es cierto? Amaré a esta querida niña.

—Y, ante mí, la besó y la apretó dulcemente contra su corazón.

—Yo había comprendido perfectamente. Con mis miradas y maneras pedí besar también a aquella querida criatura. La abuela acercó a mí su manita diciéndome una vez más:

«Muy suavemente, Fadet, ¡muy suavemente!»

—Lamí la pequeña mano y hallé al bebé tan bonito que no pude impedirme rozar su rosada mejilla con mi lengua, pero fue tan delicadamente que no tuvo miedo de mí, y fui yo quien, un poco más tarde, obtuve su primera sonrisa.

—Dos años después vino otro hijo, eran entonces dos niñas, La mayor ya me quería. La segunda hizo lo mismo, y se me permitía revolearme con ellas en las alfombras. Los padres temían un poco mi brusquedad, pero la abuela me honraba con su confianza que yo deseaba vivamente merecer. De vez en cuando me repetía:

«¡Muy suavemente, Fadet, muy suavemente!»

—Por lo tanto, jamás tuvieron que dirigirme el menor reproche. Nunca, ni en los mayores alborozos, mordisqueé sus manos hasta enrojecerlas, nunca desgarré sus vestidos, nunca les puse mis patas en la cara, y, sin embargo, Dios sabe que en su temprana edad, abusaron frecuentemente de mi bondad hasta hacerme sufrir. Comprendí que no sabían lo que hacían y jamás me enojé. ¡Un día imaginaron engancharme a su carretilla de jardín y colocar dentro a sus muñecas! Me dejé enjaezar y enganchar Dios sabe cómo, y arrastré juiciosamente la carretilla y las muñecas tanto tiempo como quisieron. Reconozco que había un poco de vanidad en mi actitud, porque los sirvientes estaban maravillados de mi docilidad.

—¡No es un perro —decían— es un caballo!

—Y toda la jornada las pequeñas me llamaban caballo blanco, lo que debo confesarlo, me halagó infinitamente.

— Estimaban mi juicio y suavidad para con los niños tanto más cuanto que yo no soportaba injurias y amenazas de parte de los demás. Por mucha amistad que tuviera por mi amo, una vez le probé cuánto empeño tenía en conservar mi dignidad. Yo había cometido una falta contra el aseo por pereza de salir y me amenazó con su látigo. Me rebelé y me lancé al encuentro de los golpes mostrando los dientes. Era prudente, no insistió en castigarme, y como alguien le dijera que no habría debido perdonarme aquella rebelión, que un perro rebelde debe ser domado a palos, respondió:

—¡No! Yo lo conozco, es intrépido y testarudo en la lucha, no cedería, me habría visto obligado a matarlo, y el más castigado sería yo.

—Me perdonó y le amé aún más por ello.

—He pasado una vida dulce y muy feliz en aquella bendita casa. Todos me amaban, los servidores eran afables y llenos de consideraciones para conmigo; las niñas, ya crecidas, me adoraban y me decían las cosas más tiernas y halagüeñas; mis dueños tenían realmente estima por mi carácter y declaraban que mi afecto jamás había tenido por móvil la gula ni ninguna otra pasión baja. Yo amaba su compañía y, una vez

viejo, por consiguiente menos demostrativo, les manifestaba mi afecto durmiendo a sus pies o a su puerta cuando habían olvidado abrirmela. Yo era de una discreción y un tiento irreprochables, aunque muy independiente y de ningún modo vigilado. Nunca rasqué una puerta, jamás hice escuchar gemidos inoportunos. Cuando sentí los primeros reumatismos, se me trató como a una persona. Todas las noches, mi dueño me envolvía en mi alfombra; si tardaba un poco, me plantaba junto a él mirándole, pero sin acosarle ni fastidiarle con mis obsesiones.

—La única cosa que tengo que reprocharme en mi existencia canina es mi poca afectuosidad por los otros perros. ¿Era el presentimiento de mi próxima separación de la especie, era el temor a retrasar mi promoción a un grado más elevado, lo que me hacía odiar sus groserías y sus vicios? ¿Temía volverme demasiado perro en su compañía, tenía el orgullo del desprecio por su inferioridad intelectual y moral? Realmente, los he zamarreado toda mi vida, y a menudo se declaró que yo era terriblemente malo con mis semejantes. Sin embargo, debo decir en mi descargo que nunca hice daño a los débiles ni a los pequeños. Atacaba a los más grandes y a los más fuertes con una audacia heroica. Regresaba cansado, cubierto de heridas y, apenas curado, recomenzaba.

—Era así con aquellos que no me eran presentados.

—Cuando un amigo de la casa traía a su perro, me hacían un serio discurso comprometiéndome a la cortesía, y recordándome los deberes de la hospitalidad. Me decían su nombre, acercaban su cara a la mía. Calmaban mis primeros gruñidos con buenas palabras que me recordaban el respeto por mí mismo. Entonces, estaba claro para siempre, no había más querellas, ni incluso provocaciones; pero debo decir que, salvo Moutonne, la perra del pastor, por la que siempre tuve gran afecto y que me defendía contra los perros amotinados contra mí, nunca tuve amistad con ningún animal de mi especie. Los hallaba demasiado inferiores a mí, hasta a los hermosos perros de caza y a los perritos sabios que habían sido obligados con castigos a dominar sus instintos. Yo, a quien siempre habían hablado con dulzura, si era como ellos esclavo de mis pasiones en ciertos aspectos en los que sólo me arriesgaba yo mismo, era obediente y sociable con el hombre, porque me agradaba ser de ese modo y porque me hubiera avergonzado ser de otra manera.

—Una sola vez parecí ingrato y experimente un gran disgusto. Una enfermedad epidémica assolaba la región, toda la familia partió llevando consigo a las niñas y, como temían mis lágrimas, no se me advirtió de nada. Una mañana me hallé solo con el sirviente, quien cuidó mucho de mí, pero que, preocupado por sí mismo no se esforzó en consolarme, o no supo ingeniárselas. Caí en la desesperación, aquella casa desierta, con un frío riguroso, era para mí como una tumba. Jamás he sido comilón, pero perdí completamente el apetito y me puse tan flaco que se hubiera podido ver a través de mis costillas. Finalmente, después de un tiempo que me pareció muy largo, mi anciana dueña volvió para preparar el regreso de la familia, y no comprendí por qué volvía sola,

creí que su hijo y las niñas no retornarían nunca, y no tuve valor para hacerle la menor caricia. Hizo encender el fuego en su cuarto y me llamó invitándome a calentarme; luego se puso a escribir para dar unas órdenes y escuché que decía de mí:

—¿No lo ha alimentado usted? Tiene una flacura horrorosa; vaya a buscarme pan y sopa.

—Pero me negué a comer. El sirviente habló de mi aflicción. Ella me acarició largamente y no pudo consolarme, hubiera debido decirme que las niñas estaban bien y que iban a regresar con su padre. Ni lo pensé, y se alejó quejándose de mi frialdad, que no había comprendido. Sin embargo me manifestó su aprecio algunos días más tarde, cuando regreso con la familia. La ternura que demostré sobre todo a las niñas le probó claramente que tenía el corazón fiel y sensible.

—En mis días de vejez, un rayo de sol embelleció mi vida. Trajeron a la casa a la perrita Lisette, que las niñas se disputaron en un principio, pero que luego la mayor cedió a su hermana diciendo que prefería un viejo amigo como yo a cualquier recién conocido. Lisette fue amable conmigo y su juguetona infancia alegró mi invierno. Era nerviosa y tiránica, me mordía cruelmente las orejas. Yo gritaba y no me enojaba, ¡era tan graciosa en sus impetuosos juegos alocados! Me obligaba a correr y a saltar con ella. Pero mi gran afecto era, en resumidas cuentas, por la pequeña que me prefería a Lisette y que me hablaba de razones, sentimientos y moralidad como había hecho su abuela.

—No tengo recuerdos de mis últimos años ni de mi muerte. Creo que me apagué dulcemente en medio de los cuidados y la protección de los que me rodeaban. Ciertamente, habían comprendido que merecía ser hombre, puesto que siempre me habían dicho que sólo me faltaba la palabra. No obstante ignoro si mi espíritu salvó sin tropiezos ese abismo. Ignoro la forma y la época de mi renacimiento; creo empero que no he recommenzado la existencia canina, pues la que acabo de contarles me parece datar de ayer. Los trajes, los hábitos, las ideas que veo hoy en día no difieren esencialmente de los que he visto y observado siendo perro...

La seriedad con la que nuestro vecino había hablado nos había obligado a escucharle con atención y deferencia. Nos había sorprendido e interesado. Le rogamos nos relatara otra de sus existencias.

—Es bastante por hoy —nos dijo—; intentaré reunir mis recuerdos y tal vez más tarde les relate otra fase de mi vida anterior.

## II

### FLOR SAGRADA

#### *A Aurore Sand*

Algunos días después que M. Lechien nos hubiera contado su historia, nos volvimos a encontrar con él en casa de un inglés rico que había viajado mucho por Asia y que de buena gana hablaba de las cosas interesantes y curiosas que había visto.

Como nos contara la manera en que se caza a los elefantes en Laos, M. Lechien le preguntó si nunca había matado él mismo uno de aquellos animales.

—¡Jamás! —respondió sir William—. No me lo habría perdonado de ningún modo. El elefante me ha parecido siempre tan cerca del hombre por su inteligencia y raciocinio, que habría temido interrumpir la carrera de un alma en vías de transformación.

—Yendo al grano —le dijo alguien—, usted ha vivido largo tiempo en la India y debe compartir las ideas de transmigración de las almas que el señor nos exponía el otro día de una manera más ingeniosa que científica.

—La ciencia es la ciencia —respondió el inglés—. Yo la respeto infinitamente, pero creo que cuando quiere dirimir afirmativa o negativamente la cuestión de las almas sale de su dominio y no puede probar nada. Ese dominio es el examen de los hechos palpables, de donde concluye en las leyes existentes. Más allá de esto, ya no tiene certezas. El foco de emisión de esas leyes escapa a sus investigaciones, y encuentro que es igualmente contrario a la verdadera doctrina científica querer probar la existencia o la no existencia de cualquier principio. Pero fuera de su demostración especial, el sabio es libre de creer o de no creer; la búsqueda de ese principio pertenece más bien a los hombres de lógica, sentimiento e imaginación. Los razonamientos y las hipótesis de éstos no tienen valor, es verdad, en tanto no respeten lo que la ciencia ha verificado en el orden de los hechos; pero allí donde la ciencia es impotente para esclarecernos, todos estamos libres de dar a los hechos lo que ustedes llaman una interpretación ingeniosa, y lo que, en mi opinión, significa una explicación idealista fundada en la deducción, la lógica y el sentimiento de lo justo en el equilibrio y ordenamiento del universo.

—¿De modo que contestó el que había interpelado a sir William— usted es budista?



—De cierta manera —respondió el inglés—; pero podríamos encontrar un tema de conversación más recreativo para los niños que nos escuchan.

—A mí —dijo una de las niñas— esto me interesa y me gusta. ¿Podría usted decirme qué he sido antes de ser una niña?

—Usted ha sido un angelito —contestó sir William.

—¡Nada de cumplidos! —respondió la nena—. Creo que en verdad he sido un pájaro, pues me parece que siempre echo de menos la época en que volaba sobre los árboles y no hacía más que lo que quería.

—Pues bien —replicó sir William—, ese sentimiento sería una prueba del recuerdo. Cada uno de nosotros tiene preferencias por un animal cualquiera y se siente inclinado a identificarse con sus impresiones como si ya las hubiera sentido por su propia cuenta.

—¿Cuál es su animal predilecto? —le pregunté yo.

—En tanto he sido inglés —respondió— he puesto al caballo en el primer lugar. Cuando me he convertido en indio, he puesto al elefante por encima de todo.

—Pero —dijo un muchachito— ¿acaso el elefante no es muy feo?

—Sí, según nuestras ideas sobre la estética. Nosotros tomamos por modelo de cuadrúpedo al caballo o al ciervo; amamos la armonía en la proporción, porque en el fondo tenemos siempre en mente el modelo humano como modelo supremo de esta armonía; pero, cuando uno abandona las regiones templadas y se encuentra frente a una naturaleza exuberante, el gusto cambia, la vista repara en otras líneas, el espíritu se traslada a un orden de creación anterior más grandioso, y el lado rudo de esta creación ya no hiere nuestras miradas ni nuestros pensamientos. El indio, negro, pequeño, enjuto, no da la idea de un rey de la creación. El inglés, colorado y macizo, parece allí más imponente que entre los suyos; pero uno y otro, tengan por marco una cabaña de cañas o un palacio de mármol, son eclipsados como vulgares detalles en el conjunto del cuadro que presenta la naturaleza circundante. El sentido artístico experimenta la necesidad de formas superiores a las del hombre y se siente embargado de respeto por los seres capaces de desenvolverse orgullosamente bajo ese sol ardiente que debilita a la raza humana. Allí donde las rocas son formidables, los vegetales de un aspecto amedrentador, los desiertos inaccesibles, el poder humano pierde su prestigio y el monstruo surge ante nuestros ojos como la suprema combinación armónica de un mundo prodigioso. Los antiguos habitantes de esa tierra formidable lo habían comprendido bien. Su arte consistía en la reproducción idealizada de formas monstruosas. El busto del elefante era el principal coronamiento de sus partenones. Sus dioses eran monstruos y colosos. Su pesada arquitectura, dominada por torres de una altura desmesurada, parecía buscar lo bello en la ausencia de

esas proporciones armónicas que han sido el ideal de los pueblos de Occidente. No se sorprendan pues al escucharme decir que después de haber conocido ese arte bárbaro y esos modelos amedrentadores, me he habituado a ellos hasta el punto de admirarlos y de hallar más tarde nuestro arte frío y nuestros modelos mezquinos. Y además, todo en la India concurre a idealizar al elefante. Su culto está por doquier en el pasado, bajo una forma u otra. Las reproducciones de su figura tienen una variedad de intenciones sorprendente pues, según el pensamiento del artista, representa la fuerza amenazadora o la benigna dulzura de la divinidad que encuadra. No creo que jamás haya sido, por más que lo digan los antiguos viajeros, adorado personalmente como un dios; pero ha sido y es todavía mirado como un símbolo y un paladión. El elefante blanco de los templos de Siam está considerado siempre como un animal sagrado.

—Háblenos de ese elefante blanco —exclamaron todos los niños—. ¿Es verdaderamente blanco? ¿Lo ha visto usted?

—Lo he visto y, al contemplarlo en el centro de las fiestas triunfales que parecía presidir, me ha ocurrido algo singular.

—¿Qué? —replicaron los niños.

—Algo que titubeo en decirles, no porque tema la burla en un asunto tan grave, pero en verdad temo no convencerles de mi sinceridad y ser acusado de improvisar un cuento para rivalizar con la edificante y seria historia de M. Lechien.

—¡Hable, hable! No criticaremos, escucharemos muy juiciosamente.

—Pues bien, hijos, —contestó el inglés— esto es lo que me ha ocurrido. Al contemplar la majestuosidad del elefante sagrado marchando con paso medido al son de los instrumentos y marcando el ritmo con su trompa, mientras los indios, que parecían ser realmente los esclavos de aquel monarca, balanceaban por encima de su cabeza unos parasoles rojo y oro, me afané por aprehender su pensamiento en su ojo tranquilo, y de repente me pareció que una serie de existencias pasadas, inasibles para la memoria del hombre, acababan de entrar en la mía.

—¡Cómo! ¿usted cree...?

—Creo que ciertos animales nos parecen pensativos y absortos porque se acuerdan. ¿Dónde estaría el error de la Providencia? El hombre olvida, porque tiene demasiado que hacer para que el recuerdo le sirva. El termina la serie de los animales contemplativos, piensa realmente y cesa de soñar. Apenas nacido, se convierte en la presa de la ley del progreso, en el esclavo de la ley del trabajo. Es preciso que rompa con las imágenes del pasado para entregarse por entero a la concepción del porvenir. La ley que le ha dado este destino no sería justa si no le retirara la facultad de mirar hacia atrás y perder su energía en vanos lamentos y estériles comparaciones.

—Sea como fuere —dijo vivamente M. Lechien—, cuente sus recuerdos; me importa mucho saber que una vez en su vida usted ha experimentado el fenómeno que yo he sufrido varias veces.

—Consiento a ello —respondió sir William—, pues confieso que su ejemplo y sus afirmaciones me conmueven y me impresionan mucho, si es un simple sueño que se ha apoderado de mí durante la ceremonia que presidía el elefante sagrado, ha sido tan preciso y tan palpable, que no he olvidado la menor circunstancia. Y yo también había sido elefante, elefante blanco, que es más, elefante sagrado por consiguiente, y volvía a ver mi existencia entera a partir de mi primera infancia en las junglas y bosques de la península de Malaca.

—Es a aquel país, entonces tan poco conocido por los europeos, adonde se refieren mis primeros recuerdos, en una época que debe remontarse a los tiempos más florecientes del establecimiento del budismo, mucho antes de la dominación europea. Vivía en ese despoblado extraño, en ese Quersoneso de oro de los antiguos, una península de trescientas sesenta leguas de largo y treinta leguas de ancho por término medio. A decir verdad, no es más que una cadena de montañas proyectada sobre el mar y coronada de bosques. Esas montañas no son muy altas. La Principal, el monte Ophir, no iguala al Puy de Dôme; pero por su situación aislada entre dos mares, son imponentes. Las laderas son a veces inaccesibles al hombre. Los habitantes de las costas, malayos y otros, hacen hoy una guerra encarnizada a los animales salvajes, y ustedes tienen a bajo precio el marfil y los otros productos tan fácilmente exportados de esas terribles regiones. Sin embargo, el hombre no es aún allí el amo en todas partes, y no lo era en absoluto en los tiempos de que les hablo. Yo crecía feliz y libre en las alturas, bajo el sublime resplandor de un cielo ardiente y puro, refrescado por la elevación del suelo y la brisa del mar. ¡Cuán bello era aquél mar de la Malasia con sus mil islas verdes como la esmeralda y arrecifes blancos como el alabastro, sobre el azul oscuro de las olas! ¡Qué horizonte se habría a nuestra vista cuando desde lo alto de nuestros santuarios de roca, abrazábamos por todos lados el horizonte sin límites! En la estación de las lluvias saboreábamos, al abrigo de los árboles gigantes, la cálida humedad del follaje. Era la estación suave donde el recogimiento de la naturaleza nos colmaba de una serena quietud. Las plantas vigorosas, apenas debilitadas por el tórrido verano, parecían compartir nuestro bienestar y fortalecerse en el manantial de la vida. Las bellas lianas de diversas especies adelantaban sus tallos prodigiosos y los enlazaban a las ramas de los cinamomos y de las gardenias en flor. Dormíamos a la sombra perfumada de los mangles, los bananos, los amiris y los caneleros. Teníamos más plantas de las que precisábamos para satisfacer nuestro vasto y frugal apetito. Despreciábamos a los pérfidos carniceros; no permitíamos que los tigres se aproximaran a nuestras pasturas. Los antílopes, los orix, los monos buscaban nuestra protección. Admirables aves venían en bandadas a posarse sobre nosotros para ayudarnos en nuestro aseo. El *noc-ariam*, el pájaro

gigante, quizá hoy desaparecido, se acercaba sin temor a nosotros para compartir nuestra recolección.

—Vivíamos solos, mi madre y yo, sin mezclarnos con las numerosas manadas de elefantes vulgares, más pequeños y de un pelaje diferente al nuestro. ¿Éramos de una raza diferente? Jamás lo he sabido. El elefante blanco es tan raro que se lo mira como a una anomalía y los indios lo consideran una encarnación divina. Cuando uno de los que viven en los templos de una nación hindú deja de vivir, se le rinden los mismos honores funerarios que a los reyes, y a menudo transcurren largos años antes de que se le encuentre un sucesor.

—¿Nuestra alta talla asustaba a los otros elefantes? Éramos de aquellos que se llaman solitarios y que no forman parte de ninguna manada bajo las órdenes de un guía de su especie. No nos disputaban ningún sitio, y nos trasladábamos de una región a otra, cambiando de clima sobre esa arista de montañas, según nuestro capricho y las necesidades de nuestra alimentación. Preferíamos la serenidad de las cumbres umbrías a las oscuras emboscadas de la jungla poblada de serpientes monstruosas, erizada de cactus y otras plantas espinosas, donde viven irritantes insectos. Buscando la caña de azúcar bajo unos bambús de altura colosal, a veces nos deteníamos a echar un vistazo sobre los mangles de las orillas; pero mi madre, desconfiada, parecía adivinar que nuestros trajes blancos podían atraer la mirada de los hombres, y regresábamos apresuradamente a la región de las arecas y de los cocoteros, esos grandes vigías plantados por encima de las junglas como para balancear libremente, en un aire más puro, sus majestuosos abanicos y sus palmas de cinco metros de largo.

—Mi noble madre me amaba tiernamente, me llevaba a todas partes consigo y no vivía más que para mí. Me enseñaba a adorar al sol y a hincarme de rodillas cada mañana ante su aparición gloriosa, alzando mi trompa blanca y satinada, como para saludar al padre y al rey de la tierra; en aquellos momentos, el alba purpurada teñía de rosa mi fino pelaje y mi madre me miraba con admiración. Sólo teníamos elevados pensamientos y nuestro corazón se expandía en la ternura y la inocencia. ¡Días felices, desaparecidos demasiado pronto! Una mañana, la sed nos obligó a descender hasta el lecho de uno de los torrentes que, desde lo alto de la montaña, van en saltos rápidos o graciosos a derramarse en el mar; era hacia el final de la estación seca. El manantial que se filtra de la cima del Ophir ya no destilaba uña sola gota en su pilón de musgo. Nos fue preciso ganar el pie de la jungla donde el torrente había formado una serie de pequeños lagos, pálidos diamantes sembrados en el verdor glauco de los nopales. De repente fuimos sorprendidos por gritos extraños y unos seres desconocidos para mí, hombres y caballos, se precipitaron sobre nosotros. Esos hombres bronceados que se asemejaban a los monos no me dieron ningún miedo, los animales que montaban no se nos aproximaban sino con terror. Por otra parte, no estábamos en peligro de muerte. Nuestros trajes blancos inspiraban respeto, aún a esos malayos hoscos y crueles; sin duda querían capturarnos, pero no osaban servirse de sus armas. En un

principio mi madre les rechazó altivamente y sin cólera, sabía que no podrían apresarla; entonces juzgaron que, dada mi escasa edad, podrían apoderarse fácilmente de mí y probaron arrojar lazos alrededor de mis patas; mi madre se colocó entre ellos y yo, e hizo una defensa desesperada. Los cazadores, viendo que tenían que matarla para tenerme, le lanzaron una lluvia de dardos que se hundieron en sus extensos flancos y vi con horror que su traje blanco se rayaba de ríos de sangre.

—Quería defenderla y vengarla; me lo impidió, me mantuvo por la fuerza detrás de ella y, presentando el flanco como una muralla para cubrirme, inmóvil de dolor y estoicamente muda para hacer creer que su vida era a prueba de esas flechas mortales, permaneció allí, acribillada de venablos, hasta que su corazón traspasado cesó de latir y se desplomó como una montaña. La tierra resonó bajo su peso. Los asesinos se abalanzaron para sujetarme y no opuse ninguna resistencia. Estupefacto ante el cadáver de mi madre, no comprendiendo nada de la muerte, la acariciaba mientras gemía, suplicándole que se levantara y huyera conmigo. Ya no respiraba, pero raudales de lágrimas manaban aún de sus ojos apagados. Me echaron una espesa esterilla sobre la cabeza, no vi nada más, mis cuatro patas estaban agarradas con cuatro cuerdas de cuero de alce. No quería saber nada más, no me debatía, lloraba, sentía a mi madre junto a mí, no quería alejarme de ella, me acosté. Me condujeron no sé cómo y no sé adónde. Creo que engancharon a todos los caballos para arrastrarme por la pendiente de arena de la orilla hasta una especie de foso donde se me dejó solo.

—No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí, privado de alimento, devorado por la sed y por las moscas ávidas de mi sangre. Ya era fuerte, habría podido demoler aquella cueva con mis patas delanteras y abrirme un sendero, como mi madre me había enseñado a hacerlo en las laderas rápidas. Estuve largo tiempo sin que se me ocurriera. Sin conocer la muerte, odiaba la existencia y no pensaba en conservarla. Finalmente, cedí al instinto y lancé unos gritos bravíos. Enseguida me trajeron cañas de azúcar y agua. Vi cabezas inquietas inclinándose sobre el borde del silo en el que estaba sepultado. Parecieron alegrarse de verme comer y beber; pero cuando hube recuperado las fuerzas, entré en furor y llené la tierra y el cielo con el estrépito resonante de mi voz. Entonces se alejaron, dejándome demoler el talud vertical de mi prisión, y me creí en libertad; pero estaba en un parque cercado por tallos de bambú monstruosos, ligados unos a otros con lianas tan bien apretadas que no pude quebrar uno solo. Pasé aún varios días intentando obstinadamente ese vano trabajo, al cual resistía el pérfido y sabio trabajo del hombre. Me traían mis alimentos y me hablaban con dulzura. Yo no escuchaba nada, quería echarme encima de mis adversarios, golpeaba con mi frente con un ruido espantoso las murallas de mi prisión sin poder moverlas; pero cuando estaba solo, comía. La imperiosa ley de la vida vencía mi desesperación, y cuando el sueño domaba mis fuerzas, dormía sobre las hierbas frescas con las que habían cubierto mi jaula.

—Al fin un día, un hombrecito negro, vestido solamente con un sarong o faldón blanco, entró solo y resueltamente en mi prisión llevando una artesa de harina de arroz salado mezclado con un cuerpo oleaginoso. Me la presentó de rodillas, diciéndome con voz suave unas palabras en las que distinguí cierta intención afectuosa y acariciadora. Le dejé suplicarme hasta el momento en que, vendido por sus megos, comí ante él. Mientras saboreaba aquella comida refrescante, me abanicaba con una hoja de palmera y me cantaba algo triste que yo escuchaba con sorpresa. Volvió un poco más tarde y me tocó en una pequeña flauta de caña un aire plañidero que me hizo comprender la piedad que le inspiraba. Le dejé besar mi frente y mis orejas. Poco a poco, le permití lavarme, desembarazarme de las espinas que me molestaban y sentarse entre mis patas. Finalmente, al cabo de un tiempo que no puedo precisar, sentí que me amaba y que yo también lo amaba.

—Desde entonces, estuve amansado, el pasado se borró de mi memoria, y consentía a seguirle por la orilla sin pensar en escaparme.

—Viví, creo, dos años sólo con él. Tenía para conmigo cuidados tan tiernos que reemplazaba a mi madre, y pensé no abandonarle nunca más. Sin embargo yo no le pertenecía. La tribu que se había apoderado de mí debía repartirse el precio que ofrecerían los más ricos rajás de la India cuando fueran informados de mi existencia. Se había hecho pues un arreglo para sacar de mí el mejor partido posible. La tribu había enviado delegados en todas las direcciones a lo largo de las dos penínsulas para venderme al mayor postor y, a la espera de su regreso, había sido confiado a este hombre joven, llamado Aor, que era considerado el más hábil en el arte de domesticar y cuidar a los seres de mi especie. No era cazador, no había ayudado a la muerte de mi madre. Podía amarle sin remordimientos.

—Pronto comprendí la palabra humana, que él me hacía escuchar a toda hora. No me daba cuenta de las palabras, pero la inflexión de cada sílaba me revelaba su pensamiento tan claramente como si hubiera aprendido su lengua. Más tarde, comprendí igualmente esta música de la palabra humana en cualquier lengua en que llegara a mi oído. Cuando era música cantada por la voz o los instrumentos, comprendía mejor aún.

—Así pues, llegué a saber por mi amigo que debía sustraerme a la mirada de los hombres, pues quienquiera que me viera estaría tentado a llevarme consigo para venderme después de haberle matado. Por entonces residíamos en la provincia de Tenasserim, en la parte más deshabitada de los montes Moghs, frente al archipiélago de Mergui. Vivíamos ocultos todo el día entre las rocas y no salíamos más que a la noche. Aor montaba en mi cuello y me conducía al baño sin temor de los caimanes o cocodrilos, de los que yo sabía preservarles enterrando descuidadamente en la arena sus cabezas, que se quebraban bajo mi pata. Después del baño, entrábamos en los altos bosques, donde yo escogía las ramas por las que era goloso, y recogía para Aor unos frutos que le pasaba con mi trompa. De este modo hacía mi provisión de

verdura para la jomada. Me gustaban sobre todo las cortezas frescas y tenía una maravillosa habilidad para desprenderlas del tronco hasta la última brizna; pero me hacía falta tiempo para escorchar así la madera, y me aprovisionaba de ramas para los momentos de ocio de la jornada, en previsión de las horas en que no dormía, horas bastante cortas, debo decirlo; el elefante, librado a sí mismo, es noctámbulo de preferencia.

—Mi existencia era dulce y totalmente absorbida por el presente, no me imaginaba lo porvenir. Comencé a reflexionar sobre mí mismo un día en que los hombres de la tribu trajeron a mi parque de bambús una manada de elefantes salvajes que habían cazado con antorchas y un gran ruido de tambores y címbalos para obligarlos a refugiarse en esa trampa. Habían traído de antemano unos elefantes domesticados que debían ayudar a los cazadores a amansar a los cautivos y que en efecto les ayudaron con extraordinaria inteligencia a atar las cuatro patas, uno tras otro; pero algunos machos salvajes, los solitarios sobre todo, estaban tan furiosos, que creyeron debían asociarme a los cazadores para llevar a cabo la tarea. Obligaron a mi querido Aor a montarme, y él intentó obedecer, aunque con viva repugnancia. Sentí entonces que el sentimiento de la justicia se revelaba en mí y tuve horror de lo que se pretendía hacerme hacer. Aquellos elefantes salvajes no eran sino mis iguales, al menos mis semejantes; los elefantes sumisos que ayudaban a consumir la esclavitud de sus hermanos me parecieron de todo punto inferiores a ellos y a mí. Presa de indignación y desprecio, la emprendí sólo con ellos y me volqué tan enérgicamente a la defensa de los prisioneros que debieron renunciar a envilecerme. Se me hizo salir del parque y mi querido Aor me colmó de elogios y caricias.

—Bien veis —decía a sus compañeros— que este es un ángel y un santo. Jamás un elefante blanco ha sido empleado en trabajos groseros ni en actos de violencia. No está hecho ni para la caza, ni para la guerra, ni para cargar fardos, ni para servir de montura en los viajes. Los propios reyes no se permiten sentarse sobre él, ¿y vosotros queréis que se allane a ayudaros en el amansamiento? ¡No, no comprendéis su grandeza, y ultrajáis su rango! Lo que habéis intentado hacer atraerá sobre vosotros el poder de los malos espíritus.

—Y como advirtieran a mi amigo que él mismo había trabajado en amansarme:

—Yo no lo he amansado —respondió— más que con mis suaves palabras y el sonido de mi flauta. Si me permite montarlo, es porque ha reconocido en mí a su fiel servidor, su mahout devoto. Sabed bien que el día en que nos separaran, uno de los dos moriría; y desead que sea yo, pues de la salud de Flor Sagrada dependen la riqueza y la gloria de vuestra tribu.

—Flor Sagrada era el nombre que él me había dado y que nadie pensaba discutirme. Las palabras de mi mahout me habían llegado profundamente. Sentí que sin él me hubieran envilecido, y me hice tanto más orgulloso e independiente. Resolví (y mantuve mi palabra) no

actuar nunca sino por su consejo, y ambos de acuerdo nos alejábamos de quienquiera que no nos tratara con profundo respeto. Le habían ofrecido darme por compañía los elefantes más bellos y mejor adiestrados. Me negué totalmente a admitirlos cerca de mi persona y solo con Aor no me aburría jamás.

—Yo tenía unos quince años y mi talla ya excedía en mucho a la de los elefantes adultos de la India, cuando los delegados regresaron anunciando que el rajá de los birmanos había hecho las mejores ofertas, y que el trato estaba concluido. Habían actuado con prudencia. No se habían dirigido a ninguno de los soberanos del reino de Siapi, porque hubieran podido reivindicarme como habiendo nacido en sus tierras y no querer pagar nada para adquirirme. Fui entonces adjudicado al rey de Pagham y conducido de noche muy misteriosamente a lo largo de las costas de Tenasserim hasta Martaban, desde donde, después de haber atravesado los montes Karens, ganamos las orillas del bello río Irawadi.

—Me había costado abandonar mi patria y mis bosques; jamás hubiera consentido a ello si Aor no me hubiese dicho con su flauta que la gloria y la dicha me esperaban en otras comarcas. Durante el camino, no quise abandonarle un solo instante. Apenas le permitía descender de mi cuello, y en las horas de sueño, para preservarme de una punzante inquietud, dormía entre mis patas. Yo estaba celoso, no quería que recibiera otro alimento que el que yo le presentaba; escogía para él los mejores frutos y le tendía con mi trompa la vasija que yo mismo llenaba con el agua más pura. Lo abanicaba con anchas hojas; al atravesar los bosques y las junglas, abatía sin detenerme los arbustos espinosos que hubieran podido alcanzarle y desgarrarle. En fin, hacía, pero mejor que todos los demás, cuanto hacen los elefantes bien adiestrados, y lo hacía por mi propia voluntad, no de una manera servil, sino para mi único amigo.

—Luego que hubimos alcanzado la frontera birmana, una delegación del soberano vino a mi encuentro. Me sentí inquieto por el ceremonial que me rodeaba. Vi que se le daba oro y presentes a los cazadores malayos que me habían acompañado y que se les licenciaba. ¿Iban a separarme de Aor? Mostré una agitación amedrentadora y amenacé a los altos personajes que se acercaban a mí con respeto. Aor, que me comprendía, les explicó mis temores, y les dijo que, separado de él, jamás consentiría en seguirles. Entonces, uno de los ministros encargados de mi recepción, y que había permanecido bajo una tienda, se quitó sus sandalias y vino a mí para presentarme de rodillas una carta del rey de los birmanos, escrita en azul sobre una larga hoja de palmera dorada; se aprestaba a leérmela cuando la tomé de sus manos y se la pasé a mi mahout para que me la tradujera. Él, que pertenecía a una casta inferior, no tenía derecho a tocar aquella hoja sagrada. Me rogó devolvérsela al señor ministro de Su Majestad, lo que hice inmediatamente para mostrar mi deferencia y mi amistad por Aor. El ministro tomó nuevamente la carta, sobre la que desplegaron una sombrilla de oro y leyó:



—Muy poderoso, muy amado y muy venerado elefante, que 'lleváis el nombre de Flor Sagrada, dignaos venir a residir a la 'capital de mi imperio, donde un palacio digno de vos está ya 'preparado. Por la presente carta real, yo, el rey de los birmanos, los otorgo un feudo que os pertenecerá en propiedad, un ministro para obedeceros, una casa de doscientas personas, un séquito de cincuenta elefantes, tantos caballos y bueyes como necesite vuestro servicio, seis sombrillas de oro, un cuerpo de música y todos los honores que se deben al elefante sagrado, alegría y gloria de los pueblos.

—Se me mostró el sello real y, como permaneciera impasible e indiferente, debieron preguntar a mi mahout si aceptaba los ofrecimientos del soberano. Aor respondió que era menester prometerme no separarme jamás de él, y el ministro, tras consultar con sus colegas, juró lo que yo exigía. Entonces, mostré una gran alegría acariciando la carta real, la sombrilla de oro y un poco la cara del ministro, que se declaró muy dichoso de haberme satisfecho.

—Aunque muy fatigado por el largo viaje, manifesté que quería ponerme en marcha para ver mi nueva residencia y conocer a mi colega e igual, el rey de Birmania. Fue una marcha triunfal a lo largo del río que remontábamos. El río Irawadi era de una belleza sin par. Corrí, ora perezosamente, ora rápido, entre unas rocas cubiertas de vegetación totalmente nueva para mí, pues avanzábamos hacia el norte y el aire era más fresco, si no más puro que el de mi país. Todo era diferente. Ya no era el silencio y la majestuosidad de lo deshabitado. Era un mundo de lujo y fiestas; por doquier en el río unas barcas con la popa levantada en forma de medialuna, adornadas con banderolas de seda laminada en oro, seguidas de barcas de pescadores ornamentadas con hojas y flores. Sobre la orilla, ricas poblaciones salían de sus moradas elegantes para venir a hincarse de rodillas a mi paso y ofrecerme perfumes. Bandas de músicos y sacerdotes venidos de todas las pagodas mezclaban sus cantos a los sonidos de la orquesta que me precedía.

—Avanzábamos en jornadas muy pequeñas ante el temor de fatigarme y dos o tres veces por día nos deteníamos para mi baño. El río no siempre era vadeable en las orillas. Aor me dejaba sondear con mi trompa. Yo no quería arriesgarme sino sobre la arena más fina y en el agua más pura. Una vez seguro de mi punto de partida, me lanzaba a la corriente, por rápida y profunda que pudiera ser, llevando siempre sobre mi cuello al confiado Aor, quien hallaba tanto placer como yo en este ejercicio y que, en los sitios difíciles y peligrosos, reanimaba mi ardor y mi fuerza tocando en su flauta un canto de nuestro país, en tanto que en ambas orillas mi cortejo y la muchedumbre impaciente expresaban su ansiedad o su admiración con gritos, posternaciones e invocaciones con los brazos tendidos hacia mí. Los ministros, inquietos por la audacia de Aor, deliberaban entre ellos si no debían prohibirme exponer así mi vida, preciosa para la salud del imperio; pero Aor siempre tocando la flauta sobre mi cabeza a ras del agua, y mi trompa levantada como el cuello de un pavo real gigantesco, daban muestras de nuestra seguridad. Cuando volvíamos lenta y apaciblemente a la orilla, todos acudían hacia

mí con reverencias y gritos de triunfo, y mi orquesta desgarraba los aires con sus retumbantes fanfarrias. Aquella orquesta no me gustó el primer día. Se componía de trompetas de sonido agudo, trompas enormes; gongs aterradores, castañetas de bambú y tambores llevados por unos elefantes de servicio. Esos tambores estaban formados por una jaula redonda ricamente trabajada, en el centro de la cual un hombre sentado sobre sus piernas cruzadas golpeaba alternativamente con dos varillas sobre una gama de címbalos sonoros. Otra jaula, semejante en lo exterior, estaba provista de timbales de diversos metales, y el músico, igualmente sentado en el centro y llevado por un elefante, arrancaba de ellos poderosos acordes. Ese gran mudo de instrumentos terribles hirió en un principio mi delicado oído. Sin embargo me habitué a ello y hallé placer en las extrañas armonías que proclamaban mi gloria a los cuatro vientos del cielo. Pero siempre preferí la música de salón, la dulce arpa birmana, graciosa imitación de los juncos del Irawadi, el caimán, armónica de láminas de acero, cuyos sonidos tienen una pureza angelical, y por encima de todo la suave melodía que me hacía escuchar Aor en su flauta de caña.

—Un día que éste ejecutaba un cierto ritmo irregular, en medio del río, fuimos rodeados por una multitud innumerable de grandes peces dorados a la manera de las pagodas, que alzaban su cabeza fuera del agua como para implorarnos. Aor les arrojó un poco del arroz que siempre tenía en un saquito en la cintura. Manifestaron gran alegría y nos acompañaron hasta la orilla y, como la muchedumbre gritaba, tomé delicadamente uno de aquellos peces y lo presenté al primer ministro, quien lo besó y ordenó que su dorado fuera rápidamente realzado con una nueva capa; después de lo cual lo volvieron a colocar en el agua con respeto. Me enteré así que eran los peces sagrados del Irawadi, que residen en un solo punto del río y que van al llamado de la voz humana, no habiendo tenido jamás nada que temer del hombre.

—Finalmente arribamos a Paghham, una ciudad de cuatro a cinco leguas de extensión a lo largo del río. El espectáculo que presentaba ese valle de palacios, templos, pagodas, mansiones y jardines me causó tan sorpresa que me detuve como para preguntar a mi mahout si aquello no era un sueño. No estaba menos deslumbrado que yo y, posando sus manos en mi frente, que sus caricias sobaban sin cesar, me dijo:

—Aquí está tu imperio. Olvida los bosques y las junglas, ¡hete aquí un mundo de oro y piedras preciosas!

—En aquel entonces era en efecto un mundo encantado. Todo estaba resplandeciente de oro y plata, de la base hasta la cúspide de los mil templos y pagodas que colmaban el espacio y se perdían en los esplendores del horizonte. Como el budismo había respetado los monumentos del antiguo culto, la diversidad era infinita. Eran unas masas imponentes, las unas abultadas, las otras elevadas como montañas puntiagudas, cúpulas inmensas en forma de campana, capillas coronadas por un globo monstruoso, blanco como la nieve, engastado en una base dorada, techos alados superpuestos sobre

pilares calados alrededor de los cuales se retorcían dragones centelleantes, cuyas escamas de vidrios de todos colores parecían hechas de piedras preciosas; pirámides formadas por otros techos laqueados de oro verde, azul, rojo, escalonadas disminuyendo hasta la cúspide, desde donde se disparaba una flecha de oro inmensa terminada en un botón de cristal, que resplandecía como un diamante monstruoso bajo el fuego del sol. Muchos de esos edificios levantados en el flanco de la barranca tenían escalinatas de trescientos y cuatrocientos peldaños, con explanadas de una blancura deslumbrante que parecían talladas en un solo bloque del mármol más bello. Eran revestimientos de colinas enteras hechos con un cemento de coral blanco y salpicado de nácar. En los costados de algunos edificios, sobre las tejas, en todos los ángulos de los techos, unos monstruos fantásticos en madera de sándalo, gibosos de oro y esmalte, parecían lanzarse al vacío o querer morder el cielo. En otras partes, edificios de bambú, calados y con un trabajo exquisito. Era un hacinamiento de locas riquezas, de caprichos desordenados; el lúgubre esplendor de los grandes monasterios negros, de un estilo antiguo y áspero, hacía resaltar el brillo centelleante de las construcciones modernas. Hoy en día, esas magnificencias inauditas no están más; entonces, era un sueño de oro, una fábula de los cuentos orientales realizada por la habilidad humana.

—En las puertas de la ciudad fuimos recibidos por el rey y toda la corte. El monarca descendió del caballo y vino a saludarme, luego se me hizo entrar en un edificio donde procedieron a colocarme mi atuendo de ceremonia, que el rey había traído en un gran cofre de madera de cedro incrustado en marfil, cargado por el más hermoso y el mejor adornado de sus elefantes; ¡pero cómo eclipsé a ese lujoso subalterno cuando aparecí con mi indumentaria de gran pompa! Aor comenzó por lavarme y perfumarme con gran cuidado, luego me revistió de largas bandas escarlata tejidas en oro y seda, que se envolvían con arte alrededor de mí sin ocultar la belleza de mis formas ni la blancura sagrada de mi pelaje. Sobre mi cabeza colocaron una tiara de paño escarlata resplandeciente de gruesos diamantes y maravillosos rubíes, ciñeron mi frente con nueve círculos de piedras preciosas, ornamento consagrado que conjura la influencia de los malos espíritus. Entre mis ojos brillaba una media luna de pedrería y una placa de oro donde se leían todos mis títulos. Borlas de plata con el más bello trabajo fueron suspendidas de mis orejas, anillas de oro y esmeraldas, zafiros y diamantes, fueron pasadas por mis colmillos, cuya blancura y brillo atestiguaban mi juventud y mi pureza, dos anchos broqueles de oro macizo cubrieron mis hombros, finalmente un almohadón de púrpura fue colocado sobre mi cuello, y vi con alegría que mi querido Aor tenía un sarong de seda blanca recamada en plata, brazaletes de oro en los brazos y en las piernas y una ligera cachemira blanca de las más suaves enrollada en la cabeza. Él también había sido lavado y perfumado. Sus formas eran más finas y mejor modeladas que las de los birmanos, su tinte era más oscuro, sus ojos más bellos. Aún era joven y cuando le vi recibir para conducirme una varilla totalmente incrustada de finas perlas y rodeada de aros de rubíes, me sentí orgulloso de él y le abracé con amor. Quisieron presentarle la ligera escala de bambú que sirve para subir a las monturas de mi especie y que luego les atan al costado para estar en

situación de descender a voluntad. Rechacé este emblema de servidumbre, me acosté y extendí la cabeza de manera que mi amigo pudiera sentarse en ella sin desarreglar nada de mi adorno; luego me levanté tan altivo e imponente que el propio rey se sintió sorprendido por mi dignidad y declaró que jamás un elefante sagrado tan noble y tan bello había atestiguado y asegurado la prosperidad de su imperio.

—Nuestro desfile hasta mi palacio duró más de tres horas; el suelo estaba cubierto de ramas y flores. Cada diez pasos, sahumadores colocados en mi camino esparcían suaves perfumes, la orquesta del rey tocaba al mismo tiempo que la mía, grupos de bayederas admirables me precedían danzando. De cada calle que se abría sobre la principal desembocaban nuevos cortejos compuestos por todos los grandes de la ciudad y del país, que me traían presentes y me seguían en dos filas. El aire cargado de perfumes de humo azul resonaba con fanfarrias que hubieran cubierto el ruido del trueno. Era el rugido de una tempestad en medio de un esparcimiento de delicias. Todas las casas estaban empaliadas de ricos tapices y telas maravillosas. Muchas estaban unidas por ligeros arcos de triunfo, obras en bejuco improvisadas y empaliadas también con rara elegancia. Desde lo alto de esas puertas caladas, manos invisibles hacían llover sobre mí una nieve fragante de flores de jazmín y de azahar.

—Nos detuvimos sobre una gran plaza cercada en ruedo para hacerme asistir a los juegos y las danzas. Hallé placer en todo lo que era agradable y fastuoso; pero tuve horror ante los combates de animales y, al ver a dos elefantes, enfurecidos por un alimento y un entrenamiento particular, retorcer con rabia sus trompas enlazadas y desgarrarse con sus colmillos, abandoné el sitio de honor que ocupaba y me lancé al medio de la arena para separar a los combatientes. Aor no había tenido tiempo de detenerme y gritos de desesperación se elevaron de todas partes. Temían que los adversarios se echaran sobre mí; pero apenas me vieron junto a ellos, su rabia cayó como por encanto y huyeron fuera de sí y humillados. Aor, que me había alcanzado prestamente, declaró que yo no podía soportar la vista de sangre, y que por otra parte, después de un viaje de más de quinientas leguas necesitaba absolutamente descansar. El pueblo quedó muy conmovido por mi conducta y los sabios del país se pronunciaron por mí, afirmando que Buda condenaba los juegos sangrientos y los combates de animales. Yo había pues expresado su voluntad, y por varios años renunciaron a esas crueles diversiones.

—Me condujeron a mi palacio, situado más allá de la ciudad, en una deliciosa barranca a orillas del río. Además del río, tenía en mi jardín un amplio estanque de agua corriente para mis abluciones permanentes. Estaba fatigado. Me sumergí en el baño y me retiré a la sala que debía servirme de dormitorio, donde quedé solo con Aor, tras haber manifestado que tenía bastante de música y que no quería más compañía que la de mi amigo.

—Aquella sala de reposo era una cúpula imponente, sostenida por una doble columnata de mármol rosa. Las telas más caras cerraban las

salidas y caían en grandes pliegues sobre el piso de mosaicos. Mi lecho era una odorante pila de madera de sándalo reducida a fino polvo. Mi artesa era un pilón de plata maciza donde cuatro personas se hubieran bañado a gusto. Mi pesebre era un anaquel de laca dorada cubierto de los frutos más succulentos. En medio de la sala, un vaso colosal de porcelana del Japón dejaba caer en cascada una corriente de agua pura que se perdía en una batea de lotos. Sobre el borde del pilón de jade, unos pájaros de oro y plata esmaltados de mil colores tornasolados parecían inclinarse para beber. Guirnaldas de espadas, de pandanáceas fragantes se balanceaban por encima de mi cabeza. Un inmenso abanico, el penjab de los palacios de la India, puesto en movimiento por manos invisibles, me enviaba un aire fresco renovado sin cesar desde lo alto de la cúpula.

—Al despertarme, hicieron entrar diversos animales domesticados, pequeños monos, ardillas, cigüeñas, flamencos, palomas, ciervos y corzas de esa bonita especie que no tiene más de un codo de alto. Me entretuve un instante con esa alegre compañía; pero prefería la frescura y la limpieza inmaculada de mi apartamento a todas aquellas visitas, e hice saber que la compañía de los hombres convenía más a la gravedad de mi carácter.

—Viví así largos años en el esplendor y los deleites con mi querido Aor; estábamos en todas las ceremonias y fiestas, recibíamos la visita de los embajadores extranjeros. Ningún súbdito se me acercaba sino con los pies desnudos y la frente en el polvo. Era colmado de presentes y mi palacio constituía unos de los más ricos museos del Asia. Los sacerdotes más sabios venían a verme y a conversar conmigo, pues hallaban mi vasta inteligencia a la altura de sus más bellos preceptos, y pretendían leer en mi pensamiento a través de mi amplia frente siempre marcada por una serenidad sublime. Ningún templo me estaba cerrado y amaba penetrar en aquellas altas y sombrías capillas donde la figura colosal de Gautama, bañada en oro, se erguía como un sol al fondo de las hornacinas iluminadas desde arriba. Creía volver a ver el sol de mi desierto y me hincaba de rodillas ante él, dando así el ejemplo a los creyentes, instruidos por mi piedad. Asimismo sabía presentar ofrendas al ídolo venerado, y balancear ante él el incensario de oro. El rey me amaba y velaba con esmero por que mi casa estuviera siempre mantenida en las mismas condiciones que la suya.

Pero ninguna felicidad terrestre puede durar. Aquel digno soberano se empeñó en una funesta guerra contra un Estado vecino. Fue vencido y destronado. El usurpador le relegó al exilio y no le permitió llevarme consigo. Me guardó como signo de su poder y prenda de su alianza con Buda; pero no tenía por mí ni afecto ni veneración y muy pronto mi servicio fue descuidado. Aor se afligió por ello y se quejó. Los servidores del nuevo príncipe le tomaron odio y resolvieron deshacerse de él. Una noche, cuando dormíamos juntos, penetraron sin ruido en mi cuarto y lo apuñalaron. Despertado por sus gritos, me eché sobre los asesinos, que huyeron. Mi pobre Aor estaba desmayado, su sarong manchado de sangre. Tomé toda el agua del estanque de plata y lo rocié sin poder

reanimarle. Entonces, me acordé del médico que siempre estaba de servicio en el cuarto vecino, fui a despertarlo y lo conduje junto a Aor. Mi amigo fue bien atendido y volvió a la vida; pero permaneció mucho tiempo debilitado por la pérdida de sangre y no quise salir más ni bañarme sin él. El dolor me abrumaba, me negaba a comer; siempre acostado junto a él, vertía lágrimas y le hablaba con mis ojos y mis orejas para suplicarle que sanara.

—No buscaron a los asesinos; se pretendió que yo había herido a Aor por descuido, con uno de mis colmillos, y se habló de aserrármelos. Aor se indignó y juró que había sido golpeado con un estilete. El médico, que sabía bien a qué atenerse, no se atrevió a afirmar la verdad. Incluso aconsejó a mi amigo que se callara, si no quería precipitar el triunfo de los enemigos que habían jurado su perdición.

—Entonces, un profundo pesar se adueñó de mí y la vida civilizada en la que me habían iniciado me pareció la más amarga de las servidumbres. Mi dicha dependía de los caprichos de un príncipe que no quería o no sabía proteger los días de mi mejor amigo. Tome' aversión a los honores hipócritas que aún me eran rendidos formalmente, recibí a las visitas oficiales con mal humor, expulsé a las bayaderas y a los músicos que turbaban el débil y penoso sueño de mi amigo. Me privé de dormir todo lo posible para velar sobre él.

—Tenía el presentimiento de una nueva desgracia, y en esa sobreexcitación de la sensibilidad sufrí un fenómeno doloroso, el de recuperar la memoria de mis años jóvenes. En mis sueños trastornados, volví a ver la imagen largo tiempo borrada de mi madre asesinada cubriéndome con su cuerpo traspasado de flechas. Volví a ver también mis tierras deshabitadas, mis árboles espléndidos, mi río Tenasserim, mi montaña Ophir y mi vasto mar resplandeciente en el horizonte. La nostalgia se apoderó de mí y una idea fija, la idea de huir, dominó imperiosamente mis fantasías. Pero quería huir con Aor, y el pobre Aor, acostado de lado, apenas podía incorporarse para besar mi frente inclinada sobre él.

—Una noche, enfermo yo mismo, agotado de vigiliyas y sucumbiendo a la fatiga, dormí profundamente durante algunas horas. Al despertar, no vi más a Aor sobre su lecho y le llamé en vano. Fuera de mí, salí al jardín, rastree a orillas del estanque. Mi olfato me hizo saber que Aor no estaba allí y que no había pasado recientemente. Gracias a la negligencia que había ganado a mis servidores, pude abrir yo mismo las puertas del cercado y salir de las empalizadas. Entonces, sentí la vecindad de mi amigo y me lancé a un bosque de tamarindos que tapizaba la colina. A corta distancia, escuché un grito plañidero y me precipité en una espesura donde vi a Aor atado a un árbol y rodeado de facinerosos prontos a golpearle. De un salto los derribé a todos y los pisoteé sin piedad. Rompí las cuerdas que retenían a Aor, lo así delicadamente, lo ayudé a colocarse sobre mi cuello y, adoptando la marcha rápida y silenciosa del elefante en fuga, me interné al azar en los bosques.

—En aquella época, la parte de la India en que nos encontrábamos ofrecía un violento contraste de civilizaciones lujosas a dos pasos de desiertos in expío rabies. Por consiguiente, pronto hube ganado las soledades salvajes de los montes karen y, cuando en el límite de mis fuerzas, me acosté a orillas de un río más directo y rápido que el Irawadi, ya estábamos a treinta leguas de la ciudad birmana. Aor me dijo:

—¿Adónde vamos? ¡Ah! lo veo en tu mirada, quieres regresar a nuestras montañas, pero crees estar ya en ellas y te engañas. Estamos muy lejos, y nunca podremos llegar sin ser descubiertos y apresados. Por otra parte, si escapáramos a los hombres, no podríamos ir lejos sin que yo, enfermo como estoy, muera, y entonces, ¿cómo te dirigirás sin mí hacia esa ruta lejana? Déjame aquí, pues es a mí solo a quien odian, y regresa a Pagham, donde nadie osará amenazarte.

—Le manifesté que no quería ni abandonarlo ni regresar con los birmanos; que, si él moría, yo también moriría; que con paciencia y valor, podíamos volver a ser felices.

—Se rindió y, después de haber tomado un descanso, nos pusimos nuevamente en marcha. Al cabo de algunos días de viaje, ambos habíamos recuperado la salud, la esperanza y la fuerza. El aire libre de la soledad, el austero perfume de los bosques, el sano calor de las rocas nos curaban mejor que todas las dulzuras de la pompa y todos los remedios de los médicos. Sin embargo, a veces Aor estaba asustado por la tarea que yo le imponía. Llevarse un elefante sagrado era, en caso de fracaso, consagrarse a los más atroces suplicios. Me decía sus temores en una flauta de caña que se había hecho y con. la que tocaba mejor que nunca. Yo había llegado a una ejercitación del pensamiento casi igual a la del hombre; le luce comprender lo que había que hacer, cubriéndome con un cieno negro que se exhibía a orillas del río y con el que me roció diestramente. Impresionado por mi talento, recogió diversos jugos de plantas cuyas propiedades conocía bien. Hizo con ellos una tintura que me volvió, salvo por la talla, totalmente semejante a los elefantes vulgares. Le indiqué que aquello no bastaba y que para hacerme irreconocible, era preciso aserrar mis colmillos. No se avino a ello. Yo estaba en mi sexta dentición y temía que no pudieran volver a crecer. Juzgó que estaba suficientemente desfigurado y nos pusimos nuevamente en marcha.

—Por poco frecuentado que estuviera ese camino de montaña, fue un milagro que escapáramos a los peligros de nuestra empresa. Jamás lo hubiéramos logrado el uno sin el otro; pero, en la unión íntima de la inteligencia humana con una gran fuerza animal, se improvisa un poder excepcional. Si los hombres hubieran sabido identificarse a los animales lo bastante a fondo como para inducirlos a identificarse con ellos, no habrían hallado en éstos unos esclavos a veces rebeldes y peligrosos, frecuentemente fatigados e insuficientes. Habrían tenido admirables amigos y resuelto el problema de la fuerza consciente sin tener que

recurrir a las fuerzas ciegas de la máquina, animal más temible y feroz que las bestias del desierto.

—A fuerza de prudencia y perseverancia, algunas veces hostigados por los bandidos que supe poner en fuga y cuyas lanzas y flechas yo no temía, revestido como estaba por una ligera armadura de cortezas de madera de hierro que Aor había sabido fabricarme, conseguimos llegar al río Tenasserim. Nuestro rumbo no había sido difícil de seguir. Además de que ambos nos acordábamos muy bien del viaje que ya habíamos hecho, la construcción geológica de Indochina es muy simple. Las largas aristas de montañas, separadas por valles profundos y anchos ríos, se ramifican regularmente y se inclinan sin interrupción sensible hasta el mar. Los montes Karens se unen a los Moghs en línea casi recta. Muy raramente equivocamos la ruta y nuestros errores fueron rápidamente rectificadas. Debo decir que, de los dos, yo era siempre el más veloz para volver a encontrar la verdadera dirección.

—Nos aproximamos a nuestra antigua morada con circunspección. Nos era preciso vivir solos y en completa libertad. Fuimos servidos a la medida de nuestros deseos. La tribu, enriquecida con la venta de mi persona al antiguo rey de los birmanos, había abandonado sus aldeas de cañas, y nuestros bosques, despoblados de animales a raíz de una terrible sequía, estaban libres de cazadores. Pudimos establecernos allí más libremente y más seguros aún que en el pasado. Aor no poseía absolutamente nada y no añoraba nada de nuestro esplendor desvanecido. Sin amigos, sin familia, no conocía ni amaba sino a mí en la tierra. Yo nunca había amado a nadie más que a mi madre y a él. Tan larga intimidad había destruido entre nosotros el obstáculo que la Naturaleza había puesto a nuestra asimilación. Conversábamos juntos como dos seres de la misma especie. Mi pantomima se había vuelto tan reflexiva, tan sobria, tan expresiva, que él leía en mi pensamiento como yo en el suyo. Incluso ya no tenía necesidad de hablarme. Lo sentía triste o alegre según el son y las inflexiones de su flauta y, siendo nuestro destino común, me trasladaba con él a los recuerdos del pasado, o me sumergía en el plácido éxtasis del presente.

"Tasamos largos años en las delicias de la libertad. Aor se había vuelto ferviente budista en Birmania y no vivía más que de vegetales. Nuestra subsistencia estaba asegurada y ya no conocíamos ni el sufrimiento ni la enfermedad.

—Pero el tiempo corría y Aor se había puesto viejo. Yo había visto blanquearse sus cabellos y decrecer sus fuerzas. Me hizo comprender los efectos de la edad y me anunció que moriría pronto. Prolongué su vida ahorrándole toda fatiga y preocupación. Llegó un momento en que no pudo proveer a sus necesidades, yo le traía su alimento y construía sus cobertizos. Perdió el calor de la sangre y, para calentarse, ya no abandonaba el contacto con mi cuerpo. Un día, me rogó que le cavara una fosa porque se sentía morir. Obedecí, se acostó sobre un lecho de hierbas, enlazo sus brazos alrededor de mi trompa y me dijo adiós. Luego sus brazos cayeron, se quedó inmóvil y su cuerpo se atiesó.



—Ya no estaba. Recubrí la fosa como me lo había ordenado y me acosté encima. ¿Había comprendido bien la muerte? Así lo pienso, y sin embargo no me pregunté si la longevidad de mi raza me condenaba a sobrevivirle mucho. No tomé la resolución de morir también. Lloré y olvidé comer. Cuando la noche hubo pasado, no se me ocurrió ir a tomar un baño ni moverme. Permanecí sumido en una postración absoluta. La noche siguiente me halló inerte e indiferente. El sol volvió aún una vez y me encontró muerto.

—¿El alma fiel y generosa de Aor había pasado a mí? Tal vez. En otras existencias me he enterado que después de mi desaparición el imperio birmano había experimentado grandes reveses. La real ciudad de Paghham fue abandonada por el consejo de sacerdotes de Gautama. El buda estaba irritado del poco cuidado que habían tenido conmigo, mi fuga testimoniaba su descontento. Los ricos se llevaron consigo sus tesoros y levantaron nuevos palacios sobre el territorio de Ava; más tarde, abandonaron también esta suntuosa ciudad por Amarapura. Los pobres llevaron a lomo de camello sus casas de junco para seguir a los señores del país lejos de la ciudad maldita. Paghham había sido la sede y el orgullo de cuarenta y cinco reyes consecutivos, yo la había condenado al dejarla, hoy en día ya no es más que un grandioso montón de ruinas.

—Vuestra historia me ha divertido —dijo entonces la niñita que ya había hablado a sir William—, pero ahora, puesto que todos hemos sido animales antes de ser personas, yo querría saber lo que seremos más tarde, pues todo lo que se cuenta a los niños debe tener una moraleja al final, y no veo llegar la suya.

—Mi hermana tiene razón —dijo un jovencito que había escuchado a sir William con interés—. Si ser hombre es una recompensa después de haber sido un perro honesto o un elefante virtuoso, el hombre honesto y virtuoso debe tener también la suya en este mundo.

—Sin ninguna duda —respondió sir William—. La personalidad humana no es la última palabra de la creación en nuestro planeta. Los sabios más modernos están convencidos de que la inteligencia progresa en sí misma por la ley que rige la materia. No tengo necesidad de entrar en este orden de ideas para decirles que espíritu y materia progresan en compañía. Lo que hay de cierto para mí, es que todo ser aspira a perfeccionarse y que, de todos los seres, el hombre es el más deseoso de elevarse por encima de sí mismo. Para ello está maravillosamente ayudado por la magnitud de su inteligencia y por la fogosidad de su sentimiento. Siente que aún es un producto muy incompleto de la naturaleza, y que una raza más completa debe sucederle por vía ininterrumpida de su propio desarrollo.

—No comprendo bien —contestó la niñita—, ¿Nos transformaremos en ángeles con alas y trajes de oro?

—Ciertamente —respondió sir William—. Los trajes de oro son emblema de riqueza y pureza; la ciencia nos la dará para atravesar los aires, como nos ha dado aletas para atravesar los mares.

—¡Oh! ¡Aquí estamos recurriendo a las máquinas que usted maldice!

—Las máquinas harán su servicio como nosotros haremos el nuestro —replicó vivamente sir William—, la animalidad hará el suyo y progresará al mismo tiempo que nosotros. ¿Quién les dice que una raza de águilas tan potentes como globos y tan dóciles como los caballos no surgirá para asociarse a los viajes aéreos del hombre futuro? ¿Son una simple fantasía poética esos dioses de la antigüedad llevados o tirados por leones, delfines o palomas? ¿No es más bien una especie de visión profética de la domesticación de todas las criaturas asociadas al hombre divinizado del porvenir? Sí, después de este mundo, el hombre debe transformarse en ángel, si por ángel entienden un tipo de inteligencia y de grandeza moral superior a la nuestra, no es preciso un milagro pagano, sólo es necesario un milagro natural, como los que ya se han cumplido tantas veces sobre la tierra, para que el hombre vea cambiar sus necesidades y sus órganos en vistas a un nuevo medio. He visto a razas enteras abstenerse de comer la carne de los animales; un gran progreso de la raza será hacerse frugívora y los carniceros desaparecerán. Entonces florecerá la gran asociación universal, el niño jugará con el tigre como el joven Baco, el elefante será el amigo del hombre, las aves de alto vuelo conducirán en los aires nuestros carros ovoides, la ballena transportará nuestros recados. ¡Qué sé yo! todo se hace posible en nuestro planeta desde que suprimimos la matanza y la guerra. Todas las fuerzas inteligentes de la naturaleza, en lugar de devorarse mutuamente, se organizan fraternalmente para someter y fecundar la materia inorgánica... Pero hago mal en bosquejar estas maravillas; vosotros, jóvenes espíritus que me interrogáis, estáis en mejor situación que yo para evocar sus placenteras y sublimes imágenes. Basta que, del mundo real, yo os haya lanzado al mundo de los sueños. Soñad, imaginad, construid lo maravilloso, no corráis el riesgo de ir demasiado lejos, pues el porvenir del mundo ideal en el cual debemos creer sobrepasará todavía en mucho las aspiraciones de nuestras almas tímidas e incompletas.

## LAS VISIONES DE LA NOCHE EN EL CAMPO

Decirles que me burlo de ellas, sería mentir. Jamás las he visto, es verdad: he recorrido el campo a todas las horas de la noche, solo o en compañía de grandes pusilánimes, y salvo algunos meteoros inofensivos, algunos viejos árboles fosforescentes y otros fenómenos que no tornaban muy lúgubre el aspecto de la naturaleza, jamás he tenido el placer de encontrar un objeto fantástico y de poder contarle a nadie, como testigo ocular, la menor historia de aparecidos.

Pues bien, no obstante, no soy de aquéllos que dicen, en presencia de las supersticiones campesinas: mentiras, imbecilidad, visión del miedo; yo digo fenómeno de visión, o fenómeno exterior insólito e incomprendido. No creo por ello ni en las brujas ni en los milagros. Esos cuentos de brujas, esas explicaciones fantásticas dadas a los pretendidos milagros de la noche, son el poema de las imaginaciones campestres. Pero el hecho existe, el hecho se cumple; ya sea un fantasma en el aire o solamente en el ojo de quien lo percibe, es un objeto tan real y lógicamente producido como la reflexión de una figura en un espejo.

¿Son explicables las aberraciones de los sentidos? ¿Han sido explicadas? Sé que han sido constatadas, eso es todo; pero es muy inexacto decir y creer que son únicamente obra del miedo. Eso puede ser verdad en muchas ocasiones; pero hay excepciones irrecusables. Hombres de sangre fría, de un probado valor natural y colocados en circunstancias donde nada parecía actuar sobre su imaginación, incluso hombres instruidos, sabios, ilustres, han tenido apariciones que no han turbado ni su juicio ni su salud, y sin embargo no ha dependido de ellos sentirse luego más o menos afectados.

Entre un gran número de interesantes obras publicadas sobre el tema, hay que hacer notar la del doctor Briere de Boismont, que analiza tan bien como es posible las causas de la alucinación. Después de esos serios trabajos, sólo aportaré una observación útil de registrar, y es que el hombre que vive más cerca de la naturaleza, el salvaje, y tras él el campesino, están más dispuestos y más sujetos que los hombres de las otras clases a los fenómenos de la alucinación. Sin duda la ignorancia y la superstición los fuerzan a tomar por milagros sobrenaturales esas simples aberraciones de su sentido; pero no siempre es la imaginación quien los produce, lo repito; a menudo no hace más que explicarlos a su modo.

¿Se dirá que la primera educación, los cuentos de la velada, los terroríficos relatos de la nodriza y de la abuela disponen a los niños y hasta a los hombres a experimentar este fenómeno? Así lo creo. ¿Se dirá también que las más simples nociones de física elemental y un poco de burla volteriana librarían fácilmente al campo de estos prodigios? Esto es menos seguro. El aspecto continuo de la campiña, el aire que respira

a toda hora, los variados cuadros que la naturaleza desarrolla ante sus ojos y que se modifican a cada instante en la sucesión de las variaciones atmosféricas, son para el hombre rústico condiciones particulares de existencia intelectual y fisiológica; hacen de él un ser más primitivo, quizá más normal, más ligado al suelo, más confundido con los elementos de la creación de lo que nosotros lo estamos cuando el cultivo de las ideas nos ha separado, para así decirlo, del cielo y de la tierra, haciéndonos una vida ficticia aprisionada en el adoquín de las habitaciones bien cerradas. Incluso en su choza o en su cabaña, el salvaje o el campesino vive aún con la nube, con el relámpago y el viento que envuelven sus frágiles moradas. Sobre el Adriático hay unos pescadores que no conocen el abrigo de un techo; duermen en su barca, cubiertos por una estera, la cara iluminada por las estrellas, la barba acariciada por la brisa, el cuerpo mecido sin cesar por las olas. Hay buhoneros, bohemios, conductores de ganado, que duermen siempre al aire libre como los indios de América del Norte. Ciertamente, la sangre de esos hombres circula de otra manera que la nuestra, sus nervios tienen un equilibrio diferente, sus pensamientos otro curso, sus sensaciones otra forma de producirse. Interróguenles, no hay uno que no haya visto milagros, apariciones, escenas nocturnas extrañas, inexplicables. Los hay entre ellos muy valientes, razonables y sinceros, y no son los menos alucinados. Lean todas las observaciones recogidas al respecto, verán en ellas, por una multitud de hechos curiosos y bien observados, que la alucinación es compatible con el pleno ejercicio de la razón.

Es un estado enfermizo del cerebro; sin embargo, casi siempre es posible sentir la causa física o moral en una perturbación del alma y del cuerpo; pero a veces es imprevista y misteriosa al extremo de sorprender y turbar un instante los espíritus más firmes.

Entre los campesinos, se produce tan a menudo que casi parece una ley regular de su organización. Les asusta de otra manera que a nosotros. Nuestro gran terror, cuando la pesadilla o la fiebre nos presentan sus fantasmas, es perder la razón, y cuanto más seguros estamos de ser víctimas de un sueño, más nos afectamos por no poder sustraernos a él con un simple esfuerzo de voluntad. Se ha visto gente volverse loca por temor a estarlo. Los campesinos no tienen esa angustia; creen haber visto objetos reales; tienen mucho miedo; pero como la conciencia de su lucidez no está quebrantada, la alucinación es ciertamente menos peligrosa para ellos que para nosotros. Por otra parte, la alucinación no es la única causa de mi inclinación a admitir hasta un cierto punto las visiones de la noche. Creo que hay una multitud de pequeños fenómenos nocturnos, explosiones o incandescencias de gas, condensaciones de vapores, ruidos subterráneos, espectros celestes, pequeños aerolitos, hábitos extraños e inobservados, aberraciones incluso entre los animales, ¿qué sé yo?, afinidades misteriosas o perturbaciones bruscas en la conducta de la naturaleza, que los sabios observan por azar y que los campesinos, en su permanente contacto con los elementos, señalan a cada instante sin poder explicarlos.

Por ejemplo, ¿qué piensan ustedes de esa creencia en los conductores de lobos? Es de todos los países, creo, y está extendida en toda Francia. Es el último vestigio de la creencia en los licántropos. En Berry, donde los cuentos que se hacen a nuestros niños ya no son más tan maravillosos ni tan terribles como aquellos que nos hacían nuestras abuelas, no recuerdo que jamás me hayan hablado de los hombres lobo de la Antigüedad y de la Edad Media. Sin embargo, aún se sirven del vocablo *garou*, que significa hombre lobo, pero cuyo verdadero sentido se ha perdido. Los conductores de lobos ya no son los capitanes de aquellas bandas de brujos que se transformaban en lobos para devorar a los niños: son hombres eruditos y misteriosos, viejos leñadores o astutos guardabosques que poseen el secreto para encantar, someter, domesticar y conducir a los verdaderos lobos. Conozco varias personas que con la primera claridad de la luna, en el cruce de cuatro caminos, han encontrado al tío mengano yéndose solo, a paso largo, y seguido de más de treinta lobos (siempre hay más de treinta, en la leyenda nunca menos). Una noche, dos personas que me lo han contado vieron pasar en el bosque una gran manada de lobos; se sintieron aterrorizados y subieron a un árbol, desde donde vieron que los animales se detenían ante la puerta de la cabaña de un leñador considerado como hechicero. La rodearon lanzando aullidos espeluznantes; el leñador salió, les habló, se paseó en medio de ellos y se dispersaron sin hacerle ningún daño. Esta es una historia de campesino, pero dos personas ricas, que habían recibido una educación bastante buena, gente de mucha sensatez y habilidad para los negocios, que vivían en las cercanías de un bosque donde cazaban a menudo, me han jurado, por el honor, que estando juntas habían visto a un viejo guarda forestal detenerse en una encrucijada apartada y hacer gestos extraños. Esas dos personas se ocultaron para observarlo, y vieron acudir a trece lobos, uno de los cuales, enorme, fue directamente al guarda y le hizo caricias. Éste silbó a los otros como se silba a los perros y se internó con ellos en la espesura del bosque. Los dos testigos de esta escena singular no osaron seguirle y se retiraron tan sorprendidos como aterrados. ¿Habían sido víctimas de una alucinación? Cuando la alucinación se apodera de varias personas a la vez (y esto ocurre muy frecuentemente), reviste un carácter difícil de explicar, lo reconozco; muchas veces se lo ha constatado, se la llama alucinación contagiosa. ¿Pero de qué sirve saber el nombre, si se ignora la causa? Esa cierta disposición de los nervios y de la circulación de la sangre que se da como causa de la audición o visión de objetos fantásticos, ¿cómo es simultánea en varios individuos reunidos? No lo sé en absoluto.

¿Pero por qué no admitir que un hombre que vive en el seno de los bosques, que a todas las horas del día y de la noche puede sorprender y observar las costumbres de los animales salvajes, habría podido descubrir, por azar o por un cierto genio inductivo, el medio de someterlos y de hacerse amar por ellos? Iré más lejos: ¿por qué no habría un cierto fluido que inspire simpatía a ciertas especies? En nuestros días, hemos visto tan intrépidos y hábiles domadores de animales feroces en jaula, que un esfuerzo más, y se puede admitir la dominación de ciertos hombres sobre los animales salvajes en libertad.

¿Pero por qué esos hombres ocultarían su secreto, y no sacarían provecho y alardearían de su poder?

Porque el campesino, obteniendo de una causa natural un efecto también natural, no cree que él mismo obedece a las leyes de la naturaleza. Denle un remedio del que le demostrarán simplemente la eficacia y no tendrá ninguna confianza en él; pero agréguele alguna palabra incomprensible al administrárselo, y le tendrá fe. Confíenle el secreto de curar el reuma con la raíz de malvavisco, y díganle que es necesaria administrarla después de tres signos cabalísticos, o después de haber puesto uno de sus brazos al revés, se creará brujo, todos le creerán brujo respecto al reuma. Curará a todo el mundo tanto por la fe como por el malvavisco, pero se cuidará bien de decir el nombre de la vulgar planta que produce ese milagro. Hará de ello un misterio; el misterio es su elemento.

No hablaré aquí de lo que entre nosotros y en otras partes se llama el secreto, sería una digresión que me llevaría demasiado lejos. Me limitaré a decir que hay un secreto para todo y que casi todos los campesinos un poco importantes y experimentados tienen el secreto de algo, por consiguiente son brujos y creen serlo. Está el secreto de los bueyes, que poseen todos los buenos granjeros; el secreto de las vacas, que es el de las buenas granjeras; el secreto de las pastoras, para hacer que la lana se de en abundancia; el secreto de los alfareros, para impedir que las vasijas se deshagan en el fondo; el secreto de los curas que encantan las campanas para el granizo; el secreto del dolor de cabeza, el secreto del entripado, el secreto del esguince y de la torcedura; el secreto del cazador furtivo para hacer venir la caza; el secreto del fuego, para detener el incendio; el secreto del agua, para hallar los cadáveres de los ahogados o contener la inundación; ¿qué sé yo? Hay tantos secretos como flagelos en la naturaleza y enfermedades entre los hombres y los animales. El secreto pasa de padres a hijos o se compra a precio de plata. Jamás es traicionado. No lo será nunca, en tanto se crea en él. El secreto del conductor de lobos es quizás uno como cualquier otro.

Una de las escenas de la noche cuya creencia está más difundida, es la cacería fantástica, tiene tantos nombres como cantones hay en el universo. Entre nosotros se llama la caza del *borrico*, y se refiere al alboroto áspero y grotesco de una inconmensurable tropilla de asnos que rebuznan. Se la puede representar como se quiera; pero en el espíritu de nuestros campesinos es algo que se escucha y que no se ve, es una alucinación o un fenómeno de acústica. He creído escucharlo varias veces y poder explicarlo de la manera más vulgar. En los últimos días de otoño, cuando los grandes huracanes dispersan a las bandadas de pájaros viajeros, se escucha, en la noche, el inmenso clamor melancólico de las grullas y ocas salvajes en peligro. Pero los campesinos, a los que se cree tan crédulos y tan poco observadores, no se engañan de ningún modo. Saben muy bien el nombre y conocen muy bien el grito de las diversas aves extrañas a nuestro clima que se encuentran perdidos y dispersos en las tinieblas. La caza del borrico no

es nada de eso. Ellos la escuchan a menudo; yo, que he vivido y errado como ellos largo tiempo entre el ventarrón y los nubarrones, jamás la he encontrado. Algunas veces su paso es señalado por la aparición de dos lunas. Pero yo no he tenido suerte, pues nunca he visto más que la vieja luna, que todos conocemos.

El toro blanco, el becerro de oro, el dragón, la oca, la gallina negra, la trucha blanca y no sé cuántos otros animales fantásticos guardan, como se sabe, en toda región, los tesoros ocultos. El día de Navidad, a medianoche, tan pronto como tocan a misa, esos guardianes infernales pierden su poder hasta la última campanada que anuncia el final de aquélla. Es la única hora en todo el año donde la conquista del tesoro es posible. Pero hay que saber dónde está, y tener el tiempo de cavar y de apoderarse de él. Si es sorprendido en el abismo al *ite missa est*, éste se cierra para siempre sobre usted; al igual que si, en ese momento, usted ha logrado encontrar al animal fantástico, la sumisión que le ha mostrado durante el tiempo de la misa deja lugar al furor, y es el fin para usted.

Esta tradición es universal. Hay pocas ruinas, castillos o monasterios, pocos monumentos célticos que no encierren su tesoro. Todos están guardados por un animal diabólico. El señor Jules Canougo, en una encantadora recopilación de cuentos meridionales, ha vuelto graciosa y benéfica la poética aparición de la cabra de oro, guardiana de las riquezas ocultas en el seno de la tierra.

En nuestros climas menos risueños, alrededor de los dólmenes que coronan las peladas colinas de la Marche, es un buey blanco, o un becerro de oro, o una becerra de plata, quienes hacen soñar a las imaginaciones ávidas; pero esos animales son endemoniados y terribles de encontrar. Se corren tantos riesgos, que nadie se ha atrevido todavía a asirlos por los cuernos. Y sin embargo, hace siglos que las grandes piedras drúidicas danzan y chirrían sobre los frágiles soportes durante la misa de medianoche, para despertar la codicia de los caminantes.

En nuestros valles umbríos, entrecortados por grandes llanuras fértiles, un animal indefinible se pasea a la noche en ciertas épocas indeterminadas, va a atormentar a las vacas en las pasturas y a dar vueltas alrededor de las alquerías, que alarma sobremanera. Los perros aúllan y escapan ante su proximidad, las balas no lo alcanzan. Esta aparición y el terror que inspira no han perdido todavía casi nada en las afueras. Todos nuestros granjeros, todos nuestros sirvientes creen en ella y han visto a la bestia. Se la llama la gran bestia, por tradición, aunque a menudo parezca de la talla y la forma de un tejón. Unos la han visto con forma de perro del tamaño de un buey enorme, otros como lebrela blanca alta como un caballo, otros más como simple liebre o simple oveja. Aquéllos que hablan con ella con la mayor sangre fría la han perseguido sin éxito, sin demasiado pavor, no atribuyéndole ningún poder fantástico, la describen con dificultad, porque pertenece a una especie desconocida en la región, dicen, y aseguran que no es precisamente ni una perra, ni una vaca, ni un tejón, ni un caballo, sino

algo como todo eso, ¡arréglenselas ustedes! No obstante, esta bestia aparece, me consta, ya sea en estado de alucinación, ya en estado de vapor flotante y condensada bajo ciertas formas. Gentes demasiado sinceras y razonables la han visto para que yo me atreva a decir que no hay ningún fundamento en su visión. Los perros la anuncian con ladridos desesperados y se escapan apenas aparece; eso es cierto. ¿Los perros también están alucinados? ¿Por qué no? ¿Son ladrones que se introducen bajo ese disfraz? Jamás la bestia ha hurtado nada, que se sepa. ¿Son graciosos de mal gusto? Se han tirado tantos disparos sobre la bestia que por azar, y a pesar del miedo que hace temblar la mano, se habría logrado matar o herir a alguno de esos pretendidos fantasmas. En fin, este género de apariciones, si no es más que el resultado de la alucinación, es eminentemente contagioso. Durante quince o veinte noches, los veinte o treinta habitantes de una alquería la ven y la persiguen; pasa a otra pequeña colonia que la ve absolutamente de la misma manera, y da la vuelta a la región, produciendo ese contagio sobre un enorme número de habitantes.

Pero he aquí la más terrorífica de las visiones de la noche. Alrededor de las charcas de agua estancada, tanto en los matorrales como a orillas de las fuentes sombrías en los caminos hundidos, bajo los viejos sauces como en la llanura desnuda, se escucha en medio de la noche el batir precipitado y el furioso chapaleteo de las lavanderas. En muchas provincias, se cree que evocan la lluvia y atraen la tormenta, haciendo volar hasta las nubes, con su ágil pala, el agua de las fuentes y de los pantanos. Entre nosotros, es mucho peor, golpean y retuercen un objeto que se asemeja a la ropa, pero que, visto desde cerca, no es otra cosa que cadáveres de niños. Hay que cuidarse de observarlas o molestarlas, pues aunque tuvierais seis pies de altura y músculos en proporción, os apresarían, os golpearían y retorcerían en el agua ni más ni menos que a un par de medias.

Frecuentemente hemos escuchado el batir de las lavanderas fantásticas resonando en el silencio de la noche alrededor de las charcas desiertas. Es para engañarse. Una especie de rana es la que produce ese alboroto formidable. Pero es muy triste hacer este pueril descubrimiento y ya no esperar la aparición de esas terribles brujas retorciendo sus inmundos harapos en la bruma de las noches de noviembre, con las primeras claridades de una media luna descolorida reflejada por las aguas. Un amigo mío, hombre de más espíritu que sentido, debo reconocerlo, sujeto a la ebriedad, no obstante muy valiente delante de las cosas reales, pero fácil de impresionar por las leyendas de la región, tuvo dos encuentros con las lavanderas que relataba con gran emoción.

Una noche, hacia las once, en un encantador sendero que corre serpenteando y brincando, por así decir, sobre el flanco ondulado del barranco de Orrnous vio, a orillas de una fuente, una vieja que batía y retorció en silencio. Aunque la fuente tuviera mala fama, no vio en ella nada sobrenatural, y dijo a la vieja: «¡Usted lava muy tarde, abuela!». Ella no respondió. La creyó sorda y se aproximó. La luna estaba brillante y la fuente iluminaba como un espejo. Vio claramente los



rasgos de la vieja: le era completamente desconocida para él en varias leguas a la redonda. Así es como me contó el mismo sus impresiones frente a aquella lavadora singularmente vigilante: “No pensé en la tradición de las lavanderas de noche sino cuando la hube perdido de vista. No pensaba en ello antes de encontrarla; no creía en eso y no experimentaba ninguna desconfianza al abordarla. Pero cuando estuve junto a ella, su silencio, su indiferencia ante la aproximación de un caminante, le dieron el aspecto de un ser absolutamente extraño a nuestra especie. Si la vejez la privaba del oído y de la vista, ¿Cómo era tan robusta para haber venido de lejos, sola, a lavar a esa hora insólita, en esa fuente helada donde trabajaba con tanta fuerza y actividad? Al menos era digna de observar. Pero lo que me sorprendió aún más, fue lo que experimenté en mí mismo: no tuve ningún sentimiento de miedo, sino una repugnancia, una aversión invencible. Seguí mi camino sin que ella volviera la cabeza. No fue sino al llegar a mi casa cuando pensé en las brujas de los lavaderos, y entonces tuve mucho miedo, lo confieso francamente, y nada en el mundo me hubiera decidido a volver sobre mis pasos.”

La segunda vez, el mismo amigo pasaba junto a los estanques de Thevet sobre las dos de la mañana. Venía de Linières, donde asegura que no había ni comido ni bebido, circunstancia que yo no podría garantizar; iba solo, en cabriolé, seguido de su perro. Su caballo estaba fatigado, echó pie a tierra en una cuesta y halló al borde de la ruta, cerca de un foso donde tres mujeres lavaban, golpeaban y retorcían con gran actividad, sin decir nada. De repente su perro se apretujó contra él sin ladrar. Pasó sin mirar demasiado; pero apenas hubo hecho algunos pasos, escuchó caminar tras él y la luna dibujó a sus pies una sombra muy alargada. Se volvió y vio a una de esas mujeres que le seguía. Las otras dos venían a cierta distancia como para apoyar a la primera. “Esta vez, dijo, pensé muy bien en las lavanderas, pero tuve una emoción diferente que la primera vez. Aquellas mujeres eran de una talla tan elevada y la que me seguía tenía hasta tal punto las proporciones, la figura y el andar de un hombre, que no dudé un instante en que tenía que habérmelas con graciosos del pueblo, quizá malintencionados. Tenía un buen garrote en la mano. Me volví diciendo:

—¿Qué queréis de mí? —no recibí ninguna respuesta; y, al no verme atacado, me vi obligado a volver a mi cabriolé, que estaba adelante, bastante lejos, con ese ser desagradable sobre mis talones. No me decía nada y parecía hallar un maligno placer en tenerme bajo el peligro de un ataque. Mientras tanto yo tenía mi bastón listo para romperle la mandíbula al menor contacto; así llegué a mi cabriolé con mi cobarde perro que no decía palabra y que saltó adentro conmigo. Entonces me volví, y aunque hasta allí hubiera escuchado pasos tras los míos, y visto una sombra marchar a mi lado, no vi a nadie. Solamente distinguí, unos treinta pasos atrás, en el sitio en que las había visto lavar, a esas tres grandes arpías saltando, danzando y retorciéndose como locas sobre el declive de la fosa.

Les doy esta historia por lo que vale; pero me ha sido contada de muy buena fe y la garantizo. Colóquenla en parte en el capítulo de las alucinaciones.

El Olmo Rastrillo, árbol magnífico, existía, se dice, ya grande y fuerte, en los tiempos de Carlos VII. Como un olmo que es, desde lejos no tiene un gran aspecto, y su rama simula la forma de un rastrillo, cuyo nombre lleva. Pero eso no es más que una coincidencia fortuita con la leyenda tradicional que lo ha bautizado. De cerca, se vuelve imponente por su largo tronco esbelto, surcado por el rayo y plantado como un monumento en una amplia encrucijada de caminos comunales. Esos caminos, anchos como praderas, incesantemente pelados por los rebaños del proletario, están cubiertos de una hierba corta, donde la zarza y el cardo crecen en libertad. La planicie está abierta a gran distancia, fresca aunque desnuda, pero triste y solemne a pesar de su fertilidad. Una cruz de madera se halla plantada sobre un pedestal de piedra que es el último vestigio de cuatro estatuas muy antiguas desaparecidas después de la revolución del 93. Esta decoración monumental en un lugar tan poco frecuentado testimonia un respeto tradicional; y los campesinos de los alrededores tienen tal opinión del Olmo Rastrillo que pretenden que no se puede abatirlo, porque está sobre el mapa de Cassini. Pero ese camino comunal, hoy abandonado a los peatones, y que a raros intervalos atraviesa el caballo de un molinero o de un gendarme, era en otros tiempos una de las grandes vías de comunicación de la Francia Central. Aún hoy se lo llama el camino de los ingleses. Era la ruta militar, el paso que abrió la invasión a los ejércitos, y que Du Guesclin les hizo volver a cruzar, con la espada en la espalda, después de haber liberado Sainte-Sévère, la última fortaleza de su ocupación.

Este detalle no está consignado en ninguna historia, pero ahí está la tradición que da fe de ello; y ahora, he aquí la leyenda del Olmo Rastrillo que es bonita, a pesar de la naturaleza de los animales que en ella juegan su rol.

Un joven cuidaba una piara de cerdos alrededor del Olmo Rastrillo. Miraba del lado de La Chatre cuando vio venir una gran banda armada que desbastaba los campos, quemaba las chozas, masacraba a los campesinos y se llevaba a las mujeres. Eran los ingleses que descendían de la Marche sobre el Berry, y que se iban a asolar Saint-Chartier. El porquero alejó a su manada, se mantuvo a distancia y vio pasar al enemigo como a un huracán. Cuando volvió bajo el olmo con su manada, el miedo que había sentido dejó sitio a una gran cólera contra los ingleses y contra sí mismo. “ ¡Cómo!”, pensó, “ ¡nos dejamos destrozar así sin defendernos!

¡Somos unos cobardes! ¡Hay que ir a ellos!” y, aproximándose a la estatua de San Antonio, que era una de las cuatro alrededor del olmo, le dijo: —Buen San Antonio, es preciso que vaya contra esos ingleses, y no tengo tiempo de guardar mis bestias. Si lo hago, esos malvados nos

harán demasiado mal. Toma mi bastón, buen santo, y vela sobre mis cerdos durante tres días y tres noches; te los dejo a tu cuidado.

Allí encima, el chaval puso su almocafre de porquero ( que es un bastón corto con un triángulo de hierro en la punta) en las manos de la estatua, y, arrojando sus zuecos, se lanzó al trote hacia Saint-Chartier, donde durante tres días y tres noches hizo estragos contra los ingleses con los muchachos del lugar, sostenidos por soldados de Francia. Luego, cuando el enemigo fue expulsado, regresó a su manada; contó sus cerdos y no faltaba ni uno; y sin embargo, por allí habían pasado muchos rezagados, saqueadores y lobos atraídos por el olor de la carnicería. El joven porquero retomó de San Antonio su rústico cetro, le agradeció de rodillas, y sin soñar los altos destinos y la gran misión de Juana de Arco, contento con haber dado al menos una mano a la obra de liberación, guardó sus cerdos como antes.

Otra tradición más confusa atribuye al Olmo Rastrillo una influencia menos benigna. Unos niños, presas de vértigo, habrían tenido la horrible idea de jugar su vida al tejo y habrían enterrado vivo al perdedor bajo la piedra de San Antonio.

Pero he aquí la leyenda principal y siempre a cuenta del Olmo Rastrillo. Un señor se pasea allí por la noche; incesantemente da la vuelta. Se le ve desde que el mundo es mundo. ¿Qué es? Nadie lo sabe. Está vestido de negro, y tiene veinte pies de altura. Es un señor, porque sigue las modas; se le ha visto en el siglo pasado, con traje negro completo, calzón corto, zapatos con lazos, la espada al costado; bajo el Directorio, se le ha visto con orejas de perro y amplia corbata. Hoy en día, se viste como usted y yo; pero siempre lleva su gran rastrillo sobre el hombro, y golpea en las piernas a la gente y los animales que pasan por su sombra. Por lo demás, no es mal hombre, y no se da a conocer sino a quienes tienen el secreto.

Si usted no cree, vaya a ver. Nosotros hemos estado a la hora de la salida de la luna; le hemos llamado por todos los nombres posibles, diciéndole siempre señor, muy cortésmente, pero no hemos hallado el nombre ante el cual le place responder, pues no ha venido, y por otra parte, no le gustan las bromas y, para verle, hay que tenerle miedo.

Si les agradan estos cuentos populares y si quieren buscar más seriamente su origen, lean un libro muy erudito y muy entretenido a la vez, que es la obra de una mujer, *La Normandie romanesque et merveilleuse*, de Amélie Bosquet; allí encontrarán todas las leyendas de Francia y las de su paraje, en consecuencia. Allí aprenderán toda la historia de las supersticiones humanas, variando solamente por algunos detalles, según las localidades; esto es la prueba de que la humanidad aún está muy cerca de su cuna, o de que es muy tenaz y uniforme en su aptitud para pasar por el mismo camino, y para alimentarse con las mismas ideas.

Hemos mostrado los recuerdos de la Antigüedad modificados en las ideas o en los sueños por la influencia del cristianismo primitivo o de la Edad Media. Hay ahí un mundo de fantasía perdido para las clases ilustradas, y que tiende a borrarse también de las creencias y de la memoria de las clases campesinas. No carece de interés entonces recoger los fragmentos, dispersos en todas las provincias de Francia, de esta poesía terrible, risueña o burlesca, que, quizás en medio siglo, ya no tendrá ni bardos, ni rapsodas ni adeptos.

Alemania pasa por ser la clásica tierra de lo fantástico. Esto se relaciona con el hecho de que escritores antiguos y modernos han fijado la leyenda en el poema, el cuento y la balada. Nuestra literatura francesa, sobre todo después del siglo de Luis XIV, ha rechazado este elemento como indigno de la razón humana y de la dignidad filosófica. El romanticismo ha hecho vanos esfuerzos para desfruncir nuestro ceño escéptico; no hemos sabido más que imitar la fantasía alemana. Lo maravilloso eslavo, grandioso y terrible de un modo muy diferente, nos ha sido revelado por traducciones incompletas que no se han hecho populares. Entre nosotros nadie se ha atrevido a imitar unos aquelarres lúgubres y sangrientos como aquéllos de Adam Mickiewicz.

No obstante la Francia popular del campo es tan fantástica como las naciones eslavas o germánicas; pero le ha faltado, le faltará probablemente un gran poeta para dar una forma precisa y durable a los arranques, ya debilitados, de su imaginación.

Una sola provincia de Francia está a la altura, en su poesía, de lo que el genio de los más grandes poetas y el de las naciones más poéticas han producido jamás; nos atreveremos a decir que los sobrepasa. Queremos hablar de la Bretaña. Pero la Bretaña no hace mucho tiempo que es Francia. Quienquiera que haya leído los *Barza-Breiz*, recopilados y traducidos por M. de la Villemarqué, debe estar persuadido conmigo, es decir íntimamente convencido, de lo que adelanto. El "Tributo de Nomenoé" es un poema de ciento cuarenta versos, más grande que la litada, más completo, más bello, más perfecto que ninguna obra maestra salida de la mente humana. La "Peste de Eliant", los "Nains", "Lesbreiz", y otros veinte diamantes de esa compilación bretona atestiguan la riqueza más completa a que pueda pretender una literatura lírica. Asimismo es muy extraño que esta literatura, revelada a la nuestra por una publicación que está en todas las manos desde hace años, no haya hecho una revolución. Macpherson ha llenado Europa con el nombre de Ossian; antes de Walter Scott, él había puesto Escocia de moda. Verdaderamente, no hemos celebrado bastantemente a nuestra Bretaña, y aún hay literatos que no han leído los cantos sublimes frente a los cuales, convengamos en ello, somos como enanos frente a gigantes. ¡Singulares vicisitudes que sufren lo bello y lo verdadero en la historia del arte!

¿Qué es pues esta raza armoricana que se ha nutrido con tal médula desde el druidismo hasta la chuanería? La sabíamos muy fuerte y orgullosa, pero no grande hasta ese punto antes de que hubiera cantado

a nuestros oídos. Genio épico, dramático, amoroso, guerrero, tierno, triste, sombrío, burlesco, ingenuo. ¡Todo está allí! Y por encima de ese mundo de acción y pensamiento planea el sueño: sílfides, gnomos, espíritus de Oriente, todos los fantasmas, todos los genios de la mitología pagana y cristiana revolotean sobre esas cabezas exaltadas y poderosas. En verdad, ninguno de aquellos que sostienen una pluma debería encontrar a un bretón sin quitarse el sombrero.

Estamos muy lejos de nuestro humilde Berry, donde sin embargo he encontrado, en la memoria de los cantores rústicos, muchas romanzas y baladas, exactamente traducidas en versos ingenuos y muy benichons, de los textos bretones publicados por M. de la Villemarque; ¿Reivindicaremos la propiedad de esas creaciones, y diremos que han sido traducidas del berrichon a la lengua bretona? No. Llevan claramente su título de origen a la cabeza, el Texto dice: Volviendo de Nantes, etc.

Y en otra parte: Mi familia de Nantes, etc.

El Berry tiene su música, pero no su literatura, o bien se ha perdido como habría podido perderse la poesía bretona si M. de la Villemarqué no la hubiera recopilado a tiempo. Esas riquezas inéditas se alteran insensiblemente en la memoria de los bardos iletrados que las propagan. Yo conozco varias endechas y baladas benichonnes que ya no tienen ni rima ni sentido, y en las cuales, aquí y allá, brilla una copla de hechura encantadora, que evidentemente pertenece a un texto original horriblemente corrompido en cuanto al resto.

Por estar privada de sus archivos poéticos, la imaginación de nuestros campesino no es menos rica que la de los alemanes, y ese sentido particular de la alucinación del que he hablado precedentemente da muestras suficientes de ello.

Una de las apariciones más singulares es la de los conductores de nubarrones, alrededor de las charcas o en el centro de los estanques. Esos espíritus dañinos se muestran en las épocas de crecida de los ríos, y provocan el flagelo de las lluvias torrenciales intempestivas. Según se pueden apreciar sus formas vagas en el torbellino que levantan, bastante a menudo se reconoce entre ellos a gente de mala fama en la región, gente que no posee nada, ni hay que decirlo, sobre la tierra del Buen Dios, y que no desean más que el mal de los otros. Reunidos a los genios de las nubes, armados de palas o de escobas, vestidos con harapos enfangados e incoloros, se agitan frenéticamente, bailan y se dan al diablo, como dicen las baladas bretonas; y el viajero rezagado que los percibe sobre los aguazales brumosos esparcidos en las landas desiertas, debe apresurarse a ganar su albergue, sin importunarlos y sin mostrarles que los ha visto. Seguramente, se lanzarían en su persecución, en medio del temporal, y no le iría bien.

Uno se queda sorprendido al ver cómo impresionan al campesino las escenas de la naturaleza. Parecería que debieran actuar más sobre la

imaginación de los habitantes de las ciudades, y que el hombre acostumbrado desde su infancia a errar o trabajar día y noche en una misma localidad, conoce tan bien sus detalles y sus diferentes aspectos que ya no puede sentir ni sorpresa ni inquietud frente a ellos. Es todo lo contrario: el cazador furtivo que, desde hace cuarenta años, caza con el lazo o al acecho, al caer la noche, ve a los animales para quienes él mismo es la calamidad, adquirir en el crepúsculo formas terroríficas para amenazarle. El pescador nocturno, el molinero que vive sobre el mismo río, pueblan de fantasmas las nieblas plateadas por la luna; el criador de ganado que se va a juntar las vacas o a conducir los caballos a la pastura, después de la caída del sol o antes de su salida, encuentra en su cercado, en su prado, en sus mismas bestias, seres desconocidos que se desvanecen ante su proximidad, pero que le amenazan al huir. ¡Dichosas de ellas, según nosotros, esas organizaciones primitivas a quienes les son revelados los secretos del mundo sobrenatural, y que tienen el don de ver y de escuchar cosas tan extrañas ! A nosotros, por más que hagamos, escuchemos historias para poner los pelos de punta, nos golpeemos los costados para creer, corramos a la noche en los lugares frecuentados por los espíritus, aguardemos y busquemos el miedo inspirador, madre de los fantasmas, el diablo nos huye como si fuéramos santos: Lucifer prohíbe a sus milicias mostrarse a los incrédulos. Los animales hechiceros no son raros: por eso es que hay que prestar atención a lo que se dice delante de ciertos de ellos. Un aparcerero de nuestros alrededores veía todas las noches una vieja liebre que se paraba a poca distancia de él, se lamía las patas y le miraba con aire malicioso; ahora bien, prestándole mucha atención, ese aparcerero terminó reconociendo a su propietario bajo el disfraz de la dicha liebre. Se quitó el sombrero para darle a entender que no se engañaba, y que la chanza era inútil. Pero el burgués, que era astuto, pareció no comprender, y continuó vigilándole bajo esa apariencia.

Esto enojó al aparcerero, que era un hombre honesto, y a quien la sospecha hería tanto más cuanto que su patrón, cuando iba a su casa bajo aspecto de cristiano, no le mostraba ninguna desconfianza. Una noche tomó su fusil, contando con darles miedo y corregirle de esa manía de hacerse la liebre. Incluso intentó encañonarla de cerca; pero la prueba de que ese animal no era más liebre que usted o que yo, es que el fusil no la inquieto en absoluto, y se echó a reír. “¡Ah, escuche, patrón! exclamó el valiente hombre, perdiendo la paciencia, quítese usted de ahí o, tan cierto como que he recibido el bautismo, le largo un disparo con mi fusil.”

M. Tres Estrellas no se lo hizo decir dos veces: vio que el campesino estaba enmaliciado de veras, y, huyendo, no reapareció más.

Frecuentemente se ha visto desaparecer igualmente, golpeados y heridos, a animales de ese género; pero a la mañana siguiente, la persona sospechosa no se mostraba, y si uno iba a su casa, la hallaba en la cama, muy dañada. Se habría podido retirar de su cuerpo el plomo que había entrado en el de la bestia, pues tan cierto como que estas cosas se han visto, era el mismo plomo.

Un animal más incómodo aún que los que espían al obrero de los campos, es el que se hace llevar. Este es un enemigo declarado, que no escucha nada, y que se muestra bajo diversas formas, algunas veces incluso bajo la de un hombre totalmente semejante a aquél a quien se dirige. Al verse así frente a frente con su sosias, uno se siente muy turbado; y, por más resistencia que se haga, nos salta sobre los hombros. Otras veces, uno siente su peso que es formidable, sin ver ni escuchar nada. La peor de las apariciones es la de la lebrela blanca. En un principio, cuando se la percibe, es pequeñita; pero crece poco a poco, os sigue, llega al tamaño de un caballo, y os monta sobre la espalda. Está comprobado que pesa dos o tres mil libras; pero no hay manera de defenderse de ella, y no os abandona sino cuando percibís la puerta de vuestra casa. Cuando uno se ha retardado en la taberna es cuando encuentra a esta bestia maldita, muy felices cuando no está acompañada de dos o tres fuegos fatuos que os arrastran a algún pantano o río para haceros ahogar en él.

La cocadriz, muy conocida en la Edad Media, existe todavía en las ruinas de las viejas mansiones. Erra por las minas a la noche, y durante el día se mantiene oculta en el cieno y las cañas. Si se la percibe entonces, uno no desconfía de ella, pues tiene el aspecto de un lagarto pequeño, pero aquellos que la conocen casi no se equivocan y anuncian grandes enfermedades en el lugar, si no se logra matarla antes de que haya vomitado su veneno. Esto es más fácil de decir que de hacer. Es a prueba de balas de fusil y de cañón, y, adquiriendo proporciones pavorosas de una noche para la otra, expande la peste en todos los sitios por donde pasa. Lo mejor es hacerla morir de hambre, o hacerle desagradable el lugar que habita desecando los fosos o las charcas de aguas estancadas. La enfermedad se va con ella.

El duende, trasgo o martinico, no es un animal, aunque le plazca tener espolones y cabeza de gallo; pero tiene el cuerpo de un hombrecito, y, en resumidas cuentas, no es ni ruin ni malo, con tal que no se le contradiga. Es un espíritu puro, un genio bueno conocido en todas las regiones, un poco caprichoso, pero muy activo y cuidadoso de los intereses de la casa. En Berry, no vive en el hogar, no hace la faena de los sirvientes, no se enamora de las mujeres. Algunas veces asedia las caballerizas como sus cofrades de gran parte de Francia; pero es a la noche, en las pasturas, donde particularmente se divierte. Reúne a los caballos por grupos, se aferra a sus crines, y los hace galopar como locos a través de los prados. No parece inquietarse demasiado por las gentes a quienes pertenecen esos caballos. Ama la equitación por sí misma; es su pasión, y les toma afecto a los animales más ardientes y fogosos. Los fatiga mucho, pues se los encuentra sudados cuando él los ha utilizado; pero los frota y los almohaza con tanto cuidado que éstos están mejor. Entre nosotros, se conoce perfectamente a los caballos almohazados por el duende. Es una enfermedad de la crin, una especie de plica caballar, bastante frecuente en nuestras pasturas. Esa crin es imposible de desenredar, eso es cierto; pero también es cierto que se la puede cortar sin que el animal sufra, y que es el único camino a seguir.

Los campesinos se cuidan muy bien de hacerlo. Son los estribos del duende; y si ya no los encontrara para pasar por ellos sus pequeñas piernas, podría caer; y, como es muy colérico, mataría inmediatamente a la pobre bestia atusada.

Íbamos a terminar este artículo; el periódico de esta mañana nos entera de que el ministerio de Instrucción pública va a hacer publicar la recopilación de los cantos populares de Francia. Es una buenísima idea, cuya realización se hacía necesaria, pero, tememos, llega muy tarde. Para que la investigación fuera aunque más no sea un poco completa, habría sido preciso enviar a cada provincia una persona competente, encargada exclusivamente de esa diligencia. Los literatos y aficionados que se van a consultar aportarán las cosechas del azar. ¿Quién habrá tenido el tiempo y la paciencia de reconstruir, entre cien versiones alteradas de una cosa interesante, el tipo primitivo? Si se trata de recoger la mayor cantidad posible de poesías inéditas, y, para nosotros, toda la importancia, toda la utilidad de esta publicación está ahí, el trabajo requeriría varios años o un gran número de investigadores. Los comentadores no faltarán, pero los verdaderos descubrimientos serán muy raros o muy incompletos, si no se procede concienzudamente y por medio de investigaciones especiales.

Nuestra opinión es que la publicación del texto musical sería indispensable. En la canción popular, las palabras prescinden tan poco del aire musical, que si ustedes las leen, no les dicen nada, en tanto que sorprenden, encantan y exaltan si las escuchan cantar. Por otra parte, allí es donde habría, seguramente, maravillas para descubrir y salvar de la nada que va a alcanzarían La música siempre ha sido más descuidada por los gobiernos que la literatura. No tiene archivos; ¡cuántas obras de arte de maestros desconocidos han perecido y perecerán cada día! ¡Sin hablar de las obras de arte de ilustres maestros que jamás han aparecido, y que desaparecerán completamente, a falta de una iniciativa ministerial! La especulación no hará nunca ese trabajo de investigación concienzuda, y jamás se expondrá al riesgo más insignificante para desenterrar los tesoros olvidados.

Se diga lo que se diga, para los aires, como para todos los progresos, hay trabajos que sólo el Estado puede emprender y dirigir, en tanto los artistas y los industriales no tengan verdaderas corporaciones.

Pero henos aquí bien lejos de nuestro tema; volvamos a él diciendo que los campesinos son niños grandes y verdaderos locos, tal vez; pero que no hay verdadera poesía sin cierto desenfreno de la imaginación y mucha ingenuidad.

La noche de Navidad es, en todos los países, la más solemne crisis del mundo fantástico. Siempre a consecuencia de esa necesidad que experimentan los hombres primitivos de completar el milagro religioso con lo maravilloso de su viva imaginación, en todos los países cristianos, como en todas las provincias de Francia, el toque de medianoche de la misa de Navidad abre los prodigios del aquelarre, al



mismo tiempo que anuncia la conmemoración de la era divina. Del cielo hueven favores a esa hora sagrada; por eso el infierno vencido, queriendo disputar aún al Salvador la conquista de la humanidad, viene a ofrecerse a ella para darle los bienes de la tierra, sin exigir siquiera a cambio el sacrificio de la salud eterna: es una lisonja, un adelanto gratuito que Satanás hace al hombre. El campesino piensa que puede aprovecharlo. Es bastante astuto para no dejarse coger en la trampa; se cree tan sagaz como el diablo, y apenas si se engaña.

En nuestro valle negro, el cortijero astuto, es decir entendido en la cábala y en el arte de hacer prosperar al ganado por todos los medios naturales y sobrenaturales, se encierra en su establo al primer Mamado de la misa; enciende su linterna, cierra todos los bastidores con el mayor cuidado, prepara ciertos encantos, que el secreto le revela, y permanece allí, solo de cristianos, hasta el final de la misa.

En mi propia casa, yo quien les cuenta esto, la cosa pasa así todos los años, no ante nuestros ojos, pero a ciencia y paciencia de todo el mundo, y de los mismos cortijeros.

Digo: no ante nuestros ojos, pues el encanto es imposible si una mirada indiscreta viene a turbarlo. El cortijero, más desconfiado de lo que es posible ser curioso, se atrinchera de manera de no dejar una ranura; y por otra parte, si usted está allí cuando él quiere entrar al establo, no entrará; no hará su conjuración, y atención a sus reproches y disputas si pierde ganado durante el año: usted será quien le habrá causado el daño.

En cuanto a su familia, sus sirvientes, amigos y vecinos, no hay riesgo de que le molesten en sus misteriosas operaciones. Todos están convencidos de la utilidad soberana de la cosa, no hay cuidado de que pongan obstáculos. Se van a toda prisa a la misa, y aquellos que su edad o la enfermedad retienen en la casa, no se inquietan de ningún modo por ser iniciados en las terribles emociones de la operación. Se atrincheran por su parte, temblando de miedo en su lecho si algún ruido extraño hace aullar a los perros o mugir al ganado.

¿Qué sucede entonces entre el cortijero astuto y el buen compañero Gevrgeon? ¿Quién puede decirlo? No soy yo; pero muchas versiones circulan en las veladas de invierno, alrededor de las mesas donde se cascan las nueces para el molino de aceite; se cuentan muchas historias que hacen poner los pelos de punta.

Primero, durante la misa de medianoche, los animales hablan, y el cortijero debe abstenerse de escuchar su conversación. Un día, el padre Casseriot, que era débil respecto a la curiosidad, no pudo impedirse escuchar lo que su buey decía a su asno. —¿Por qué estás triste y no comes nada? —decía el buey—. ¡Ah! Mi pobre viejo, tengo un gran pesar —respondió el asno—, ¡Nunca hemos tenido tan buen amo, y vamos a perderlo! —Sería una gran pena— contestó el buey, que tenía un espíritu calmo y filosófico. —No estará más en este mundo en tres días —

prosiguió el asno, cuya sensibilidad era más expansiva, y que tenía lágrimas en la voz. —Sería una gran pena, ¡una gran pena! —replicó el buey rumiando.— El padre Casseriot tuvo tal terror, que olvidó hacer su encantamiento, corrió a meterse en cama, fue presa de la fiebre caliente, y murió a los tres días.

El mozo de labranza de Jean de Chassignoles vio una vez, en el momento de alzar en la misa, que los bueyes salían del establo haciendo gran alboroto, arrojándose unos contra otros, como si fueran empujados por un agujón vigoroso; pero no había nadie para conducirlos de ese modo, y se dirigieron solos al abrevadero desde donde, después de haber bebido con una sed que no era ordinaria, regresaron al establo con la misma agitación y la misma obediencia. Curioso y escéptico, quiso saber el verdadero motivo de aquello. Aguardó bajo la puerta del granero y vio salir, con el último toque de la campana, al cortijero, su patrón, conduciendo a un hombre que no se asemejaba a ningún otro hombre, y que le decía: —¡Buenas noches, Jean, hasta el año que viene! El mozo de labranza se aproximó para mirarle más de cerca; pero ¿qué había sido de él? El cortijero estaba solo, y, viendo al imprudente, le dijo: —Por fortuna joven, no le has hablado; pues si solamente hubiera mirado de tu lado, ¡ya no estarías más vivo a esta hora! —El mozo tuvo tal miedo que nunca más se le ocurrió mirar qué mano conducía a los bueyes durante la noche de Navidad.

